

Introducción a la psicología social

Psicología social y conflicto



Jose Alonso Andrade Salazar

FUNDACIÓN DE ESTUDIOS SUPERIORES MONSEÑOR ABRAHAM ESCUDERO
MONTTOYA "FUNDES"

José Alonso Andrade Salazar

Introducción a la psicología social
Psicología social y conflicto

Apuntes para la construcción de una psicología social compleja bajo un
dispositivo clínico-social.

PRIMERA EDICIÓN - TEXTOS UNIVERSITARIOS

FUNDES 2014



® Reservados todos los derechos, el contenido de esta obra está protegido por la ley, en ella se establecen penalidades y multas ante la reproducción sin autorización de estos contenidos.

Sello Editorial: Fundación de estudios superiores monseñor Abraham Escudero Montoya “FUNDES” (958-58172)

Foto de cubierta: Luz Ángela Ibarra Solarte “ondas en el agua”

Corrección de estilo: Jacobo Reyes

Imprenta Fullcolor, Armenia-Quindío

Depósito legal: Biblioteca Nacional de Colombia, Biblioteca del Congreso (Álvaro Patiño – Keyla Meneses), Biblioteca Central de la Universidad Nacional, Biblioteca Pública Departamental Soledad Rengifo.

ISBN: 978-958-58172-0-3

Printed in Colombia. 2014.

Cita Norma APA:

Andrade, J, A. (2014). *Introducción a la psicología social. Psicología social y conflicto*. Apuntes para la construcción de una psicología social compleja bajo un dispositivo clínico-social. FUNDES. Colombia.

ÍNDICE

PRÓLOGO	6
INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO I. ASPECTOS HISTÓRICOS DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL	21
Ampliación de los antecedentes.....	29
Línea de tiempo: Historia de la Psicología Social.....	40
La psicología social como disciplina científica.....	48
La psicología social en América latina.....	62
Línea de tiempo: Historia de la Psicología latinoamericana.....	71
CAPÍTULO II. NUEVOS APORTES A LA PSICOLOGÍA SOCIAL.....	75
Aportes a la psicología social desde la teoría de los sistemas.....	74
El estudio de la familia.....	88
Hacia una (de)construcción en la clínica-social.....	94
Psicología comunitaria.....	99
Psicología social y pedagogía.....	116
CAPÍTULO III. GRUPO Y SOCIEDAD.....	124
Psicología de los grupos.....	126
Propuesta: Condiciones de funcionamiento operativo de los grupos.....	130
Transdisciplinariedad y momentos grupales.....	136
Freud y la psicología de las masas (1922).....	139
Línea de tiempo: Historia de la Psicología Grupal.....	145
CAPÍTULO IV. PSICOLOGÍA Y CONFLICTO.....	154
Aspectos neurobiológicos asociados a la violencia.....	172
Derechos humanos y clínica-social. Aspectos irreparables de la pérdida.....	181
A MODO DE COROLARIO.....	189
REFERENCIAS.....	196

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Dios por permitirme divulgar los conocimientos que en este libro comparto, a la Fundación de Estudios Superiores Monseñor Abraham Escudero Montoya “FUNDES” y al padre rector Pbro. Roberto Ramirez, al Pbro. Etilio Aldana Lozano, al Pbro. Andrés Cardenas, al grupo de investigación GIDPAD de Medellín (Grupo interdisciplinario para el desarrollo del pensamiento y la acción dialógica), al Dr. Ricardo Andrade por sus aportes y observaciones, a mis maestros de pregrado de psicología Dr. Jaime Torres y Dra. María José Boada de la Universidad Salesiana de Quito, al igual que a todos los docentes, amigos y compañeros que consolidaron las bases y el interés por la psicología social, la comunidad y la complejidad. Agradezco igualmente al grupo de estudiantes que acompañó este proceso: Juan Andrés Campos, Yuri Sanabria y Jacobo Reyes, a mis compañeros de trabajo de la Universidad de San Buenaventura Medellín, Armenia e Ibagué y a todos aquellos que con su dedicación y paciencia ayudaron al desarrollo de éste libro, a todos ellos muchas gracias, sin su cooperación este trabajo no hubiese sido posible.

PRÓLOGO

El lector tiene en las manos un texto cuya característica fundamental es la integración teórica. Es un intento encomiable por compendiar una multiplicidad de perspectivas de comprensión de un objeto particular: la psicología social, en su sentido teórico, práctico, disciplinar y epistemológico. Por ello, representa un texto de obligada discusión en un momento en el que no sólo la psicología como disciplina está retada hacia una fundamentación amplia y rigurosa de lo psicosocial, sino cuando, al mismo tiempo, la realidad nacional empieza a demandar de modo insistente la capacidad de percibir complejamente el conflicto armado, cuya naturaleza y duración son a todas luces un problema real.

Esa situación lleva a la cuestión fundamental de la naturaleza de lo social en tanto tal y, en esa misma perspectiva, de la Psicología Social. Andrade va a aproximarse a ese concepto con una apuesta clara: no es sólo una “rama” de la Psicología, no es poco científica; tampoco puede reducirse dentro de los anaqueles de la ciencia de tradición positivista. Con esta apuesta, intentará inicialmente una fundamentación filosófica que muestre los orígenes de la reflexión sobre la interacción del hombre y la sociedad y el comportamiento. Pero, posteriormente va a aproximarse a dicho objeto buscando en los autores de la modernidad, del siglo XIX y de comienzos del XX los antecedentes más concretos de la Psicología Social.

Con igual horizonte, Andrade propondrá las tendencias actuales, las nuevas búsquedas de la Psicología Social, señalando su evolución con base en algunas perspectivas teóricas, entre las que podría destacarse la de Allport, Martin Baró, Moscovici y, por supuesto, la de él mismo, para mostrar las orientaciones desde las que se realiza una lectura de los fenómenos psicosociales contemporáneos a partir de baterías conceptuales construidas en torno a los prejuicios, las creencias, la política, la participación, entre otras.

Sin embargo, la apuesta más cara del texto no se agota en la documentación y fundamentación de una teoría. Andrade empieza a señalar, de modo progresivamente enfático, que la perspectiva científica clásica es poco adecuada para el juicio epistemológico en torno a la Psicología. Por eso, se atreve a referenciar comprensiones de las ciencias que se van moviendo decididamente a las ópticas propuestas por el paradigma de la complejidad y por los retos, no siempre aprehensibles, de la inter y la transdisciplinariedad.

Con esa perspectiva va a empezar a apuntar a los desarrollos investigativos y teóricos que han tenido lugar en América Latina, entre cuyos exponentes insistirá en la riqueza de los aportes de Baró, Montero y Pichón – Riviere. A su juicio, no sólo es posible hacer una pesquisa de la fuerza del trabajo latinoamericano a ese respecto, sino que se puede referir en su naturaleza una serie de características que hacen legítima su particularidad epistemológica en el discurso de las ciencias.

Esa complejidad propuesta, ese sincretismo de perspectivas, teorías multinivel, estructuras conceptuales; esa mirada sistémica del humano, en la que ya se hace insuficiente una aproximación que no se fundamente en lo biopsicosocial, señala una forma novedosa de comprensión de la Psicología Social. Desde esta perspectiva, no sólo importa acotar el trasfondo científico de las corrientes y modos de concepción del objeto de estudio y los métodos de investigación al interior de esta disciplina; se hace imperativo la ruptura de los esquemas que fragmentan la realidad con fines de su conocimiento en términos mensurables. La complejidad empieza a ser definida como el modo por excelencia de comprender sin enfatizar en uno u otro polo la subjetividad como un emergente de la interacción entre individuos, en la cultura y la sociedad.

Y, llegando al punto que quizás justifique la lectura del texto, la invitación a que este abordaje complejo sirva para una comprensión amplia y pertinente del conflicto en todas sus dimensiones. Si bien, en un inicio, lo que importa es la presentación de toda posibilidad de concepto frente al conflicto parece relacionada con los avances teóricos ya presentados a lo largo del texto, verbigracia el trabajo de 1922 sobre Psicología de las Masas, de Freud, el desarrollo del texto va a permitir luego empezar a generar una reflexión concienzuda frente a la coyunturas sociopolíticas, económicas e ideológicas imbricadas en lo que configura la tensión propia de la realidad colombiana.

Y esto es no sólo ampliamente aportante para la formación de los Psicólogos y científicos sociales en general, sino que tiene un lugar sin precedentes en la necesidad de desarrollo de una Psicología que no se desenfoque, en nombre de disputas de carácter insustancial, de la necesidad de proporcionar conocimiento cada vez más válido, tanto en términos epistemológicos como pragmáticos, salidas a los fenómenos dolorosos que se presentan en lo amplio del territorio colombiano. No se trata sólo de una guerra de más de medio siglo de desarrollo, se trata de la tenencia de las tierras, del abuso infantil, de la violencia familiar. Que no haya, o que haya en muy poca cantidad, un papel decidido de la Psicología en este escenario acaso sea un índice inequívoco de que las intenciones causalistas de explicación de dichos fenómenos no hayan llegado a posibilitar las transformaciones necesarias.

Ricardo Andrade.

INTRODUCCIÓN

La psicología social actual es en gran medida una *psicología social compleja* que ayudada y sostenida por las ciencias de la complejidad y el pensamiento complejo, busca transformar de forma dialógica la visión reducida, sociométrica y categorial de los fenómenos y epifenómenos sociales, generando acciones de reforma al pensamiento con base en una propuesta cosmovisiva incluyente de la diversidad, que tome en cuenta la interrelación entre seres humanos, las especies, el planeta y el cosmos. En este contexto la organización social representa para el investigador un campo de encuentro de posibilidades de comprensión multidimensional de los hechos sociales, connotado en gran medida por territorios plagados de “*incertidumbres*” que emergen de la vida impredecible del ser y de su cotidianidad. Dicho factor es sustancial al momento de comprender lo indefinible de la condición humana, ya que precisamente las limitaciones en la comprensión de fenómenos sociales provienen de las “*certidumbres*” del saber social-comunitario, es decir de conceptos enciclopédicos que figuran como certificados, reduccionistas, deterministas y paradigmáticamente contradictorios cuando se trata de comprender -más que definir- a la sociedad, sus organizaciones y emergencias. Por tal motivo el posicionamiento complejo de la psicología social, respecto a las transformaciones en la comprensión del *sentido* de la actividad humana, proviene de la Transdisciplinariedad de saberes *auto-actualizables* “tejidos conjuntamente” (dialécticos, dialógicos, (de)constructivos, reconstructivos y liberadores) acerca de la condición sociocultural-histórica-biofísica y somato psíquica del ser humano y su comunidad, lo cual se establece como uno de sus principales objetivos de estudio.

Así, el conjunto de prácticas de intervención y la línea de pensamiento que guía su orientación comprensiva, fija su direccionamiento operacional (*teórico-*

práctico y meta-analítico) hacia escenarios de encuentro de pensamiento diverso (comunitario, comunal, intrafamiliar, religioso, barrial, tradicional, científico, académico), en los que confluyen de forma aleatoria ideas ontológicas globales, experiencias epistémicas-paradigmáticas de tipo individual-colectivo, y auto-organizaciones contingentes acerca de la “vida que se vive” en la interrelación significativa con el otro. Igualmente convergen *cogitaciones, computaciones, imaginarios sociales, representaciones, ideas, fantasías, afectividades, creaciones y posiciones cognoscitivas* acerca de los acontecimientos sociales, cuya naturaleza compleja posibilita nuevos niveles de comprensión de las posibles asociaciones, rupturas, constricciones, acciones, retroacciones e inter-retroacciones entre fenómenos. En consecuencia el saber emergente de la cooperación transdisciplinar supera el posicionamiento positivista que recude con certezas epistemológicas, aspectos como la pluridimensionalidad del conocimiento, la trasposición y mutabilidad teórica, el solapamiento y translación inter-categorial de los sucesos sociales, la creatividad no-anulativa de los colectivos, los saberes explicativos tradicionales, y la importancia de las regulaciones Bioéticas en la producción y uso del conocimiento científico, los cuales encuentran una vía explicativa de lo vivo a través de su contingencia, creatividad e identidad social.

Lo anterior es posible gracias al concurso de aportes teóricos transdisciplinares, que definen y reorientan constantemente el análisis psicosocial de la historia humana en cuanto a cambios trascendentes en el sistema de representación del biomundo y el cosmos, como también por efecto de la afectividad emergente de la relación organizacional entre personas, comunidades e instituciones. Otras acciones que suscitan el cambio de paradigma respecto a lo social son: la redistribución y recategorización de las creencias, la generación constante de subjetividades e intersubjetividades respecto a los deseos, demandas y necesidades colectivas, los posicionamientos, anclajes, resistencias y adherencias a los procesos políticos, la (de)construcción significativa del sistema de

imaginarios sociales producto de la interinfluencia aleatoria y dinamizante del ser en los diversos lugares de relación, y un marcado interés global por la ética de lo vivo o antro-po-ética (Morín, 1999). Estos aspectos emergen en espacios connotados por urgencias históricas y conflictos, que se desplazan y redefinen en la línea del tiempo, determinando los modos de intervenir y entender sus dinámicas (prácticas, saberes, vivencias, percepciones, sentidos, emociones y acciones), al tiempo que conforman y reorganizan en cada espacio de emergencia, modos diversos de ver sus objetos de estudio. Dicha condición dispone los discursos y el lenguaje sobre lo social, como también las estrategias de contención, inclusión, evitación y resignificación de las experiencias vividas, configurando aprendizajes y ajustando estas medidas a las necesidades, demandas y deseos de la sociedad en conjunto.

Cabe mencionar que el carácter múltiple de los aportes transdisciplinares a la psicología social resulta importante para aproximarse a la complejidad de los hechos y fenómenos sociales, constituyéndose en un valor agregado a las acciones académicas en contra el simplismo metodológico y conceptual de algunas posturas epistemológicas y paradigmas de la modernidad, cuyo rigor cientificista y determinismo produjeron una visión reducida de la interacción del sujeto a nivel histórico-social. Resulta por ende imperioso resaltar que la definición del campo de acción disciplinar de la psicología social presenta una complejidad *per se*, pues sus objetivos se entrecruzan con otras ciencias sociales. Uno de los aspectos en el que concuerda con ellas, es el cuestionamiento al determinismo propio del análisis *positivista* que en un afán de controlar, verificar y predecir las prácticas sociales, imprime a dicha diligencia una objetividad inherente a la visión minimalista del mundo, aspecto que deja de lado la espontaneidad, la no-predictibilidad del comportamiento humano, y la creatividad que redimensiona la dinámica del encuentro en el plano individual y colectivo. Ésta característica posiciona a la *psicología social compleja* en un lugar de transformación que va más allá de la explicación de *la cuestión social*, y busca

revertir el ordenamiento biopolítico que categoriza lo real (*lo inefable*) y la realidad a través del fortalecimiento de la capacidad colectiva para proponer acciones liberadoras, (des)emancipadoras y autonómicas.

A esta posibilidad liberadora en el contexto de la psicología social es posible definirla como dispositivo “clínico-social” (Andrade, 2012; 2013), el cual es una propuesta de análisis que surge de la posición crítica-epistemológica respecto a los sistemas explicativos y paradigmas posmodernos, con los que se da cuenta de la experiencia fenoménica de personas, grupos, colectividades y entes sociales. La clínica-social es una oportunidad analítica, que basa su accionar en la relación dialógica resultante del encuentro con *el otro* (el padre, sus pares, instituciones) y con *lo otro* (lo social, lo material, las condiciones y emergencias sociales) en lo cotidiano, bajo un territorio de configuración política de la vida, es decir en relación al Biopoder y a sus posibles vertientes emancipadoras, mismas que resultan imperceptibles para aquellos que han vivido la dominación política como criterio básico para la conformación de su identidad. Desde la psicología social compleja y la clínica-social como su dispositivo meta-analítico, se entiende que la coerción ideológica y el ordenamiento mental que ejercen ciertos grupos sobre personas, familias, grupos, instituciones y comunidades resultan propios de dictaduras enmascaradas bajo democracias heteronómicas escasamente participativas. Estas peculiaridades guardan relación con la reproducción de estereotipias histórico-culturales de acomodamiento a la dominación externa, que operan sistemáticamente en el *quehacer* familiar y social. A esto se suma el conglomerado de encuadres ideológicos pedagógicamente impuestos en los sistemas educativos, que de manera análoga definen, rediseñan y resignifican las posibles subversiones y desvinculaciones mentales de dichos ordenamientos en los colectivos, ya que su creación, liberación y legitimidad puede dar origen a transformaciones y revoluciones importantes a fin de generar estrategias de cambio y (de)construir dialógicamente los espacios políticos. Lo anterior puede abrir paso a un nuevo posicionamiento del Biopoder en el que prime la equidad

social y una comprensión empática, transdisciplinar-compleja de lo vivo, lo que constituye una utopía alcanzable a partir de la correspondencia de la coordinación de la acción y retroacción colectiva, la corresponsabilidad respecto a los hechos sociales y el cuidado sostenible de las especies y del planeta.

Esta propuesta no es ajena a la necesidad de problematizar la complejidad del ejercicio de las instituciones sociales, analizando su nivel de funcionamiento y disfunción, las causas y consecuencias asociadas a su persistencia -aún bajo condiciones de exclusión, inequidad y cooptación del poder-, además de la dimensión real, simbólica e imaginaria de sus intercambios y la operatividad, reproducción y mantenimiento del sistema ideológico con el que los actores sociales y las instituciones que representan justifican la inequidad de sus prácticas. Dicho esto la clínica-social fomenta y participa en la (de)construcción analítica de las dimensiones comunicacionales del encuentro social, lo que propicia la red de coordinaciones operantes (de acción, emoción, cognición y afecto), con las cuales la interacción, los vínculos y en general el tejido social se solidifica en la actividad colectiva, logrando movilizar al individuo y el grupo en torno a un objetivo liberador compartido, incluso aunque éste logro implique parcialmente la reedición de las características dominantes de los regímenes anteriores, factor que orienta la clínica-social hacia el desarrollo de *dispositivos de cambio y empoderamiento* que den respuesta a la constancia operativa de actos liberadores como manifestaciones grupales, protestas, marchas, producciones epistemológicas, acciones de hecho, propuestas artísticas, etc., que hacen parte de las formas en que la sociedad reproduce la necesidad de cambio social. Según lo expuesto uno de los objetivos de la psicología social contemporánea es fortalecer el empoderamiento comunitario de familias, personas y colectivos humanos, como también de los procesos vinculantes entre seres vivos. Lo mencionado posibilita el paso desde el concepto de “la vida” como ordenamiento jurídico, a un territorio vital denominado “lo vivo” o “Zoe” (Agamben, 1998) en el que prima lo biológico como punto de partida, para entender la multidimensionalidad

de la experiencia biológica-social respecto al amor (legitimidad del otro, lo otro y construcción social de lo afectivo), la protección/desprotección, la inclusión/exclusión, la discriminación, la guerra y el odio transgeneracional de las comunidades y grupos que luchan (atacan y se defienden) por posicionamientos y reconocimiento político.

Así, aunque toda defensa sea una respuesta ante un ataque real o imaginado, programado o no, reconocido o ilegítimo, el hecho de que la vida se deba defender a toda costa, condena a los actores sociales al ejercicio de soluciones válidas por la vía de la violencia en cualquiera de sus manifestaciones (Baró, 1998; Bourdieu, 1979), por ello desde el escenario discursivo y práctico de la clínica-social es posible entender el desajuste individual y grupal, a partir del modo como cada persona o grupo interpreta y da cuenta de su padecimiento, antes que de la categorización nomotética de su enfermedad o conducta a través del diagnóstico. Para la clínica-social, la psicología social efectúa la comprensión dialógica de las instituciones, integrando la condición pluridimensional de los grupos al enfocar gran parte de su interés en aspectos propios de la expresión política-sociocultural de cada pueblo, motivo por el que dicha alianza entre dispositivo y disciplina científica debe buscar teleológicamente, fortalecer el aspecto *biopsicosocial* y *político* en el colectivo humano, y la construcción de anidamientos de emoción y lenguaje, en los que el acto comunicacional sea productor de inter-subjetividades y psiquismos transformadores de la realidad, que operen en lo social a partir de pautas comportamentales definidas por la elección individual, la presión social adjunta y el peso histórico-cultural de la memoria colectiva, aspectos que delinear los objetivos sociales del ser comunitario respecto a su proyecto social en el mundo.

De manera singular cuando la psicología social se ve escasamente ajustada a los parámetros socioculturales de la sociedad hispana, generaliza las explicaciones de los hechos sociales, lo que demuestra una contradicción interna en el modo de

entender la diversidad y la identidad de cada pueblo en un mundo globalizado. Pese a ello se debe resaltar que una psicología social del ser latinoamericano tal como lo planteó Ignacio Martín Baró, es una *psicología de la liberación* que para actuar acorde a las necesidades de los pueblos históricamente oprimidos, debe cuestionar la forma como la sociedad se ha acomodado a cierto monto o *plus* de dominación y pensamiento hegemónico, asimilando paulatinamente la reproducción de los medios y formas de sujeción. Estos medios están definidos por el ejercicio de mediaciones tecnológicas orientadas al control, promesas políticas que se decantan en actos de corrupción, ideologías transformistas que no se ajustan a la realidad histórica, cultural y política de los pueblos, la búsqueda imperiosa de identidades extranjeras, la proliferación de religiones, el estatus como medio-límite de afianzamiento de las diferencias entre comunidades, los estratos sociales y el consumo exagerado de bienes y servicios, entre otros aspectos. En los regímenes actuales la liberación mental de los pueblos es tan temida, que las instituciones políticas tradicionales a cambio de permanecer operantes, reproducen al interior de los sistemas sociales formas ideológicas y subliminales de opresión, cuyos objetivos pedagógicos y biopolíticos se repiten en las coordinaciones conductuales y emocionales del encuentro social. Así la dominación como proyecto máximo de la actividad del estado contemporáneo y de otros grupos que luchan por el *poder soberano*, está albergada en las diversas aplicaciones socio-culturales de lenguaje que son en sí mismas acciones políticas.

Aunque la alienación resulta cada vez más *simbólica* y *virtualizada*, ésta no se reduce a ellas, ya que la identidad, la idiosincrasia, la historia y la memoria colectiva, como también los imaginarios y las diversas tendencias del pensar en un marco de creencias y representaciones socialmente admisibles, fundamentan de manera compleja la dimensión epistemológica del *quehacer* de la psicología social liberadora, lo cual se decanta en la clínica-social como posibilidad (de)constructiva del modelo económico-mental-operativo, que asocia el *ser en comunidad* al *plus-valor*, en cuanto la productividad de aquellas condiciones

físicas que verifican su propia dominación material e ideológica. La clínica-social como dispositivo transformador de las relaciones social-comunitarias, impulsa el desarrollo integral desde el plano biopsicosocial de las comunidades humanas y la protección de lo vivo, en un marco de experiencias, lenguajes y epistemes ajustadas a las dinámicas socioculturales de los momentos de pensamiento y acción propios del discurrir del ser a través de la vida. En estos lugares de encuentro e interacción humana se desarrollan de forma natural, ejercicios dialécticos de transformación psíquica que modifican la genealogía y la materialidad del existir.

Ergo la psicología social establece sus análisis, comprensiones y prácticas, a razón de un proceso de modificación de la ecología mental de las comunidades y sus miembros, tomando como base la bioplasticidad de su capacidad adaptativa y el aprendizaje derivado de estrategias de auto recuperación dinámica que actúan como soportes de acción-prevención ante el abuso de poder y la ignominia de los violentos. Así, en un territorio de encuentro de lo diverso, la psicología social de éste tiempo contribuye a la explicación de las causas, procesos y consecuencias biopsicosociales resultantes de las fuerzas intervinientes en la interacción social, ajustando los aportes de otras disciplinas científicas a sus modelos explicativos, a fin de favorecer la (de)reflexión grupal y la (de)construcción significativa de nuevo conocimiento científico-noosférico (Morín, 1999), que se construye con base en la colaboración conjunta de todas las disciplinas, la implementación del saber empírico y vital de quienes acceden al conocimiento desde la particularidad de sus vivencias, y a través de la reformulación de los núcleos paradigmáticos, todo con el fin de generar constructos teóricos ajustados a los problemas de época y las realidades que vivencia cada conglomerado humano.

En este sentido gran parte del cuestionamiento acerca de lo social en Latinoamérica, ordena su análisis hacia el conocimiento del conflicto sociopolítico y sus variantes interinstitucionales, como también a las

circunstancias biopsicosociales de las comunidades en diversas condiciones de vulnerabilidad. Asimismo se interesa por entender la especificidad de las dinámicas juveniles anexas a la territorialidad de los nuevos grupos y conglomerados urbanos, la participación social-comunitaria en los procesos políticos, la interinfluencia entre colectivos, la movilización social, los efectos psicosociales de la globalización, las transformaciones y emergencias en las comunidades a partir de los nuevos procesos de sincretismo socio-cultural, los aspectos clínicos de la interacción entre personas y grupos, las pautas y estilos de crianza, además de las estructuras familiares y la extensión de la bioética a los diversos campos investigativos de las ciencias sociales y humanas, todo ello con el fin de aplicar los constructos y modelos explicativos emergentes, en los diversos territorios de relación a nivel macro, meso y micro social. Lo expuesto permite instaurar contextos de discusión a nivel académico y social-comunitario, que apuntan a *construcciones colectivas meta-analíticas* en las que se encuentran dialécticamente relacionadas la teoría y la práctica, orientación visible en la construcción y aplicación de propuestas dialógicas de intervención psicosocial, proyectos de desarrollo para generar equidad y sistemas proactivos de empoderamiento biopolítico orientados a la convivencia legítima en sociedad.

Para la psicología social Latinoamericana el uso de estrategias o posturas como la “clínica-social” que complejizan y desajustan los paradigmas explicativos importados de otras latitudes, resulta en una oportunidad única de reivindicar la producción de pensamiento, la memoria de los pueblos, su historia, cultura e identidad, puesto que la realidad del ser Latinoamericano es independiente a lo categorizado por modelos explicativos que son insuficientes para comprender las dinámicas complejas y particulares de las comunidades hispanas, lo cual cuestiona sus posturas sin demeritar sus valiosos aportes a la comprensión de los procesos y fenómenos sociales. Para la clínica-social las metodologías de intervención deben ajustarse a la dinámica sociocultural del grupo objetivo, por ello, entre sus metas se encuentran el fomentar la creatividad y capacidad de

análisis para afrontar los conflictos y generar *meta puntos* de discusión en la comunidad a fin de que los grupos reflexionen, entiendan y transformen el sentido y las implicaciones de la realidad que viven, resignificando el sentido de su existencia en el encuentro social. Ello implica la producción de lugares de dialogo constituidos por un basamento de intenciones aleatorias que gatillan la acción colectiva hacia la construcción de un proyecto conjunto de transformación operativa de la vida, en el que la comunicación social y los diversos lenguajes explicativos de lo vivo, fragmentan, construyen y (de)construyen aquello que es posible llamar “lo social”.

La clínica-social analiza los imaginarios y representaciones convergentes o divergentes, que una comunidad tiene acerca de sí misma, además de su *ser* y *estar* en el ámbito social-comunitario-global. Esto conlleva a que la psicología social como disciplina científica teórico-práctica, propicie acciones de ruptura necesarias para la liberación de las cadenas mentales impuestas por el Biopoder y el acostumbramiento a esquemas subjetivos de dominación social. Dicho así, la función liberadora es el producto de la construcción conjunta de un saber acerca de sí mismos como seres biopsicosociales, capaces de edificar un conocimiento que encamina su accionar hacia la generación de mejores estilos de vida, de nuevas ideologías y estrategias del quehacer y del sentir social, adscritas a una revolución del afecto y del lenguaje, en el que la construcción del sentido vital base su praxis en la emoción básica fundamental, es decir en “el amor”, connotado por Maturana como el respeto por el otro como un legítimo otro en la convivencia (Maturana, 1997). Para la *psicología social compleja* la clínica-social como dispositivo operativo de análisis y cambio estructural de la dinámica social-comunitaria, debe fomentar la creación de metodologías de intervención concordantes a las necesidades socioculturales y biopsicosociales de las poblaciones intervenidas en los diferentes escenarios de interrelación y conflicto.

En este aspecto resulta importante conocer el modo como el encuentro comunitario genera discursos y acciones colectivas que movilizan y transforman a la comunidad, lo que conlleva también el análisis de las conductas hostiles, tomando en cuenta la forma particular en que las acciones anulativas hacen parte de los discursos y biosaberes a nivel institucional y popular, aspecto que sirve de plataforma para la investigación de las acciones violentas en colectivos armados (legales e ilegales), movimientos grupales temporales (marchas, protestas, movilizaciones, etc.) y agrupaciones delincuenciales que justifican sus prácticas armadas desde una línea ideológica, ajustada a sus necesidades de beligerancia y terrorismo. Se debe precisar que las reacciones sociales derivadas del conflicto armado como desplazamientos forzados, coacciones, ejecuciones extrajudiciales, movilizaciones temporales, secuestros, acoso, muertes, reclutamientos forzados y torturas, es decir de todo aquello que indica una *dialéctica del terror*, suministran a los colectivos humanos conocimientos y prácticas acerca de las dimensiones de la ofensiva armada, como también información de las formas de anulación del otro sentando las bases para nuevas respuestas violentas en un plano de instrumentalización emocional, simbólica y material del conflicto. La violencia sociopolítica limita la voluntad individual, produciendo anomia y un gradual exterminio de lo vivo, extiende y aumenta su poder a través de diversas prótesis o armas de guerra (Derrida, 2000), pues quien las posea cuenta con la fuerza para dominar, cosificar, coaccionar, exceder o anular al otro en territorios que desde la construcción social de lo normativo tienen una validez mortuoria.

Para la psicología social la violencia sociopolítica es posible bajo ordenamientos en los que prime una enorme opresión política y desigualdades históricas materiales de base (estructural, estructurante y reproductiva), cuya condición ciclopoltica determina la persistencia de hegemonías del poder y del saber ideológico, en las que se consigna por una extraña antonomasia histórica: el deber de organizar lo que la sociedad llama poder, trasgresión, castigo y norma. Si bien para la psicología social la violencia constituye uno de sus campos de análisis, el

factor preventivo de dichas conductas, compone igualmente uno de sus tópicos de interés y desarrollo, por esta razón la prevención de los comportamientos hostiles desde un posicionamiento clínico-social, concierta con la comunidad y la sociedad participante y empoderada de su necesidad de cambio, actividades direccionadas a fomentar el diálogo solidario, la interprotección social, la construcción de una sociedad de derechos y de una pedagogía del afecto con base en la promoción de un *buen trato* que respete todo lo vivo e incluya la diferencia, además de la integración entre pensamientos, ideologías, imaginarios, afectos, conductas, cogniciones y acciones diversas, interconectadas en un plano de legitimidad, cooperación y reparación del daño transgeneracional que la violencia hace a los esquemas, procesos y estructuras mentales, con los cuales la memoria del abuso sociopolítico opera, reprime, sublima, niega, doblega, domina, olvida y cosifica.

Estos mecanismos orientan dinámicamente la construcción de propuestas que mejoren el sentido que la comunidad le otorga al “bien común”, buscando disminuir el impacto negativo de la violencia sociopolítica en las comunidades y redes de apoyo social, mejorando las dinámicas de interrelación e interdependencia comunitarias que operan a través de los dispositivos de reproducción política de lo vivo. Análogamente el aumento de los problemas de época a nivel mundial, nacional y local-regional advierte sobre la necesidad de considerar una psicología social más cercana a las comunidades, que base su análisis y práctica en una clínica-social, que entienda los padecimientos de personas y comunidades desde un punto de vista crítico y transdisciplinar, en cuya complejidad inherente los fenómenos sociales no sean reductibles a sus manifestaciones objetivas. La clínica-social es una propuesta de análisis de la vida del sujeto humano desde su condición biopsicosocial y sociopolítica, que posibilita de forma transdisciplinar un punto metódico de partida (crítico y complejo) para trascender el saber y el sentir que se tiene acerca de lo vivo.

José Alonso Andrade Salazar.

CAPÍTULO I

ASPECTOS HISTÓRICOS DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

La psicología social tal como la conocemos es fruto del pensamiento multidimensional del siglo XX, siendo en gran medida producto de los desarrollos y contribuciones de la cultura occidental especialmente de Norteamérica, lo cual no excluye el hecho de que gran parte de sus bases tengan su asiento en diversos pensadores europeos. Esta nueva disciplina científica ha sido moldeada de manera directa por diversas coyunturas sociales que afectaron drásticamente el funcionamiento y la operatividad de las instituciones políticas a nivel mundial. Dichos sucesos se enmarcan en el plano de las guerras entre estados o al interior de sí mismos, alianzas geopolíticas y políticas globalizantes, además de encuentros, acuerdos y desacuerdos ontológicos desde el punto de vista ideológico y sociocultural, aspectos que componen las raíces históricas de las prácticas e intereses de la psicología social. Lo anterior ubica la psicología social en un lugar preferencial respecto al análisis de los fenómenos humanos, ya que desde su estructura metódica puede generar movilizaciones de sentido que tornen alcanzables los cambios sociales que a nivel coyuntural son necesarios para dar forma a los procesos de equidad y participación comunitaria, condición que evidencia su influencia innegable y directa sobre el curso de la historia humana.

Aunque muchos teóricos dan cuenta del inicio de la psicología social a partir del experimento de Triplett (1897) sobre *competencia e influencia social*, los antecedentes de la psicología social se remontan al año 1879, especialmente con el surgimiento literario del libro: la Psicología de los pueblos «Völkerpsychologie», término acuñado por Wilhelm Wundt, quien afirmó que el objeto de estudio de esta orientación teórica, era el individuo en el plano social, su nivel de funcionamiento y operatividad en las comunidades donde interactúa, aspecto asociado al tipo de influencia de la sociedad y la cultura en las personas.

Esta afirmación indicó en su momento la existencia de una relación innegable entre la necesidad de catalogar la realidad vivida e interpretar las relaciones entre sujetos e instituciones sociales, por ello desde este lugar lo humano y lo social resultan inseparables, al tiempo que su relación se instaura como necesaria para el proceso de socialización y reproducción de la cultura. De acuerdo a lo expuesto es posible afirmar que la psicología social naciente pudo ser definida en función de los fenómenos sociales emergentes, lo que condujo a que su objetivo de trabajo se centrará desde su inicio, en un intento dialéctico por develar las leyes y particularidades con las que se rige la convivencia y el comportamiento humano.

Es importante mencionar que toda la psicología es social por definición y como tal estudia los procesos de socialización generadores de patrones de interacción definidos bajo complejos parámetros socioculturales. Dicho esto, la psicología social se interesa por el estudio de las modificaciones conductuales en personas y colectivos, la conducta de afiliación social, la dinámica general de los grupos (estructura, cohesión, resistencia, funcionalidad, identidad, desligamiento, etc.), además de aspectos como las diversas formas de percepción de los fenómenos, la complejidad inherente a la interacción, y las configuraciones del poder en relación a las estructuras que conforman las instituciones sociales, entre otros aspectos. Desde el punto de vista histórico la utilización práctica del término “psicología social” como punto de abordaje de los fenómenos individuales y colectivos se remonta a Baldwin (1897) con la teoría de la *selección orgánica* y la idea de escisión entre naturaleza y cultura, en la que explica el papel que tiene el comportamiento humano en la evolución al tiempo que establece un distanciamiento mayor entre psicología y filogénesis. Esto puede ser tipificado a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, especialmente con los aportes de Binet y Henri (1895) en el campo de la sugestionabilidad como también, por los estudios de Max Ringlemann (1913) con el concepto de holgazanería Social. Un

evento igualmente importante es el experimento de Triplett (1897)¹ en el que se definieron los parámetros de relación entre personas motivadas por una meta, lo que se decanta en el estudio de la influencia social, aspecto que permitió una ampliación de los conceptos de motivación, interrelación, interdependencia e interinfluencia social.

De manera explícita es posible distinguir cuatro periodos en el desarrollo de la psicología social, el primero de ellos puede denominarse “*periodo de los predecesores*” que hace referencia a las bases filosóficas ancladas a la etapa Socrática, pasan por Platón y Aristóteles (S. IV 301-400 A.C.) y termina en San Agustín y Tomás de Aquino, escenario en el que se desarrollaron dos métodos de conocimiento científico (mayéutica y dialéctica) y se dio el salto del pensamiento mítico (*mithos*) a la práctica (*praxis*) y de ésta a la técnica (*techné*) y la ciencia (*episteme*); cabe mencionar que a partir de los aportes de los autores religiosos (Santo Tomás y San Agustín) la razón abre paso al predominio “del orden del corazón” para exponer el sentido del ser humano desde la *eudaimonia* (felicidad), a fin de llegar al predominio del “orden intelectual” con el que se explica la finalidad del ser en comunidad más allá de la felicidad y contemplación. En este periodo la religión asume el poder absoluto para catalogar la realidad social, cuando el pensamiento filosófico se particulariza, por efecto de la fragilidad del sistema de creencias, la represión ideológica y los problemas políticos de un entorno socialmente inestable en cuanto capacidad para generar un estado constante de igualdad y bienestar social-comunitario.

¹ Norman Triplett (1897), examinó los registros de velocidad de los ciclistas y encontró que estos eran mayores cuando corrían acompañados en una modalidad de competencia, así concibió un estudio de laboratorio para probar el efecto de la presencia de otros en el desempeño individual. Este tema se constituye en el único aspecto *estudiado de forma experimental* durante las tres primeras décadas de desarrollo positivista de la psicología social (Worchel, Cooper, Goethals & Olson, 2002). Es importante distinguir que desde el punto de vista de la investigación aplicada o “experimentación” la psicología social emerge con el experimento de Triplett, sin embargo como ciencia en proceso de construcción ya se había formulado desde el libro “La psicología de los pueblos” de Wilhem Wundt (1879).

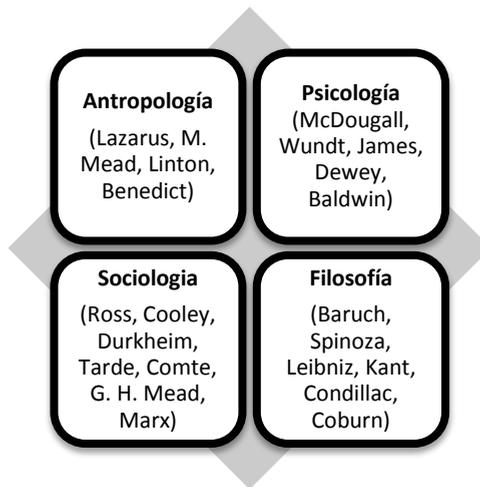


Ilustración 1. Precursores de la psicología social

Una segunda fase es la de “*compleción*”, que atañe a los desarrollos del siglo XIX con Hegel y la psicología colectiva, los aportes de Karl Marx, Augusto Comte, Charles Darwin, Francis Galton, Wilhelm Wundt, Gustav Le Bon, Norman Triplett y Sigmund Freud. Ésta etapa se caracteriza por presentar una especie de sincretismo epistemológico importante, como efecto de la diversidad de aportes desde diferentes posturas y disciplinas científicas, dicho aspecto generó controversia y variaciones en los modos de entender la realidad social, principalmente por la necesidad de pensar la psicología social naciente como una derivación de las ciencias biológicas, en función del carácter neopositivista predominante en aquel entonces en las ciencias sociales. El tercer periodo se denomina “*periodo de las definiciones*” e inicia en el siglo XX con el pronunciamiento en 1905 de la American Sociological Association (ASA) acerca de la psicología social como el campo encargado de estudiar la interacción entre la conciencia individual y la sociedad en general, tomando como punto de partida el principio de mutualidad y reciprocidad respecto a los efectos de dicha interacción.

En este periodo se definen los lineamientos epistemológicos (metodológicos y conceptuales) que darán orden e inicio a la psicología social contemporánea, abriendo paso a desarrollos importantes en psicología comunitaria y psicología grupal. Así, los principales autores que dan cuenta de este cambio son Sigmund Freud, William McDougal, Edward A. Ross, Floyd H. Allport, Louis L. Thurstone, Jacob Levi Moreno, Vygotsky Muzafer Sherif, Georg H. Mead, Kurt Lewin y la escuela de Frankfurt (Horkheimer, Adorno, Marcuse, Habermas). Sus aportes promoverán la conformación de la Sociedad para el Estudio Psicológico de Temas Sociales (SPSSI), al tiempo que la consolidación de la escuela de Frankfurt, eventos que posibilitaron la apertura a publicaciones científicas en el tema de la psicología social. Lo anterior incluyó los aportes de las escuelas psicológicas y de disciplinas científicas afines, cuyo trabajo transdisciplinar permitió una mayor comprensión de los fenómenos sociales y la actividad humana. En esta etapa se incluye la investigación social derivada de la Segunda Guerra Mundial, ejemplo de ello son los estudios de Asch (1952) acerca la conformidad, Milgram (1977) y la obediencia social, y se incluye en 1954 la creación en Europa de la European Association of Experimental Social Psychology (EAESP).

El cuarto y último periodo es el de las “*revoluciones paradigmáticas*” o “periodo contemporáneo” que surge una vez los aportes a la psicología social se encuentran consolidados -a partir de las escuelas de la segunda guerra mundial-, en este espacio aparece Leon Festinger con su Teoría de la disonancia cognitiva, a la par con el desarrollo del interaccionismo simbólico a finales de los años 50`s (Lindesmith & Strauss, 1968; Shibutani, 1961; Kuhn, 1962; Berger y Luckmann, 1979; Blumer, 1969; Rose, 1971; Armistead, 1974). Asimismo son valiosos los estudios sobre el comportamiento humano especialmente aquellos de “niños criados por animales” como por ejemplo por lobos (Singh y Zingg, 1966; Ogburn y Bose, 1959) y el caso del niño de Aveyron (Itard, 1978), la evidencia de niños y niñas que se desarrollan en aislamiento social (Davis, 1940), y los estudios del

comportamiento social de hijos adoptivos y mellizos (Tabah y Sutter, 1954; Newman, Freeman y Holzinger, 1937; Woodworth, 1941; Burks, 1928). En este periodo se sientan las bases críticas acerca de la socialización y la cultura. Se debe mencionar que la influencia de la sociología resulta trascendental para el desarrollo de un pensamiento cada vez más amplio respecto al fenómeno social, comprendido globalmente en relación dinámica con aspectos psíquicos y biológicos; sin embargo la asociación *biopsíquica* encontraría un punto de fractura necesario ya que, en un afán de desarrollarse como disciplina científica, la psicología social se abre paso como postura independiente aun cuando continúe enlazando sus análisis y prácticas con la sociología y otras disciplinas.

El periodo contemporáneo está marcado por la idea del ser como el componente resultante de tres (3) dimensiones interdependientes: biológica, social y cultural (Curtis, 1960), así el hecho de entender al ser al ser como Biosociocultural abre la posibilidad de acercarse al hecho social desde una perspectiva diversa-sinérgica y no solo considerando estos elementos por separado. Asimismo influye la crisis paradigmática (Kuhn, 1962) que transformó la forma de entender los fenómenos científicos y sociales. Un hecho importante de recalcar es la formación en el año de 1966 en Estados Unidos de la “Society for Experimental Social Psychology” (SEP), entidad que consolidó la psicología social como disciplina científica orientada al estudio de la interacción humana a nivel individual y colectivo desde un marco sociocultural históricamente determinado. En la década de los 70’s los psicólogos sociales presentan un interés mayor por procesos cognoscitivos como la atención, memoria y razonamiento, a razón de ser elementos considerados como esenciales para el desarrollo del pensamiento y el comportamiento individual/colectivo, igualmente crece el interés por las teorías psicosociales, los grupos, la personalidad, el juicio/prejuicio y el estigma, además de los procesos de cooperación, el movimiento de masas, la violencia y el conflicto social. Estos elementos son cruciales para favorecer la ruptura de condicionamientos ideológicos que dividían a factores biológicos de factores ambientales, por ello

posturas como la de Eysenck (1971) son importantes porque se adhieren a la idea de que *herencia* y *medio ambiente* no son divergentes, pues existe entre ellos una interacción dinámica. Desde aquí la psicología social buscaría la forma en que ambas interactúan y se transforman mutuamente, analizando las dimensiones constituyentes de cada factor para comprender cómo interviene la herencia en la actividad social de las personas, y la forma en que el ambiente moldea dicho comportamiento.

Aunque lo anterior seguía siendo en esencia una división que superó lo conceptual al responder parcialmente la pregunta: ¿Qué es primero herencia o medio ambiente?, su emergencia pudo abrir paso a lo procedimental: ¿Cuáles factores? ¿Cómo se transforman? ¿De qué está compuesta cada parte?, configurando en parte la idea de que la psicología social no podía ser ajena a lo biopsicosocial, lo que propuso un punto importante de cuestionamiento emergente y aproximativo para la comprensión de la complejidad de lo humano. Como consecuencia se obtuvo la idea que lo *biopsicosocial* no podía ser analizado fraccionadamente a modo de entidades, compartimientos individuales o procesos separados, porque su razón de ser se encuentra en la interrelación e interdependencia que establecen a nivel procesual sus dominios y en sus efectos ontológicos inmediatos. La década de los 70`s es crucial para el estudio del comportamiento humano, especialmente porque marca un hito respecto al consumo de sustancias psicoactivas, además de los conceptos de elección y atribución social (Mower & Wyte, 1982), en este periodo Jean Piaget desarrolla el modelo constructivista del conocimiento, en el que se ve al conocimiento como un sistema organizado, que se construye a partir de las interacciones del sujeto con su entorno físico y social. Asimismo Bandura & Walters (1963) trabajan en “*la adquisición de conductas*” a través del proceso de modelamiento, lo que aporta al estudio de los aspectos positivos del comportamiento prosocial

(Goldstein, 1981). Hacia 1975 Edward. O. Wilson crea la sociobiología², tendencia que incluye a la herencia como tronco central epistemológico afirmando que el comportamiento social se encuentra genéticamente determinado. La sociobiología postula la existencia de un *gen egoísta* que da cuenta de un carácter conflictivo (competencia, destrucción, dominación, egoísmo, discriminación) propio de la vida social desde tiempos remotos, dicho gen tendría la finalidad adaptativa de propiciar las acciones altruistas “*altruismo genético*”, las cuales serían en gran medida determinantes de los procesos de significación social de la interacción humana. Para ello los genes requieren contar con mayores probabilidades de supervivencia a fin de generar organismos sensibles al ambiente (Dawkins, 1976; Lumsden y Wilson, 1981). De forma paralela surge el *enfoque situacional* de los fenómenos sociales que tuvo sus primeros antecedentes en autores como Kurt Lewin (1948), H. S. Sullivan (1953), Sherif & Sherif (1974), y Murphy (1947). En esta postura la noción de *situación* cobra gran importancia para la psicología social, pues a partir de ella el estudio de los fenómenos sociales se enfoca a la *variación situacional* y al estado de permanencia de sus funciones, en relación a los cambios “necesarios o inesperados” en una estructura social determinada, más que en las variantes individuales que estipulan sus transformaciones consecuentes.

Asimismo aparecen los aportes de William Damon (1977) cuyo interés se centró en los procesos de grupo, el juicio social, las variables de la personalidad y las actitudes. Hacia 1980 surgen los estudios de Reid Hastie acerca de la organización de la información social en la memoria a largo plazo, como también

² Entre los antecedentes de la sociobiología se encuentra la teoría de la “selección natural de las especies” de Charles Darwin, que como tal podría ser aplicada a todos los seres vivos, así todo rasgo heredable por su valor adaptativo tiende a conservarse si se aumentan sus posibilidades de supervivencia transmitiendo dicha fortaleza genética a su descendencia; esta teoría otorgó fuerza al pensamiento sociobiológico al postular la idea que todo comportamiento es en sí mismo una estrategia direccionada a fortalecer la preservación de la especie a través del *egoísmo individual* respecto a su éxito reproductivo, así el gen altruista es la manifestación de esto pues el organismo concentra su esfuerzo principal en la propagación global de sus genes, incluso y aunque le esto le signifique su propia desaparición (Veulle, 1986).

los aportes al concepto de *clima social* (Ridruejo, 1983) donde “*el medio modifica el medio*”, por lo que el ambiente es un factor explicativo inherente a la acción humana, lo que genera en la interacción un “clima social” determinado. En este periodo se indagan aspectos como el desarrollo social con base en el modelo Estimulo-Respuesta dando un valor preponderante al estímulo, así se enuncia la importancia y papel de agentes sociales (estímulos) como la familia, la escuela o las subculturas, y se define la respuesta como la conducta social del individuo, evidente a través de la conducta de apego, popularidad o los roles sexuales (Hoffman, Ruble, Higgins & Hartup, 1983). Paulatinamente la década de los 90`s plantea nuevos objetivos de investigación en los contenidos sociales de época tales como la prevención del VIH/SIDA, las relaciones entre grupos étnicos, la identidad sexual, la delincuencia juvenil, la pena de muerte, el consumo de sustancias psicoactivas, la política y la biopolítica, la noción de poder y conflicto social transcultural, entre otros. En este tiempo se establece una posición crítica acerca del biologismo y el ambientalismo, ambas tildadas de reduccionistas, lo que permitió explicaciones fenoménicas más amplias, con base en la comprensión de la dinámica biopsicosocial del comportamiento humano.

Ampliación de los antecedentes.

Es importante mencionar que en gran medida los antecedentes asociados al surgimiento de la psicología social parten de dos publicaciones escritas en el mismo año (1908) que surgen en pleno cambio de siglo. El primer libro fue escrito por el sociólogo Edward Ross (1908) con el nombre de “*Psicología Social*” y en él se afirmaba que la conducta social era causada por efecto de la imitación y la sugestión, aspecto que tiene una gran influencia de la psicología de las masas de Gustav Lebon, y se deriva de la necesidad de entender la dinámica del comportamiento colectivo. El segundo libro fue escrito por William McDougal (1908) “*Psicología Social*”, y postulaba que en gran medida el comportamiento humano era el fruto de la actividad de instintos, entendidos

como “tendencias conductuales innatas” que no son aprendidas y se repiten en una especie determinada de forma análoga; en consecuencia una parte importante de la conducta humana presentaba un impulso o motivación interna de carácter instintivo. Asimismo Thurstone y Chave publican el libro “La medición de actitudes” en 1929, y en 1934 se funda el primer Instituto de sondeo de opinión pública (ISOP). Hacia el año de 1935 los aportes de Kurt Lewin abren una dimensión cardinal para el entendimiento del comportamiento colectivo al incluir el concepto de *campo*, al tiempo que siembran la idea de la investigación como estrategia para crear, postular o reentender las ciencias del comportamiento.

Asimismo uno de los autores que más aporta a éste progreso es Floyd H. Allport (1924), quien consideraba que la psicología social no debía limitar su desarrollo a un número reducido de conductas verificables por la observación, y lógicamente deducibles, puesto que debía construirse a sí misma en el quehacer de sus prácticas, y para ello tenía que ampliar sus principios epistemológicos e intereses investigativos al campo del *aprendizaje asociativo* en relación a los comportamientos sociales y la interrelación entre las personas y la sociedad. De acuerdo con Allport (1954) la psicología social intenta entender y explicar las diversas formas como los pensamientos, sentimientos y las conductas de los individuos suelen ser influidas por la presencia actual (real), imaginada (pensada idealmente) o implicada en la actividad de otros seres humanos. En esta afirmación el autor presenta una visión progresista del suceso social, y lo acerca al concepto de interinfluencia, fortaleciendo las bases de desarrollos posteriores en el campo de la psicología social comunitaria. La psicología social contemporánea toma en cuenta los aportes de Allport, pero no se limita a ellos precisamente porque en su transcurrir histórico como disciplina incorpora a su repertorio epistemológico teorías y posturas ideológicas, que de acuerdo a Deutsch & Krauss (1979) robustecen de forma instrumental-intelectual la organización de los datos sociales, lo que permite al investigador la comprensión

analítica y descriptiva de las categorías con las que se puede interpretar una realidad social determinada.

Esta estrategia en sí misma es el camino que posibilita las transiciones lógicas desde un conjunto de información a otro logrando que las teorías operen a modo de herramientas que guían la investigación, a fin de generar explicaciones, organizar los hechos, y descubrir las relaciones entre las categorías analizadas. De acuerdo con Ignacio Martín Baró (1988) desde el inicio de la psicología social con Floyd Allport, el análisis social se estructura a partir del enfoque conductista y el método experimental, lo que conllevó a reducir la psicología social a una psicología individual. Floyd Allport es el mejor ejemplo de cómo el modelo positivista influyó y moldeó el desarrollo de la psicología social norteamericana (Jones, 1985), con base en la pretensión científica no-especulativa, cuyo rigor y búsqueda de objetividad condujeron a un reduccionismo radical, del cual queda suprimido precisamente el aspecto social-contingente de la interacción humana. Como resultado de tal apropiación e interpretación restringida del hecho social en los grupos, comunidades e instituciones, se construye por defecto una *psicología social positivista*, excluyente de las dinámicas inefables y de la comprensión de la interacción entre colectividades humanas. Ignacio Martín Baró (1988) considera que esta postura es ignorante de sus propios presupuestos y posibilidades explicativas, vedada ante el carácter histórico de los procesos humanos y de suyo, con una elevada tendencia a universalizar los fenómenos, procesos y explicaciones a partir de teorías inaplicables a los contextos latinoamericanos porque son característicos de la cultura europea o norteamericana.

Cabe mencionar que a pesar de que la psicología social emergía como una importante tendencia teórica a mediados de los años 50`s, hacia la década de los 60`s su notable orientación hacia el enciclopedismo permitió un mayor desarrollo metodológico, al tiempo que abrió espacios e intervención social donde sus prácticas comunitarias adquirieron peso científico. Los problemas teóricos

surgieron cuando la posición explicativa y reduccionista de lo social implicó la aceptación *a priori* de que todo hecho social humano era reducible a las categorías analíticas de la postura con la que se realizaba la lectura social, así la interpretación de los fenómenos encontró antagonismos, derivaciones y conjunciones, lo que obligó a sus adeptos a especificar la orientación paradigmática de sus ideas. En este sentido el crecimiento de la psicología social fue posible a partir de transiciones históricas que cambiaron el curso de la humanidad, por ello la demanda de especificidad en su campo aplicativo se vio presionada por la necesidad de implementar dispositivos de trabajo colectivo, en el que a partir de estrategias de contención, resignificación y cohesión grupal, fuera posible tramitar traumas grupales y problemas sociales que agudizaban su nivel de conflicto, como efecto de las fallas en la capacidad operativa-asistencial de los estamentos de salud. Por éste motivo no fue sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial que los procesos de investigación en el campo de la psicología social, empezaron a tener un desarrollo progresivo y dinámico.

Paradójicamente éste avance positivo fue el efecto histórico de aspectos negativos en las relaciones políticas entre países que se disputaban territorios e imponían sus ideologías. A ello deben sumarse los avances tecnológicos en el campo de la guerra, el desarrollo de aparatos y dispositivos destructivos, el expansionismo antisemita, los horrores del holocausto Nazi y las secuelas posconflicto en soldados y en la población víctima de los conflictos armados. En gran medida fueron los efectos biopsicosociales derivados de la guerra, la sevicia y la aniquilación humana, lo que motivó a muchos investigadores a estudiar aspectos ontológicos importantes relacionados con las dinámicas sociales, los movimientos de masa, la influencia social, la conformidad y la obediencia, así como también el interés por las conductas de agresión, violencia y coerción, entre otros aspectos. Extrañamente las guerras definen gran parte de los lineamientos de la psicología social naciente, pero es la segunda guerra mundial como evento transformador de la realidad geopolítica mundial, lo que estimula el desarrollo de

la psicología social propiamente dicha. En la primera guerra mundial esto fue posible porque el elevado éxodo de psicólogos y científicos sociales europeos por efecto del antisemitismo ideológico Nazi, generó una apertura a nuevos conceptos y posturas científicas, como consecuencia la escuela de pensamiento europea se fusiona con la Americana, condición que aportó una perspectiva novedosa al entendimiento del fenómeno social. La escuela Gestáltica es muestra de ello, autores como Kurt Lewin, Fritz Heider, Bob Zajonc, Salomón & Asch, son fruto de una simbiosis de pensamiento constructivo que dio lugar a la orientación cognitiva de la psicología social.

Uno de los aspectos paradójicamente constructivos de la guerra, surge a partir de los efectos del holocausto y sus excesos sobre la humanidad, puesto que el interés por la naturaleza del conflicto, provocó el auge de la teorización acerca de la naturaleza social y biológica de las relaciones humanas, así los tópicos de interés se centraron en los siguientes temas: personalidad autoritaria y conformidad social (Asch), obediencia (Milgram), reducción de los prejuicios (Sheriff), competencia (Triplet), estudios sobre la agresión (Bandura; Buss; Taylor), persuasión (Kelley & McGuire) y sugestión (Tarde; Ross; McDougal). Un dato importante referente al tema de la persuasión, tiene que ver con la forma como la *conformación de actitudes, el cambio actitudinal, la imitación y la sugestión*, afectan el comportamiento social humano, dicho estudio fue realizado por un grupo de Investigación de la Universidad de Yale compuesto por investigadores ex-militares.

De acuerdo con Allport estos elementos son de gran importancia para el desarrollo humano desde una perspectiva analítica de la sociedad y la cultura, en gran medida porque a través de ellos se estructuran, reestructuran y se reconfiguran las vinculaciones entre colectivos sociales. Allport (1954) orienta su interés hacia la comprensión de la influencia de pensamientos, sentimientos y conductas entre personas, lo que modificó el modo de interpretar la experiencia

social, posibilitando desde un campo experimental la medición, predicción y control de muchas manifestaciones de la acción a nivel individual y colectivo. Lo expuesto en la actualidad permite a los psicólogos sociales asociar conducta y cognitivismo, postura que como punto crítico prescinde en su análisis de aquellas condiciones de la psique y de la relación con otros, que son irreductibles a la cuantificación progresiva y el control experimental; puesto que la conducta humana no referencia únicamente actividades motoras visibles sino también, reacciones, actitudes, interpretaciones, afectos, gestos y palabras (Hogg & Vaughan, 2008).

La psicología social se torna cada vez más crítica de los sistemas sociales, por tal motivo puede definirse siguiendo a Moscovici (1991), como la ciencia de las interacciones orientada hacia un cambio social planificado, que solo es posible a través de una revolución paradigmática en la que se (de)construyan³ propositivamente los conflictos y limitaciones del saber que emergen de la resistencia a integrar dialéctica y dialógicamente⁴ la transdisciplinariedad del conocimiento científico. Así la inclusión de la multidimensionalidad y complejidad del saber abre paso a una transición epistemológica requerida, que va desde la pasividad analítica de los sujetos, la reproductibilidad homocíclica de sus explicaciones, saberes y campos de interacción, la función dominadora de lo institucional, y el mantenimiento homeostático de sus sistemas sociales (familia,

³ La (de)construcción social es una estrategia de lectura de la realidad social que abre la posibilidad de entender que las leyes, explicaciones y conceptos paradigmáticos puede resultar globalizadores, si no se entienden como estructuras dinámicas cuya movilidad interna en el texto y el discurso, abre posibilidades diversas de comprensión del fenómeno social, para lo cual se requiere integrar lo excluido en el lenguaje, es decir aquello que constata la importancia de la incertidumbre en la acción y retroacción dialógica y transformadora del conocimiento.

⁴La *relación dialógica* resulta antagónica, competitiva y complementaria entre el orden, el desorden y la organización de la vida social-comunitaria, por tanto explica aquello que permanece y lo que cambia, además del porqué de éstas transformaciones. Contrariamente la dialéctica trabaja sobre relaciones de exclusión: afirmación-negación, tesis-antítesis, negación de la negación, dominador-dominado, etc., en el que la lucha por la objetividad conlleva la ilegitimidad del otro y la *conceptualización* del objeto a razón de la búsqueda de certidumbres del saber, del sentir y de quehacer. La dialéctica es autorreflexiva mientras la dialógica como propuesta de aprehensión del saber es activa-receptiva-participativa-retroactiva y actúa en función de la *comprensión* colectiva de la realidad dinámica y circundante.

sociedad, grupos, etc.), hasta una *epistemología compleja del conflicto*, que genere campos de comprensión de la actividad humana, a partir de la inclusión de la incertidumbre resultante de la interacción entre sujetos, colectivos, instituciones, entidades naturales y todas aquellas formaciones y sistemas biológicos que social y políticamente han sido excluidos de los escenarios de transformación contingente. Esta nueva psicología social debe presentar una postura expandible que supere el dualismo que problematiza la relación entre individuo y sociedad (Moscovici, 1981).

La psicología social tal y como se conoce ha transcurrido por diversos periodos, para Allport (1954a), la psicología social pasó por cuatro (4) etapas: 1) la de las teorías simples y soberanas -llamadas así por tratarse de formulaciones que procuraban ofrecer la razón o clave fundamental de la conducta social; 2) La de “las grandes perspectivas teóricas de la psicología” que se constituyeron en su materia prima –el psicoanálisis, la Gestalt y el conductismo temprano-. 3) Del predominio de las “postulaciones de rango medio” -denominadas así por tratarse de formulaciones que procuran abarcar algunos y no todos los fenómenos psicosociales-; 4) El momento actual o de la hegemonía cognoscitiva, en el que se produce el resurgimiento de las grandes formulaciones teóricas. En este punto es importante señalar que en gran medida lo *psicosocial* puede ser comprendido desde una conceptualización dinámica en función de las transformaciones colectivas visibles en las prácticas orientadas a la comprensión e intervención de los fenómenos y sistemas sociales.

Lo psicosocial implica que la reunión y organización dinámica de elementos del sistema social sea entendida de forma transdisciplinar en pos de fortalecimiento de las acciones, estrategias, medidas, comprensiones e intervenciones direccionadas a la recuperación, reparación y resignificación del tejido social-comunitario, como también a la generación de acciones y retroacciones internas promotoras del cambio socio afectivo y el empoderamiento de la comunidad de

los problemas, conflictos, transformaciones e interdicciones emergentes. Asimismo desde el punto de vista conceptual, lo psicosocial alude a la reunión e intercambio dialógico de aspectos biopsicosociales entre personas y comunidades a partir de múltiples objetivos que convocan el ejercicio de su humanidad, reuniendo en lo social las condiciones auto-eco-organizativas (Morín, 1999) que favorecen la adherencia a procesos, mecanismos, medios, fines y acciones de socialización mediatizadas por la comunicación y la adquisición del lenguaje, en un entorno de desarrollo específico y bajo disposiciones biopsicosociales interconectadas y complejas. Desde este punto de vista es útil hablar de aspectos biopsicosociales, en los que no prevalece cada elemento de manera individual, porque su interrelación e interdependencia insta una reciprocidad inherente e inevitable a la condición humana, aspecto que conceptualmente no es reductible a los preceptos de la sociobiología, ni a explicaciones socio-estructuralistas de la interacción social.

Respecto a las divisiones en las posturas y periodos de la psicología social Jones (1985) resalta cinco posturas que resultan definitivas para la consolidación de la psicología social: 1) La teoría de campo de Kurt Lewin; 2) La teoría de los procesos de comparación social de Leon Festinger; 3) Las teorías de la consistencia cognoscitiva -donde nuevamente Leon Festinger juega un papel definitivo con su teoría de la consistencia cognoscitiva-; 4) Las teorías conductuales incluyendo posturas neoconductistas como la de Bandura y Berkowitz; 5) y la teoría cognoscitivo-social. Dichas teorizaciones abren paso a nuevos campos de acción investigativa de la psicología social contemporánea tales como: el prejuicio, la interinfluencia social, los estereotipos, los problemas comunicacionales entre colectividades, el rendimiento y productividad empresarial, los condicionamientos sociales, las relaciones grupales, el impacto de los medios masivos de comunicación, la conducta de ayuda y cooperación social, el hacinamiento crítico bajo condiciones de vulnerabilidad, el desarrollo psicosocial de acuerdo a la densidad poblacional y sus efectos en la prosocialidad,

la psicología social y de la salud aplicada a condiciones deficitarias a nivel comunitario, y la psicología social relacionada con el sistema legal que regula la actividad de los grupos a modo de grandes y pequeñas colectividades humanas. Estas propuestas configuran puntos referenciales, desde los cuales es posible reconfigurar la intervención psicosocial, además de generar conceptualizaciones a partir de las particularidades presentes en las poblaciones donde estas condiciones sociales emergen.

Tal como lo afirmó Sigmund Freud toda la psicología es social por definición, de allí su interés por la socialización como proceso, el salto del análisis de las conductas hacia la comprensión de las acciones humanas, el interés por el proceso de afiliación social, el poder y la inter-influencia, además de la propensión a vislumbrar la estructura y dinámica de los grupos. De acuerdo a lo expuesto la psicología social ha evolucionado desde concepciones funcionalistas y estructuralistas, hasta la construcción de modelos explicativos dinámicos transdisciplinarios de corte complejo, cuyo interés se centra en el estudio de la influencia de aspectos situacionales propios del encuentro social, la individualidad interpretativa de la interacción con otros, la incertidumbre en el conocimiento ontológico y la dimensión etológica que determina la posición del ser y las especies en el mundo de lo vivo, prestando especial interés por la forma en que las personas se perciben y afectan mutuamente, cambiándose a sí mismas y modificando su entorno de forma simultánea. Con estos elementos de base se propone que ésta psicología social sea denominada *psicología social compleja*.

Otro de los aportes importantes fue el de William McDougal a través de la “teoría de la acción” que resalta el poder del instinto para explicar la vida social del sujeto, en este sentido la psicología social se enfocó en el estudio de la mente humana, en relación a su actividad mental y corporal, como reguladoras de la conducta, manteniendo el curso de las actividades en función de la vida instintiva. Igualmente no se pueden pasar por alto los aportes de Sigmund Freud desde el

enfoque psicoanalítico con sus obras “El porvenir de una ilusión (1927)” y “El malestar en la cultura (1930, [1929])” en las que expone que el ser humano debe renunciar a su animalidad instintiva con el fin de “socializarse”, lo que le obliga a reprimir el instinto en pos del orden social establecido, *ergo* su objetivo será el de comunicarse con otros, adquirir un lenguaje, constituirse como sujeto, participar activamente de la construcción de la sociedad y la cultura, y organizar su psiquismo a través de instancias psíquicas de tipo inconsciente y consciente, cuya forma estructural-topográfica denota un funcionamiento económico inherente (inversión y reinversión de la energía psíquica). Otros autores importantes fueron Karen Horney con el papel de la cultura en la neurosis, Sullivan que estudió la personalidad y su comprensión en el marco de las interacciones humanas, Kardiner para quien la cultura moldeaba la personalidad, Erickson y el psicoanálisis social, que planteó el desarrollo psicosocial y la identidad a través de varias etapas, y Fromm que aporta al análisis de la organización social como mediador de la satisfacción de las necesidades humanas y su impacto en la salud mental. Estos teóricos apartándose del carácter individual del psicoanálisis ortodoxo plantean que lo biopsicológico está definido por la interacción social (Angarita, 2008).

La psicología social se desarrolló gracias al uso de categorías brindadas por las ciencias naturales particularmente de la física, de allí que los psicólogos sociales hablen y se interesen cada vez más por la dinámica de grupos, topología, hodología, átomo social, molécula etc., (Maisonneuve, 1964), así desde el punto de vista de la investigación se ha definido históricamente a la psicología social como la disciplina científica que estudia los diversos vínculos interpersonales, además de otras formas de interacción social. La psicología social puede ser descrita como el estudio científico de los procesos psicosociales implicados en la génesis, desarrollo y consecuencias de todo comportamiento humano interpersonal, por ello se caracteriza fundamentalmente por ser teórica, operativa e instrumental, presentando las características de una interciencia, en cuyo caso

las ideologías se presentan como coadyuvantes a su desarrollo epistémico y a su actividad práctica e investigativa, por tanto su campo de acción es abordado desde un escenario transdisciplinar, es decir, por una epistemología de segundo orden convergente a un proceso teleológico de comprensión del fenómeno social del cual deriva la multiplicidad de técnicas implementadas para comprender e intervenir los procesos sociales.

Ignacio Martín Baró (1985) consideró que la historia de la psicología social puede dividirse en tres etapas: 1º) la de fines del S.XIX, durante este primer periodo se concibe la sociedad como un todo unitario y se trata de “compaginar las necesidades del individuo con las necesidades del todo social, examinando para ello los vínculos entre la estructura social y la estructura de personalidad”. La pregunta que se trata de responder es “¿Qué nos mantiene unidos en el orden establecido? 2º) La que va de los albores del S.XX hasta los años setenta y que corresponde al periodo de americanización de la psicología social. La pregunta que se intenta responder es “¿Qué nos integra al orden establecido?”. Asumiendo que el sistema social es el representante de un orden social incuestionable. Este periodo se caracteriza por el énfasis en lo psicológico y en el individuo como unidad de análisis y por la visión de la disciplina desde el poder. Es el individuo el que debe adaptarse a la estructura social, militar o industrial, no la estructura la que debe cambiar. 3º) El tercer periodo es el que emerge en el tiempo reciente. Durante ésta etapa cambia la pregunta como consecuencia de la crisis disciplinar por efecto de la derrota militar y política en las diversas guerras contemporáneas. La pregunta es “¿Qué nos libera del desorden establecido?”, en ella la psicología social se ocupa de estudiar la manera como el hombre construye y es construido por la sociedad.

ETAPAS DE TRANSITO DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL.	POSTURAS PARA LA CONSOLIDACIÓN DE LA PS SOCIAL (JONES, 1998)	ETAPAS Y PREGUNTAS DE LA HISTORIA DE LA PS SOCIAL	PERIODOS DE LA PS. SOCIAL
Allport (1954)	Bandura, Lewin, Festinger, Berkowitz, Piaget	Ignacio Martín Baró (1984)	José Alonso Andrade (2013)
1) Etapa de las teorías simples y soberanas	1. Teoría decampo de Kurt Lewin.	1. Etapa de fines del siglo XIX; ¿Qué nos mantiene unidos en el orden establecido?	1. Periodo de los predecesores.
2) Etapa de “las grandes perspectivas teóricas de la psicología”	2. La teoría de los procesos de comparación social de Leon Festinger	2. De los albores del siglo XX hasta los años 70's; ¿Qué nos integra al orden establecido?	2. Fase de “compleción”.
3) Etapa del predominio de las “postulaciones de rango medio”.	3. Las teorías de la consistencia cognoscitiva - Leon Festinger	3. Periodo actual; ¿Qué nos libera del desorden establecido?	3. Periodo de las definiciones.
4) Momento actual o de la hegemonía cognoscitiva.	4. Las teorías conductuales y neoconductuales de Bandura y Berkowitz		4. Revoluciones paradigmáticas.
	5. Teoría cognoscitivo-social. Albert Bandura, Walters, Piaget		

Tabla 1. Etapas, posturas, preguntas y momentos de la historia de la psicología social.

Línea de tiempo: Historia de la Psicología Social

Platón Teoría platónica de la sociedad, existe un vínculo entre el alma de los individuos y el alma del Estado.	S. IV 301-400 a. c.	Aristóteles El hombre es un ser social, un animal político que posee la palabra como elemento que lo vincula socialmente
San Agustín La verdadera felicidad se encuentra en la posesión de la verdad. En lo social el mal proviene del alejamiento de Dios, lo que significa apartarse del ser y de la realidad. Predominio del “orden del Corazon”	S. XIII 1201-1300	Santo Tomás de Aquino Concibe una sociedad compuesta por líderes y seguidores natos. Trata de entender los fines naturales del hombre, su “felicidad”, el hombre siempre aspira a su propio bien y ello lo diferencia de otras especies. Predominio del “orden intelectual”
Juan Jacobo Rousseau Postula que el hombre es fundamentalmente bueno y la sociedad corrompe sus sentimientos, e induce la emergencia de la razón y la conciencia.	S. XIV ← 1301-1400 1513 →	Nicolás Maquiavelo La naturaleza humana supera el deseo de poder y seguridad. El fin justifica los medios. Se debe alcanzar el bien superior a costa del sacrificio de las partes.
Thomas Hobbes		George Hegel

<p>Establece que el hombre es antisocial por naturaleza y el otro es un rival contra el que hay que luchar. Ante ello la única forma de convivir es mediante un pacto o contrato social que regule la satisfacción básica de las necesidades de todos.</p>	<p>S. XVII ← 1601-1700 1805 →</p>	<p>Psicología colectiva: se basa en los conceptos de mente de grupo y conciencia colectiva, <i>ergo el</i> Espíritu Objetivo del mundo se desarrolla en la dialéctica social.</p>
<p>Karl Heinrich Marx La conciencia individual es más que el reflejo de la realidad objetiva. El entorno social determina la individualidad. La humanidad tiene un desarrollo material (histórico) y filosófico (dialéctico). La violencia es la partera de la historia. Las clases sociales luchan entre sí por el poder material y por imponer su ideología. La tecnocracia domina las instituciones sociales. El trabajo genera plusvalía y demerita la calidad de vida del obrero.</p>	<p>← 1840 1850 →</p>	<p>Auguste Comte Fundador de la ciencia moderna “positivismo”. El conocimiento científico supera la metafísica. La ciencia es el único pensamiento eficaz, pues garantiza el orden y progreso de la humanidad. Plantea la ley de los 3 estados con la que se desarrolla el espíritu científico: estado <i>teológico</i> (edad media “lo divino”), <i>metafísico</i> (siglo de la luzes “contrato, libertad e igualdad”) y <i>positivo</i> (renunciar al “porqué” y centrarse en el “cómo”)</p>
<p>Charles Robert Darwin Los grupos humanos son organismos de cambio social, determinados por el cambio biológico. Ley de selección natural. Teoría evolutiva de las especies.</p>	<p>← 1869 1870 →</p>	<p>Francis Galton Psicología diferencial: Centró su estudio de las diferencias individuales de las capacidades humanas, siempre desde una perspectiva adaptativa y biológica.</p>
<p>Wilhelm Wundt Psicología de los Pueblos: Estudia los productos culturales (mitos, costumbres, lenguaje, derecho, religión, arte, formas de organización política y social, etc.) que producen un sumario creativo de procesos mentales superiores en los sujetos.</p>	<p>← 1879 →</p>	<p>Gustav Le Von Psicología de las Masas: Las masas incluyen multitudes, clases sociales, asambleas, jurados, etc., y definen el comportamiento individual de acuerdo a las condiciones sociales. La masa es sugestionable. Existe un alma colectiva.</p>
<p>Max Ringlemann Holgazanería Social: Surge cuando se da una reducción y descenso del esfuerzo al trabajar colectivamente y en comparación con el trabajo individual.</p>	<p>← 1880 1894 →</p>	<p>Alfred Binet y Henry Beaumis Las facultades psíquicas individuales están influidas por los factores ambientales y la sociabilidad; esto conlleva a que el sujeto se comporte de determinada manera.</p>
<p>Sigmund Freud Surgimiento del psicoanálisis como técnica y propuesta científica. En “Nuevas observaciones sobre la neuropsicosis de defensa” indica que el psicoanálisis es el único método que permite “hacer consciente lo inconsciente”.</p>	<p>← 1896 1897 →</p>	<p>Primer experimento de psicología social de Norman Triplett: Reconoció que la velocidad de los ciclistas era 20% mayor cuando competían con otros que cuando corrían solos.</p>
<p>Caso del niño de Aveyron Juan Itard estudió el caso de un pequeño que presentaba la conducta de un animal salvaje- Indicó que el comportamiento humano se presenta</p>	<p>← 1901 1905 →</p>	<p>La American Sociological Association: Establece que la psicología social es un campo que estudia la interacción entre conciencia</p>

cuando la relación con el ambiente social es fuerte lo que favorece el desarrollo del intelecto, el afecto y lo moral.		individual y sociedad, como también sus efectos recíprocos.
William McDougal Explica la conducta social como transcrita por las tendencias o instintos innatos del espíritu individual.	← 1908	Edward A. Ross La conducta social es causada por imitación o sugestión. Explicó las analogías en los sentimientos, creencias y acciones, debidas a la interacción de los seres humanos es decir, a causas sociales.
Floyd H. Allport Publicó su libro “Psicología social” en él habla sobre la comprensión de las emociones, los efectos de la audiencia en el desempeño de los individuos. La importancia de superar lo medible y ampliar el rango de la comprensión de lo social.	← 1918 →	Primera guerra Mundial (1914-1918) Autores norteamericanos como Znaniecki establecieron que la psicología social debía consistirse en el estudio de las actitudes (predisposiciones adquiridas para actuar frente a determinadas situaciones).
William Thomas y Florian Znaniecki En su obra “El campesino polaco en Europa y en América”, formulan la teoría social que explica las transformaciones personales, interpersonales y familiares causadas por la inmigración.	← 1920	
Sigmund Freud Postula que el vínculo social se funda en la transformación de un sentimiento hostil en un apego positivo. La renuncia a la animalidad asegura la adaptación de los individuos.	← 1921 1924 →	Floyd H. Allport Consideró que la psicología social debía ampliar sus conocimientos al campo del aprendizaje asociativo, estudiar los comportamientos sociales y la interrelación entre personas y sociedad.
Sigmund Freud Publica “El porvenir de una ilusión” Expresa que la civilización y la cultura humana han sido impuestos como medio de alineación individual y colectiva. Realiza un análisis sobre la necesidad de creer e ilusionarse en una ideología religiosa que impone ciertos parámetros de actuación social.	← 1927	
La hecatombe bursátil Las consecuencias sociales derivadas de la crisis económica, requerían intervención por parte de los psicólogos sociales, por ello se observa el desarrollo de aplicaciones dirigidas a la solución de problemas sociales con alto impacto económico.	← 1929 →	Sigmund Freud (1930) Publica “El malestar en la cultura”, exponiendo <i>grosso modo</i> que el ser humano debe renunciar a su animalidad instintiva con el fin de “socializarse”, lo que conlleva a la represión del instinto en pos del orden social establecido.

	1930 →	Louis L. Thurstone. Publicación de “La medición de actitudes” Las actitudes individuales hacen posible la acción social, con ella en un grado favorable o desfavorable los sujetos juzgan e interpretan la realidad social.
Jacques Derrida Unas el concepto de (de)construcción para referirse al modo en que el conocimiento social se construye a partir de la historia y acumulaciones metafóricas.	← 1931	José Ortega y Gasset En su estudio sobre el “hombre masa” en el libro “La rebelión de las masas” critica la forma en que los individuos se sumergen en las masas y adoptan todas sus conductas, sin discriminar entre “lo bueno y lo malo”.
Jacob Levi Moreno La sociometría: Técnica terapéutica que mide las relaciones afectivas que estructuran a un grupo.	← 1932 →	Psicología animal Crece el interés por la experimentación animal en psicología. Se define el carácter determinante de la herencia en el aprendizaje.
Lev Vygotsky “Zona Proximal de Desarrollo (ZPD)” El medio social es crucial para el desarrollo del aprendizaje. La sociedad configura los medios requeridos para aprender a través de la integración de factores personales y sociales.	← 1933 →	Muzafer Sherif Efectuó una línea de investigación experimental con la hipótesis de que el grupo interviene en las percepciones de sus miembros.
Georg H. Mead Publicación de la obra “ <i>Self and Society</i> ”, en ella discute la vida del individuo como integrada por aspectos cognitivos y socio-afectivos de la experiencia.	← 1934 →	Se funda el primer Instituto de sondeo de opinión pública (ISOP) en México.
Kurt Lewin Impulsó una teoría para expresar la forma en que el comportamiento social se deriva de la interacción entre el ambiente y las características del individuo.	← 1935 →	Lois Murphy Publica “Psicología social experimental”, donde establece la importancia de la utilización del método experimental en la investigación psicosocial a fin de consolidarla como ciencia en el ámbito académico.
Escuela de Frankfurt Inquietada por temas como la autoridad y la familia, da un estatus científico a la psicología social con representantes como: Horkheimer, Adorno, Marcuse, Habermas que promovieron la teoría crítica de la sociedad a través del análisis del poder y la cultura de masas deshumanizadora.	← 1936 →	Se funda en Norteamérica la Sociedad para el Estudio Psicológico de Temas Sociales (SPSSI).
Tryon En su experimentación con ratas, demuestra que la intervención del factor biológico (herencia) es limitada.	← 1940	Segunda guerra mundial Propicia el marco socio histórico para el desarrollo de la psicología social en Estados Unidos como disciplina que

Existen factores medio-ambientales que influyen en la condición evolutiva de toda especie. La herencia no determina la conducta de los sujetos, lo social es preponderante para la configuración integral del ser humano.	1939-1945 →	favorece la dinamización entre la teoría y la aplicación. El desarrollo se reforzó con la llegada de intelectuales e investigadores sociales europeos; suceso que incrementa la investigación social.
Universidad de Harvard Se crea el Departamento de Relaciones Sociales bajo la dirección de Talcott Parsons.	← 1946 1948 →	Publicación: “Resolución de los Conflictos Sociales” de Kurt Lewin donde la unidad de análisis es el "campo" conductual o <i>social Field</i> .
Las secuelas de la Segunda Guerra Mundial estimulan estudios sobre la conformidad (Asch, 1956) y la obediencia (Milgram, 1965).	← 1949 1950 →	Emile Durkheim La sociedad mantiene su unidad debido a la existencia de la conciencia colectiva compuesto por valores normativos y comunes entre miembros de una sociedad.
Se crea en Europa, la European Association of Experimental Social Psychology. (EAESP). Asume el pensamiento de Allport. La psicología social debe entender y explicar la forma en que pensamientos, sentimientos y conductas son influidos por la presencia actual-real o imaginada de otros.	← 1954 1955 →	La guerra de Vietnam La psicología social sufre una crisis por la derrota militar y política; por lo que esta disciplina decide estudiar el modo como el hombre construye y es construido por su sociedad, con el objetivo de responder al porqué del accionar humano.
Leon Festinger Teoría de la disonancia cognitiva: Afirma que las personas luchan por ser congruentes en sus cogniciones y acciones, de no ser así se experimentan sentimientos no placenteros. Placer y displacer están en la base de la sociabilidad de los sujetos.	← 1957 →	Desarrollo del interaccionismo simbólico El interaccionismo simbólico imagina la sociedad bajo un marco de interacción simbólica entre individuos que son constructores activos de significados organizados en la interacción social (George Herbert Mead y Herbert Blumer).
George Homans El intercambio social: explica la forma en que las personas en sus relaciones sociales, comparan los costes y beneficios a recibir, con el fin de mantener una relación social equilibrada.	← 1958	
Estudios sobre el comportamiento humano. Se eleva el interés por los estudios sobre el comportamiento humano “niños criados por lobos” (Sing, 1959; Ogburn y Bose, 1959).	← 1959 →	Edward Hall Refirió que las reglas culturales son aprendidas a través de la experiencia en una cultura, dichas reglas son reproducidas por medio de la socialización.
Identidad epistemológica. La psicología social intenta ser una ciencia independiente y no el “eslabón perdido entre la sociología y la psicología” aunque sirva para enlazar	← 1960 →	El ser es Biosociocultural La Psicología social adquiere un carácter interdisciplinario. El sujeto es el componente resultante de 3 dimensiones: biológica, social y

ambas (Jaspers y Ackermans, 1967)		cultural (Curtis, 1960).
Los estudios de Zajonc sobre la <i>facilitación social</i> , llevan a la comprensión de que la presencia de otras personas facilita la producción de respuestas previamente aprendidas.	← 1965 →	Michel Foucault La psicología pertenece a cierta forma cultural constituida en mundo occidental (S. XIX) se estructura con base en el interrogante antropológico que el ser plantea sobre sí mismo. La psicología que no es del “inconsciente” es una psicología de tipo económico que sirve a los modos y medios de producción.
Thomas Kuhn (1962) Revolución paradigmática, cambió la forma de entender los fenómenos sociales.	← 1966 →	Se funda en los Estados Unidos, la “Society for Experimental Social Psychology” SEP.
Robert Park y Ernest Burgess Promueven el uso de entrevistas, observaciones y trazados cartográficos como técnicas de recogida y sistematización de la información para el estudio de los problemas urbanos.	← 1967 1968 →	Darley y Latané Comprueban que ante una situación donde alguien debe de actuar para ayudar a otro, la posibilidad de que esto ocurra será menor cuando aumenta el número de personas que están contemplando tal situación.
Kenneth Ring Critica el interés de la psicología social por los experimentos con manipulaciones artificiales para la explicación de hechos sociales.	← 1969 →	William McGuire Habla de la importancia de generar un cambio en el modelo de investigación social y propone la realización de investigaciones en el medio natural.
Procesos cognoscitivos. Los psicólogos sociales tienen mayor interés por procesos cognoscitivos como la atención, memoria y razonamiento, debido a que estos son esenciales para el pensamiento y el comportamiento social.	← 1970 →	El interés de la psicología social se centró en las teorías psicosociales, los procesos grupales, la personalidad, el juicio/prejuicio social, la cooperación/conflicto.
Eysenck La herencia y el medio ambiente no son divergentes, por el contrario existe entre ellos una interacción.	← 1971 →	Ruptura de los condicionamientos ideológicos. Se busca indagar cómo interactúan herencia y medio ambiente, al tiempo que analizar cada factor, a fin de descubrir cómo interviene la herencia, y como el ambiente moldea el comportamiento social.
Mower & White (1982) Atribución El asunto de atribución llamó la atención de los psicólogos sociales, aplicándolo a la explicación de emociones, la evaluación personal y la percepción del otro	← 1972 →	Jean Piaget Desarrolla la concepción constructivista del conocimiento: el conocimiento es un sistema organizado que se construye a partir de las interacciones del sujeto con su medio físico y social.
Albert Bandura & Richard Walters La adquisición de la conducta social se da por un proceso de acopio e interiorización de normas sociales mediante el aprendizaje vicario.	← 1974 →	Comportamiento prosocial Crece el interés de los investigadores por entender los aspectos positivos del comportamiento prosocial (Goldstein, 1981). La psicología social es el

		estudio del comportamiento de los individuos en contextos sociales (Secord & Backman, 1974)
<p>Sociobiología Edward O. Wilson crea la sociobiología como una nueva ciencia que se ocupa del estudio sistemático de las bases biológicas de todo comportamiento social (Wilson, 1975).</p>	← 1975 →	<p>Altruismo genético El comportamiento social es genéticamente determinado, los genes son “egoístas” el altruismo se da porque los genes requieren mayores probabilidades de supervivencia. (Dawkins, 1976; Lumsden y Wilson, 1982)</p>
<p>Martin Fishbein e Icek Ajzen Formulan la teoría de la acción razonada: establece que la conducta social obedece a tres factores: la probabilidad percibida de que esa conducta dé lugar a determinados efectos, la deseabilidad que la persona otorga a esos efectos y la percepción acerca de cómo será acogida tal conducta en el contexto social.</p>	← 1976 →	<p>Cassel y Cobb El apoyo y la integración social permiten el bienestar emocional y la salud física de las personas, convirtiéndose las redes sociales en una necesidad básica para el desarrollo del ser humano.</p>
<p>René Kaës Apoyaturas sociales del psiquismo: el psiquismo necesita sostenerse en determinadas instituciones sociales que proporcionen una red de seguridades.</p>	← 1977 →	<p>William Damon Su interés se centró en los procesos de grupo, el juicio social, las variables de la personalidad y las actitudes.</p>
<p>Serge Moscovici Enfatiza sus estudios en las representaciones sociales, la innovación social y la influencia de grupos sociales minoritarios en la vida social.</p>	← 1979 →	<p>Varela, JA. Propuso la “tecnología social” con el fin de dar soluciones a los problemas sociales incluyendo los hallazgos de las diferentes áreas de las ciencias sociales.</p>
<p>Reid Hastie Realizó investigaciones sobre la organización de la información social en la memoria a largo plazo.</p>	← 1980 →	<p>Urie Bronfenbrenner La teoría ecológica del desarrollo humano: Analiza el proceso en el que el ser humano se desarrolla en una mutua acomodación entre el individuo activo y la dinámica del entorno social.</p>
<p>Franz Boas y Margaret Mead La noción de relativismo cultural: en ella se argumenta que todo valor social debe ser investigado desde dentro de la cultura a la que el sujeto pertenece.</p>	← 1981 →	<p>Georg Simmel Se interesa por temas tales como la conversación, la coquetería, la seducción, las relaciones de jerarquía o el significado del dinero. Su influencia en la psicología social queda evidente en la idea de que la interacción social desarrolla en cada sujeto características que son inexplicables si se consideran de forma aislada.</p>
<p>Julian Rappaport Acuñó el concepto de empoderamiento o “empowerment” para explicar el proceso psicosocial en el que las</p>	← 1982	

personas y comunidades adquieren el control y dominio sobre sus acciones.		
Ridruejo, P. Clima social: El medio modifica el medio, el ambiente es un factor explicativo inherente a la acción humana, la cual genera en la interacción un “clima social” determinado	← 1983 →	Ruble, DN, Higgins, ET, y Hartup, WW. Indagaron sobre el desarrollo social con base en el modelo Estimulo- Respuesta, dando valor al papel de los agentes sociales (Estimulo: familia, escuela, subculturas) sobre la conducta social del individuo (Respuesta: apego, popularidad, roles sexuales).
Icek Ajzen La teoría de la acción planificada: plantea que el comportamiento humano no siempre es un reflejo de la actitud, sino que está influenciado por las presiones sociales y autoevaluaciones personales.	← 1985 1987 →	Jacks Miermont El pensamiento ecoetnoantropológico: pretende comprender los vínculos y el sentido de las asociaciones culturales y socio familiares que se dan en las interacciones sociales. Gustavo Ciampa (1986-2007) Amplia la visión de sujeto social pasivo, al sujeto sociológico que está <i>imbricado</i> en lo social.
McClelland La estructura motivacional de los individuos está orientada hacia la mejoría de la vida social.	← 1989	
Nuevos objetivos de investigación en los contenidos sociales de época (Prevención del VIH/SIDA, relaciones entre grupos étnicos, identidad sexual, pena de muerte).	← 1990 1992 →	Estanislao Zuleta La sociedad no debe evitar el conflicto, sino comprenderlo pues a través de él la sociedad crece y pone en movimiento los lazos, vínculos, afectos y sentidos sociales.
El biologismo y el ambientalismo son construcciones reduccionistas del comportamiento humano, dado que éste es un hecho psicosocial.	← 1993 →	John Cacioppo, Berntson, y Hatfield. Recurren a técnicas de registro neuronal para medir actitudes. La psicofisiología de la emoción
Frederick Bartlett En su libro “Recordar: Estudio de psicología experimental y social” indica que las costumbres de cada grupo social actúan como marco de referencia en la memoria y las acciones personales.	← 1995 →	Charles Blondel y Maurice Halbwach La memoria humana es social, dado que sus contenidos se obtienen y referencian acontecimientos sociales, por tanto las personas en un grupo social comparten también memorias con base en el lenguaje como mecanismo intersubjetivo que da significado a la realidad social.
Paul Lazarsfeld Establece que la situación de desempleo provoca sentimientos de humillación, desmotivación vital y reducción de las relaciones sociales.	← 1996	
Oswaldo Bonano Las situaciones sociales no son estados permanentes, sino procesos que	← 2000 →	Oswaldo Bonano La psicología social se interesa por comprender la construcción,

<p>incluyen constantes movimientos, contradicciones y fracturas.</p>		<p>sostenimiento y desarrollo de estructuras sociales que ayuden a soportar las crisis por las que pasan los sujetos y los grupos.</p>
<p>Kenneth Gergen El construccionismo social: otorga valor al diálogo como forma de vida que enriquece la socialización con las personas.</p>	<p>← 2001 2004 →</p>	<p>Silvia Lane Trabajó la noción de saber, conocimiento y sujeto social a través de las diferencias entre dialéctica de la subjetividad y objetivación.</p> <p>Olaizola Herrero (2004) Redes sociales y apoyo social. La actuación humana y las intervenciones sociales deben dirigirse a la solución de problemas y fomento del bienestar.</p>
<p>Juan Soto Ramirez La psicología social actual es una psicología social compleja de la que muchos psicólogos no tienen noción. La complejidad se inserta en lo cotidiano guiando las diversas acciones sociales emergentes. Existe fusión entre ciencias de la complejidad, pensamiento complejo y psicología social.</p> <p>Gil-Lacruz Los cambios sociales, los conflictos, la tecnologización, los medios de comunicación, la pobreza, el poder económico, la política, etc., repercuten en la forma de pensar, sentir y relacionarse.</p> <p>Boaventura de Sousa Existe una “Razón indolente” (impotente, arrogante, metonímica y proléptica) producto de la globalización hegemónica que impone constricciones a la comprensión de la realidad social.</p>	<p>← 2006 2007 → 2008 → ←1991-2010</p>	<p>Encarnación Nouvilas Establece que la psicología social debe dar respuesta a los problemas sociales relevantes desde el contexto en el que se producen. Debe comprender el rol social de los sujetos en las organizaciones.</p> <p>Frederic Munné Sus trabajos en psicología social se orientan a la construcción de una “epistemología crítica del comportamiento social”, con base en el pluralismo teórico (transdisciplinar) y los aportes de la teoría del caos, las ciencias de la complejidad y el pensamiento complejo a las ciencias sociales, especialmente a la psicología social.</p>

La psicología social como disciplina científica.

La psicología como disciplina científica, dirige su interés hacia el entendimiento del sentido biopsicosocial que tienen los procesos psicológicos en personas y grupos, por lo que las acciones humanas que emergen en contextos de interacción e interrelación pluridimensional, no son reductibles a la mera relación de

conductas de estímulo-respuesta (principio de irreductibilidad), y están dotadas de una particularidad intrínseca derivada de la espontaneidad y des-categorización psicoafectiva del encuentro humano (principio post-categorial); lo expuesto indica que los hechos sociales pueden registrarse y ser cualificados, pero solo una pequeña fracción del fenómeno logra ser objetivada si se toma la objetividad como número, proporción o única realidad explicativa de la complejidad fenoménica. Para psicología social las definiciones y jerarquías categoriales (sujeto, sociedad, psicología, Biopoder, psiquismo, mente, grupo, individuo, cultura, social, etc.) realizan intentos interesantes de estratificación y objetivación de la experiencia, pero lo hacen desde un lugar externo y general “ya dado” que reduce el evento/acontecimiento a partes analizables individualmente, alejándolo a menudo de su posibilidad enunciativa, emergente y creativa, cuando en realidad dicha objetividad, solo puede ser creada y recreada a partir de la subjetividad del conceptuador (sujeto participante de la experiencia), que construye, (de)construye y sintetiza el hecho psíquico, transformándolo en un hecho social. *Ergo* los fenómenos sociales requieren pasar por tres momentos: a) una vivencia psíquica del suceso, b) la asociación compleja y sistémica entre identidad, cultura, sociedad, y entre representaciones, ideas e imaginarios sociales, c) la relación multidiversa entre vivencias psíquicas grupales (intersubjetividad) e interpretación cognoscente previa a la conceptualización del evento, aspectos que fortalecen la intersubjetividad cuando un colectivo social determinado, maneja pautas frecuentes de relación e interpretación de lo vivido que se explican a partir de modos conjuntos de ser, estar, interactuar-transformar y dar cuenta del mundo. Según Maturana (2001) esto puede ser posible a través de la comunicación y los diversos modos de *lenguajear* o “ser en el lenguaje”, cabe mencionar que los tres momentos mencionados posibilitan la especificidad interaccional entre personas, grupos y especies, por lo que la interrelación social es una consecuencia natural de la condición multidimensional del ser.

Como disciplina la psicología social, debe ser entendida a partir de la información que brindan las ciencias sociales y otras disciplinas y enfoques psicológicos, especialmente aquellas centradas en la comprensión de la teoría de los sistemas. De acuerdo con el modelo sistémico el estudio de la interacción de los sistemas familiares e institucionales que componen la sociedad es un punto de partida imprescindible para entender el funcionamiento social y la dinámica de los colectivos humanos. Para Maturana (1979) el principio operativo que explica la organización de los seres vivos es la Autopoiesis, lo que quiere decir que toda vinculación sistémica se da por el efecto “peculiar” de la formación de cadenas organizadas de reacciones a nivel molecular y social. Según el autor en la Autopoiesis se afirman cinco características básicas: autonomía, emergencia, clausura de operación, auto estructuración y reproducción autopoietica. Esta clasificación puede ser acoplada a los términos de análisis de la psicología social y otras disciplinas científicas, al igual que a todo fenómeno explicativo de la organización de lo vivo. Lo anterior evidencia el aspecto instrumental, teleológico y emergente del sistema social, como también su acción respecto a un fin (poiesis), lo que indica una determinación real y enunciativa (la sociedad), al tiempo que una indeterminación latente (la posibilidad de que el fenómeno se transforme en otra cosa o que indique otra tendencia social), condiciones que dependen de la estructuración, historia, legado, estrategia, creatividad, reorganización y finalidad del sistema anterior. Siguiendo a Morín (2001) el sistema social resulta independiente como unidad múltiple y compleja, pero interdependiente “dependencia necesaria” en la relación con otras unidades que lo componen, fortalecen y retroalimentan a partir de sus emergencias, constreñimientos y reorganizaciones constantes.

Dicho esto el desarrollo de una psicología social *compleja* requiere describir, comprender y entender de forma dialógica los procesos biopsicosociales presentes en la construcción social de la realidad, tomada como una construcción biopsicosocial que se modifica “dinámica y naturalmente” en función de diversos

niveles de acción, reasimilación y cambio estructural, sumario que empieza en lo biológico y se decanta en el proceso de interacción social, tornando inevitable la transformación constructiva de la sociedad, para lo cual es imprescindible entender la aleatoriedad, complejidad y sentido de las acciones humanas desde las dimensiones neurobiológicas, psicológicas y sociales a fin de aproximarse a dos aspectos: 1) una comprensión multidimensional de los símbolos que las originan ¿cómo simboliza el cerebro? ¿Qué está más allá del símbolo? ¿Qué tipo de emergencias lo suscitan y cuál es su origen?; y 2) el análisis del sentido biopsicosocial que estas dimensiones presentan en la construcción de la realidad, del símbolo y del sí mismo (Self). La psicología social estudia las acciones humanas desde una perspectiva biopsicosocial, por lo que su objeto de estudio es dinámico y se transforma debido a la movilidad en el espacio-tiempo de los diversos actores que propician la interacción con el otro, aspecto con el que se logra *historizar* los fenómenos, además de promover su análisis a partir de la interrelación e interdependencia de tres elementos estructurales: 1) Un entramado de causas “que se reactualizan constantemente”; 2) La asimilación y ejecución de procesos de cambio “que se modifican de acuerdo a la no-predictibilidad de la acción humana”; y 3) La emergencia de una diáspora de consecuencias aleatorias que se asocian dinámicamente, y logran redefinirse en personas y grupos a partir de los procesos de resignificación y (de)construcción psicoafectiva de la experiencia.

Se debe resaltar que la psicología social ha presentado un crecimiento importante las últimas cinco décadas (McGarty & Haslam, 1997), gracias al aporte científico y metodológico de varias disciplinas científicas, tomando de ellas las diversas posturas y posibilidades explicativas acerca del desarrollo ontogenético, filogenético, tecnológico y bioético del ser, la cultura y la sociedad, aspectos que confluyen en una explicación biopsicosocial y cultural de la acción humana. Sin embargo, el hecho de “tomar el saber de otras disciplinas” no significa para la psicología social generar eclecticismos conceptuales, sino la activación de

deslizamientos del lenguaje, que son a su vez productores de acoplamientos comunicacionales complejos en los que los modos de existir en lo psicosocial se tornan tan numerosos, como la dimensión emocional de todo encuentro social. Así tópicos como la sociedad, la cultura y las relaciones sociales, se constituyen en la fuente de análisis crítico de la producción humana de sentidos vitales, que pueden ser comprendidos en relación a la posición paradigmática de las escuelas de pensamiento psicológico, y los aportes de la filosofía, la sociología, la cibernética y la antropología (enfoque socio-antropológico) sin reducirse a ellas. La psicología social privilegia la atribución mutua, las interacciones grupales y la influencia social (enfoque culturalista) (Páez, 2003). Pese a todas las influencias en la construcción del conocimiento complejo de lo social, lo que define a la psicología social de otras ciencias es su campo organizativo de *acción, retroacción, inter-retroacción y comprensión de la vida social contingente*, puesto que es allí donde concreta su visión multidimensional de lo social-comunitario y toma cuerpo su praxis.

Ejemplo de ello es la posición psicoanalítica que concibe la psicología social como el estudio analítico de los procesos intrapsíquicos en relación a las acciones sociales y la transformación de los espacios y actores intervinientes en el proceso de interacción social, lo que ocasiona la evocación de contenidos inconscientes al escenario del encuentro con otros en lo colectivo y social. Un tema claro de lo expuesto es la agresividad que en el psicoanálisis se asocia a lo que Sigmund Freud (1915) llamó el “Narcisismo de las pequeñas diferencias”, definición indicadora de las relaciones particulares respecto a la norma, presentes en los diferentes estamentos de la autoridad y los miembros de la sociedad⁵. Este narcisismo es el resultado de problemas inherentes al desarrollo sociocultural de

⁵ Si bien dicho narcisismo permite una aproximación importante al tema de la violencia, no explica de forma concreta todos los fenómenos violentos. De acuerdo con Colette Soler (2008) problemas como el racismo no pueden ser reducidos al “rechazo a la diferencia” o a la identificación, puesto que los discursos racistas referencian el *goce* como odio o pasión destructiva que produce satisfacción, y ello se encuentra en el discurso pero por fuera del lenguaje, es decir de todo aquello que no es lenguaje en el discurso.

cada pueblo, y puede resultar tan nocivo que ocasiona acciones de guerra, actos antinaturales, violaciones a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario, terrorismo, antisemitismo y genocidios, relacionados con la no-legitimidad del otro en la convivencia, es decir, estructurados sobre la anulación. Cabe mencionar que los actos derivados de éste narcisismo destruyen progresivamente lo social, por lo que a menudo las fundamentaciones del narcisismo de las pequeñas diferencias, se hallan inscritas en las tendencias religiosas contemporáneas, los nacionalismos defendidos a ultranza y el bandolerismo social actualizado, además de reproducirse en las diferencias socioculturales que aparecen como necesarias para definir la identidad de los pueblos.

Para Sigmund Freud (1915) la disgregación del narcisismo individual en los grupos, es fruto de la necesidad de control de la naturaleza agresiva de cada organismo, condición que en los seres humanos se relaciona con la “socialización forzada del animalito humano” (Zuleta, 1986), así cuando éste proceso es inculcado por los sujetos socializantes de forma inadecuada, en el educando el bienestar social pasa a un segundo plano llegando a privilegiar la individualidad, el protagonismo y la manipulación sobre la cooperación, la solidaridad y la amistad. Lo anterior se decanta en un desajuste biopsicosocial que motiva la emergencia de identidades y posiciones dialécticas discordantes donde el conflicto resulta estructurante al tiempo que diluyente de lo social. La psicología social hacia finales de la década de los 70`s y mediados de los años 80`s, asume una intencionalidad liberadora que basa su apuntalamiento en ideales socialistas propios de una orientación marxista, que se abrió paso en medio de la crisis neopositivista en el Círculo de Viena, la insostenibilidad del neo empirismo y la revolución paradigmática que alteró el sentido de homogeneidad y el materialismo del positivismo lógico (Collier, Minton & Reynolds, 1996). Así el socialismo del siglo XXI denominado como “democracia participativa” (Dieterich, 2002) emerge en momentos de guerra, miseria y dominación, donde

las recesiones económicas, la intolerancia entre naciones y el deseo expansionista de poder, incuban las bases para los desarrollos epistemológicos de una psicología social contemporánea, que busca la soberanía de los derechos, el reconocimiento de los movimientos sociales, la liberación de la anomia generalizada, y el fin de la institucionalidad heteronómica de un estado clasista, que legitima la violencia y la democracia, alterando el sentido ético, crítico y estético de la convivencia humana.

La psicología social emergente es pues, una ciencia compleja de la acción social que opera en los grupos a través de complejos dispositivos de interrelación e interdependencia grupal, para ello asimila elementos del marxismo y del psicoanálisis, construyendo una postura llamada “freudomarxismo” que aporta desde el punto de vista del análisis de la interacción socioeconómica, una nueva manera de entender las relaciones sociales y la función del estado en la regulación material e histórica de las sociedades. Dicha contribución no reduce el campo comprensivo de la psicología social, ya que éste se nutre de los aportes de filósofos como Wittgenstein, Spinoza, Nietzsche, Deleuze, Bergson y Foucault entre otros, lo cual hace posible el surgimiento de conceptos y posiciones teóricas que trascendieron a nuevos escenarios críticos, convirtiéndose en acciones, dispositivos y ejercicios liberadores en las comunidades humanas (Ovejero, 1999). Desde este punto de vista la realidad requiere ser interpretada y analizada a fin de develar el sentido psicosocial de sus operaciones, así el freudomarxismo le apuesta a la interinfluencia entre las ideas, los hechos sociales, las representaciones y las construcciones socio-históricas de sentido, evitando una posición de rigurosidad experimental frente a aquello cuya naturaleza contingente, delimita la objetividad *per se* de los modelos positivistas.

Para Jodelet (1986), la validez y objetividad científica de los fenómenos no es reductible al proceso de comprobación empírica neopositivista, pues esta posición admite el hecho de que los fenómenos sociales sean simétricos a las

representaciones individuales y colectivas que los definen, factor que constituye un reduccionismo en todo sentido. Respecto al marxismo Foucault (1978) critica algunas de sus interpretaciones académicas e indica que son las condiciones políticas y económicas de existencia, las que facilitan la formación de sujetos del conocimiento, de los dominios del saber y de las relaciones de verdad. Por ello para entender los “modelos de verdad” con los que instituciones, grupos y personas operan en lo social, Foucault considera necesario asumir la idea de la no-prevalencia de dos tipos de sujetos: uno con un saber originario y absoluto, y otro pasivo-receptivo en el que se depositan o imprimen permanentemente las condiciones económicas, sociales y políticas de la existencia. Así el sujeto del saber evita el sesgo ideológico y la exclusión del pensar, del saber y del *quehacer* en lo social, situación que respalda el advenimiento de posturas liberadoras y (de)constructivas del orden social establecido.

Cabe mencionar que en gran medida la psicología social como disciplina científica obliga el desarrollo de una *psicología social compleja de tipo crítico-transdisciplinar*, en tanto que cuestiona la explicación causalista del conocimiento, las relaciones de poder, la noción de acumulabilidad de la ciencia y el falso ideal del progreso con base en el presupuesto de lo tecnológico como única vía de acceso a la evolución humana. Otro de los campos aplicativos se da a través del análisis retórico de los textos científicos, la etnografía de laboratorio y el aporte sociológico al estudio de la sociedad y la cultura (Jaraba & Mora, 2010). Entre los diferentes enfoques que aportan a la construcción de la psicología social contemporánea se encuentra la crítica al método científico, la correspondencia entre ideas personales y hechos sociales, el sentido de la palabra y el texto en el discurso, el rechazo a la etiología paradigmática del saber, el construccionismo social de Kenneth Gergen (1982-2001), el pensamiento ecoetnológico de Jack Miermont, (1993-2005), la postura etogénica de Harré & Gerard-Parrott (1974), como también el enfoque retórico de Michael Billig (1987), el análisis de las conversaciones postulado por Sacks y col (1989), el concepto de

deconstrucción de Jacques Derrida (1990), el análisis del discurso de Potter (1998) y la teoría de la complejidad de Edgar Morín. Se debe mencionar que tradicionalmente en la psicología social la búsqueda de *objetividad del hecho social* conllevó a ideas reduccionistas, que por efecto de su fracaso explicativo, alentaron la incorporación de tendencias construccionistas con base en teorías y enfoques metodológicos derivados de la hermenéutica, la etnometodología, la sociología del conocimiento, el interaccionismo simbólico y de nuevas epistemes como las de Kuhn y Feyerabend.

Asimismo el marxismo aporta al desarrollo de una psicología social que surge del materialismo dialéctico soviético (Marx, 1847; Anton Makarenko; Leontiev, 1977), enfoque en el que lo psíquico tiene una condición dialéctica puesto que “su esencia” se encuentra en las interrelaciones e interacciones de la vida social del sujeto y los grupos. Hacia el año 1895 la influencia de Saint-Simon acerca del concepto de totalidad y de socialismo, además de la discrepancia entre las clases y el papel del estado en el comunismo, direccionan indirectamente el pensamiento esencial del marxismo en desarrollo. De acuerdo con Marcuse (1993) la civilización industrial y sus ideologías han llegado a una etapa en la que la “sociedad libre” no se puede ya definir adecuadamente en los términos tradicionales de libertades económicas, políticas e intelectuales, porque para hacerlo debe ir más allá del hecho social e inscribir su análisis al plano de la subjetividad creada respecto a las necesidades de consumo. Marcuse, como firme exponente de la escuela de Frankfurt indica que el ser humano de esta época depende de manera radical de la racionalidad impuesta por las instituciones más que de la actividad libre del pensar acerca de la sociedad y sus posibles orientaciones hacia la libertad. Según Estanislao Zuleta (1992) “el Marxismo no produjo un pensamiento democrático, por el contrario en sus desarrollos políticos se crearon los partidos únicos que impidieron la pluralidad sometiendo a la población a sus ideas como únicas ideas válidas” (pp. 10-11), por lo que a razón de la experiencia negativa de cada régimen las comunidades humanas tienen la

obligación de construir una sociedad democrática “que recoja para sí lo mejor de cada una de las sociedades y sistemas económicos” (p. 12) ya puestos en práctica en cada territorio histórico.

De acuerdo con éste autor el hombre para la sociedad actual es importante solo en la medida que se construye como un propietario abstracto de capital, así “sus potencialidades concretas, sus posibilidades como hombre social, como ser, han quedado cada vez más a un lado para dar paso al hombre moderno, al hombre-cosa, propio de la tecnificación” (Zuleta, et al., 1992, p. 24). Desde el punto de vista de la psicología social la actitud consumista del hombre contemporáneo hace que en el capitalismo cada persona tenga la oportunidad de auto-emanciparse en pos de tres nuevos amos que componen el cuerpo social: 1) el rendimiento económico, 2) la productividad de bienes y servicios y, 3) la eficacia en cuanto procesos y recursos de producción, plano en el que también caerían las libertades individuales y colectivas adscritas al consumo a ultranza de objetos, transacciones y relaciones humanas. Marcuse (1993) considera que a pesar de esta especie de “domesticación”, existen espacios y elementos de liberación tales como, la libertad económica vivida, que encarnaría la liberación de la lucha diaria por la existencia, la libertad política como liberación de la política no-participativa y la libertad intelectual que involucra la restauración del pensamiento individual. Sin embargo, estas posibilidades se ven mediatizadas por los medios de comunicación masivo (MASS MEDIA), las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTICS) y el adoctrinamiento de masas, aspectos que refuerzan en la institución estado la idea de que la forma más efectiva y duradera de la guerra contra la liberación sea “la implantación de necesidades intelectuales que perpetúan formas anticuadas de la lucha por la existencia” (Marcuse, 1993, p. 34).

La psicología social, si bien discrepa con la idea de que la sociedad está condenada a la ideología política y a un saber absoluto, concibe la historia

material de la humanidad como el punto coyuntural desde el que se pueden entender las derivaciones de los postulados marxistas en las orientaciones interpretativas de los fenómenos sociales. Para muchos psicólogos sociales e investigadores, es útil tipificar este periodo como el surgimiento de una “psicología social sociológica”⁶ en contraposición a una psicología social psicológica (Álvaro Estramiana, 1995). La primera de ellas tuvo sus bases en el materialismo dialéctico, por lo que sus acciones motivaban académicamente la búsqueda de la “esencia” del hecho social, la cual se revelaría cuando se acoplen estructural y dinámicamente las diversas propiedades, categorías analíticas e interrelaciones objetivas entre objetos, actores y fenómenos sociales; lo anterior solo podría generar un cambio estructural cuando los colectivos sociales procesen en la interrelación e interdependencia, el origen del surgimiento y la orientación probable de sus ideas, tomando en cuenta los inconformismos, las cogniciones, los sentimientos, las emociones, conductas y la historia material y dialéctica de la humanidad (Castro, 2009). Una antropoética de la liberación deberá propender porque los colectivos asimilen y comprendan sus contradicciones internas (para entender la condición externa de las relaciones con la otredad), además de las leyes que determinan la dialéctica de sus interdicciones, el aspecto dialógico de los encuentros humanos, las disposiciones bioéticas y biopsicosociales que conciertan su reproducción poiética, y las propiedades multidimensionales del suceso social.

⁶ La “psicología social sociológica” surge en la década de los 70’s en contraste a la “psicología social psicológica” influida fuertemente por el psicoanálisis y el conductismo, escenario en el que predominó la escuela psicoanalítica con el análisis psicológico de las masas, y el cognitivismo con la teoría de la disonancia cognitiva de León Festinger. Si bien la psicología social sociológica se estructuró sobre las bases del materialismo dialéctico, no redujo su interés a dicho esquema, pues el declive del funcionalismo estructural, dio paso a la inclusión del interaccionismo simbólico procesual de Herbert Blumer & Manford Khun como también a nuevas propuestas de entender la interacción social. De esta nueva tendencia surge una psicología social sociológica freudo-marxista, y una psicología social sociológica cognitivista, las cuales definen gran parte de sus lineamientos contemporáneos como disciplina científica. Respecto a las dos psicologías sociales enunciadas, se debe resaltar que ambas tienen un carácter interdisciplinario, por lo que buscan integrar métodos, objetos de estudio y posiciones teóricas, adaptando teorías psicológicas y sociológicas, buscando su mutua compatibilidad.

La psicología social propuesta en este libro presenta una connotación de tipo crítica y compleja, por lo que cuenta con aportes que provienen de la genealogía del poder-saber propuesta por Foucault, la deconstrucción Derridiana y la teoría de la complejidad de Edgar Morín, dichos aportes demuestran que las relaciones de desigualdad a nivel social-comunitario, los criterios de verdad y razón, además de los modos de entender, aplicar y transformar la ideología, provienen de referentes epistemológicos complejos de carácter no-estático, que se reactualizan en lugares y tiempos de cambio coyuntural para las sociedades, y redefinen la identidad individual y social de los colectivos. Lo anterior forma parte de una plataforma de contenidos históricos de experiencias y aprendizajes, que promueven modos diversos de interpretar la realidad social, al tiempo que favorecen la conformación de configuraciones psíquicas puestas en marcha de acuerdo a las movilizaciones de sentido emergentes de la interacción social. En este punto no se trata de destruir violentamente el orden ya establecido para construir otro y favorecer la libertad total, sino de entender que desde el materialismo es necesario generar una asimilación de la totalidad de las fuerzas productivas por parte de un sector extenso de la población en términos materiales y culturales, como “condición básica para que se genere el tránsito hacia una sociedad nueva, en la que pese más el crecimiento subjetivo de la especie que el simple crecimiento de las cosas” (Zuleta, 1992, p. 23)

Desde otro punto de vista el construccionismo indica que existe una realidad compartida entre los individuos que se cimenta a través de la interacción entre sistemas socioculturales que la determinan y regulan. Así, del mismo modo cómo funcionaría la sociedad, lo haría también el conocimiento psicológico con la ayuda de objetos de conocimiento preconfigurados en las relaciones institucionales y sus prácticas, por lo que el conocimiento válido de estos objetos resulta de las transacciones simbólicas entre los sujetos en su esfuerzo por darle un sentido coherente al mundo (Jaraba & Mora, 2010). De acuerdo con Lakatos y Musgrave (1975) la ciencia es racional en cuanto más apegada esté a la evidencia

empírica, condición de la que surge la indeterminación de lo sociocultural puesto que el hecho social no se puede jerarquizar rígida y objetivamente, haciendo imposible su control, definición o predicción, por tanto su comprensión conlleva un esfuerzo para acoplar el conocimiento científico con factores socioculturales de base. Como consecuencia el intento de descripción objetiva de las necesidades individuales y colectivas se derrumba por el peso de sus inherentes limitaciones de sentido, lo que obliga a que los individuos, las comunidades y la sociedad trabajen por una transformación social de los modos de convivencia e interpretación del mundo a partir de la (de)construcción y comprensión del sentido comunitario y sociopolítico de sus interacciones.

Desde una postura positivista la psicología social utiliza el método científico a fin de entender de forma organizada el modo como las personas piensan, se influyen y relacionan con otros (Myers, 2006). En este tópico parte de su tendencia investigativa en el plano psicológico se orienta hacia el estudio de las manifestaciones observables del comportamiento, inclinación que puede darse por la expectativa derivada de la interacción y el grado de interés y curiosidad científica en relación a la actividad humana. Pese a la importancia de estos aspectos para la psicología social contemporánea resulta esencial la observación global de los fenómenos, así como también el estudio de la complejidad de aquellos motivos intrapsíquicos y socioculturales que determinan la actividad prosocial, ya que a partir de los comportamientos no-observables se elabora el proceso de aprehensión de la experiencia, condición cuya producción simbólica en el cerebro humano determina los modos como individual y colectivamente se construye el sentido de la subjetividad en lo social (Hogg & Vaughan, 2008), dicho aspecto hace imposible disociar lo social de lo orgánico y viceversa, al igual que es inadmisibles dividir la emoción de la razón (Damásio, 1994).

Para la psicología social la sociedad contiene al individuo pero éste no se reduce a ella, por lo que ambos resultan necesariamente inseparables. Como disciplina

defiende la idea que ambos elementos no pueden ser estudiados por separado, partiendo de la conjunción entre sus características particulares y los estados de interacción comunes a la socialización de los sujetos. Según Serge Moscovici (1991) es claro que la razón de ser de la psicología social se da con base en la existencia del conflicto entre el individuo y la sociedad, por tal motivo el psicólogo social debe analizar el origen de este conflicto e intentar comprenderlo y resignificarlo en la relación social, misma que está influenciada por la interacción comunitaria, la comunicación (lingüística y semántica), la historia, la memoria de los pueblos, y las características socio antropológicas de los individuos y de la sociedad en general. Como consecuencia el individuo, los grupos, las instituciones y el encuentro de sus intereses logran transformar constantemente la acción colectiva. Lo anterior quiere decir que todo aquello que el individuo es y representa en su propia individualidad, se refleja en la interacción con el otro en la sociedad. La psicología social toma como herramientas clave para la comprensión de las conductas de los sujetos: la comparación, la variabilidad (diversidad), y el reconocimiento social, evitando buscar la objetividad absoluta, puesto que no se debe reducir o ignorar la importancia de los sentimientos, emociones y pensamientos al momento de comprender las dinámicas social-comunitarias. Aunque la psicología estudia fenómenos psicológicos a modo individual, estos cobran valor en relación a lo social, por esto la visión que puedan tener de los sucesos dentro de los imaginarios, las conceptualizaciones y las representaciones sociales son temas de estudio de la psicología social.

La psicología social como disciplina científica tiene un interés especial en los grupos, la sociedad y sus relaciones políticas, las cuales son inherentes a la dinámica operativa de las organizaciones colectivas, pues si en estos se disminuye la regulación social, el efecto inmediato es la aparición de una mayor fragilidad en sus estructuras sociales, lo que fragmenta el sistema de relación intra e ínter grupal (Moscovici, 1999) con el que las comunidades dan cuenta de su

relación con el mundo y las instituciones que lo componen. Este factor resalta la importancia de estudiar la forma en que los requerimientos pedagógicos necesarios para la socialización de los sujetos, y los determinantes ideológicos que transversalizan las prácticas educativas, suscitan conductas estereotípicas en los grupos, transformando los aspectos normativos característicos de la dinámica del “control social” con el que opera el poder Biopolítico. Lo anterior ofrece un punto de análisis importante para la psicología social orientado hacia la comprensión dialógica del proceso adaptativo de los grupos y comunidades, de su irregularidad y complejidades, de sus incertidumbres y aporías. La adaptación comunitaria a ciertas condiciones de interrelación social genera transformaciones a los vínculos, redes, memorias y ecologías mentales que operan de forma dinámica en los sistemas de relación de las unidades familiares, las comunidades y la sociedad.

La psicología social en América Latina.

El desarrollo y en gran medida el inicio de la reflexión epistémica acerca de la psicología social en América latina presenta dos referentes importantes, por una parte se encuentra Enrique Pichon Rivière, quien sostuvo que uno de los campos de acción analítica de la psicología social proviene del estudio de los miedos derivados de la resistencia al cambio, por tanto en las comunidades humanas habitan dos miedos básicos: el miedo al ataque y el miedo a la pérdida, ambos con efectos nocivos sobre los modos como se interpreta y se vivencia la realidad psicosocial en las comunidades. Estos miedos producen en el colectivo social síntomas de ansiedad y depresión que se instalan en el lenguaje a modo de inseguridad vital cuando el clima represivo, empobrecedor y autoritario caracteriza el modelo biopolítico imperante. Estos aspectos revelan que “la inseguridad, proveniente del clima socioeconómico, se refiere a la limitada oportunidad de ocupación, a los escasos ingresos, (...) campo de intervención de la psicología social” (Pichon Rivière & De Quiroga, 1970, pp.171-80).

Uno de los referentes de trabajo en psicología social es Ignacio Martín Baró (1988), quien considera que el escenario social presentado y analizado por la gran mayoría de los psicólogos sociales es un mundo ajeno a nuestros pueblos, pues corresponde a momentos discursivos de los Estados Unidos o de otras latitudes, en las que priman análisis ajustados a su particular desarrollo social y biológico. Para Baró lo anterior corresponde a una comprensión que no es “nuestra”, por lo que es preciso construir una psicología social latinoamericana que se ajuste a las necesidades de los pueblos hispanos, ya que como consecuencia de la irrupción de paradigmas extranjeros “el lector latinoamericano no puede menos que sentir que los aspectos cruciales de su propia existencia, de su propia historia, no son ni siquiera tangencialmente considerados y mucho menos estudiados en profundidad” (p. 2). El autor amparado en un modelo crítico-social, los aportes de la escuela de Frankfurt, el neosocialismo y la teología de la liberación, construye una propuesta social denominada “psicología de la liberación” encargada de dar sentido incluyente a la existencia diversa del ser humano en la sociedad.

La psicología social liberadora de Ignacio Martín Baró tomó lo más importante de los modelos que intentaron explicar la dinámica social de las relaciones hispanas, integrándolo a una propuesta de comprensión de la particularidad socio-histórica de los pueblos latinoamericanos, mismos que sufren desde hace más de dos siglos el control social, el avasallamiento, la aniquilación y la depredación de sus recursos, constituyéndose estos momentos en campos de lectura, estudio, acción y participación de las ciencias humanas. Como consecuencia la percepción y comprensión del “ser latinoamericano” presentó especificidades que desde un posicionamiento etológico, la lógica de las costumbres y las acciones estéticas determinaron un modo particular de relación y apropiación del mundo a través del lenguaje, así mientras las especies animales no-humanas se adaptan instintivamente al ambiente sin moldearlo, el ser humano cuenta con la posibilidad de relacionarse con el ambiente para trascenderlo en una interrelación

de mutualidad inherente, dicho argumento se acopla a la expresión *Nietzscheana* del “hombre como un ser indeterminado”, concepción básica para entender la psicología social latinoamericana desde un lugar de liberación de la ideología dominante y la (de)construcción inevitable de la subjetividad adscrita a dichas manifestaciones de sentido.

Lo anterior fue posible gracias a que los colectivos y pensadores accedieron a nombrar lo considerado innombrable por la ideología represiva y la acción de los aparatos ideológicos del estado (impunidad, masacre, violación a los derechos, desigualdad, etc.), lo anterior se decantó en el análisis crítico del hecho social y el modelo político coercitivo, vertical y exterminador propio de las dictaduras y las democracias hegemónicas. La psicología de la liberación es precisamente la posibilidad de desideologización del sujeto, y la practicidad del rompimiento de dichos sistemas opresivos a través de la materialización comunitaria de prácticas de apoyo, empoderamiento y acompañamiento social-comunitario. Esta propuesta tiende hacia la resignificación sociopolítica de las relaciones entre las diversas “capas sociales” y sus microestructuras capilares de poder. Ignacio Martín Baró (2006) opina que el quehacer de la psicología latinoamericana en su gran mayoría ha mantenido una dependencia servil, pasiva y rígida a la hora de plantearse problemas e inquietudes de los pueblos latinoamericanos, “pues una psicología de la liberación requiere una liberación previa de la psicología, y esa liberación sólo llega de la mano con una praxis comprometida con los sufrimientos y esperanzas de los pueblos” (p. 14), lo anterior invita a ejercer un cambio en el modelo paradigmático de la psicología al tiempo que, una modificación importante del rol del psicólogo en la intervención psicosocial.

El desarrollo histórico de la psicología social Latinoamericana se remonta a los años 50's (Montero, 1993) y deviene de la afluencia dialéctica y dinámica de una singularidad de aportes externos (teorías, posturas, experiencias, etc.) que ingresan a los ámbitos académicos bajo contextos sociales de crisis políticas y

desigualdades (Sabucedo, D'Adamo & García, 1997), así, en este periodo los aportes epistemológicos -especialmente de la escuela de Frankfurt- se acoplaron a ideas propias de los pensadores hispanos, constituyendo un nuevo territorio epistémico en relación al discurso de lo social, lo que abrió paso al reconocimiento de la psicología social como disciplina científica al extender significativamente la visión sociológica de los fenómenos. Dicha declaración amplió el rol del psicólogo y lo profesionalizó, motivo por el que la psicología social fue incluida como un saber importante en la formación de los psicólogos latinoamericanos. Cabe mencionar que en sus inicios la psicología social fue de tipo psicológica (aún no se incluía la psicología social sociológica) con una preponderancia de la perspectiva psicológica y el paradigma positivista-experimental sobre el modelo hermenéutico. Seguidamente a mediados de los años 70's la psicología social se torna más sociológica, dicho cambio surge de la necesidad de entender el sentido social de las interacciones entre el individuo, los colectivos y la sociedad, aspecto en el que predominaron los enfoques analíticos y críticos, en relación a las dinámicas socioculturales adscritas a la particularidad de las relaciones e idiosincrasias de los pueblos latinoamericanos.

Respecto a los hechos que dan cuenta del inicio de la psicología social en Latinoamérica se destacan en 1973 la reunión en la ciudad de Bogotá de psicólogos patrocinada por una importante editorial mexicana (Trillas) con el objetivo de hallar un consenso acerca del sentido y la orientación de la psicología social en América Latina (Sabucedo, et al, 1997). De esta reunión se decide crear la Asociación Latinoamericana de Psicología Social (ALAPSO) que se encargaría de definir los modelos, paradigmas y métodos usados en la psicología social latinoamericana naciente. Cabe mencionar que anteriormente suceden dos reuniones asistidas por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), una de ellas en Uruguay en el año de 1969, y en Chile en 1970, ambas con la intención de la ALAPSO. De estas reuniones surge el Comité Latinoamericano de Psicología Social (COLAPSO), que buscaba no solo definir

campos de estudio y desarrollo epistemológico, sino principalmente direccionar y regular en la región, el estudio y enseñanza de la psicología social a nivel profesional.

Hacia 1974 en la reunión de México D.F, la ALAPSO se estableció legal y jurídicamente, fortaleciendo su actividad en la región y generando una influencia importante sobre los programas académicos de enseñanza de la psicología social en Latinoamérica, aspecto que fue muy evidente hacia la mitad de los años 70`s y comienzo de los 80`s. La ALAPSO reguló los eventos científicos como congresos y conferencias, además de alentar las publicaciones, manuales, boletines, revistas y la comunicación entre investigadores. De acuerdo con Ardila (1986) en los inicios de la psicología social latinoamericana se promovieron las investigaciones transculturales, a fin de verificar la generalidad de las leyes y principios psicológicos revelados en Norteamérica y en Europa, condición que restó originalidad a la especificidad del pensamiento hispano, aunque permitió una visión ampliada de los fenómenos sociales, acercando a los investigadores al tema de la globalización, la identidad y el comportamiento grupal. Este punto promovió la necesidad de hallar una especificidad en los estudios, desde una mirada crítica, incluyendo posturas y saberes de otros países pero definiendo los parámetros socioculturales con los que se realizaba la lectura de los hechos sociales de la comunidad hispana.

Asimismo otros acontecimientos fortalecieron la psicología social latinoamericana naciente, uno de ellos fue una jornada de trabajo en psicología social en Costa Rica (1976), seguido en el mismo año por el congreso denominado “La enseñanza y la investigación en América Latina” realizado en Miami (1976), a nivel de desarrollo epistemológico hacia 1983 la concepción del *sujeto histórico* por parte de Ignacio Martín Baró (1985) abre paso al desarrollo de una psicología social crítica, muy influenciada por la teología de la liberación pero no reductible a sus principios. Ignacio Martín Baró formó una psicología de

la liberación que transformó el sentido ideológico del encuentro político analizado desde paradigmas extranjeros, y lo ajustó a las dinámicas socioculturales de las víctimas de la exclusión y del terrorismo de estado, brindando una visión propia del sentir social-comunitario. De esta orientación se deriva el Congreso de Psicología Social de la Liberación, celebrado en diferentes países de América Latina. Igualmente son muy importantes los aportes a la psicología social y de los grupos del Argentino Enrique Pichon Rivièrè, quien incluyó contribuciones desde el psicoanálisis, la filosofía, la sociología, y la antropología entre otros. En el campo de la educación popular Paulo Freire abre el panorama de la escuela como escenario transformador de la dominación, por lo que el saber se constituye en un poder liberador desde un lugar ejemplificante y afectivamente estable.

Otro de los autores latinoamericanos que contribuye a la formación de una psicología en América Latina es el Colombiano Orlando Fals Borda con su aporte al concepto de investigación, como un proceso de Investigación Acción Participativa (IAP), que se constituye *per se* en un dispositivo de trabajo y de transformación social que induce el empoderamiento y libera a las comunidades de la dependencia socioeconómica a las instituciones del estado. Siguiendo esta línea María Freitas aporta a la psicología social sus estudios acerca de la negociación intergrupala en el marco de las tensiones y los conflictos de la vida cotidiana, aspecto trascendental para entender la dinámica de los grupos en entornos socioculturales diversos, tomando en cuenta su capacidad de respuesta ante el estrés, los cambios sociopolíticos y las coyunturas culturales. No se debe pasar por alto la colaboración innegable de la investigadora venezolana Maritza Montero en el desarrollo de la psicología comunitaria con sus aportes a la construcción del concepto de *familiarización*, además de la consolidación de la psicología política y el interés por temas como la identidad nacional, la socialización y conducta política, las actitudes, la percepción y cognición social, el rol político-social del psicólogo y el trauma político.

Asimismo el colombiano Rubén Ardila aporta desde el campo de la psicología social aplicada y el estudio de la psicología del hombre colombiano. Desde un territorio académico en el tema de la feminidad aparecen los estudios de Florence Thomas (reflexiones acerca del ser femenino) y los aportes de Marcel Zimmermann (psicología social y calidad de vida). De acuerdo a Sabucedo et al, (1997) es hacia la década de los años 80`s cuando la psicología social del cono sur reconoce paulatinamente la necesidad de tipificar, caracterizar y contextualizar el conocimiento generado, aspecto que fue trascendental para definir la especificidad de los estudios y desarrollos epistemológicos. Un hito importante lo marca el desarrollo de la psicología social en la Argentina que surge en los años 60`s primordialmente a partir de los aportes de Enrique Pinchón Rivière. Esta psicología emerge bajo un clima político de opresión dictatorial que sirve de elemento motivacional para comprender las dinámicas de los grupos y los factores sociopolíticos asociados a dichas expresiones. El autor consideró que gran parte de los problemas de los colectivos provenían de la existencia de una “inseguridad básica” resultante del estrés y la ambivalencia del clima socioeconómico imperante.

Lo anterior fue posible gracias a dos condiciones, la primera era la imposición de la ideología de estado a través de la reproducción de las fuerzas productivas y la reproducción de las fuerzas de producción (Althusser, 1971), mientras, la segunda era la desigualdad social como efecto de la creencia generalizada en el poder soberano de un Estado que se inscribe a modo de “institución imaginaria de la sociedad, esto es, creada por el imaginario a partir de necesidades y a través de las prácticas” (Bonano, 2000, p. 92). Rivière aporta al análisis de la seguridad social en temas como “la cuestión de la salud, las jubilaciones, los seguros de desempleo y los ritos sociales ante la muerte” (p. 93). Otros exponentes destacados fueron: Ignacio Martín Baró (El Salvador), Eduardo Galeano (Uruguay), Estanislao Zuleta (Colombia), y entre los autores de este siglo:

Graciela Mota Botello (México) experta en culturas de la participación negociada, Gustavo Ciampa (Brasil) quien con base en las ideas del materialismo histórico amplía la visión del sujeto sociológico “imbricado” en lo social, Paris Spink (Brasil) que estudia la manera de ser y hacer crítica en psicología social, Boaventura de Sousa (Brasil) que desarrolla la sociología de la ausencias y la sociología de las emergencias en función de construir una teoría crítica posmoderna, Orlando, J. D’Adamo & Virginia García Beaudoux (Argentina) expertos en comunicación política, medios de comunicación y opinión pública, Eduardo Galindo Cota (México) con el tema de psicología, educación y ciencias políticas, Juan Soto Ramirez (México) que establece puentes de dialogo entre la psicología social, las ciencias de la complejidad y el pensamiento complejo, María Lucero Jiménez Guzmán (México) con estudios de género y crisis de la masculinidad, Frederic Munné (Barcelona) que trabaja en la formación de una epistemología crítica del comportamiento social con base en un enfoque transdisciplinar, en el que se incluye el paradigma de la complejidad y la teoría del caos aplicada al estudio de los fenómenos sociales, Nuria Codina Mata (Barcelona) experta en psicología del ocio y del tiempo libre.

De manera integral es posible afirmar que la psicología social del cono sur se interesa por la explicación continua del origen de las necesidades y motivaciones sociales, la especificidad de las relaciones psicológicas de los pueblos latinos, los procesos socio-cognoscitivos, la psicopedagogía desde un enfoque cultural y de género, la psicología de los colectivos “minoritarios”, los procesos y movimientos colectivos, los efectos social-comunitarios de la violencia sociopolítica, y la psicología social de la comunicación. Otras áreas de orientación de la psicología social actual son los desarrollos investigativos en psicología social ambiental o psicología urbana, enfocada al estudio del “clima social” y su influencia en la salud y calidad de vida de personas y colectivos. Algunos ejemplos de esto pueden hallarse en la psicología social de la salud mental (clínica de lo social y clínica-social) orientada al estudio de la mutua

influencia entre sistemas sociopolíticos y la salud mental comunitaria (Otero, 2011; Andrade, 2012-2013), la psicología social de la educación que surge en un ambiente académico de crítica a los modelos pedagógicos paternalistas y tradicionales (Freire, 1970; Zuleta, 1980), la psicología social y lenguaje (Pichon-Rivière, 1975; Baró, 1988; Bonano, 2000), cuyo interés se centra en el estudio de las diversas formas de comunicación y lenguaje, en un contexto social definido por matrices histórico-culturales, que se dinamizan en función de las coyunturas y transformaciones sociales. Asimismo son importantes los desarrollos en el trabajo de grupos desde una perspectiva integradora en el tema de la intervención, diagnóstico comunitario y psicoterapia grupal (Baró, 1988; Bonano, 2000), ejemplo de dicha integración son los modelos: *genérico*, *transteórico* y el modelo *integrador*. Otros aspectos que resultan de interés para la psicología social contemporánea en el campo de la “tecnología social” son el diseño, creación e implementación de métodos, estrategias y técnicas de recolección de información para el estudio de riesgos psicosociales, tales como la elaboración de mapas de riesgo psicosocial, los diagnósticos social-comunitarios, los circuitos conversacionales, y las variantes investigativas de la Investigación acción participativa (IAP).

Otros campos y lugares de actuación son la psicología social orientada a la criminología (Zuleta, 1986), la psicología social del trabajo y de las organizaciones, además de la psicología social transcultural que desde un enfoque psicoantropológico estructuralista, se interesa por las variaciones inter y transculturales de los grupos, la definición social de subculturas y tribus urbanas, y los procesos de empoderamiento de colectivos en territorios socialmente definidos para otros motivos, entre muchos aspectos. Uno de los tópicos más importantes es el destinado al estudio de la psicología social y familia, tema que está soportado por los aportes de la teoría de los sistemas, la cibernética, la sociología, la antropología y el trabajo social especialmente. La psicología social contemporánea tiene una intencionalidad compleja, ya que presenta un esquema

de trabajo transdisciplinar, donde en conjunto con otras disciplinas científicas, aporta a la comprensión dialógica de la interacción del ser en sociedad. Para la psicología social estos enfoques o direccionamientos permiten un punto de referencia e inflexión para analizar una realidad social determinada, a partir de lo vivenciado por las personas y comunidades, por lo que dicha experiencia resulta ser un primer territorio de conocimiento de los fenómenos estudiados. *Ergo* los aportes epistémicos de la psicología social y de otras disciplinas científicas, se acoplan a la representación y vivencia del evento en la estructura biopsicosocial de los afectados, generando configuraciones de sentido, que posibilitan un acercamiento dimensional al fenómeno estudiado desde una dinámica diversa e integradora, en la que la psicología social no pierde la particularidad de los análisis, posturas o planteamientos teóricos.

Línea de Tiempo: Historia de la Psicología Social Latinoamericana

Se crearon los primeros programas de entrenamiento profesional en psicología.	←1947 1951 →	Se funda en México La Sociedad Interamericana de Psicología (SIP) constituida por psiquiatras y científicos sociales.
Se llevó a cabo el primer Congreso Interamericano de Psicología en Santo Domingo (República Dominicana)	←1953 1958 →	La Psicología Social de América Latina tendía a reproducir teorías, métodos y técnicas de estudio vigentes en USA y Francia
Orlando Fals Borda Fundó en la Universidad Nacional de Colombia junto con Camilo Torres la primera Facultad de Sociología de América Latina	←1959	
Se desarrolla en Argentina la <i>psicología social histórica y psicoanalítica</i> , sustentando que los aspectos subjetivos de los procesos sociales responden a producciones colectivas	←1960 →	La psicología social estaba orientada en el “paradigma emancipatorio”, dado que sus prácticas tenían la intención de fortalecer en los grupos, las capacidades que generarían cambios sociales
Se realizaron publicaciones de gran	←1961 →	José Miguel Salazar La psicología social es el estudio de la

incidencia en psicología social latinoamericana en la Revista Interamericana de Psicología		relación del individuo con su medio sociocultural. Divide la psicología en: básica (dirigida a la construcción de teorías), y aplicada (dirigida a la solución de problemas sociales)
Fundación Del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en Buenos Aires – Argentina	←1967	
Paulo Freire Método de alfabetización conscientizadora: Vincula la conciencia personal con la dimensión social y política; basándola en la dialéctica histórica	←1970 →	Humberto Maturana Teoría biológica del conocimiento en la que el ser humano se humaniza en lo social, constituyendo el conocimiento en el lenguaje y la comunicación a través del amor
Jacobo Varela La tecnología social, que consiste en aplicar los principios de la psicología social y de otras ciencias del comportamiento a la solución de problemas sociales relevantes	←1971 →	Eduardo Galeano Estudia sobre las raíces y mecanismos sociopolíticos de Hispanoamérica, dando gran importancia a la justicia social como principal aspecto para el bienestar y socialización en la humanidad.
Orlando Fals Borda Postula el método de estudio Investigación Acción Participación (IAP)	←1972 →	Rogelio Díaz Guerrero Crea la teoría histórico-bio-psico-socio-cultural del comportamiento humano.
Se constituye La Asociación Latinoamericana de Psicología Social (ALAPSO), presentada por el psicólogo social Aroldo Rodríguez en Brasil	←1974 →	Alfredo Moffat Expuso la psicoterapia del oprimido desde la problemática de injusticia y opresión social, dando relevancia a las necesidades del pueblo.
Se crea en Colombia la Asociación Latinoamericana De Análisis Y Modificación Del Comportamiento (ALAMOC), fundada por Rubén Ardila	←1975 1978 →	Gerardo Marín La psicología social debe generar datos científicos y a partir de ellos métodos de intervención
Serge Moscovici Formula la teoría de las minorías activas, en la que destaca la importancia de la negociación para la obtención de resultados en cuanto al problema del cambio, siendo crucial la influencia social en este y las minorías activas como factores de cambio.	←1979 1980 →	Maritza Montero La psicología política y comunitaria: plantea al psicólogo como agente de cambio social cuyos objetivos son: desideologizar, concienciar y fortalecer la sociedad civil. Las personas excluidas no son <i>minorías</i> sino <i>mayoría</i> , la desigualdad social es enorme.
Ignacio Martín Baró Postuló la psicología de la liberación para contribuir a la transformación social de la realidad, mediante la potenciación de virtudes populares	←1986 1987 →	Enrique Pichon Rivière Establece la existencia de una realidad dialéctica entre la estructura social y el inconsciente del sujeto, objetada en sus necesidades
Octavio Paz La psicología del mexicano establece que el ser humano en el transcurso de la historia atraviesa diferentes procesos de aculturación, donde una cultura adopta las costumbres de la otra y se adapta de una manera espontánea y natural. Según el	←1988 1992 →	Estanislao Zuleta El hombre en la sociedad actual tiene su valor en la medida en que se constituye como propietario de capital, lo cual lleva a pensarlo como una cosa propia de la tecnificación.

<p>autor el hombre mexicano está compuesto de tres factores culturales: indígena, hispano-cristiano y el anglosajón, mismas que marcan la forma de pensar en los mexicanos.</p>		
<p>Mary Jane y Paris Spink Las representaciones sociales son formas de conocimiento y sentido común, que se construyen a través de procesos generativos y funcionales dados en la cultura, que van a determinar el pensamiento social</p>	<p>←1993→</p>	<p>Rubén Ardila Formuló la teoría de la Síntesis Experimental del Comportamiento, con el objetivo de lograr un paradigma integrado en la psicología</p>
<p>Cornelius Castoriadis La idea del imaginario social instituyente: el pensar y actuar de todo colectivo humano se establece esencialmente en lo histórico, donde el imaginario social se basa en las figuras, formas e imágenes de la realidad determinada, formándose a partir de esto la subjetividad</p>	<p>←1997→</p>	<p>Oswaldo Bonano Establece el concepto de “apuntalamiento” en la articulación psicosocial de los grupos, en dicho estado se pasa del psiquismo individual al psiquismo social a través de la interacción cercana entre las personas.</p>
<p>Alfredo Moffat Publica “Los Desaparecidos Sociales” con base en la experiencia de las Madres de plaza de Mayo, allí argumenta que en muchos países existe la costumbre de que al estar en el poder se margina y excluye a aquellos sectores que no son iguales y presentan condiciones de escases y pobreza de recursos.</p>	<p>←1999→</p>	<p>Orlando J. D'Adamo y Virginia García Beaudoux La psicología política: Los cambios y estructuras sociopolíticas generan una concepción bipolar en el mundo, repercutiendo en las categorías que los individuos utilizan para ordenar la realidad, ante ello se genera una de-construcción en los esquemas y actitudes políticas</p>
<p>René Kaës Las apoyaturas sociales del psiquismo permiten comprender la forma en que determinadas instituciones sociales influyen y proporcionan seguridad a los individuos.</p>	<p>←2000→</p>	
<p>Joel Otero La Clínica de lo Social es un modo de hablar estéticamente de los territorios de encuentro social, ello responde a problemas contemporáneos a partir de <i>lo humano, lo social y lo urbano</i>, categorías que se transforman ante cualquier señal de malestar o <i>síntoma</i> de disfunción social.</p>	<p>←2010→</p>	<p>Edgar Galindo Cota Las catástrofes y la psicología: se interesó por el estudio de los efectos de los desastres en la población civil aplicando técnicas de tratamiento a las víctimas de catástrofes sociales e individuales debido a sus daños a nivel psicológico</p> <p>Boaventura de Sousa Entiende el conocimiento como “solidaridad” lo que implica otro modo de interacción con la historia del pensamiento, en el que se crea una nueva filosofía y teoría de la historia para redefinir la emancipación social.</p>

Graciela Mota Botello

La negociación en la psicología social: ante la presencia de un conflicto debe producir una negociación entre sus partes con el fin de llegar a un acuerdo y evitar consecuencias que afecten a la sociedad.

←2011→

María Freitas

Propone la negociación intergrupala ante las tensiones y conflictos de la vida cotidiana. Asimismo habla de la psicología en la comunidad (se actúa en lo individual), la psicología para la comunidad (intermediación entre población-instituciones), y la psicología comunitaria (se actúa con la comunidad)

CAPÍTULO II NUEVOS APORTES A LA PSICOLOGÍA SOCIAL

Aportes a la psicología social desde la teoría de los sistemas

Para Bertalanffy (1973), un sistema es el conjunto de elementos⁷ (dispositivos, unidades, aparatos, sujetos, objetos, mecanismos, secciones o relaciones), cuya constante integración proviene de la interacción recíproca de sus componentes, mismos que funcionan de modo correlativo al entorno en el que se desarrollan personas, familias, grupos y comunidades. Un ejemplo clásico de sistema es la familia, la cual es considerada un sistema dinámico viviente (Bouche & Hidalgo, 2003) que como tal se encuentra sometido y regulado por un conjunto de reglas y operaciones, por lo que su función principal es la de posibilitar la correspondencia entre normas generales y orientaciones particulares, presiones internas y exigencias sociales, individualidades y pensamientos colectivos, como también entre las necesidades, demandas y deseos que surgen de la interrelación e interdependencia entre sus miembros. Lo anterior se decanta en dos resultados: la *adaptación* comunitaria (normal o patológica), o la *inadaptación* de las familias al contexto sociocultural, lo que genera una reacción de acople o de desacople con otros sistemas de referencia con que la familia debe interactuar para sobrevivir y reproducirse sistémicamente. Dicho esto la familia como grupo primario de socialización es un sistema abierto (pero clausurado operacionalmente en sus procesos internos), cuyo funcionamiento organizacional interesa a la psicología social en aspectos como los tipos de relación que establecen sus miembros al interior del grupo y con otros sistemas, es decir las dinámicas comunicacionales inter-retroactivas y los aspectos psicoafectivos que

⁷ El término *elemento* referencia un sistema de tipo real, social, familiar, ecológico, biorretroactivo, político, económico, conceptual o lingüístico entre otros, por lo que la complementariedad de dichos sistemas, por ejemplo que sea de tipo real y conceptual (lo que admitiría un número importante de variaciones de acuerdo a las categorías planteadas) conllevaría la incorporación de reglas o normas, con las que se puede regular el sistema en función de sus objetivos, factor que constituye uno de los elementos más importantes para definir la operatividad de su funcionamiento.

se organizan de acuerdo a operaciones de coerción, conflicto, disyunción, disgregación, ilegitimidad, anulación y simetría «competencia», como también por la compensación, comprensión, creatividad, sostén, cooperación, solidaridad, pertenencia, estabilidad, reconocimiento, exclusividad, crecimiento y participación que el grupo posibilita a sus miembros.

Lo anterior se complementa con la particularidad e intencionalidad de los mensajes emergentes de su acción dialógica, como también con los objetivos que se proponen como grupo, la reproducción y confrontamiento de prejuicios, interdicciones y expectativas que estas relaciones comportan. Para la psicología social las asociaciones, formas y niveles de reconocimiento, legitimidad y cooperación intrafamiliar y social, permean el tipo de funcionamiento que identifica a la familia, al tiempo que posibilitan la creación y asunción de roles, la relatividad de la permanencia de los estados emocionales, la libertad de elegir, además de la conformación de la identidad *primaria* y *secundaria* (individual/familiar y social/comunitaria), la intimidad del sistema (relaciones de fraternidad y de interdependencia), y la auto-intimidad de sus miembros. En la actualidad más que hablar de sistematismo el interés se ha centrado en el sistema, espacio en el que la teoría general de los sistemas (TGS) y la psicología social cuentan con un desarrollo especial. Esta teoría tiene sus antecedentes en la filosofía (Anaxágoras, Aristóteles, Sexto Empírico y la filosofía Estoica; 500 y 200 A.C) y la ciencia (Descartes, Baruch, Spinoza⁸, Leibniz, Kant, Etienne Bonnot de Condillac, Comte, Coburn y Hegel, Siglos XVI y XIX). La palabra sistema «*systema*» etimológicamente significa “reunir y mantenerse juntos” (Arabany, 2002). Para los Estoicos sistema significaba “orden del mundo u orden cósmico” que regía todo lo real, y el pensamiento bajo un “orden sistemático”, concepto que atañe a cierta organización social del mundo, como reflejo de una

⁸ Para Spinoza el sistema conceptual es visto explícita o implícitamente como una trascripción del sistema real, en el que el orden de las ideas es juzgado como el orden de las cosas. Este modelo de sistema atañe al “orden sistemático de las cosas” a través de un isomorfismo entre concepto y realidad, escenario que posibilita el acceso al conocimiento de dichas cosas.

organización superior regida “hegemónicamente” por un ordenamiento cósmico y universal. Si bien el pensamiento estoico dominó gran parte de la cultura Helénica, paulatinamente fue asimilado en sus explicaciones ideológico-religiosas por otras posturas explicativas del mundo, a través de un proceso de sincretismo cultural estimulado por las guerras y conquistas políticas. Lo anterior suscitó el paso del *ser-político* “el que vive en la polis” al *ser-comunitario* o “habitante del mundo”, y de allí al *ser-transformador* de lo social que cuenta con un acceso especial al mundo del saber, oportunidad con la que se configura un tipo de *poder-saber* en relación a la organización epistemológica del mundo occidental.

Históricamente dichas variaciones propiciaron desde la edad media una fractura importante de la linealidad del pensamiento religioso, orientando muchas de las ideas de trascendencia de la cultura occidental hacia la consolidación de ritos, mitos y creencias “paganas”, como también hacia la búsqueda de la legitimidad “universal” del Cristianismo a modo de sistema moral explicativo de la verdad (que no se acopló a otro sistema pero sí integró otros subsistemas religiosos). Para la psicología social compleja un sistema puede ser definido como el conjunto de elementos auto-organizativos que al estar relacionados entre sí de manera concurrente, interdependiente y funcional, logran incluir los antagonismos que antes los separaban, asociar e interrelacionar las emergencias, validar la incertidumbre de sus procesos y posibilidades organizativas, y actuar (acción-retroacción e inter-retroacción) a través de la no-interdicción de sus componentes, obteniendo recursos, conocimientos, modificaciones y auto-actualizaciones internas y externas; así, cada sistema reacciona ante los estímulos y emergencias transformando su actividad teleológica de acuerdo a las variantes y exigencias de su entorno, y en función de sus procesos internos de funcionamiento operativo. Esta posibilidad de reorganizar la entrada-proceso-salida y transformación de la información, evidencia que la familia como sistema abierto cuenta con la posibilidad de asumir cierta identidad y permanencia en sus

procesos, por lo que la no-rigidez procesual le permite aprovechar los recursos, componer estrategias, acomodarse a nuevos cambios y empoderarse de las acciones que mantienen su estado de funcionalidad, aspectos que dependen en gran medida de los acontecimientos vinculados a su condición dialógica. En este aspecto la Psicología social se vale de la Teoría General de los Sistemas para dar cuenta de la capacidad dinámica de responder ante los cambios coyunturales y su potencial de afectación a la interacción, interrelación e interdependencia de las unidades familiares y de la sociedad, tomando en cuenta que dicho estudio depende de la variación epistemológica contemporánea del concepto de “sistema”, y de la “teoría general de los sistemas” en la que se establece la diferencia entre la noción de “sistémico” y “sistemático”⁹.

Siguiendo esta línea de pensamiento es importante mencionar la noción de “arquitectónica”, concepto kantiano denominado como el arte de volver un sistema aquello que resulta ser una diáspora de conocimientos, siendo el sistema un todo del conocimiento ordenado según principios (Ferrater, 2001). Kant define el sistema como “la unidad de las formas diversas del conocimiento bajo una sola idea” donde la idea referencia el concepto dado por la razón. En este sentido lo trascendental es el modo humano de conocer las cosas en sus condiciones *a priori*, por esta condición *el sistema de la razón es el resultado de una tarea infinita* encaminada al conocer (Kant, 1781). Cabe mencionar que Hegel es más radical que Kant en su concepción de sistema “real y conceptual”, asociándolo a la totalidad con lo que referencia lo verdadero, por lo que la realidad y verdad de cada parte solamente tendrían sentido en relación a su inserción en el todo que componen. De acuerdo a Ferrater Mora (2001) para Hegel el conocimiento no es representación por un sujeto de algo externo, ya que “la representación por un sujeto de un objeto es a la vez parte integrante del objeto” (p. 1578), así la

⁹Lo sistemático se emplea “tradicionalmente” cuando se habla de los sistemas desde la generalidad, especialmente en temas relacionados con la *naturaleza de los sistemas filosóficos*, mientras la categoría sistémico se utiliza para hablar de los sistemas desde la “teoría general de los sistemas” la cual se ocupa de toda clase de sistemas (Ferrater, 2001).

conciencia no es solo conciencia del objeto sino también conciencia de sí, motivo por el que sujeto y objeto no se reducen el uno al otro. Según Hegel la totalidad del espíritu no se somete a la suma de sus partes, pues la síntesis del espíritu subjetivo y del espíritu objetivo “es el espíritu absoluto, que a su vez se auto despliega en la intuición de *sí mismo* como arte, en la representación de sí mismo como religión, y en el absoluto conocimiento de sí mismo como filosofía” (p. 1581), dicho así, Hegel plantea la idea de un sistema filosófico cerrado donde el todo determina la naturaleza de las partes, por lo que las partes pueden entenderse en función de su reciprocidad con el todo, y a partir de su interrelación e interdependencia dinámica.

Con Hegel se da inicio al entendimiento de la filosofía como un sistema organizado “sistemático”, es decir como un *corpus*, del que participaron filósofos anteriores como Plotino, Escoto Erigena, Santo Tomás, Spinoza, de Wolff, De Suarez, en tanto que para muchos estudiosos sobre el tema, un pensamiento es más filosófico entre más sistemático sea, por lo que la historia de la filosofía pudo ser vista como una especie de “sucesión de sistemas” (Ferrater, et al, 2001). Esta afirmación cuenta con una contrapartida ya que tanto Kierkegaard como Nietzsche tienden a “quebrar el sistema” a través de un modo no-sistemático de conocimiento de tipo fragmentario y aforístico, no ceñido a los supuestos racionalistas persistentes en la filosofía occidental. Para Condillac (1749) el sistema es “la disposición de las diferentes partes de un arte o de una ciencia en un orden en que todas las partes se sostienen mutuamente y en que las últimas se explican por las primeras” (p. 3308), para el autor sólo los sistemas con base en la experiencia y la comprobación son aptos y fecundos para las ciencias y las artes, ya que la tenencia de una cantidad suficiente de observaciones permite la comprensión del encadenamiento de los fenómenos, acción posible cuando el lenguaje con el que se forman los sistemas se encuentra “bien hecho” (sistema formal, lógico, axiomático, teoremas), posición con la que establece un punto crítico respecto a los filósofos racionalistas del siglo XVII (Malbranche, Spinoza,

Leibniz). Según Edgar Morín (2001) el concepto de *sistema* no se ha desarrollado totalmente siendo una “palabra envoltorio” porque se adhiere de forma indispensable a la materia que lo constituye. Entre los autores que cita como contribuyentes importantes para una definición se encuentran: Leibniz (1666), Maturana (1972), Bertalanffy (1956), Ackoff (1960), Rappaport (1969), Mesanovic (1962) y Saussure (1931). Para Morín es necesario unir en el sistema la idea de *totalidad* y de *interrelación* a través de la *organización*, así el sistema sería la “unidad global organizada de interrelaciones entre elementos acciones o individuos” (p. 124)

Asimismo autores como Carnap & Church (1948) y Wilson & Martin (1948) entienden la teoría de los sistemas como el estudio de sistemas semánticos y sintácticos, lo que incluye las relaciones entre ambos sistemas (Ferrater, 2001). La Teoría General de los Sistemas (TGS) se ha opuesto al atomismo y al reduccionismo epistemológico y conceptual que no incluye la noción del “todo” bajo el concepto de autorregulación (Maturana & Varela, 1984) como parte esencial del entendimiento de la interacción biopsicosocial de lo vivo. En la actualidad a través de esta teoría, la idea de sistema es usada por muchas disciplinas tales como: el estructuralismo lingüístico (Ferdinand Saussure), la teoría psicológica de la forma o Gestalt (Fritz Perls), en el estudio de los sistemas biológicos (Paul. A. Weiss) y en los desarrollos acerca de las relaciones grupales (Gregory Bateson), el concepto de Autopoiesis (Humberto Maturana), la comunicación y el lenguaje social (Peter Berger y Luckmann), la teoría de la complejidad (Edgar Morín). Cabe mencionar que por predominio directo de los aportes de la teoría general de los sistemas al desarrollo de un pensamiento liberador y transformador de la realidad biopsicosocial, la TGS fue acogida por autores como I. V. Bauberg, E. G. Judin y Ervin Laszlo, éste último autor fue muy influenciado por Ludwig von Bertalanffy, llegando a constituir un movimiento denominado “la filosofía fundada en la Teoría General de los Sistemas”.

Asimismo la cibernética de Wiener con la “teoría de la información” constituyó un aporte valioso al desarrollo de la teoría general de los sistemas. Se debe resaltar que a pesar de que existen sistemas de diversas clases, la división clásica de los sistemas planteada por Bertalanffy entre “sistemas naturales” (reales u ontológicos) y “sistemas cognoscitivos” (metodológicos y conceptuales) como parte esencial de la TGS, instaura un nuevo paradigma que (de)construye en sentido de la división del todo en partes simples -hasta tal punto que sean inanalizables-, además de ir en contra de todo pensamiento reduccionista, mecanicista o de toda filosofía analítica cuya condición *ius naturalista* que en el caso de los sistemas de interacción humanos, deshumaniza la creatividad y la espontaneidad recursiva de las partes del sistema. El paradigma sistémico logra ubicarse como un modelo globalizado y explicativo de lo vivo, escenario donde lo importante radica en el hecho de reconocer que cada sección puede relacionarse de manera diversa y compleja con los otros elementos que componen el todo que desde la psicología social puede estar constituido por el fenómeno social estudiado en un momento determinado de la historia.

Los sistemas funcionan de acuerdo al intercambio de energía, productos, encuentros, bienes y servicios, de tipo concreto, simbólico o imaginario que se materializan en acciones que son definidas por el sistema como beneficiosas, contraproducentes o ambivalentes. Para la psicología social este aspecto es importante para determinar, el tipo y nivel de afectación que estas dinámicas tienen en el colectivo y en la sociedad (sistemas, macrosistemas y subsistemas), a fin de analizar las características de los grupos y sus patrones de interacción social. De acuerdo con Johansen (2000) las operaciones de los sistemas provienen del procesamiento de la información a través de flujos de salida (*Output*), los que permiten al sistema exportar el resultado de sus operaciones, por tanto estas salidas pueden ser positivas o negativas para el entorno, por ello la supervivencia del sistema dependerá de la calidad de estas relaciones. Así, el sistema está

legitimado en el ambiente cuando las salidas positivas superan a las salidas negativas, mientras su *ilegitimidad* provendrá específicamente de la prevalencia de producciones negativas para el ambiente y para sí mismo. De igual manera el sistema recibe constantemente información que es importada del medio (*Input*), la cual es filtrada en función del interés y los beneficios buscados, por lo que el sistema para recibir información o nutrientes debe estar incluido o contenido en otro sistema es decir, funcionar como “subsistema”, por ello las entradas o *Input* referencian las relaciones externas de este sistema con otros.

Todos los sistemas tienen objetivos o propósitos con alcances definidos, de acuerdo al espacio y tiempo en el que estas finalidades emergen o se proyectan. Para un sistema tener metas significa configurarse conforme a un funcionamiento teleológico operativo, en el que juega un papel trascendental los recursos de entrada (*Input*) y de salida (*Output*) definidos a partir de la calidad de las relaciones del sistema con otros; así los objetivos se configuran de acuerdo a múltiples facetas y pueden cambiar constantemente acorde a la dinámica contextual de la organización que los orienta (Gigch, 1987). Otros análisis indican que los objetivos permiten caracterizar la forma de comportamiento total del sistema (Churchman, 1981) cuando son medibles, y representan las estimaciones del impacto a modo de indicadores (Latorre, 1996), lo que consiente la comprobación del cumplimiento de logros, misiones, visiones o metas además del nivel de afectación de éste resultado en las dinámicas de intercambio con otros sistemas, factor que define su permanencia y reproducción psicosocial.

Para Maturana (1995) el sistema presenta como unidad complejidades propias de la relación de dos componentes esenciales: a) una organización que reproduce la correspondencia entre los diversas partes constituyentes, b) y una estructura compuesta por la interacción de los módulos de acción conjunta con los que opera el sistema a nivel biológico y social. Esta actividad supone que un ser vivo se defina de acuerdo a una organización autopoietica que es establecida por

mecanismos, procesos y resultados. Igualmente las máquinas pueden ser tomadas como sistemas definidos de acuerdo a la naturaleza de sus componentes, la función que cumplen y el modo de operar respecto a su objetivo. Maturana (1995) indica que una máquina autopoietica es una máquina organizada como un sistema de procesos de creación de componentes conectados de tal modo que producen y activan componentes que: “i) crean los procesos (relaciones) de producción que se generan a través de sus continuas interacciones y transformaciones, y ii) constituyen a la máquina como una unidad en el espacio físico” (Maturana & Varela, 2004, p. 69)

La idea de la máquina se adscribe a la noción de Bertalanffy (1973) acerca del sistema, e implica que un grupo de elementos interactúan mutuamente a fin de lograr un objetivo que constituye su realidad en el momento en el que dicha cadena de unidades emergen (eventos, sucesos, experiencias, transformaciones). Como consecuencia de lo anterior cada sistema cuenta con una tendencia inevitable hacia la interrelación e interdependencia entre sus partes, condición que abre paso a que cada parte pueda transformarse a partir de la “reversibilidad de la relación” o retroacción, estableciendo una dinámica única e identitaria a partir de la relación bidireccional entre el proceso de cambio y la tendencia a la estabilidad. A partir de lo expuesto los sistemas tienen una doble connotación: pueden ser abiertos y cerrados dependiendo del lugar del proceso del que se hable, así Maturana & Varela (1984) afirman que los sistemas vivos son cerrados sólo organizativamente, aunque de forma estructural sean sistemas abiertos (García, 2005), por lo que esta dualidad permite la complementariedad de los procesos al agregar la condición de *incertidumbre* al sistema, definiendo el proceso pero no la finalidad *per se* de la organización. La idea de estructura cerrada indica la tendencia a formar estructuras estables, autónomas y claramente identificables a través del principio de “permanencia”.

La psicología social compleja busca propiciar el desarrollo de posiciones epistemológicas, que permitan entender bajo una lógica de la inclusión cognoscitiva y el pensamiento crítico, la condición biopsicosocial y sociocultural de la actividad humana (Soto, 2006), tomando en cuenta el aprendizaje, los procesos psicológicos y la contingencia de los fenómenos sociales, lo que obliga la implementación de una perspectiva multidimensional de análisis, que ubique la interacción de los elementos sociales respecto a los sistemas comunitarios de interinfluencia mutua (Munné, 2008). Lo expuesto denota que dichos sistemas presenten una característica poiética, es decir, que operen en lo social como conjuntos organizados a través de la comunicación consensual, tomada ésta como el resultado de la “coordinación de conductas” cuya función no es la transferencia de contenidos, sino la coordinación de comportamientos, motivo por el que los sistemas poiéticos pueden autorreproducirse y conservar su organización (Maturana, 1984). En consecuencia no existe discontinuidad entre lo social, lo humano y las raíces biológicas pues, es necesaria la complementariedad de estos sistemas para que el individuo, los colectivos y las instituciones logren multiplicar sus procesos e integrarse mutuamente. Para ello demandan de una organización y una estructura prescrita por el sistema viviente como unidad de interacciones e individuo (*unitas multiplex*, Morín, 2001). Para Maturana y Varela (2004) los sistemas en virtud de su organización autopoiética determinan el hecho de que todo cambio se encuentre supeditado a su conservación.

La Autopoiesis es el estado dinámico de conservación de la organización de lo vivo, condición que torna al sistema estable en cuanto individual y homeostático. Dicho esto, un sistema es una unidad de interacciones que conserva su individualidad aun cuando existan procesos que lo redefinan en cada actividad, estos conceptos presentan una interpretación de lo social a partir de Luhmann (1997; 1998), quien indicó que todo proceso de socialización humano es posible gracias a la implementación de la Autopoiesis que opera como una red cerrada de comunicación denominada “sociedad”. Estos antecedentes ponen de manifiesto

que la teoría de sistemas sociales surge de la lógica de la diferencias (Willke, 1998), especialmente porque la sociedad no es anterior e independiente a los individuos, ni estos lo son a la sociedad, por esta razón a medida que se estructuraba lo social, también lo hacían los individuos a través de relaciones, estructuras y funciones (Elías, 2000), lo que obligó el abandono de la especulación acerca del origen, estado o prolongación de los hechos sociales a partir de paradigmas y posiciones radicales.

En este aspecto la sociedad puede ser tomada como una forma clausurada de comunicación (Luhmann, 1997), que llega a contener en sí misma las formas de comunicación y el lenguaje, aspecto que de acuerdo a Maturana (1995) sucede en el plano de la coordinación de las interacciones recurrentes junto a otros, es decir a través de la construcción de un mundo que emerge de la interacción entre individuos. Para Luhmann la civilización y la inherencia de sus interacciones recíprocas son la consecuencia de las circunstancias derivadas de los sistemas de comunicación, dicho esto la sociedad es “pura comunicación” mientras el desarrollo social es el fruto del acrecimiento social del desempeño comunicativo en los sistemas sociales, aspecto importante porque “la comunicación define la realidad social y así influye en la organización del trabajo, los planes educativos, las relaciones formales e informales y el empleo del tiempo libre” (Gergen, 2006, p. 80). Por tanto lo que es llamado social no surge del hombre, le preexiste y es independiente de éste pues, consiste en una solución de tipo evolutivo que antecede a los sujetos, y está encaminada a proveer de formas de sentido la existencia en sociedad con el fin de que “lo anterior” tenga sentido. Humberto Maturana propone la idea que los sistemas humanos son autopoieticos y auto-regeneradores es decir, que cuentan con la habilidad de renovarse y alcanzar una homeostasis que sostenga la organización poietica.

Para Maturana y Varela (1984) los sistemas son autopoieticos cuando cuentan con una red de procesos propios que delimitan a través de su actividad la

especificidad de sus relaciones, en comparación a otros sistemas. En consecuencia todos los sistemas se modifican estructuralmente, y a pesar de que la red interna de procesos tienda a mantener su evolución, ésta se presenta como algo permanente, lo que instituye y valida el proceso de identidad de cada sistema, como también de cada una de sus partes y procesos. Esta premisa es aplicable al análisis psicosocial y favorece los procesos de intervención e interpretación del hecho social ya que, a través del cambio inherente los sistemas pueden recobrar y robustecer su comunicación y reestructurar sus procesos biopsicosociales. Los sistemas autopoieticos son sistemas de operación cerrada porque sus dispositivos son originados al interior de un proceso de clausura interna, a través del que se logra controlar los elementos emergentes a fin de darles un sentido en la organización de lo vivo (Maturana, 1995).

Luhmann toma en cuenta el hecho de que la revolución científica no necesariamente debe ser altamente espectacular (Kuhn, 1962), por lo que los sistemas ya no serán entendidos fundamentalmente en el modo como se reducen a sus operaciones (producción de diferencias que posibilitan su existencia) y no pueden ser tomados específicamente a modo de objetos. Luhmann (1997) indica que el desarrollo e implementación de una teoría de los sistemas sociales, precisa la especificación de las operaciones con las cuales el sistema se reproduce y se diferencia del entorno en el que instaura sus procesos comunicacionales. Para éste autor lo social está constituido por la comunicación como parte de un sistema cerrado, es decir clausurado operacionalmente, por ello instaura la hipótesis de que sólo la comunicación puede comunicar –más no el hombre- puesto que solamente la sociedad puede comunicar al estar determinada como sistema cerrado por la estructura (Luhmann & De Giorgi, 1993).

Se debe tomar en cuenta que el concepto Autopoiesis es adquirido de la biología, pero es con Niklas Luhmann que adquiere una dimensión sociológica, lo que no implica de manera radical el ejercicio de lo ecléctico adjunto a una estrategia de

biologización de la sociología y de la antropología social y cultural (Lipp, 1987). La propuesta teórica de Luhmann involucra la aplicabilidad del concepto Autopoiesis a todo el fenómeno social, lo cual es una fortaleza al tiempo que uno de sus puntos críticos, si se toma en cuenta que la complejidad y aleatoriedad de las interacciones humanas no puede comprimirse en un concepto, especialmente cuando personas, grupos, comunidades y sociedades se autoconstruyen dinámica y aleatoriamente. Éste argumento plantearía la idea que la Autopoiesis incluye procesos de reorganización-creación-emergencia-destrucción, en los que contrastan la *entropía* (grado de desorden presente en un sistema) con la *negentropía* (producción de orden en un sistema abierto) de algunos sistemas que luchan por permanecer aún bajo condiciones entrópicas de degeneración sistémica. Lo anterior se complementa a lo expuesto por Humberto Maturana (1996) en la “Biología del conocimiento” donde indica que el objeto externo no es suficiente para validar el conocimiento científico pues, “las explicaciones científicas no explican un mundo independiente, explican la experiencia del observador” (p. 30). Lo anterior obliga una amplitud en el análisis de las certezas con las que se opera en lo social, evitando el juicio de valor, el etnocentrismo y los reduccionismos respecto a la interacción biopsicosocial.

El aporte de Humberto Maturana a la comprensión de lo vivo no es reductible a la conceptualización o tipificación objetivante de los fenómenos, puesto que debe ser comprendido como un proceso de construcción auto-actualizante en el que los organismos presentan diversos niveles de complejidad, y al no existir discontinuidad en lo social, lo biológico y lo humano, el principio constitutivo de la organización de una célula se conserva en todos los niveles de complejidad de lo vivo (Rodríguez, et al. 2003). Estos niveles referencian la actividad viva de células, órganos, organismos, sistema nervioso, comunicación, lenguaje, conciencia, subjetividad, intersubjetividad, sociedad y cultura, lo que abre una perspectiva importante en el análisis de lo social a partir de una comprensión poética aplicada a la psicología social. El estudio del sistema desde el punto de

vista autopoietico (auto direccionado respecto a un fin) abre perspectivas para el análisis de la acción colectiva, las motivaciones grupales, las relaciones intrafamiliares y la interacción política-social entre otros, tomando en cuenta que dichos factores deben darse bajo condiciones de respeto y de legitimidad de la diferencia. Así cualquier situación que devaste o restrinja la aceptación del otro como legítimo “desde la competencia hasta la posesión de la verdad, pasando por la certidumbre ideológica, destruye o limita el que se dé el fenómeno de lo social, y por tanto lo humano, porque destruye el proceso biológico que lo genera” (Maturana y Varela, 1984, p. 163)

Todo lo que les sucede a los seres vivos presenta una autonomía, porque tiene que ver con ellos y no con otra cosa (Maturana, 2002), por ello cuando se trata de lo vivo la autonomía surge en la *autorreferencia* es decir, en la Autopoiesis que indica el hecho de “producirse a sí mismos” y la reproducción de las condiciones biológicas que le permiten al organismo interacciones internas con su entorno y con otros sistemas. Desde este orden de acciones el mundo en el que se vive es el mundo que cada organismo crea, y no un algo “encontrado” en la experiencia donde ya todo está escrito o dado (Maturana, 2002); ésta condición es dable en la medida que cada organismo es un sistema cerrado que se determina en su estructura de forma particular, lo que indica que lo externo solamente gatilla algo que ya está determinado en la forma viviente. Para la psicología social desde esta perspectiva el mundo vivido se crea y reactualiza dinámicamente desde la configuración que adquiere en la convivencia, lugar desde el que se dispone y recrea la actividad personal, colectiva y social. Como resultado del encuentro de lo vivo surgen los acuerdos sociales, el amor, las discrepancias, los conflictos y las guerras, por lo que el mundo social es el resultado de una apropiación constante de lo externo que solo es posible a través de la dinámica de nuestro operar como seres humanos.

Según lo dicho nada de lo que sucede en el ser es independiente a sí mismo, por ello en el momento que se realiza una acción, esta actividad pasa a relacionarse con el otro que vivencia y aprehende el hecho, pues no solamente causa efecto en quien la ejecuta, y aunque cada sujeto configure de manera individual los motivos, procesos y consecuencias de los hechos sociales, la apropiación de la acción se hace posible cuando se le clausura e interpreta de acuerdo a la estructuración biopsicosocial de los sujetos involucrados. Por ello el mundo vivido no es un mundo conformado por cosas externas que se captan en el acto de observar (Maturana, 2002), es también un escenario de encuentro de lo multidimensional del ser consigo mismo a partir de la existencia del otro en la relación de legitimidad y convivencia. Desde esta postura el mundo que se vive es dable en la medida que se configura con otros a través de la comunicación y el lenguaje, condición que va desde la comunicación celular hasta la comunicación de complejos códigos lingüísticos en la interrelación social. De este modo el mundo vivido tendría tres elementos: a) la configuración con otros, b) la autoconstrucción del mundo que lo rodea, y c) el entendimiento de que el mundo vivido es siempre más fluido de lo que parece, estos tres elementos se adscriben al estudio de la interacción social y brindan un campo de análisis más amplio cuando se trata de entender el funcionamiento de individuos, grupos, sociedad y cultura.

El estudio de la familia.

La psicología social concentra gran parte de su atención en el individuo y los sistemas biopsicosociales a los que éste pertenece, por ende el interés por la persona y su condición recursiva-organizativa respecto a la interacción, se constituye en el aspecto que enlaza la psicología social compleja a la familia, definiendo su objeto de estudio en “el individuo en sociedad” dicho esto, su propósito es el de comprender la forma como actúan la mayoría de las personas en determinadas situaciones a nivel individual o colectivo (Worchel, Cooper,

Goethals & Olson, 2002). La familia como sistema avoca el análisis de tres categorías: individuo, grupo y sociedad, por lo que su estudio exige relacionar aspectos biopsicosociales y jurídicos que presentan claras diferenciaciones de una cultura a otra, así como también aportes al entendimiento de la emergencia de subculturas de lo urbano cuya concepción de familia y grupo varía de acuerdo a los códigos con los que se aprehende, categoriza e interpreta el mundo que configuran en la convivencia. De acuerdo con Valdivia (2008), la complejidad de la familia en las sociedades occidentales hace difícil la construcción de una definición que recoja todos los aportes de la variedad de los modelos, ante esto la teoría sistémica de Bertalanffy responde efectivamente al señalar que un acercamiento a su definición implica primero conocer su estructura y sus reglas, el modo particular de funcionamiento interno y externo, además del intercambio de recursos para su supervivencia. Éste análisis es posible gracias a los aportes del modelo familiar sistémico y de disciplinas como la psicología, biología, filosofía, física, cibernética, antropología y la sociología, principalmente.

Para la psicología social la familia es un campo de acción y estudio transdisciplinar del que surgen intereses derivados de las transformaciones que ésta ha tenido durante los últimos 40 años. La familia surge de la unión biopsicosocial de sujetos históricos y socioculturales, que se encuentran a través de la interacción recíproca, en un proceso de actualización de la coordinación de coordinaciones consensuales, procedimiento que a través del tiempo y en pos de mantener la especie y de sobrevivir, desarrolló la comunicación y el lenguaje como estrategia y habilidad inherente de estructuración de condiciones emocionales propicias para crear, simbolizar y apuntalar los lazos conformantes de las organizaciones vinculares a nivel comunitario y social. Estos primeros modelos de familia funcionaban a partir de la experiencia de su extensión familiar (padres, tíos, hijos, abuelos, etc.), escenario en el que el grupo a través de su consolidación en número y funciones (roles) cubría sus necesidades materiales, reproductivas, afectivas, de protección e intercambio con otros grupos con mayor

facilidad. Sin embargo éste modelo fue impactado por la industrialización y el aumento de nuevas necesidades que obligaron a las organizaciones familiares a ampliar sus labores, bienes y servicios con el fin de cubrir sus falencias y sobrevivir en la nueva sociedad del consumo masivo. De acuerdo con Kenneth Gergen (2006) estas necesidades se ajustan a un aumento masivo del conocimiento del mundo social y tecnológico que sentaron las bases de otra modalidad del saber: “*el saber cómo*”, por tanto este saber es también una modalidad de poder que indica cómo hacer las cosas y rige los medios y modos de producción, en este sentido la sociedad y los grupos familiares han aprendido a poner en práctica ese conocimiento dándole forma para su consumo en lo social.

Desde el punto de vista conceptual la familia se establece como unidad no-extendida en función del modelo de familia nuclear (padre, madre e hijos) inscrito al desarrollo industrial de la modernidad¹⁰ y postmodernidad, situación que es cada vez mayor en una sociedad en transición de época, pues se vive en un contexto de relaciones sociales donde se fraguan valores propios de la modernidad y de la postmodernidad, y en la que “la saturación social ha interferido profundamente en esta concepción tradicional de la familia” (Gergen,

¹⁰ De acuerdo con Habermas (1981; 1989), lo moderno referencia la transición de lo antiguo a lo nuevo, y el paso de un pasado Romano y pagano al Cristianismo (Siglo. V), así lo moderno es el vivo reflejo del declive del mundo antiguo, y esto es a su vez la muestra que tanto lo moderno como la modernidad fueron proyectos incompletos. La modernidad fue un proyecto promovido por los filósofos de la ilustración en el siglo XVIII, cuya meta era el desarrollo de una ciencia objetiva con base en tres preceptos: la moralidad, las leyes universales y un arte autónomo acorde a su lógica interna (Villoro, 1993). Dicho esto la modernidad o “racionalismo occidental” (Weber, 1973) tal como la entiende Habermas, es un proceso de renovación ideológica cuyas bases quedaron inacabadas en sus dos periodos anteriores, así, en la posmodernidad aún actúa y discurre la modernización a modo de proceso en curso, para ello requiere de una ruptura de “las conexiones internas entre el concepto de modernidad y la comprensión que la modernidad obtienen de sí desde el horizonte de la razón occidental” (p. 13). La posmodernidad aparece como posibilidad de cambio ante una modernidad que agotó sus respuestas respecto al mundo (Lyotard, 1979), pero buscando al igual que su etapa anterior, la emancipación del ser a través de lo moral (valores) y de la ideología, a fin de dar un significado a la existencia humana, acorde a las coyunturas socioculturales de época, y los cambios en las estructuras sociales. Según Habermas (1989) fue la investigación de los procesos de modernización en las décadas de 1950 y 1960 lo que dio paso a la incursión del término en las ciencias sociales, dicho interés surge de la *modernidad cultural* previa (ya obsoleta), la cual genera el proceso de “*modernización social*” que discurre autárquicamente y se prolonga en la posmodernidad actual.

2006, p. 102). Lo anterior sucede porque es alrededor de dicho núcleo que se estructuran los modos de convivencia y de reproducción de lo institucional en la cultura, lo que no deja de lado la importancia de otros tipos de familia como la extendida (uno o más miembros consanguíneos, con uno o más no-consanguíneos), ensamblada (padres divorciados con hijos de otros matrimonios), monoparental (un solo padre o madre cabeza de hogar) y homoparental (padres homosexuales). En consecuencia son las diversas dinámicas de la comunicación y del lenguaje propias de cada núcleo familiar configurado, lo que permite establecer el modo como cada persona o grupo valida lo que aprende en su relación con el mundo, tomando en cuenta que el sistema de valores y creencias, los imaginarios sociales, las ideologías adquiridas, las elecciones, convicciones y la conformidad política e ideológica parten de una aceptación *a priori* del sistema ideológico que regula dichas acciones en sociedad. La familia como unidad múltiple y sistema complejo modifica la sociedad, sus estructuras y organizaciones al tiempo que se transforma a sí misma en el proceso, así el análisis de su estructura y funciones da cuenta de la interacción, objetivos, estado, emergencias, constricciones y morfogénesis de las relaciones de los individuos que la componen, siendo el funcionamiento familiar una especie de termómetro y correlato de la actividad de la sociedad.

De acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas (ONU, 1987) a razón de la incompletud de las definiciones de familia, era necesario discriminar los puntos de encuentro y divergencia entre el hogar (lugar de encuentro, intercambio y de consumo del núcleo familiar) y la familia (unidad biopsicosocial dinámica, fundante, estructurante y transformadora del sistema sociocultural). La familia desde éste lugar se define como *nuclear* al estar formada por las personas que conforman un hogar y está compuesta por una pareja casada o en unión libre “consensual”, con o sin hijos propios o en adopción, o puede estar constituida por un padre y un hijo no casado. Para la psicología social la jerarquización de las familias admite el análisis, descripción y tipificación de las relaciones en dichas

estructuras además, de un acercamiento afectivo, conceptual, ideológico y metodológico al tipo de interacción con otras unidades familiares e instituciones sociales. El resultado de lo expuesto se constituye en el indicador básico de la forma de funcionamiento y estructuración de la comunidad y la sociedad, y no se reduce al número de familias que habiten un lugar específico, ya que abarca los imaginarios sociales que emergen de dicha interacción, las condiciones ideológicas que suscitan el encuentro socio-familiar y las organizaciones emocionales y afectivas que conforman la vida psíquica de los individuos y los grupos.

Los cambios en la familia son acordes a las transformaciones de la sociedad y paulatinamente dan lugar a la creación de nuevas formas de lenguaje y de legitimidad que incluyen otros repertorios de interacción comunicacional. Así, “el lenguaje tiene que ver con coordinación de acción, pero no con cualquier coordinación de acción, lenguaje es un operar en coordinaciones consensuales de coordinaciones de acciones consensuales” (Maturana, 1990, p. 18), en el que no se divide la acción de la reacción, ni la razón de la emoción. Para algunos países como España y Argentina, la familia no se reduce al rol tradicional de la relación entre el hombre y la mujer, por lo que incluyen entre sus prácticas la aprobación legal del matrimonio homosexual (familias homoparentales), situación no-acogida aún por culturas cuyo arraigo a las formas manifiestas y habituales de la heterosexualidad genera acciones de machismo-patriarcalista, señalamientos negativos a los homosexuales, vejaciones y descalificaciones, además de agresiones homofóbicas. Estas consecuencias no permiten la inclusión de otras formas de elección sexual, aun cuando estén sostenidas por el amor y el respeto mutuo. Lo anterior inscribe estas relaciones afectivas al ámbito de lo profano, prohibido y contranatural, causando conflictos entre facciones que defienden su derecho a la diversidad, y los grupos conservadores-traditionalistas, como también un desajuste importante en las pautas de inclusión social de la pluralidad sexual, la convivencia comunitaria y el bienestar democrático.

El campo de acción de la psicología social abarca el interés por el encuentro social en un dominio relacional específico que solo surge a partir del “deslizamiento” de lo vivo en el lenguaje, lo que establece un “lenguajear” (Maturana, 2002). De acuerdo a Maturana la condición biológica se constituye por la anatomía es decir, por su estructura, mientras lo social serían las relaciones con otros, su existencia como totalidad. Cada familia opera en lo social de manera distinta pero lo que la hace particular es la actividad de cada persona en ese dominio relacional, pues es allí donde se configura el ser en “el conversar”, espacio en el que se construye la realidad con el otro por medio de “un modo particular de vivir juntos en coordinaciones del hacer y el emocionar” (p. 23). La falta de coordinaciones afectivas del convivir fecunda acciones de violencia intrafamiliar y exclusión, afectando el sentido del vivir en la familia, la comunidad y la sociedad. De acuerdo con Valdivia (2008) la familia moderna enfrenta retos que atentan contra su reproducción tales como, el descenso de la fecundidad, la liberalización de las relaciones sexuales, el control de la natalidad, las formas de interpretación de la cultura de género (masculinidad vs feminidad), el aumento de la unión libre y la monoparentalidad, los sesgos de machismo adscritos a la masculinidad, además de la lucha por el status y la competencia que excluye a la pareja de su relación consensual.

La familia actual produce, reproduce, consume y transforma su mundo (lugares, lenguajes, afectos, sistemas de control, pensamientos, etc.), por tal motivo enfrenta constantes retos en el ámbito del ajuste a las nuevas formas de relación interinstitucional, abriendo paso a toda una suerte de propuestas de cambio o en su defecto de abusos e imposiciones a los modos como interactúa en lo social. Para Valdivia (2008), ésta situación incuba la posibilidad de “una familia más democrática y rica” que transforme el entorno al tiempo que se transforma a sí misma, pero cuyo defecto radica en seguir presentando problemas para dar valor al trabajo de la mujer dentro y fuera de la casa, tópico al que se suma la

frustración de la verticalidad en la conducta masculina y la imposición de parámetros de reacción emocional en la relación con otros, cuya adherencia se adscribe a la necesidad patriarcal de reproducción de los roles tradicionales y conductas femeninas estereotípicas. Las familias se ajustan a sus contextos de forma gradual generando cambios en el sistema y en cada uno de sus miembros, aspecto importante para la psicología social que ve estos cambios más allá de la medición y los inscribe al ámbito de la oportunidad comprensiva de la actividad humana, planteando un acercamiento dialógico hacia los modos de simbolización con los que se interpreta la acción individual y colectiva.

Hacia una (de)construcción en la clínica-social.

La palabra deconstrucción *en la obra de Martin Heidegger* significa destrucción (*Destruktion*), sin embargo Jacques Derrida la entiende desde el valor significativo de las múltiples actitudes ante el texto, en contraposición a la postura de la racionalidad sistemática occidental que limita la producción científica *al habla* o discurso positivista, el cual busca otorgar la totalidad de sentido a lo nombrado sin tomar en cuenta la estructura indefinible de la escritura. Según el autor un texto escrito y las diversas significaciones de sus palabras pueden revelarse al momento en el que se descompone la estructura del lenguaje con el que fue escrito, sin embargo dicho texto representa la ausencia del objeto y del sujeto, y a la vez una presencia de ambos sin anularse mutuamente. La deconstrucción derridiana no es un método, una filosofía o una teoría, ya que es una estrategia de lectura de la realidad dinámica y cambiante-circulante del texto y sus significancias que representan para la psicología social una oportunidad aproximativa a la comprensión de la realidad social. En este escenario cualquier concepto se construye en relación a procesos históricos y *acumulaciones metafóricas sucesivas*, donde aquello considerado evidente *no lo es* en todo el sentido de su presencia, o puede distar de serlo si se trata de resumirlo en un concepto o aprehendiéndolo como totalidad. El texto y el contexto social

presentan una relatividad socio-histórica y paradójica anexa a lo metafórico y metonímico del lenguaje que compone la escritura, lo que se acopla dinámicamente a la clínica-social en relación a la indivisibilidad, irreductibilidad e indeterminación de la vida del ser y de lo vivo.

La “deconstrucción” no busca destruir o negar aquello que se encuentra *en, a través y más allá* de lo real para abrir paso a la objetividad positivista ilimitada, sino enunciar a partir de dichos elementos un acceso diferente a la comprensión estructural del mundo, acercándose de forma gradual al modo particular en que dichas formas trans-inter-subjetivas de transformación del discurso social, introducen nuevas oportunidades del saber en contraposición a la “objetividad sin límites”. Éste último evento es visible en las palabras que componen los paradigmas, en sus leyes, normatividades y explicaciones que *existen* en la medida de su condición estructurante, más no en el acoplamiento dinámico-estructural de las cosas, eventos, objetos, relaciones, y procesos que sus fenómenos representan. En consecuencia como efecto de diferencias activas, exclusiones constantes, acciones y retroacciones del lenguaje, la (de)construcción resulta esencial al momento de comprender la incertidumbre propia de las traslaciones emergentes-recursivas-organizativas del saber social en el espacio comunitario, tomando en cuenta que no es recomendable aprehender de manera global el texto, tal como es insostenible globalizar la condición humana en función de un estereotipo o de características socioculturales operantes en diversas culturas.

Lo anterior puede ser llamado en gran medida un “*reduccionismo*” y se encarga de “enmarcar” el discurso y depositarlo en categorías definidas bajo racionalidades que pueden ser excluyentes de lo diverso e incluyentes de una postura que anula a su contraria, creando la noción separatista de lo interno-conocido y lo externo-predecible. La lectura deconstructiva considera imposible *enmarcar* el texto, es decir el *discurso social* que se mueve y modifica en el

encuentro de significantes (diálogo), puesto que la palabra y el texto tienen la propiedad de generar diseminaciones, contrariedades, vacíos, yuxtaposiciones, trasposiciones, negaciones-afirmaciones y retroacciones, haciendo que la escritura no se remita a sí misma (al fenómeno objetivo de lo que enuncia) para que sea posible incluir en la comprensión social aspectos como la comunicación, la significación del lenguaje y la existencia del ser en el lenguaje. La deconstrucción de la que se habla en este documento tiene en algunos pasajes un paréntesis como forma particular o propuesta para la clínica-social. La adherencia “(de)” implica una conjugación estratégica que parte de tres posiciones importantes respecto a la objetividad.

La primera de ellas procede de Humberto Maturana (1990) quien expresa la obligación psicosocial de comprender la “*objetividad entre paréntesis*” asociándola a la experiencia participativa de observador y observado en el carácter de irrepetibilidad de lo vivido, puesto que no es posible duplicar, controlar o predecir el fenómeno social como si se tratase de un evento de laboratorio producto de la experimentación. Al respecto Maturana afirma: “cuando uno está en el camino explicativo de la objetividad *sin paréntesis* las relaciones humanas no ocurren en la aceptación mutua” (Maturana, 1990, p. 46), porque esto comporta la amplitud universal y globalizante de los fenómenos, es decir la *estandarización de la vida y de lo vivo* a través de la rigidez de verdades absolutas y leyes universales e inmutables. La objetividad *entre paréntesis* conlleva la inserción de la diversidad –incluso si ésta es contraria a la experiencia de quien la observa o analiza- creando una dinámica que resalta la idea de convivencia, inclusión, diversidad y legitimidad. En relación a esto Maturana considera que “en el momento en que uno se junta con personas que pertenecen al dominio de aceptación mutua en que uno se mueve, como cuando uno se reúne con sus amigos, uno opera en la objetividad entre paréntesis” (p. 45), lo que quiere decir que personas y grupos (sistemas) interactúan en un ambiente conocido pero con *clausura* en las operaciones de identidad y libertad para

maniobrar a partir de sus transformaciones, así el paréntesis simboliza “lo conocido y lo desconocido” en el lenguaje, la experiencia subjetiva y objetiva que se particulariza, tanto en el borde del “paréntesis”, como en las emergencias fenoménicas de sus límites. Cabe mencionar que la clínica-social integra dicho borde además de lo interno acoplando lo heterogéneo, la incertidumbre y aquello que resulta inexplorado.

El segundo elemento tiene que ver con la noción de *epojé* o “*suspensión del juicio*”, concepto que tradicionalmente ha indicado aquello que “no se niega ni se acepta”. Esta acepción tiene su origen en la filosofía griega y se desarrolló plenamente en el periodo Helénico y después fue reutilizada por la fenomenología de Edmund Husserl. Para el autor la *epojé* consiste en colocar entre paréntesis (parentetizar) las doctrinas (opinión) y la realidad. Este componente es crucial para la comprender la forma como la clínica-social acopla la multidiversidad y las contingencias vitales sin globalizarlas o encasillarlas, sino descompartimentalizando las impresiones, aprehensiones y experiencias en sus particularidades para exaltar su habilidad de ser irrepetibles y de propiedad única de quienes las vivencian. Así cada relación yoica crea una *epojé* pero cada *epojé* es una posibilidad de liberación de una vivencia encasilladora o definitiva del mundo que puede resultar limitada para dar respuesta a las nuevas presiones sociales y problemas de época. En general la “*desconexión de contenidos*” se presenta como una oportunidad de separar o diluir la rigurosidad del paradigma positivista, para incluir la variabilidad inherente de la incertidumbre, es decir aquello llamado “*el margen de error en una hipotética ecuación social*”, en la que reposa el sentido de la creatividad y libertad humana. Se toma el aporte de Husserl no en función del Yo y de la conciencia trascendental, sino en proporción a la eventualidad de separarse de una “suspensión objetivista del juicio de valor” propio de la racionalidad occidental, para aprender a aprehender desde lo objetual, una mejor manera de producir transformaciones en los sistemas sociales. La “de” entre paréntesis (de) es pues, la reedición significativa del juicio acerca

del mundo partiendo de lo particular en el diálogo, de la lectura cambiante del orden y del sentido del discurso en lo social (texto, lenguaje, palabra, discurso, afecto) y en la figuración inefable de la cadena de significantes emergentes en el acto de existir en lo humano.

El tercer elemento proviene de Michel Foucault (2001) y referencia el estudio acerca del *nacimiento de la clínica*. En este documento el autor indica que los síntomas como expresión interna del padecimiento del paciente, tienden a ser “discutidos en su objetividad por el discurso reductor del médico y fundados como tantos objetos por su mirada positiva” (p. 3), por lo que el consultante es asumido *a priori* como un actor pasivo que busca una especie de etiqueta para explicar su condición biopsicosocial, misma que la disertación clínica reduce a la categoría de enfermedad, síndrome o trastorno. La (de)construcción desde éste ámbito obliga a personas, comunidades e instituciones a transformar el discurso médico que organiza y categoriza lo inefable desde un lenguaje racionalista y tecnócrata, por un lenguaje que aloje en el discurso la relación de la persona con la variabilidad dicotómica, fluctuante e individual de su síntoma, al tiempo que incluya como posibilidad de comprensión de lo social, las nociones, opiniones y posturas que la persona tiene acerca de lo que le sucede, tomando en cuenta las relaciones establecidas con otros y el nivel de afectación o compromiso de su padecimiento consigo mismo. Según Foucault (2001) los enfermos son observados de la misma manera como se presta atención a los experimentos en un laboratorio, llegando a convertir el escenario de encuentro *clínico* en un espacio de construcción, estructuración y análisis de los discursos científicos (a menudo inentendibles por las personas afectadas). Estos saberes se encuentran dotados de elaboraciones bio-cartográficas y rutas de actuación quirúrgica-farmacológica que definen dicotómicamente el sentido dado a la salud y la enfermedad. Pese a ello “significante y significado toman así, una autonomía sustancial que asegura a cada uno de ellos aisladamente el tesoro de una significación virtual” (p. 10), lugar en el que *la persona* y no el paciente que escucha y aprueba el veredicto

médico conserva la libertad de sentir y aprehenderse a sí mismo, en contraposición a la efectividad devastadora de un diagnóstico categorial-globalizante.

Psicología comunitaria.

La psicología comunitaria emerge en el último tercio del siglo XX en un contexto político y social trasversal a constantes cambios en las estructuras sociopolíticas y culturales de las comunidades y de la sociedad. Su inicio se remonta a los desarrollos realizados en Estados Unidos en dicho periodo, pero no se reduce a este espacio, puesto que sus campos de acción prontamente fueron articulados a las dinámicas sociales de los colectivos hispanos vulnerables, los grupos académicos de discusión acerca de lo social y el surgimiento de un proceso de (de)construcción ideológica del quehacer de la psicología social a nivel de Latinoamérica y el Caribe. De acuerdo con Maritza Montero (2004) durante los años 60's y 70's del siglo XX se produjo “una serie de movimientos sociales que difunden ideas políticas y económicas -entre ellas, la teoría de la dependencia- que van a influir sobre los modos de hacer y de pensar en las ciencias sociales” (p. 19). Dicha emergencia dialéctica favorece el hecho de que la psicología comunitaria se constituya como una disciplina que incluye los aportes de las diferentes escuelas psicológicas, pero que condiciona su análisis de acuerdo al estado sociopolítico de las comunidades (Musitu, Herrero, Cantera y Montenegro, 2004), factor que conlleva al análisis de las condiciones sociales de la sociedad bajo los parámetros históricos en que se producen los cambios y fenómenos sociales, llegando a impactar las dinámicas de los grupos, la sociedad y los individuos, constituyéndose estos tres elementos en focos de estudio de la psicología comunitaria.

La psicología comunitaria emerge y responde a momentos históricos de cambios coyunturales a nivel sociopolítico, en los que el análisis de los efectos del poder institucional en las comunidades es central para entender las dinámicas de las interacciones de la sociedad hispana (Montero, 1998), partiendo de comprender los acoplamientos entre sistemas y las características de la comunicación y del lenguaje que sustentan las prácticas institucionales en el marco social-comunitario. A partir de esto es posible identificar las necesidades de las “mal llamadas minorías sociales”, sistemas marginales o “agrupaciones de borde” que viven en zonas de ladera y constituyen “cordones de miseria” ciudadanos, cuyo proceso de exclusión y vulnerabilidad impacta la dinámica psicosocial de la comunidad. Estos lugares de análisis son también territorios de “trabajo de campo” donde se estructura la interrelación en la experiencia comunitaria, además de la puesta en escena de diversos aspectos teórico-prácticos que transforman dichas relaciones internas. De acuerdo con Kenneth Gergen (2006) “lo que categoriza al individuo le imbuye una identidad, le impone una ley de verdad que él debe admitir y los demás han de reconocer en él, es una forma de poder que hace del individuo un sujeto” (p. 140) tornándolo objeto de la sociedad de consumo, generando automatismo psíquico y una pérdida de la identidad al fundirse la suya con la del resto.

La realidad de una comunidad tiene muchos matices visibles a través de su interacción con otras meso y macro comunidades. Sin embargo *lo real* de la misma pasa por un proceso de “incomunicabilidad progresiva” porque toda experiencia es irrepetible e inexpresable en su dinámica inconsciente y organizativa. Dicho esto uno de los aspectos que más afecta a las comunidades vulnerables es la tendencia a pensar los procesos de vulneración de sus derechos como parte de una sucesión histórica-programada de violaciones a su dignidad, factor que modifica paulatinamente la noción de cultura, sociedad, familia, religión y estado, pilares sobre los que se construyen, (de)construyen y resignifican los aspectos societales relacionados con los tres registros planteados

por Lacan (1953; 1953a): a) *lo real* (lo que está latente en los sujetos, no es imaginado ni se puede simbolizar, pero existe como una “presencia” no-representable [la desaparición, lo sexual, el horror, el delirio]; aquello que es innombrable pero define gran parte de las acciones sociales: “deseo de sujeción-liberación; adherencia-separación; necesidad-demanda; trauma-reparación; igualdad-rebelión; agresión-retaliación; justicia-injusticia”; implica la posible *forclusión* o rechazo-expulsión del universo simbólico de los sujetos del significante fundamental del estado como “padre protector” que instauro la norma y valida en su ordenamiento perverso); b) *lo imaginario*: (el lenguaje codificado de imágenes “no-lingüístico”, representaciones e ímagos compartidos que hablan de la comunidad, la sociedad y cultura; la relación de identidad-identificación con el otro, lo otro y las instituciones sociales a través de la “enajenación estructural” dada por la individualidad, y la identidad personal y social; la dimensión simbólica histórico-cultural creada frente a las relaciones de poder; la organización social que busca reconocimiento y legitimidad, entre otros aspectos); c) *lo simbólico* (implica la construcción del valor social del comportamiento; es el orden de lenguaje verbal y de la cultura con el que se materializan las relaciones con otros y con el Otro (Lacan, 1975) [Nombre del padre “*estado*”: instauro la norma, la prohibición, suscita la castración y la posibilidad de transgresión], las estructuras de lenguaje y la comunicación intra e intercomunitaria; los sociolectos y aspectos discursivos del encuentro; la posición e interpretación simbólica de su condición humana; la equivalencia del significante y del significado respecto al intercambio de bienes, servicios e interdicciones con las instituciones sociales).

En gran medida las demandas de inclusión social, igualdad de oportunidades y de acceso a bienes y servicios en las poblaciones vulnerables, están asociadas a la continuidad de crecientes desigualdades socioeconómicas, al abandono del estado en cuanto atención a sus demandas y cubrimiento de sus necesidades, como también al débil empoderamiento ciudadano respecto a la corresponsabilidad

social de la pobreza. Otros aspectos son el acomodamiento de algunas poblaciones al “asistencialismo” de muchas entidades, los problemas para generar acciones sinérgicas de conjunto a fin de confrontar la adversidad, el uso de poblaciones con fines investigativos sin creación de redes de apoyo solidario a partir de los procesos y resultados, además de todas las consecuencias derivadas tales como, la transformación a menudo negativa de costumbres, imaginarios, afectos, creencias, memorias, tradiciones, pautas de crianza, modos de relacionarse, sistema de valores y riqueza sociocultural. Desde este punto de vista se debe anotar que no existen sociedades pobres, ya que la riqueza comunitaria no se mide o cuenta en bienes o estructuras materiales. En los colectivos perdura el capital intelectual, sus creaciones artísticas, emociones, afectos, revoluciones y transformaciones, como también un legado transgeneracional acerca del funcionamiento social del mundo que intenta permanecer en la memoria colectiva de los pueblos. En las comunidades vulneradas a menudo gran parte del patrimonio comunitario de tipo cultural, económico y político es históricamente vedado en función del enaltecimiento de acciones de poder con las que ciertas instituciones legitiman su barbarie. Según Ignacio Martín Baró (1988) la sociedad surge por la implementación de dos tipos de acciones: a) la *acción de renuncia* a la animalidad instintivista, en un proceso natural de adquisición de lenguajes, culturas y modos de relación con otros que afecta la manera en que las comunidades interpretan sus realidades sociales; y b) la *acción socializadora* que puede describirse como la tendencia comunitaria de socialización e inserción de los grupos al sistema productivo, marco en el que la actividad altruista no se instituye como base esencial de la práctica educativa, porque puede representar una anormalidad y peligro para el sometimiento de los grupos a la sociedad de consumo. Esta tendencia es ejecutada por el grupo o institución que requiere mantener el poder a través de la alienación y el control de las dinámicas de subversión del ordenamiento establecido (Baró, 1988).

La sociedad que vivimos es un logro de los sistemas de comunicación que preexiste a los lenguajes propios de la experiencia intersubjetiva a nivel individual y social-comunitario (Luckmann, 1968), por ello la interacción colectiva figura como el resultado dialógico de la actividad comunitaria, territorio en el que la psique representa el producto evolutivo de la organización estructurante de lo humano. No obstante para Luckmann lo viviente no es salvaguardia de la existencia de la psique, aunque la existencia de una mente sí garantiza la organización sistémica de un organismo o de varios a nivel social (Maturana & Varela, 2003). Esta condición conforma procesos en cadena que funcionan a través de un sistema de clausura operacional-comunitaria a nivel sistémico: emergencia-organización, socialización primaria y secundaria, identidad personal y grupal, comunicación-lenguaje, subjetividad-intersubjetividad, libertad de resistirse y propiedad de incorporar cambios, interrelación e interdependencia, emancipación-desemancipación, acción, retroacción e inter-retro-acción, entropía y negentropía, orden y caos, simplicidad-complejidad. Dichos elementos son “en apariencia” auto excluyentes, sin embargo en toda acción colectiva se unen, reúnen, separan, fragmentan y se auto-eco-organizan enunciando las características operativas y la capacidad de interacción entre los sistemas sociales. Por tanto la comunidad al ser un sistema abierto se comunica externa e internamente y tiende a la autorregulación y fluctuación de manera constante es decir a una “Auto-Eco-Organización” (Morín, 2001). Tomando en cuenta que el proceso de reajuste requiere de una regulación e integración activa de lo emergente, todo sistema comunitario presenta una *clausura estratégica* con la que examina, verifica, legitima y reorganiza sus procesos de adherencia, rechazo o interiorización de las realidades sociales.

En el sistema comunitario la entrada y salida de información proviene de dos procesos emergentes de la interacción entre colectividades, organizaciones e instituciones: *input & output*. Estos mecanismos de manera conjunta conforman

dispositivos de *biofeedback*¹¹ cuya *bioretroalimentación* hace que aquellos cambios sociales vertiginosos, exijan al sistema generar un nivel de respuesta más estructural a nivel recursivo-organizacional. Esto quiere decir que la transformación del sistema no se agota en la entrada y salida de información, sino que va más allá al orientar sus acciones hacia la mutación, la identidad y el intercambio. Según Morín (2001) en estos sistemas se configura una especie de bucle activo-retroactivo en el que cada causa y efecto son a su vez causas y efectos de nuevos procesos y emergencias, por lo que el sistema no se extingue en una circularidad mecánica o sistemática. Para la psicología comunitaria los niveles, formas y las acciones de afectación y transformación social, propician en los actores sociales involucrados reflexiones conjuntas (acciones y retroacciones dialógicas) acerca de la construcción y (de)construcción de la relación entre sujetos y objetos, lo que fortalece la perdurabilidad y permanencia del sistema como atributo de estabilidad, organización, reconstrucción y resignificación de los procesos sociales.

Otro de los campos de interés de la psicología comunitaria son las tecnologías de la información y de la comunicación que en algunos sectores sociales están vedados por el límite del acceso al saber tecnológico, lo que instaura dinámicas de poder que pueden reproducir en el escenario discursivo de las poblaciones vulneradas posiciones ideológicas respecto a la perpetuidad de la exclusión y la constancia en la falta de oportunidades educativas. Pese a esto muchas comunidades aprenden y desarrollan habilidades para interactuar con otros en un universo cada vez más digitalizado (sociedad del conocimiento) sin perder su

¹¹ En psicología el *biofeedback* retoma el concepto social de enfermedad donde el sujeto puede tener el control de sus dolencias; para la intervención conductual se constituye en una técnica con la que se obtiene control saludable de los procesos corporales siendo conscientes de estos e integrando los cambios emergentes. En psicología social se asocia a la capacidad del sistema para autorregularse a partir de los conocimientos y aprendizajes generados en ciertos momentos de transformación y reorganización. La enfermedad mental y el malestar social provienen de la disregulación de las actividades del ser como unidad biopsicosocial histórico-cultural, así si la persona logra conseguir *información* oportuna, clara y dialógica acerca de aquello que le genera incomodidad, entenderá que su dolencia es producto de la dispersión de sus motivos, y el retomar el saber sobre ellas conllevaría el actuar de forma voluntaria sobre su *proceso mediacional* de cambio.

identidad o fundirse en nuevas racionalidades, conservando la estabilidad de sus ecologías mentales y el orden simbólico de su accionar en lo rural y lo urbano (Delgado, Henríquez, Hernández, Sotolongo & Hernández. 2007). Sin embargo cuando la comunidad siente que ha sido históricamente alienada o excluida, el impulso hacia el cambio que debería actuar como factor motivador de empoderamiento social, se transforma en un mecanismo de apuntalamiento negativo que aumenta la vulnerabilidad del colectivo. Las tecnologías de la información y de la comunicación no representan un peligro para las comunidades tradicionales o para su identidad, por el contrario posibilitan otras formas de entrar en contacto con un mundo que se expande y transforma de forma vertiginosa. El problema de las TIC`S traspasa los aparatos y programas, ya que se ubica en el punto de las *regulaciones* a los contenidos, la calidad de la información consumida, y la capacidad de filtrar aquellos aprendizajes significativamente importantes para la comunidad que los accede e interpreta.

En toda comunidad se gestan, ejercen y tramitan presiones *pedagógicas e ideológicas* que operan a modo de rezago de la estrategia biopolítica del siglo XVIII la cual según Foucault (1977) centró su análisis en el “cuerpo como especie cartográfica” cuya funcionalidad era posible a través del análisis de la *mecánica* de lo viviente, táctica que justificó el control sobre los procesos biológicos mientras estuviesen sujetos a la revisión tecnocrática y mecanicista del erotismo y la sexualidad. Para Foucault en la sociedad tales procesos fueron la proliferación de los nacimientos y la mortalidad así como también, la división del nivel de salud, las estratificaciones sociales, la duración de la vida y la longevidad, el control sexual y la *homogenización del saber*, todo ello bajo condiciones de opresión y vigilancia, cuyo objetivo principal ha sido el control total de los cuerpos y espíritus, ya que es posible para el Biopoder hacer variar los procesos naturales de acuerdo a los intereses de quienes manipulan el poder para producir dichos cambios. Para la psicología comunitaria estos “campos de control social” se constituyen en territorios de análisis del funcionamiento social, puesto

que influyen la capacidad de reestructuración organizativa de las comunidades, proceso posible gracias al elevado grado de adherencia que éstas presentan respecto a la institucionalidad (ser y permanecer en una institución), los nacionalismos (el ideal de patria, nación, país y territorio), la sociedad de hiperconsumo (la necesidad de gastar, depredar y consumir para pertenecer y sentirse aceptado por un grupo), el *religere* expansionista de las religiones (el monopolio-oligopolio de las creencias y del sentido de trascendencia, el deambular entre religiones buscando un sentido vital, la emergencia de nuevas agrupaciones, sectas y organizaciones religiosas), además de la interiorización de la identidad de grupo (sintalidad) y de la ideología dominante. En las comunidades el estado puede ser visto como una gran institución que a través de la acción represiva de sus subsistemas, legitima una serie de trasgresiones, intervenciones y regulaciones operantes en diversos dominios de lenguaje, emoción e interrelación transinstitucional. De estas relaciones emergen aportes significativos connotados por experiencias, afectos y representaciones que en conjunto reconfiguran el magma de contenidos que compone el imaginario social, puesto que la historia de la humanidad es la historia del imaginario humano y de sus obras (Castoriadis, 2002) y todo lo que en ella suceda cambia la forma como las especies y sistemas se relacionan entre sí.

Dicho esto no se trata de “satanizar” los avances tecnológicos o de preservar lo comunitario a modo de esencia arcaica, puesto que las tecnologías son también obra de los imaginarios al igual que el arte, las pautas de crianza, las leyes, las transgresiones y la cultura, en este aspecto para Kenneth Gergen (2006) el acceso que se tiene a la tecnología de la época actual es paralela a la interiorización de los problemas de época y “además de ampliar la gama de las relaciones humanas, modifica las preexistentes al desplazarse del vínculo cara a cara al vínculo electrónico” (Gergen, 2006, p. 100) automatizando los afectos y reduciendo el contacto y el encuentro a reacciones cada vez más reflejas, que deterioran el sentido consensual y erótico de la interacción social. La ciencia según Edgar

Morín (1984) debe tener consciencia de la necesidad de ser regulada en sus investigaciones, a fin de evitar que aquello manipulado o descubierto vaya en contra de la existencia de las especies y del planeta. Este tipo de pensamiento crítico, complejo y ecologizante es uno de los campos de interés de la psicología comunitaria actual, ya que de la experiencia y saberes de las comunidades es posible rescatar e incorporar en las sociedades actuales, prácticas de conservación del medio ambiente y de mejoramiento de las ecologías mentales en los grupos, como también estrategias educativas que reformen los modos como el ser humano se relaciona con sus pares y con las demás especies (Morín, 1996; 2001)

Como disciplina, la psicología comunitaria permite el análisis -desde una perspectiva psicosocial- de las relaciones existentes entre los seres humanos y de estos con su entorno o medio ambiente inmediato, tomando en cuenta la inclusión de territorios físicos y mentales en los que se produce el encuentro entre sujetos, y profundizando en la condición imaginaria e intersubjetiva que sostiene el lenguaje, las representaciones sociales y los sistemas de comunicación comunitario. Lo anterior permite que la comunidad se desplace entre escenarios y relaciones de interrelación e interdependencia, además de la movilidad y retroalimentación continua del entramado de relaciones sobre las que se construyen la subjetividad, la afectividad y el encuentro entre grupos. La acción analítica de los procesos sociales de la psicología comunitaria permite la construcción y desarrollo de la intersubjetividad frente a los hechos sociales, a través del interjuego de apoyos y desapoyos inter, intra y transcomunitarios (Bonano, 2000), de aperturas y cierres de lenguajes y motivaciones, de territorios y momentos de crisis, de acciones, retroacciones y creaciones colectivas como también de mecanismos y estrategias de intervención *in situ* es decir, de posibilidades de implementación del lenguaje que se adscriben a prácticas de mediación en los lugares en los que se genera el conflicto.

Para la psicología comunitaria es importante comprender el lenguaje y el sistema de comunicación de las colectividades, como también la condición simbólica e imaginaria que constituye el encuentro con el otro. En este aspecto la intervención comunitaria puede incluir el estudio de casos particulares pero no reducirse a ellos incluyendo la diversidad de variables, categorías y experiencias generales de la comunidad que pueden llevar a que una persona o un grupo genere, asimile o reproduzca ciertos estados de bienestar o malestar psicosocial. Dicho esto, la psicología aplicada al ámbito comunitario posibilita la descripción de la importancia de las causas y consecuencias de la vulnerabilidad social de los grupos, además de los factores que intervienen en el proceso de ajuste a un medio ambiente que puede resultar acogedor o por el contrario poco receptor cuando afecta su desarrollo y adaptación. En estas poblaciones es importante estudiar el liderazgo y el coliderazgo, éste último definido como la concesión de dos líderes comunitarios para un mismo grupo, precisando que ambos direccionamientos fortalecen los procesos internos de la comunidad al tiempo que favorecen las acciones de empoderamiento. Caso contrario si el liderazgo es autocrático y rígido, la interacción colectiva puede actuar como mecanismo disociativo de la sintonía grupal propiciando entre los miembros una inevitable dilución de la cohesión y del grupo. De acuerdo con Sánchez (2002) estas experiencias ya se han abordado básicamente en el ámbito psicoterapéutico, psicopedagógico y en el trabajo social-comunitario sin embargo, en el espacio de las organizaciones e instituciones sociales los estudios son escasos a razón de la estructura de subordinación tradicional del poder en relación a las competencias laborales asignadas.

Respecto a la relación entre psicología grupal, psicología social y psicología comunitaria, es posible afirmar que estas se apoyan mutuamente, siendo la psicología grupal quien demarca los lineamientos para la intervención en las áreas de diagnóstico psicosocial, promoción y prevención en salud física y mental, como también en la investigación acción participativa (IAP) y el trabajo de

campo con colectividades y comunidades específicas. Así, para hacer de la psicología comunitaria una herramienta de transformación-liberación, los trabajadores de lo social usan dispositivos de intervención, que incluyen aspectos teórico-prácticos, complejidades relacionales, acciones de comprensión de las redes tejidas en conjunto “*complejidad*” y la *reflexividad* como componente esencial de los procesos de intervención e investigación. En este sentido el dispositivo “clínico-social” posibilita conjuntamente con otros dispositivos (de control, de sujeción, de liberación, de revolución, de emancipación, de autoconstricción) la comprensión de las dinámicas operacionales del sistema, las cuales direccionan su accionar hacia la validación de constructos tales como: salud mental comunitaria, socialización, familia funcional, bienestar común, salud global, ideal de “nosotros”, identidad de grupo, mito colectivo, Biopoder. Así el dispositivo “clínico-social” en psicología comunitaria puede aplicarse como estrategia dialógica viable y factible de transformación social, para la construcción, adaptación y uso de metodologías para la convivencia en comunidad.

En este sentido la psicología comunitaria se presenta como un campo de actuación transdisciplinar delimitado por su objeto de estudio: “actividad comunitaria”, que se modifica de forma aleatoria y análoga a la movilidad y transformación de los procesos sociales, es decir por *la interacción comunitaria* definida por su capacidad de *acción* (se orienta a fines y metas para reproducir y mantener el sistema), *retroacción* (los productos obtenidos se reinvierten en el sistema que los consume para generar nuevos procesos y productos), e *inter-retro-acción* (cada cambio modifica la dinámica interaccional de los sistemas aledaños). Estos elementos se tejen y entrelazan de manera conjunta a través de cinco dominios de realidad comunitaria: a) procesos comunitarios de cooperación, resistencia, adherencia, ruptura institucional, disociaciones grupales, liderazgos, asociaciones emergentes, comunicación, lenguaje, afectividad), b) la organización y movilización social, c) las interacciones intra e inter familiares, d)

las transformaciones sociales emergentes, e) las interacciones al interior y entre comunidades. Lo anterior denota que el sistema comunitario define sus propias reglas de análisis y los modelos explicativos con los que comprende los acontecimientos sociales. Asimismo busca generar una lógica de la diversidad de pensamientos, emociones, interdicciones y acciones, orientadas a reforzar procesos de auto-intervención que subviertan el ordenamiento autocrático, modificando la tendencia emancipante de los sistemas opresivos. Estas acciones posibilitan que el sistema asegure su permanencia, representatividad y capacidad transformativa en el contexto social.

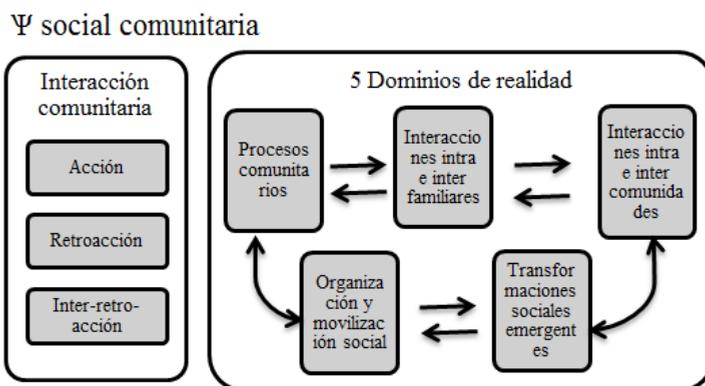


Ilustración 2. Psicología comunitaria como campo de actuación transdisciplinar

La psicología comunitaria estudia la realidad psicosocial experimentada por un colectivo o grupo de personas a fin de dar sentido a lo que percibe, siente, piensa e intuye la comunidad sobre un problema de época o una transición social determinada, preocupación compartida con la *psicología social compleja*¹². Para

¹²La psicología social compleja debe incluir como posibilidad argumentativa las ideas de Boaventura de Sousa acerca de las complejidades emergentes de las resistencias sociales a la imposición de modelos hegemónicos de pensamiento, cultura y comercio globalizado. El autor indica que existen “periferias” que resisten a la integración totalitaria del análisis tradicional, cuya indolencia no reconoce el valor de la experiencia de los sujetos, y teoriza lo que considera dado en la experiencia. Esto es visible en dos sociologías: de las *ausencias* que expande el campo de las experiencias sociales ya disponibles, y de las *emergencias* que expande el comportamiento de las experiencias posibles. Para De Sousa el otro es creador de conocimientos posibles, pero se debe

lograr este objetivo la psicología comunitaria requiere ser transdisciplinar y actuar desde una posición de inclusión de la diversidad epistémica con base en 5 elementos: a) Incluir el humanismo como base afectiva-cognoscitiva y comportamental direccionada al desarrollo de la empatía social y la convivencia ciudadana; b) Asumir el compromiso con la propuesta de *reforma* al pensamiento, aspecto necesario para que las comunidades resignifiquen su realidad colectiva y el modo de aprender a aprehender lo social; c) Priorizar la participación de la población intervenida y beneficiaria de programas y proyectos comunitarios, en los procesos de transformación y empoderamiento social; d) Propender por una educación integral-comunitaria orientada a la relación dialógica del ser con el mundo y con las especies; y e) Reconocer, ampliar y recurrir a los aportes de la Bioética en los procesos de intervención, análisis y comprensión de las realidades comunitarias.

Lo propuesto tiene como objetivo potenciar los mecanismos de decisión colectiva, generar un mejor clima adaptativo en la interrelación entre personas, grupos, instituciones y sistemas sociales, propiciar el reconocimiento del otro como legítimo otro en la convivencia y generar redes humanas de solidaridad y cooperación en las que se recupere la fuerza de la colectividad y la sinergia de las interrelaciones emergentes. Para ello la psicología comunitaria resalta, refuerza y dinamiza las características socioculturales de las comunidades, su sistema de creencias e imaginarios, como también las habilidades y estrategias implementadas ante los momentos críticos que requieren de su auto-regulación. De allí la importancia de estudiar los factores de riesgo y de protección grupal, como también la búsqueda de explicaciones transdisciplinares del contexto en que se generan situaciones extremas “cumbre” que ponen a prueba lo aprendido a través del tiempo. En este sentido la psicología comunitaria “define objetivos de

generar una teoría de la traducción de conocimientos, saberes y prácticas que facilite el diálogo entre saberes o hermenéutica diatópica, y preste atención al conformismo y la rebeldía (De Sousa, 2006a; 2006b)

desarrollo psicosocial que consienten la transformación de la realidad social, a través de un enfoque preventivo y de desarrollo de la comunidad” (Sánchez, 2002, p. 194). Como transdisciplina humanística la psicología comunitaria estudia, interviene y propende por mejorar la calidad y expectativa de vida de familias desfavorecidas, niños, niñas, adolescentes, víctimas, grupos de la tercera edad en condiciones de hacinamiento, exclusión, violencia o aislamiento social, además de relacionar sus aportes teóricos a todos los grupos y poblaciones en diversas condiciones de vulnerabilidad. Otros grupos a los que asiste son los cuidadores de enfermos crónicos, personas con problemas de consumo de sustancias psicoactivas, problemas de integración del enfermo mental en la comunidad, marginación y autoexclusión social de personas discapacitadas, pero sobre todo se enfoca en comprender las formas distintas de entender esos problemas y sus modos de intervención en ambientes sociales (Gracia, 1997).

A nivel de surgimiento de la psicología social comunitaria en América Latina, uno de los primeros antecedentes es el Congreso Interamericano de Lima (1979), espacio en el que influyeron la obra de Orlando Fals Borda, sociólogo colombiano creador del método de Investigación Acción Participativa (IAP), y los aportes de Paulo Freire, pedagogo chileno que incursionó en la esfera de la psicología comunitaria a través del desarrollo de la *alfabetización conscientizadora*. Para Tovar (2001) estos autores suscitan una corriente de pensamiento que busca la reconceptualización crítica de las ciencias sociales en América Latina, a través de la implementación de una metodología de la investigación social que logre transformar la realidad al unir el investigador con su objeto estudiado, buscando superar la división clásica entre teoría y objeto. Según Fals Borda la sociedad no se encuentra detenida *in situ*, ella es en sí misma dinámica y no es reductible a los datos estadísticos (Pereira, 2009), para el autor la sociedad se auto-transforma y reconceptualiza de forma dialógica en el contexto de la relación comunitaria. La psicología comunitaria se acerca desde los aportes transdisciplinares a la inclusión de la complejidad y la incertidumbre

epistemológica, aspectos que en vez de dificultar el entendimiento de los fenómenos sociales propician su comprensión al ampliar sus matices conceptuales, posiciones, experiencias y prácticas, recuperando en la comunidad la noción de aleatoriedad en la existencia social, es decir la libertad no-objetivable del *acontecimiento*, conjuntamente a su valor organizacional, resignificante, auto-eco-organizativo y transformador de la sociedad.

El método creado por Fals Borda traspasa la mera intervención y ubica al otro en dos lugares: a) un lugar *intersubjetivo* de elaboración de la pregunta de investigación (personal y comunitaria respecto al plano introspectivo), y b) en el de la *respuesta objetiva* (plano extrospectivo). Estas condiciones permiten que ambos territorios de lenguaje conlleven formaciones activas de encuentros simbólicos en los que las relaciones grupales, los liderazgos, la claridad de la demanda y el “sentir” comunitario evidencian la identificación del problema, la posibilidad de implementación de los recursos con los que cuenta la comunidad y la viabilidad y factibilidad de la acción participativa. La IAP para efectos de su práctica social-comunitaria se vale de la percepción de la comunidad sobre su condición humana, además de métodos y técnicas cualitativas resultantes de los aportes de la microsociología tales como, “el diario de campo, la convivencia por largo tiempo con las comunidades estudiadas –la observación participante–, grabaciones magnetofónicas, fotografías, además del uso de documentos u objetos personales brindados por los campesinos” (Pereira, 2009, p. 215). De acuerdo con Ander (2003) antes de aplicar la IAP es necesario tomar contacto con la comunidad, pedir su aprobación y comprender los siguientes elementos: el origen de la demanda, la detección y caracterización de los protagonistas potenciales, la constitución del equipo de trabajo y las pautas para la instrumentalización de los métodos de intervención social, ya que “imponer una investigación participativa a la gente, como a veces se hace, es negar la esencia, lo sustancial de la participación” (Ander, 2003, p. 5).

Para la psicología comunitaria el aporte de Fals Borda abre un campo de acción investigativa que incluye la opinión de la comunidad en sus procesos de análisis y en el desarrollo de la intervención misma, situación análoga al pensamiento de Paulo Freire (1970), que con su propuesta de “alfabetización conscientizadora” articula lo psicológico de la consciencia personal al entorno sociopolítico, fortaleciendo la correlación entre saber y hacer, precisando la importancia del “crecimiento individual y la organización comunitaria, la liberación personal y la transformación social” (Baró, 2006, p. 7). En este sentido de acuerdo con Paulo Freire la educación debe instituirse a través de una práctica de la libertad, en la que el ser humano para lograr humanizarse tiene la responsabilidad de aprender a *nombrarse* a sí mismo, con el fin de constituir su Yo y entrar en comunión humana. Como resultado cada persona instaura el mundo en el que se humaniza a través del lenguaje impreso en la conciencia histórica, misma que se transforma en una consciencia historiadora cada vez que se narra a sí misma (Freire, 1970). Para el autor “la esencia humana cobra existencia auto-descubriéndose como historia” (p. 14) porque alfabetizarse no es aprender a decir palabras solamente, sino también aprender a leer esa palabra escrita en que la cultura se dice y deja de ser repetición intemporal de lo que pasó. Lo anterior abre paso a reflexiones acerca de la necesidad de (de)construir la realidad nombrada a través del lenguaje, comprendiendo al conocimiento como un proceso construido de manera conjunta o “tejido en red”, puesto que cuando el aprendizaje deja de ser repetición, la historia se torna dialógica y toma conciencia de su temporalidad anunciando un futuro mejor a través de la innovación en los proyectos educativos.

Respecto al valor del estudio de los grupos en psicología comunitaria, es importante mencionar que su estudio debe realizarse desde los aportes transdisciplinarios tomando en cuenta la Teoría general de los sistemas, la Cibernética, la Ecología, las teorías de grupo abordadas desde la socio-antropología, y la psicología social compleja. Uno de los intereses relevantes de la psicología comunitaria en este campo es la dinámica recursiva, autopoietica y

organizativa de las colectividades, especialmente de aquellas que se encuentran bajo diversas situaciones de vulnerabilidad. Lo anterior resalta el postulado de que la aplicación de la teoría en el campo práctico se convierte en la mejor estrategia para desarrollar proyectos de intervención y propuestas de atención grupal que aborden las problemáticas de una comunidad de manera empática, dialógica, humanística y profesional. Para ello se debe entender que todos los grupos se configuran a través de dispositivos sociales, con base en intereses que conforman “lazos o vínculos” de filiación -descritos por la psicología y otras ciencias sociales- que a su vez instauran una serie de tareas a desarrollar que colisionan, entrelazan y acomodan a las diversas contingencias y circunstancias colectivas. En consecuencia los indicadores de cambio a nivel grupal irrumpen como efecto de una intervención planificada, en la que el respeto por la diferencia, el uso Bioético de saberes e instrumentos, el análisis de la resistencia al cambio, y el favorecimiento de los procesos de introyección, identificación y transferencia grupal delimitan la praxis de la intervención y orientan las futuras acciones transformadoras con la comunidad.

Los factores descritos favorecen la emergencia de un nuevo rol de “psicólogo comunitario” que presenta las siguientes características: a) Incorpora a su quehacer el uso de estrategias de intervención integrativas sin dominio de una sola escuela psicológica que establezca sesgos a la comprensión fenoménica; b) Implementa metodologías de trabajo centradas en el sujeto y su comunidad que realcen los aprendizajes y estrategias para resolver problemas de manera conjunta, complementando la intervención con otras experiencias y saberes; c) Entiende que el sujeto comunitario es partícipe de la relación con otros sujetos y objetos, además de conceptuador, creador y garante de los cambios sociales; d) Aplica los procesos de la Investigación y la Acción Participativa (IAP) como herramienta metodológica aplicable al trabajo real con las comunidades (Arango & Cálad, 2007); e) Fomenta la reflexividad en su accionar como sujeto-histórico y lo ajusta a la dinámica de estudios e investigaciones en el campo de lo

histórico-hermenéutico, crítico-social, cuantitativo-descriptivo, fenomenológico y empírico-analítico, sin que eso constituya un sesgo epistémico o un determinismo académico *ex profeso*. En la parte de diseño y operatividad adscrita a la práctica de la psicología social y comunitaria, el profesional en salud mental puede desarrollar propuestas de implementación de asistencia a poblaciones vulnerables, a través de la ejecución de metodologías y técnicas de intervención, diseño de modelos operativos de gestión de proyectos y recursos para el desarrollo y la implementación de dinámicas analíticas, que permitan una lectura compleja de la realidad comunitaria bajo la perspectiva de la emergencia de circunstancias biopsicosociales derivadas de los problemas de época, lo cual asienta medidas de apoyo para grupos con demandas específicas, entre las que prevalecen la gestión de riesgo, el empoderamiento comunitario y la auto sustentabilidad social.

Psicología social y pedagogía.

El sistema educativo es primeramente una organización, por ello debe ser entendido a partir de una condición autopoietica (Maturana, 2001). Para la *psicología social compleja* los procesos educativos más que posibilidades de incursión de los sujetos a la cultura, se constituyen en plataformas de transformación de la sociedad misma, en la medida que personas, grupos e instituciones se apropian de los espacios de relación y se modifican a sí mismos, en tanto que los sistemas de comunicación y las categorías del lenguaje cambian, se especifican y redistribuyen a través del conocimiento. Lo expuesto indica que como sistema la educación explica la organización de los procesos educativos a razón de formaciones sistémicas (grupos y clasificaciones del saber) y vinculaciones estructurantes de los seres vivos, a organizaciones biorretroactivas de primero, segundo y tercer orden¹³ a nivel micro, meso y macro desde el punto

¹³ Como organizaciones biorretroactivas de primero, segundo y tercer orden se entienden aquellos sistemas organizados en su condición autopoietica (se reproducen a sí mismos) que comienzan desde un orden básico (células, tejidos, órganos), y se van especializando a través de la evolución y

de vista biológico y social. Estas formaciones operan teleológicamente de forma particular o especializada, de acuerdo a una función socio pedagógica concreta a través de la realización de lecturas, comprensiones y (de)construcciones de la realidad en relación a una compleja cadena de transformaciones y neo saberes, que median, definen y reconfiguran de forma auto-organizativa el escenario de encuentro educativo, mismo que maniobra a partir de cinco principios: “*autonomía, emergencia, clausura operacional, auto-estructuración y reproducción autopoietica*” (Maturana, 2001). Cabe mencionar que estos principios sirven de base para explicar la interrelación e interdependencia entre Pedagogía, psicología social, didácticas y Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TICS).

Es importante anotar que una *vinculación estructurante* es una tendencia a relacionarse entre grupos y conjugar la diversidad de saberes y experiencias, con emociones, conductas, acciones, retroacciones, constreñimientos, solapamientos e interdicciones, generando emergencias (nuevas relaciones y organizaciones) y acoplamientos estructurales de sentido respecto a un tema en cuestión, con los que el conocimiento puede ser visto desde diversos espacios de análisis. En este aspecto la Autopoiesis o función de reproducirse a sí mismo, permite a la psicología social y a la Pedagogía comprender la forma en que el saber se multiplica y transforma el modo de entender el mundo que se vive a nivel individual, grupal e interinstitucional. Dicho componente muestra que el saber es un poder, que se constituye en un valor admisible para quien puede acceder a los códigos con los que se multiplican sus categorías a nivel social, por ello no es un ultra valor ni compone un metasentido comunitario, pues la ceguera sobre el saber es una estrategia de dominación sutilmente enmascarada bajo un presupuesto de ignorancia operativa de los procesos y herramientas de cambio Biopolítico. Respecto a las cinco condiciones que delimitan el accionar

la identidad de sus procesos constituyéndose en sistemas superiores de segundo (ser humano como construcción biológica) y tercer orden (la sociedad como producto del sistema vivo).

pedagógico del sistema educativo, la *autonomía* es la posibilidad de tener una identidad como sistema, aspecto que lo diferencia de otros sistemas al generar operaciones propias y no-autonómicas en sus procesos. La *emergencia* es la integración de sus diversidades del *saber-conocer* en un proceso de inserción constante, incluso de aquello que parece adverso a sus orientaciones epistémicas. La *clausura operacional* es la tendencia a construir, (de)construir y resignificar interna y dinámicamente su estructura pedagógica y didáctica cuando así lo decida, aun cuando el sistema tenga un buen desempeño u otros sistemas presenten una funcionalidad análoga o mejor. La *auto-estructuración* se constituye en el resultado del *cambio inherente* en función de los requerimientos internos y externos, producto de su relación con la diversidad cognoscente. Finalmente la *reproducción autopoietica*, es la capacidad del sistema educativo para reproducir su funcionamiento, sus leyes y transformaciones en cada sistema y subsistema con los que se vinculan, aspecto que brinda multidimensionalidad al saber y lo contextualiza.

De acuerdo a lo propuesto los sistemas educativos son ante todo, dispositivos, módulos, sujetos, objetos, secciones etc., es decir un conjunto de factores que surgen dinámicamente de la interacción biológica, en la multiplicidad de espacios de encuentro (Bertalanffy, 1973), en los que se implementan mecanismos de autorregulación (reglas, límites, acuerdos, constreñimientos), selección, (de)construcción e interacción sistémica, en función de la operatividad social del conocimiento. Por tal razón la orientación real de la educación es el servicio social (Freire, 1970), tomado éste como la posibilidad de emergencia de procesos de resignificación de los saberes, la ética, las lúdicas y las didácticas implementadas por educadores y educandos, a partir de la contextualización social-comunitaria de los conceptos, procesos, métodos, epistemes y explicaciones generadas a razón de un problema, incógnita, o realidad específica que los convoca a interactuar compartiendo y modificando sus saberes y experiencias. Este proceso es dable con la ayuda de un complejo sistema de

imbricación del saber “especializado” que se acopla a presaberes o conocimientos derivados de las prácticas de convivencia de los sujetos. De suyo las relaciones emergentes, tales como propuestas de cambio, vivencias, opiniones, memorias, lecturas particulares o grupales de la realidad y disertaciones, presentan una dinámica auto-transformadora intrínseca que favorece la innovación en el pensamiento reduccionista, de manera que éste nuevo saber creado conjuntamente logre enfrentar y dar respuesta la complejidad creciente del conocimiento, a la rapidez de las transformaciones sociales y a las contingencias de la vida (Morín, 1999, 1999a).

Como sistema abierto y transdisciplinar para la psicología social la educación debe ajustarse a las frecuentes e inevitables transmutaciones socioculturales del mundo, a fin de impulsar la estructuración en educadores y educandos de formas innovadoras de aprender a aprehender la realidad, a través de procesos de comunicación intervenidos por lenguajes y metalenguajes, tecnologías y técnicas, mediaciones tecnológicas y los medios masivos de comunicación (MASS MEDIA), además de la interinfluencia de tres elementos clave: la antropo-ética (Morín, 1993; 1999), la antropo-poiética (Maturana, 1995) y la clínica-social (Otero, 2011; Andrade, 2012; 2013). Estas tres propuestas no reducen la experiencia humana a explicaciones globalizantes de los paradigmas sociales, o a la cartografía anatomista de una biología que secciona al ser en particularidades, puesto que buscan comprender la complejidad adscrita a lo variable e indefinible de su naturaleza, aquello que va más allá de la multiplicidad de sus interrelaciones e interdependencias. Para los seres humanos parte de su complejidad e incertidumbre creciente es resultado del vacío dejado por la certidumbre absoluta del saber técnico-científico, mismo que se ve cuestionado por escenarios emergentes de neo-discursos y transformaciones sociales, en los que se implementan saberes empírico-tradicionales, encuentros de sentido común, comovisiones, opiniones, imaginarios, cosmogonías y creencias. El aprendizaje de lo uno en lo múltiple (*unitas multiplex*, Morín, 2001), su aplicación a diversos

contextos, el ajuste a las realidades y su transformación contingente, requiere a su vez un marco empírico-epistemológico-tecnológico globalizado con oportunidades de acceso al conocimiento por todos, que se retroalimente de forma noosférica a las comunidades (Morín, 1999), y sea coadyuvante en la conformación de una sociedad del conocimiento. La aldea global actual tiende a formar seres bio-tecnológicos que operan en la sociedad del saber a través de complejas interdicciones del contacto, lo que le brinda una visión virtualizada de su contexto y amplía su perspectiva del mundo desde un plano imaginario. En este punto la mediación de las TICS debe servir de puente para el contacto con el saber de la realidad analizada, pero no reemplazar dicho encuentro al constituirse en un intermediario o mediador entre el sujeto, los otros sujetos y sus diversos objetos de amor y conocimiento.

Tal como fue propuesto por los diversos pedagogos, la pedagogía debe servir al bien común y propender por la divulgación del conocimiento bajo un marco de construcción conjunta de la experiencia del saber, en la que se tomen en cuenta las explicaciones de los fenómenos estudiados a partir de la vivencia (real o imaginada, directa o indirecta, inferida o estructurada, análoga o experimental) de quienes interactúan con los diversos objetos de estudio. Así, la unión de la psicología social y la pedagogía abre paso a una posibilidad: la construcción de una pedagogía de la transformación social o *psicopedagogía de lo vivo*, donde la realidad social sea más que lo propiamente percibido, puesto que presenta una complejidad *per se*, que la ubica “en, a través y más allá” del conocimiento mismo (Nicolescu, 1996), es decir en la transdisciplinariedad de la relación tripartita de *saber-hacer-conocer*. Esta relación instauro la obligación ética de usar las tecnologías de la información y de la comunicación (TICS) como herramientas de contacto entre las diversas explicaciones disciplinares de los fenómenos, lo que habilita la circulación del educando entre textos, mensajes e interacciones tecnológicas diferentes (Erazo, 2008). Dicho así el uso de las tecnologías sirve para desarrollar nuevos procesos de enseñanza-aprendizaje que

sean de tipo flexible (Erazo, et al, 2008) y que tiendan a diversificar no sólo los saberes, sino también sus prácticas. En consecuencia el reto de los docentes es pues, auto-(de)construirse en la relación con el educando, partiendo de la idea que su pensamiento, emociones, cogniciones y acciones, se transforman en la mutualidad pedagógica con el estudiante, y con los sistemas socioculturales a los que ambos pertenecen. Así, éste reconocimiento es el primer paso para entender la movilidad del saber y la necesidad de contextualizar “lo ya conocido con lo desconocido”, es decir con aquello que se crea, recrea y resignifica en el encuentro educativo.

Educación es en sí mismo un proceso de democratización de la afectividad y del saber, tomando en cuenta que de acuerdo con Maturana (1991) la democracia es una obra de arte que como tal solo puede ser vivida (sentida, pensada, percibida e intuita), pues cada vez que se defiende el resultado concreto es la tiranía, la dominación y los abusos sobre el ser y sus comunidades. Para vivir la pedagogía de la democracia se requiere del ejemplo de *lo democrático* en los procesos educativos es decir, de la puesta en práctica de la inclusión de la ética de la diversidad del “*ser, saber y del quehacer*” que cada disciplina implica, por esto uno de los retos de los maestros es incluir lo diverso del saber desde el punto de vista de la memoria emocional, comprendiendo que la complejidad del proceso conlleva a un replanteamiento de sus conocimientos y prácticas educativas. De acuerdo a lo expuesto la educación va más allá de impartir conocimientos, puesto que su meta es la expansión del sentido cognoscente del mundo y del universo, en busca del entendimiento complejo del ser y sus contingencias, la transformación dialéctica-dialógica de éste con un mundo que debe ser auto sostenible y perdurable, la formación de una identidad terráquea que propenda por la conservación de la especie y del planeta (Morín, 1999; 2001), tomando en cuenta la dimensión antro-po-ética y evolutiva de lo vivo, aspectos que deben ser ampliados, conocidos y vivenciados en todos los contextos de interacción vital

(biológicos, biotecnológicos, socioculturales) a fin de aproximarse a las realidades con las que se entienden y vivencian dichas interacciones.

CAPÍTULO III GRUPO Y SOCIEDAD

Los grupos forman parte esencial de la vida de personas y comunidades, pues a través de ellos la especie humana sobrevive, se reproduce, adapta a los cambios y se apropia de las múltiples condiciones que le permiten interactuar en el mundo que habita. En el transcurso de la vida de los seres humanos cada persona pertenece a varios colectivos sociales, a los que se unen de acuerdo a mutuas representaciones internas, motivaciones, dinámicas externas, y los sistemas de articulación socio-afectivos promovidos en sus vinculaciones a través de la comunicación y el lenguaje en la vida comunitaria. Por ello dejar de pertenecer totalmente a un grupo es imposible, pues aunque una o varias personas se separen de un colectivo, sus diversas uniones, redes, sentidos de lo imaginario, ideales o sistemas comunicacionales, pueden activarse en cualquier momento, incluso cuando ello signifique reeditar la actividad grupal previa en otros conglomerados grupales, o retornar a dichos colectivos bajo nuevos parámetros de relación y funcionamiento operativo. Los grupos posibilitan la socialización de las personas y su inserción a escenarios de complejidad social. En este sentido para Berger & Luckmann (1968), la estructura psicológica de un sujeto se ordena de acuerdo a los procesos de socialización primaria (Familia) y secundaria (Comunidad, grupo y sociedad), llegando a establecer patrones comportamentales a partir de la adquisición de esquemas cognoscitivos definidos, y por la incorporación de un marco valorativo de referencia con el que es posible asumir una posición en el mundo y no solo replicar lo aprendido en la socialización.

Para Enrique Pichon Rivière (1975) el grupo es definido como el conjunto restringido de personas ligadas por constantes de tiempo y espacio, y que del mismo modo se hallan articuladas por su mutua representación interna (respecto a las vivencias que los convocan), por lo que se proponen de forma explícita o implícita, el desarrollo e implementación de una tarea u objetivo, el cual

constituye su finalidad. Todo ello se logra según Rivière a través de la interacción de complejos mecanismos de adjudicación y asunción de roles, dicho esto el grupo surge necesariamente como aquel espacio de concertación en el que es posible pensar, percibir, sentir e intuir una realidad evocada con la que otros se identifican y padecen, llegando a ejemplificarla en función de los procesos de interrelación e interdependencia de sus miembros y de los contenidos abordados. Por esta razón todo grupo debe realizar una *tarea* que los convoca a comprender su realidad y se convierte en su finalidad principal, así la tarea es la representante en el interior del agrupamiento de lo societario y simbólico, espacio en el que deben cumplirse también las obligaciones que la sociedad asigna.

La tarea grupal se estructura como la condición que el grupo utiliza para movilizar sus dinámicas afectivas e incorporar “las fantasías, como expresión de la estructura libidinal de los sujetos (...) a fin de obtener formulación, figurabilidad (...) mientras, la psique, a través de la fantasía inconsciente, busca la realización de los deseos, la cultura y las instituciones” (Bonano, 2000, pp. 100-111). En conclusión es la sociedad quien da forma inicial a la dinámica de la sintonía (identidad grupal), al establecer las dinámicas acerca de todo aquello sobre lo que se puede operar en lo social. Los grupos son la representación del capital cultural que los identifica, por lo que este capital es a la vez “un tener transformador en ser, una propiedad hecha cuerpo que se convierte en una parte integrante de la “persona”, un hábito” (Bourdieu, 1979). El lenguaje grupal pertenece a cada miembro del colectivo y constituye una pauta de anclaje a las representaciones imaginarias acerca de la actividad que los convoca, una defensa ante la influencia de otros grupos y la posible articulación de aprendizajes, soluciones y resistencias al repertorio de habilidades grupales para confrontar la adversidad.

Los grupos se ubican y funcionan en un entorno particular, cambiando su dinámica operacional de acuerdo al ambiente (Fiske & Goodwin, 1994) y

ajustando las influencias internas y externas a las características complejas de su praxis, aspecto que parte de la necesidad en las personas de recuperar el control sobre su vida cuando asumen roles específicos y como efecto de las respuestas personales y grupales ante dichos cambios (Sánchez, 2002). En este contexto el avance de los grupos a nuevas etapas de superación de las calamidades es posible a través del manejo de las emociones y el lenguaje, mismo que funge a modo de dispositivo de intermediación socializadora entre la persona y la comunidad, al tiempo que regula la mediación entre la experiencia individual y el orden social (Baró, 1988). Por este motivo el lenguaje guía la realidad social, y a través de éste el individuo se humaniza en el aprendizaje de un lenguaje que lo lleva no solo a aceptar la realidad tal como se presenta sino a cuestionar su complejidad y la operacionalización reduccionista de la actividad racional, por ello “cuanto más racional, productiva, técnica y total deviene la administración represiva de la sociedad, más inimaginable resultan los medios y modos mediante los que los individuos administrados pueden romper su servidumbre y alcanzar su propia liberación” (Marcuse, 1993, p. 36).

Para Janowitz (1978) el proceso de socialización está antecedido por la comunicación como parte fundamental de las acciones de autorregulación social, denominado esto como “control social”, ya que su ausencia promueve el afloramiento del conflicto, especialmente en escenarios de relación mediados por la impunidad y los abusos de poder, sin embargo el control social no debe excluir, cosificar, discriminar o anular al otro, y ya que en muchos sentidos “la dominación esta disfrazada de libertad y se extiende a todas las esferas de existencia pública y privada” (Marcuse, 1993, p. 48) las comunidades deben encontrar en la cooperación grupal los lineamientos conceptuales para la ejecución de acciones encaminadas a su liberación social. Estos elementos surgen en un entorno de interactuación grupal que de forma dinámica, retroalimenta el deseo de transformación de las condiciones de opresión, fortaleciendo las circunstancias internas de inducción analítica, por lo que tanto personas como

grupos pueden cuestionar su estilo de vida, las cogniciones, la estructura social que representan y la cultura de otros grupos. El proceso de socialización levanta las resistencias neuróticas de los grupos respecto al cambio y promueve acciones de autorregulación psicosocial como estrategia para reconfigurar los modos de acceso al conflicto y el desarrollo de la tarea, aspecto que dinamiza y reconfigura el grupo, o en su defecto lo ubica en el lugar referencial de muerte es decir, en la posibilidad apremiante de interrumpir su operatividad en cada intento de ajuste.

De acuerdo a lo expuesto los procesos psicológicos de los grupos no son estáticos, lo que indica la concepción constante de significantes sociales, a partir de los cuales avanza el curso de los acontecimientos internos del grupo a través de una dinámica propia con la que se va conformando una identidad. Los temas abordados en el grupo son análogos al espacio y tiempo en el que surge el hecho social que convoca su emergencia simbólica (Kaës, 2000), por este motivo los procesos de grupo pertenecen al lugar intrapsíquico que cada sujeto tiene (onírico, inconsciente, latente, defensivo, catexico, proyectivo), al tiempo que referencian un espacio común, de tipo intersubjetivo y trans-subjetivo en relación al grupo mismo. Es importante mencionar que generar, reproducir y dotar de sentido las motivaciones y roles inherentes a los grupos es una práctica tan antigua como la humanidad misma, tal es su importancia que ha favorecido la socialización de los seres humanos como efecto de su instinto gregario, la evolución de la corteza cerebral, la incidencia de la comunicación y los aprendizajes derivados de las prácticas culturales colectivas. Lo anterior ubica al ser humano en una posición de sociabilidad natural como condición esencial de conformación de los sistemas sociales.

El estudio de la dinámica de los grupos precisa el establecimiento de un soporte conceptual, que dé cuenta del modo como en la sociedad y la cultura la existencia de asociaciones propicia el desarrollo biopsicosocial de la civilización humana. Por ello la comprensión del proceso de socialización no se desliga del análisis

transdisciplinar acerca de la formación de grupos y organizaciones. Así, el conocimiento de la movilidad y transformación de las colectividades favorece la conformación de espacios de intervención psicosocial configurados como campos de encuentro entre personas, grupos e instituciones. En el grupo las personas interactúan a través de roles, dispositivos y dinámicas en función de la movilidad de los elementos que los convocan, así como también a partir de los factores constituyentes de la personalidad, las vivencias particulares y colectivas, y las contingencias propias del proceso grupal. Para Armando Bauleo (1975) “las relaciones de las personas dentro de un nexo se caracterizan por la influencia recíproca, directa, intensa y duradera sobre la experiencia y conducta de los unos sobre los otros” (p. 77), por lo que todo aquello que se deposita, segrega y emerge en las relaciones grupales se constituye en el indicador del proceso de resignificación del síntoma (Rivière, 1975), al tiempo que representa la evidencia concreta de la enfermedad individual que aqueja al sujeto, la familia y el grupo social al que pertenece.

Psicología de los grupos.

La psicología grupal estudia y define al grupo con base a sus tareas y representaciones, por ello, una de las definiciones que mejor se ajusta al “grupo” es la de Enrique Pichon Rivière (1975), quien lo precisa como un conjunto de personas ligadas por constantes de tiempo y espacio, que se proponen de manera explícita o implícita realizar una tarea que constituye una finalidad determinada, interactuando a través de complejos mecanismos de adjudicación y asunción de roles. Diferentes disciplinas y enfoques como la sociología, la psicología, el psicoanálisis, la filosofía, etc., han abordado el fenómeno grupal con el fin de procurar una mejora en su estudio. Según Rivière (1988) el concepto de “grupo” tiene una historia dinámica que va desde el siglo XVI hasta el XVII donde toma una referencia estructural. Al mismo tiempo, a finales del siglo XVII se argumenta que el grupo designa un conjunto de representaciones en sentido

estético y no en lo social, dado que el vivir en agrupaciones sociales no determina ni define la práctica de lo grupal. Igualmente, en Estados Unidos Pratt (1905) realiza el tratamiento de pacientes con tuberculosis, mediante un trabajo grupal compuesto por pacientes y médicos. Otro antecedente se ubica en el siglo XX cuando un grupo de psicólogos dirigidos por Floyd Allport, niegan la realidad de los grupos estableciendo que el grupo es una falsedad y lo único real es el individuo como ser pensante que siente, decide y actúa (Sánchez, 2002).

Conviene distinguir que los aportes trascendentales a la psicología grupal proceden de la escuela inglesa, francesa, americana y latinoamericana (Bion, 1961; Anziew, 1997; Lewin, 1944; Käes, 1977; Pichon Rivière, 1975). Análogamente, en 1930 la escuela de Galton en Estados Unidos por medio de un programa de observación controlada, realizó el análisis de la conducta actitudinal encontrando la importancia de los grupos pequeños (estructuras informales) para el trabajo en los grandes grupos institucionales. Al mismo tiempo, Jacob Levi Moreno (1966) y Kurt Lewin (1980), incluyeron conceptos gestálticos como “forma y fondo” en la psicología grupal, tomada ésta como disciplina, método de intervención y saber psicológico ligado a las condiciones psicosociales de cada grupo. Lewin considera al grupo como una totalidad determinada por casualidades progresivas y constantes, que afectan y modifican al conjunto en general. Moreno postula la “psicoterapia de grupo” basada en técnicas dramáticas como instrumento para elaborar la catarsis y resignificación del síntoma (Andrade, 2011). Además propone un enfoque sociométrico centrado en el estudio de la dinámica estructural de los grupos, es decir, de sus sistemas de semejanzas, identificaciones, diferencias y rechazos entre sus miembros.

Consecutivamente, Pichon Rivière en su teoría social integra conceptos del psicoanálisis, la psicología social, la filosofía, la antropología, entre otras disciplinas y postula la tendencia a la operatividad como la característica principal de los grupos, siendo esta la que conlleva a la resolución de un

problema y al alcance de una meta específica; dicha propensión se desarrolla en tres momentos: la pretarea, la tarea y el proyecto, aspectos que conforman el esquema conceptual referencial operativo “ECRO” con el que los grupos interactúan en lo psicosocial (Rivière, 1975). Esta interacción emerge a través de la interrelación e interdependencia entre sus miembros, y al mismo tiempo en su *auto-organización* se renuevan, promueven objetivos e instauran relaciones con exogrupos, que se convierten en puntos de referencia para la retroalimentación e interiorización del cambio. Con todo y lo anterior, el fenómeno grupal se basa en el hecho de que todas las personas se integran en un todo comunitario con el que se identifican a nivel biopsicosocial. Otro aspecto, es la socialización generada en el grupo, que surge a partir de tres procesos esenciales: 1) el proceso de desarrollo histórico, 2) el desarrollo de la identidad personal y, 3) el desarrollo de la identidad social, configurando un macro proceso identitario. Frente a esto Octavio Paz (1988) opina que la identidad es el resultado de las instituciones, de sus formaciones intelectuales y artísticas, como también de las técnicas para transformar la vida material y espiritual, tomando en cuenta el pasado, el tejido social y las estructuras de base que configuran sus prácticas.

La conformación de grupos es una condición inherente al proceso de socialización humana, por ello la “tarea dentro del grupo familiar juega un papel importante, cuando está explicitada el grupo se mueve dentro de este principio de realidad, pero cuando está negada o distorsionada se mueve dentro de las estructuras neuróticas o psicóticas” (Bauleo, 1975, p. 81), lo anterior instaura la lógica diferencial respecto a la operatividad con la que cada grupo desarrolla los objetivos que los convocan. Las dinámicas grupales incluyen la movilización de la ansiedad adscrita a los procesos de resocialización propios del dispositivo “*esquema conceptual referencial operativo*” (ECRO) que actúa en el momento de la reunión grupal cuando se desarrolla una tarea, en consecuencia el término “resocializar” se acerca más al proceso de (de)construcción de la condición que obstruye el crecimiento individual y colectivo. Como resultado del encuentro con

lo inefable o “*innombrable*” que sostiene dinámicamente el conflicto, cada miembro experimenta la intranquilidad del vacío del reconocimiento del síntoma en la condición biopsicosocial del otro, lo que aumenta la tensión grupal, la tenacidad ante el cambio y la red de identificaciones cruzadas, factores que prescriben paulatinamente la conformación del mito colectivo con el que “la novela grupal” propuesta por Bion (1980) arma la trama de transferencias, mecanismos defensivos y resistencias ante el cambio propuesto.

En gran medida la psicología grupal acopla a su praxis nuevos procesos y aportes epistémicos de tipo transdisciplinar, que orientan la comprensión del fenómeno colectivo a partir de una dinámica integracionista que surge de los aportes del interaccionismo simbólico (Lindesmith & Strauss, 1958; Shibutani, 1961; Kuhn, 1962; Berger & Luckmann, 1967; Blumer, 1969; Rose, 1971 & Armistead, 1974), el psicoanálisis (neopsicoanálisis, neuropsicoanálisis), el humanismo fenomenológico y el constructivismo (Pestalozzi, Piaget, Vygotsky, Ausubel, Bruner). Dichas contribuciones producen condiciones de análisis de tipo holístico y transdisciplinar, que son dables a través de 3 modelos integracionistas: 1) modelo genérico de psicoterapia (Orlinsky & Howard, 1987), 2) el enfoque transteórico (Prochaska & Norcross, 1999), y 3) la psicoterapia de grupos para pacientes esquizofrénicos de C. O'Brien (1983). Esta nueva tendencia busca la integración de los modelos en pro de beneficio de los pacientes y no el enaltecimiento de una escuela psicológica o disciplina que pretenda posicionarse como base para los desarrollos de la psicología de los grupos. El modelo integracionista no es ecléctico, pero postula la idea de un holismo metodológico y conceptual que permita una visión más amplia del hecho social y su manifestación en la dinámica de los grupos y las organizaciones, lo que aporta al desarrollo de la psicología social como disciplina científica.

Propuesta: Condiciones de funcionamiento operativo de los grupos.

Los grupos forman parte esencial de la vida humana y animal, a nivel orgánico las células se agrupan bajo una intencionalidad vital en la mitosis (división celular) y en otros procesos celulares, hasta formar tejidos y órganos cada vez más complejos con base en "anidamientos" biológicos estructurales, cuya tendencia a la vitalidad determina las características móviles de su intencionalidad orgánsmica. Cabe mencionar que incluso cuando se trata de agrupaciones "malignas" (tumores), la tendencia a proliferar grupalmente es evidente en las formaciones de tejidos dañinos (sarcomas o neoplasias malignas), que presentan una disposición destructiva, guiada incluso por los principios reproductivos de lo vivo planteados por Maturana (autonomía, emergencia, clausura operacional, auto estructuración y reproducción autopoietica), como también por los principios de bucle activo-retroactivo y Auto-eco-organizativo de Edgar Morín (1984; 1996), en el que una organización activa tiene la facultad de producir los elementos y efectos necesarios para su propia generación, organización y existencia. Este proceso es muestra de que *la materia viva* posee mecanismos auto-destructivos que sirven para regular la condición de permanencia de los organismos, situación necesaria para determinar la certidumbre respecto a su temporalidad existencial; ejemplo de ello es la *apoptosis* o "suicidio celular programado", proceso con el que se pone fin a millones de células no-funcionales para el organismo, abriendo paso a nuevas y mejores formaciones celulares, que ya han incorporado los aprendizajes y experiencias de la célula que reemplazan. Análogamente en los grupos los relevos generacionales o reemplazos de los miembros, son requeridos para dar continuidad al legado original que motivó la agrupación, pero también para incorporar lo nuevo, permitiendo la actualización del sistema.

Los grupos necesitan estos relevos porque a menudo la inoperancia procesual o la falta de efectividad en sus proyectos y tareas, deterioran la intencionalidad teleológica de las metas presupuestadas, condición que retarda o estanca su

crecimiento, por lo que dicha substitución resulta ser la posibilidad de pasar a otra etapa de readquisición de conductas, pensamientos, emociones y cogniciones, en la que se valora lo tradicional operante y se acopla lo novedoso, en una dinámica “actualizante” articulada a las relaciones intra e ínter grupales. En este proceso de transformación los grupos construyen, (de)construyen, reproducen, recrean y complejizan el principio de realidad con el que modifican sus prácticas en función de los logros y metas obtenidas. Cabe mencionar que todos los grupos ya consolidados presentan tres condiciones de funcionamiento operativo básico: 1) construyen fines u objetivos (planifican, discuten y reconstruyen sus metas), 2) determinan su finalidad (demuestran en la actividad práctica su capacidad de transformación micro, meso y macro social) y, 3) tienden a finalizar su existencia (muerte o disolución grupal). En el primer momento los grupos consolidados o “propriadamente dichos”, constituyen su sintalidad (identidad grupal) y cohesión interna en el espacio colectivo, a partir de la puesta en escena de un conglomerado o magma de imaginarios (Castoriadis, 2002), afectos, representaciones y contenidos experienciales emergentes, que se tornan válidos para el grupo en la medida que surgen bajo parámetros de respeto mutuo y de legitimidad. A continuación se proponen tres momentos por los que transitan los grupos: *operatividad logística, transformadora e inoperatividad nirvánica*, los cuales agrupan los diferentes motivos y transformaciones propias de su discurrir psicosocial.

Todos los grupos son diversos desde el punto de vista sociocultural e histórico-afectivo, así dicha particularidad instaaura una correlación dialógica y sistémica, entre el lenguaje y el estado emocional que transversaliza la intencionalidad de las tareas desarrolladas, de manera que el grupo manifiesta su existencia a través de un pensamiento que abandona paulatinamente lo unidimensional de sus premisas cognoscitivas. Esto sucede como efecto del *trans-solapamiento*¹⁴ de sus

¹⁴ De acuerdo con Nicolescu (1996) el prefijo Trans significa entre, a través y más allá, y referencia la posibilidad de entender un objeto de estudio, experiencia, acción etc., desde diversas

intereses, motivaciones, afectos, opiniones y percepciones acerca de un tema que los liga espacio-temporalmente, por todo ello ésta fase es llamada “*etapa de operatividad logística*”. En éste primer momento la determinación de metas y objetivos concretos respecto a las tareas a realizar, es crucial para la supervivencia colectiva, a fin de evitar la dispersión ideológica (opiniones, posturas, posiciones, concretismo experiencial) derivada de la dificultad para llegar a una actividad de consenso, situación que puede determinar el fraccionamiento del grupo por la no-ejecución de un plan de acción conjunto. En el segundo escenario los grupos acuerdan las finalidades de sus prácticas, y se concentran en llevar a cabo tareas que modifiquen su estado actual, para lograr cambios que impacten las dinámicas de sus relaciones internas como grupo, articulando sus resultados a la relación consigo mismos, con otros grupos, y la sociedad en general, ésta fase lleva el nombre de: “*etapa de operatividad transformadora*”.

Es importante resaltar que esta segunda etapa constituye la fase práctica de la operatividad grupal, por ello si en el grupo se produce un anclaje a la etapa de *operatividad logística* y no se transita hacia la acción, el resultado inherente es el estancamiento de sus proyectos, lo que conlleva a su posterior muerte o disolución. La transformación es en sí misma una (de)construcción que opera bajo el principio de recursión organizativa, porque los grupos logran pensar “más allá del límite” de la conducta individual o colectiva previa, convirtiendo su estado actual de ensimismamiento o adaptación, en acciones (bucles retroactivos) de cambio personal y colectivo a través de la palabra y el acto. Para Jackes Derrida (1991) la palabra pronunciada es fenoménica en sí misma o al contrario

manifestaciones de la ciencia y del saber. De suyo en el contexto de los grupos alude al hecho de que el grupo presenta en su composición diversos niveles de realidad (sintalidad interna, percepciones, individualidades, objetivos, intersubjetividad, etc.), situándose a través y más allá de sus representaciones en un contexto histórico y social ineludible. El trans-solapamiento es una suerte de coincidencias entre intereses y motivaciones conscientes e inconscientes, que conllevan de manera inherente al grupo a desarrollar la intención de elegir una postura, llegando estas a solapar o cubrir de forma resignificante, las condiciones multidimensionales de las posturas o posiciones que representan.

silenciosa, muda, inaparente, pero también es una puesta en escena de una identidad (visible en la escritura y en la acción), operativa a través de la teatralidad vital que surge en un estado de temporalidad provisoria y de finitud irrevocable; por ello “lo que se sabe” o la vivencia de lo que se comprende, corresponde a la experiencia de una acumulación, que marca permanentemente de comunidad al sujeto antes de hablar e interactuar incluso en los actos de negación, asimilación, oposición o liberación (Derrida, 1991). Los grupos expresan su existencia a través de la escritura y la palabra, estableciendo un primer momento de transformación de sus condiciones previas de saber, al generar una mutación en cadena de los contenidos de su pensamiento, aspecto que impacta sus relaciones y la interinfluencia ejercida con otros colectivos sociales; dicho esto cada grupo está marcado siempre por la comunidad humana, de modo que los diversos modos de conocer y entender el encuentro con el otro y con lo otro, se dan entre, a través, y más allá de las construcciones del lenguaje, pues referencian procesos de comunicación biopsicosociales, en los que el colectivo (de)construye con su actividad el sentido existencial de sus disposiciones vitales.

El tercer momento propuesto es la finalización de su existencia marcado por la muerte o disolución grupal, este periodo se denomina “*etapa de inoperatividad nirvánica*” y se produce cuando los grupos alcanzan sus metas más elevadas, obteniendo de ello cierta sensación de plenitud, satisfacción y sabiduría permanente, además de reconocimiento y estatus, a razón de lo efectivo de las dinámicas transformadoras con las que operan en lo social; por este motivo llegan a concebir la idea de que “ya han cumplido con su labor social” y se separan sin traumatismos. Caso contrario la dispersión puede ser compleja cuando se presentan rivalidades internas, fragmentaciones “bandos internos”, descalificaciones mutuas o competencias deshonestas por el liderazgo, causando que sus objetivos se agoten en metas individuales o en proyectos escasamente definidos, mismos que se quebrantan sin materializarse. Regularmente estos

grupos mueren de forma manifiesta, y en consecuencia algunos de sus miembros son absorbidos por nuevos colectivos, mientras que otros grupos mueren definitivamente y desaparecen. Cabe mencionar que esta disipación no es total, ya que todos los grupos funcionan a través de su sentido de trascendencia en un escenario de *religere* (entre el sujeto y la sociedad), lo cual les permite *permanecer* en función del legado y la experiencia de interrelación e interdependencia con otras agrupaciones y colectividades. Los grupos instauran el sentido de trascendencia como una medida de ajuste *a posteriori* para contrarrestar el temor derivado de la desaparición de sus miembros, y la diáspora de representaciones adjunta al fantasma de su muerte o disolución, mismo que los acompaña desde el mismo instante de su conformación.

Ambos momentos (*disolución normal* y *disolución traumática*) son muestra de un elevado nivel de conciencia y aceptación de la necesidad de su separación y cambio, ya sea porque consideran que no existe la posibilidad de establecer el legado a una nueva generación, o porque las estructuras de contenido cognoscente con las que comprendían los fenómenos, ya no son válidas para explicar la diversidad de contenido de los problemas sociales, por lo que su muerte implanta la posibilidad de escape ante la presión interna y externa, lo que los convoca a dejar como precedente el modelo, las memorias o estrategias de actuación “tradicional”, con las que interactuaron en lo social. Cabe mencionar que algunos grupos como los desplazados por la violencia y aquellos que son víctimas de actos de maldad o de catástrofes naturales, no se encuentran preparados para la muerte consciente de sus grupos, siendo éste un hecho imprevisto que impacta el sentido de realidad de toda la comunidad victimada, modificando la forma como cada individuo y grupo se relaciona con el contexto que habita.

Por ello estas poblaciones por efecto de las necesidades de supervivencia (*necesidad de escape, muerte de los miembros, silenciamientos y ocultamientos*),

se ven obligadas a disolver el sentido cohesivo de su colectividad, afectando la sintonía, las tareas, la resistencia al cambio y en general su proyecto de desarrollo transgeneracional, en cuyo caso las vinculaciones y el lazo social tiende a extenderse de manera permanente, pero se activa en función del trauma a través del recuerdo doloroso, la introspección negativa y las construcciones imaginarias de comunidad que permiten ciertas habilidades adaptativas en los nuevos lugares de reasentamiento individual o colectivo. La muerte de los grupos abre paso a una posibilidad de actualización de contenido de lo diverso, instaurando un lugar de saber y de experiencia, que marca un precedente para el nacimiento de nuevas formas de relación grupal, entre las que se encuentran, *la agrupación* (formaciones grupales primarias), *las agrupaciones* (formaciones grupales secundarias) y los *grupos propiamente dichos* o en sentido estricto (formaciones grupales de tercer orden), todos ellos marcados por la comunidad y por el fantasma de su posible disolución.

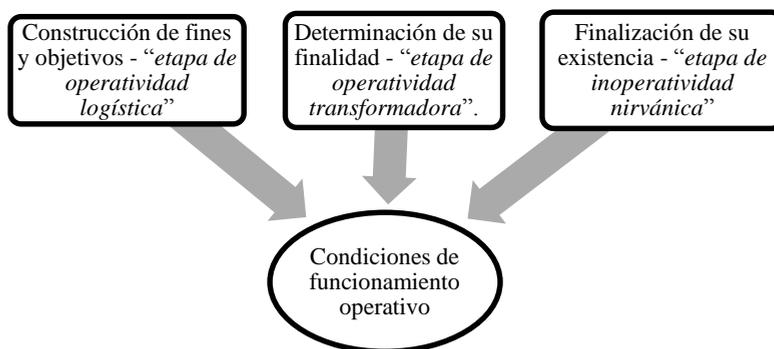


Ilustración 3. Condiciones de funcionamiento operativo de los grupos.

Transdisciplinarietà y momentos grupales.

Los seres humanos tienden naturalmente a la vida asociada, condición que puede rastrearse desde las estructuras microbiológicas propias de su conformación celular, hasta las estructuras sociales e instituciones con las que logra comprender

el mundo e integrarse con otros. Las personas orientan su vida hacia la colectividad, la asociación y la cooperación, incluso y aunque esto implique el beneficio de un grupo que monopoliza cierto sector de la realidad, por ello no existe un beneficio de un solo sujeto, puesto que de forma análoga toda acción modifica la estructura y funcionamiento del sistema en el que cada persona inscribe sus actividades. La cooperación es una actividad notable y se visualiza en la necesidad colectiva de fundar, reproducir y mantener la comunidad, extendiendo sus beneficios a través de redes organizacionales de contenido diverso, donde las vinculaciones afectivas-comunitarias se propagan al plano micro, meso y macro social. Las condiciones operativas que propician tal expansión, dependen de la fortaleza y capacidad reproductiva de los legados, tradiciones, pautas de comportamiento y de todas aquellas actividades colectivas propias de la identidad de los pueblos, categorías relacionadas con lo que expresa Morín (1999) acerca de la educación, es decir con base en el reconocimiento de una identidad terrenal que propenda una modificación del pensamiento (pensamiento ecologizante) o “reorganización del conocimiento”, respecto a nuestra relación con el planeta, la comunidad y con nosotros mismos (Morín, 1996).

Para el autor la educación debe incorporar el análisis de las características cerebrales, mentales y culturales del conocimiento humano, abriendo paso a un modo de conocimiento con el que las personas logren *aprehender* los objetos y situaciones en los contextos en los que aparecen, además de sus complejidades inherentes y los conjuntos que se forman a partir de su aprehensión, aspecto que tiene una connotación colectiva y corte transdisciplinar (Galvani, 2006). En relación a lo transdisciplinar y los grupos es importante anotar que según Galvani la realidad con toda su amplia variedad de niveles (vida, conciencia, humanidad, existencia de otras especies, mundo biofísico, artificialidad), no puede ser comprendida desde una sola disciplina, aspecto que es causa de incertidumbre e incompletud, dualidad que debe ser tolerada a fin de promover el desarrollo del

conocimiento respecto a los grupos desde un escenario de complejidad. La transdisciplinariedad implica que en la comprensión de lo colectivo, se esté consciente de las limitaciones de la disciplina psicológica para explicar el fenómeno grupal, puesto que su entendimiento requiere de la cooperación de otros campos del conocimiento (filosóficos, matemáticos, transculturales, físicos, antropológicos, sociológicos, cibernéticos, etc.), en este sentido se trata de una posibilidad de *religar* (conocimiento y experiencia humana) es decir, de *distinguir sin separar* para volver a vincular (Morín, 1999a).

Lo transdisciplinar en los grupos es también la práctica de asimilación de la incertidumbre respecto a la actividad u orientación definitiva del otro y del grupo, por efecto de la emergencia de valores, aspectos socio-culturales, imaginarios y representaciones sociales, creencias e ideologías respecto al origen, destino, funcionalidad y objetivos grupales. De acuerdo con Kissen (1989) cuando las personas se agrupan, movilizan fuerzas importantes de transformación social que tienen influencia positiva o negativa sobre los individuos, sin embargo cuando el grupo tiene ideales sociales positivos, éste beneficia el desarrollo del ideal del yo y de un superyó equitativo, que promueve la interiorización de los valores, la democracia y la convivencia humana, por tal motivo y en función de la incertidumbre necesaria respecto a los momentos de “lo grupal”, se propone la estructuración de los grupos de acuerdo a tres categorías: *la agrupación, las agrupaciones y los grupos propiamente dichos*. Cabe mencionar que estas categorías se interrelacionan en una pirámide invertida que se expande en sus posibles vertientes comprensivas, en la que cada parte conserva su estado de interrelación, interdependencia y re-organización además de cierta ambigüedad interna, que les permite no fundirse totalmente en la presión de la representación social colectiva, ni en las exigencias heteronómicas de otros grupos o la tendencia a la regresión a formaciones grupales primarias cuando emergen los conflictos o las desavenencias internas.

La *agrupación* se instala como propuesta cohesiva que moviliza dispositivos sociales que permiten la reunión de “experiencias, sentires y saberes” a través del lenguaje, y va desde la comunicación unidireccional (sujeto a sujeto) hasta la direccionalidad entre dos o más sujetos. En la agrupación las personas aún no definen claramente sus objetivos comunes, aunque sienten que existen cosas que las motiva a estar juntas, en este nivel se funda el lazo social que constituye a la familia, y a otras asociaciones con intencionalidades definidas, al tiempo que se determinan las bases del tejido social colectivo desde un plano emocional y no estrictamente productivo. El segundo nivel o *agrupaciones* surge como efecto de la agrupación de personas que configuran *agrupamientos*, cuando comparten objetivos, intercambian información, bienes y servicios, además de interacciones en frecuentes en la organización colectiva, definiendo su condición de interrelación e interdependencia. Es importante aclarar que los agrupamientos son un tipo de asociación temporal de sujetos con objetivos compartidos, que una vez cumplen ciertas metas diluyen su nivel de cohesión y tienden a separarse y en algunos casos forman nuevos agrupamientos. Éste nivel de reunión en torno a un objetivo permite la conformación de *grupos propiamente dichos* si se cumplen los parámetros de identidad grupal en formación, la cohesión en relación a tareas programadas y la capacidad de respuesta autónoma frente a las demandas, necesidades y deseos de sus miembros.

El tercer momento es el de los *grupos propiamente dichos*, en el que las personas tienen claro sus objetivos a nivel personal, intra grupal y social-comunitario, por ello son conscientes de las consecuencias que la interinfluencia suscita en su grupo y en otros colectivos. En el grupo propiamente dicho, emergen dinámicas internas que se constituyen en el correlato de los territorios de interacción social en los que prima la colectividad sobre lo individual, lo que permite el surgimiento de la conciencia de “nosotros”, es decir de ese “sentimiento oceánico” de participación colectiva (de ser uno con los otros) determinado por Freud como base de la condición grupal. Así, cuando en estos colectivos el motivo que los une

es una calamidad social, una injusticia o una patología (mental, física o de ambas), las representaciones que se forman proyectan las condiciones de opresión a través de una dialógica somato-psíquica, que se inscribe a la dinámica del sufrimiento, el dolor y el padecimiento, constituyéndose estos elementos en la ejemplificación de una parte del conflicto estructural que determina dichas emergencias de sentido. Los grupos se consolidan de acuerdo a sus objetivos, ritualidades, mitologías y creencias, presentando una historia que los determina en función de su experiencia.

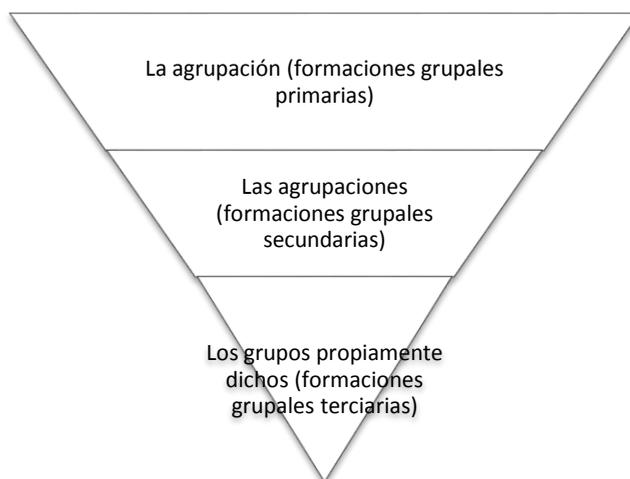


Ilustración 4. Niveles de formación grupal.

Freud y la Psicología de las masas (1922).

Para Sigmund Freud toda la psicología es en sentido estricto una psicología social, puesto que el ser humano logra constituirse como tal a partir de la relación vincular que establece con otros. La idea de Freud acerca de los movimientos colectivos, parte en gran medida del análisis crítico a la obra de Gustav Le Bon y sus postulados acerca del comportamiento del individuo respecto a los colectivos sociales. En los estudios de Freud (1915; 1922; 1930; 1933; 1939) se encuentran las primeras nociones acerca de la “animosidad” individual y social (antipatía,

enemistad, agresión, violencia, distanciamiento o rencor) emergente de las condiciones emocionales sobre las cuales se funda el agrupamiento, además de notables aportes a las características simbólicas e imaginarias de interacciones sociales que pueden desencadenar no solo conflictos psíquicos sino también conflictos sociales, además de resaltar la condición de “cambio anímico”, adscrita a lo que Gustav Le Bon llamó el “Alma colectiva”, misma que en un primer momento orienta a las personas hacia la unidad a fin de que ésta se funda en lo colectivo, aspecto posible a partir de tres momentos: a) una fractura de su condición y sentido de unidad, b) de un deslizamiento y acoplamiento de sus intereses personales en lo colectivo y, c) la interiorización y asunción de una identidad grupal que responde al deseo de reivindicación latente en las demandas y necesidades grupales. Esta pérdida o renuncia a su individualidad propicia el abandono parcial de las características definitorias de la particularidad del Yo e induce a que el individuo se fusione en la masa actuando conforme a los designios o motivaciones que movilizan el colectivo. Para Freud el individuo al encontrarse sumergido en una masa piensa, siente e interactúa de una forma diferente a como lo hace en otros contextos, por lo que dichos cambios suscitan un “campo de fenómenos” de los cuales se ocupa la psicología, ya que la masa tiene la particularidad de modificar el estado anímico de las personas, generando reacciones psicológicas específicas.

Para Le Bon la vida anímica se estructura en la relación con otros, sin embargo en la masa el sujeto tiene un retroceso en su evolución hasta entrar en un estado “salvaje o de niño”, idea complementada por Freud a través de la inclusión de la Libido o energía sexual en el modelo explicativo de Le Bon. Para Freud el sujeto es percibido y percibe a otros a través de sus diferentes roles, sin embargo en la colectividad actúa distinto al perder parcialmente su identidad individual. Dicho así el sujeto deja de percibirse a sí mismo como unidad, dejando que la masa determine el accionar y la teleología inherente a la intencionalidad de sus elecciones, como consecuencia se adquiere una identidad colectiva, porque la

persona se fusiona en la grupalidad, cuando en su mente lo heterogéneo se torna homogéneo, aspecto que determina el proceso de tránsito e integración de la conciencia personal a la intersubjetividad de la conciencia colectiva. Éste tránsito es dable en un escenario de contagio mental y sugestión, ya que los individuos se ven expuestos a sentimientos flotantes derivados de los sentimientos colectivos. Cabe anotar que de acuerdo con Freud, la sugestión es el resultado de la traslación homogéneo-heterogéneo por efecto de la contaminación inconsciente, así las personas en la masa exhiben nuevas cualidades que se han integrado en el proceso de movilización grupal.

El contagio mental lleva a la sugestión, y de ésta se pasa a las acciones colectivas que pueden acarrear diversas manifestaciones comportamentales, por ello en la masa un sujeto que se contagia de sentidos y causas sociales, estigmas, anulaciones, representaciones, retroacciones, imaginarios o de ideologías, puede llegar a romper reglas de convivencia social que eran válidas antes de la exposición a la dinámica anímica de la masa, todo ello en función de la presión simbólica e imaginaria que ejerce el grupo en su aparato psíquico. Entre los aspectos negativos evidentes de dicha presión se encuentran: el consumir alcohol u otras sustancias psicoactivas, perpetrar actos vandálicos, tener encuentros sexuales de riesgo, deserción escolar, ingreso a colectividades insurgentes, fanatismos religiosos, etc.¹⁵ De acuerdo con Freud cada contagio implica un cambio en la estructura mental, al tiempo que un incremento de la sensación de reintegración ilimitada como efecto de las pasiones derivadas de la reacción emocional en cadena que propicia la vivencia de un “alma colectiva”, lo que

¹⁵Cabe mencionar que también existen presiones grupales positivas, relacionadas con la adquisición de repertorios de comportamiento y de conducta adaptativos en pro de la convivencia, la cooperación y la solidaridad comunitaria, la formación de grupos de trabajo social-comunitario y de redes operativas de vigilancia y transformación social, las acciones colectivas que generan identidad y recuperación de la memoria colectiva, la adquisición de identidades políticas positivas, la religiosidad bajo un marco moral ajustado a las características socio-históricas de los colectivos entre otros, etc.

obliga el cambio y la transformación del individuo en la masa, como también la modificación inevitable de sus estructuras mentales y sociales.

La multitud movilizada es extraordinariamente sugestionable, por ello los grupos son parte de un proceso de cambio social, en el que la colectividad transforma su sistema de representación personal por las representaciones grupales que los convocan a ser parte del “alma colectiva”, posición que se instituye en la base constitutiva de los imaginarios y de las movilizaciones sociales. Desde un punto de vista psicoanalítico estas masas se dejan guiar casi exclusivamente por el inconsciente, por lo que pueden reaccionar agresiva o violentamente cuando la frustración colectiva supera la capacidad de diálogo de las partes en conflicto. Para Freud siguiendo a Le Bon, el alma de la masa es similar al alma primitiva, es decir, “instintiva e impulsiva”, por lo que el primitivismo es una posibilidad de reajuste del Yo en su aspecto energético, a través de un proceso de regresión a puntos de fijación a etapas preobjetales e instintivas, pues de este lugar el aparato psíquico extrae la energía psíquica necesaria para transformar su estado anímico. Respecto a quienes lideran a las masas y las movilizan con su poder de convencimiento, es posible afirmar que en ellos prevalece el interés personal sobre el deseo colectivo, así su discurso puede ser una respuesta a lo anhelado por la comunidad, convirtiéndose en representantes no solo del deseo sino también de la posibilidad de transformación social, ideal que no siempre resulta ajustado a las dinámicas éticas y morales que sostienen la praxis política, ya que muchas de las promesas se tornan inconclusas o no son cumplidas una vez son electos dichos líderes.

Por tal razón las masas deben des-sujetarse, ya que caso contrario pueden quedar colgadas o ancladas de la sugestión, y terminar demandando ser sugestionadas a razón de sus necesidades de creer en un ideal político, el cual se constituye para ciertos líderes en un proyecto de dominación inacabado. Dicho esto, cuando la des-sujeción mental se hace operativa, el sistema lingüístico y sus incidencias

inconscientes dejan de sostener el sistema de creencias sobre el líder, lo que modifica el sentido ideológico de la masa, produciendo quiebres y disociaciones a menudo necesarias para ejercer cambios en los sistemas biopolíticos. De acuerdo a lo expuesto, en la masa puede instaurarse lo irreal como extensión de la vida psíquica, misma que se ve contagiada por la continuidad de los estímulos sociales, y por las diversas condiciones de fluctuación del deseo respecto a las necesidades y demandas expuestas por el colectivo. Asimismo las masas se unen y relacionan con otras agrupaciones, formando entroncamientos, apoyos, cooperaciones, solapamientos, yuxtaposiciones y rivalidades, o en su defecto la reciprocidad entre objetivos y motivaciones, lo que puede determinar alianzas en pro de objetivos comunes compartidos, ejemplo de ello puede ser la movilización de un colectivo de campesinos cultivadores de café por efecto del bajo precio del producto y la falta de incentivos para el cultivo, a los cuales se une el gremio de Transportistas de alimentos, quienes se acoplan a esta demanda social, integrando necesidades particulares y sociales (manifiestas y latentes), a una coyuntura de transformación general de las relaciones comerciales. Como consecuencia estas acciones paralizan la operatividad de otros sistemas (ciudades que desabastecidas de alimentos, enceres, tecnología, sistema de oferta y demanda, movilidad), abriendo paso a negociaciones por la vía del diálogo, o en su defecto acciones de violencia sociopolítica por la vía *de hecho*.

Para Freud el pertenecer a una masa incluye el acto de compartir el “prestigio del caudillo”, lo que lleva a las personas a obedecer para no perder el estatus ganado o compartido con el líder. Las personas a fin de formar parte de una masa alteran su juicio crítico, puesto que su capacidad de elección se ve mediatizada por los deseos del alma colectiva, misma que puede tener una connotación fanática o erótica; en la primera de ellas el grupo busca su autodestrucción, mientras en la segunda la libido se integra a la necesidad de supervivencia y la reproducción de la especie. En esta masa los sujetos tienen al *eros* (pulsión de vida) cuando el acuerdo colectivo prima sobre el interés individual, y se busca la reproducción de

condiciones sociales que fortalezcan la vivencia de lo cohesivo y la identidad grupal, además del apoyo y cooperación intra e intercomunitaria, mientras la prominencia del *tánatos* (pulsión de muerte) se deriva de la tendencia a la autodestrucción y el fanatismo ciego. Ejemplo de estas organizaciones son los grupos de suicidas colectivos movidos por un fanatismo religioso que se contagia por influencia directa de un líder de características psicopáticas (James, 1998), los Hikikomoris o personas que se auto recluyen por efecto de la adicción al internet, los grupos de Kamikazes que se inmolan para cumplir un aparente designio divino (Japoneses en Pearl Harbord e islamitas en el conflicto del Medio oriente), los grupos de Nazis antisemitas, los colectivos racistas en cuya base se encuentra el pensamiento intolerante del Ku Klux Clan (KKC), las organizaciones terroristas y las agrupaciones de maldad, entre otros.

Históricamente la humanidad se ve avocada a las *agrupaciones naturales*, formadas por efecto del instinto gregario y la necesidad de vivir en colectividad, este tipo de formación es necesaria pues de ella partieron las primeras colectividades que dieron origen a las civilizaciones humanas. Asimismo existen las *masas artificiales*, que son estructuras sociales de contenido diverso, colectividades que se unen en un momento determinado de su ejercicio grupal, que buscan tener continuidad a partir del no-rompimiento de la sugestión en un colectivo social determinado, que incluye en sus categorías de connotación de lo real, la idea de identificarse con sus mitos, ideologías y prácticas, a partir de un imaginario social compartido, entendido como necesario de ser reproducido a través del lenguaje y por medio de la influencia de las instituciones sociales. Para Freud (1920) existen dos masas artificiales: la iglesia y el ejército, que evitan a toda costa modificaciones importantes en su estructura, al mantener un jefe visible o invisible que ordena. Es importante mencionar que a nivel de Latinoamérica e incluso mundial, la permanencia de líderes presidenciales por más de dos periodos de gobierno, ha instaurado un nuevo modelo de monarquía, propio del solapamiento de la sujeción de los individuos, bajo procesos

democráticos vinculados a esquemas de dominación ideológica transcultural que se ajustan a modelos neoliberales en la organización dictatorial contemporánea. De manera global la masa artificial es una construcción social de significaciones que reestructura la dinámica de la colectividad, induciendo en sus miembros el sentido de pertenencia y la necesidad de aceptación, por ello pertenecer al grupo incluye la asunción de responsabilidades hacia el ser superior que la colectividad venera o sigue (Dios, General, Presidente, etc.).

Línea de tiempo: Historia de la Psicología Grupal

<p>Charles Fourier En su obra habla sobre el mito del falansterio, y establece que el hombre es un ser social y principalmente un ser grupal.</p>	<p><i>S. XIX (1801-1900)</i></p>	<p>Emile Durkheim Argumenta que el grupo es algo más que la suma de sus miembros, que posee una conciencia colectiva surgida en la dinámica social.</p>
<p>El estudio de los grupos y las relaciones humanas adquiere un enfoque experimental.</p>	<p>← 1901 1905 →</p>	<p>Joseph Pratt Utilizó de forma sistemática las emociones colectivas con una finalidad terapéutica en pacientes con tuberculosis, observando que los lazos emocionales influyen positivamente en el tratamiento.</p>
<p>Jacob Levy Moreno Indica la importancia del contacto entre las personas para la solución de los problemas y su dinamismo interior hacia el crecimiento.</p>	<p>← 1914 1914-1918 →</p>	<p>Primera guerra mundial Se da inicio a las primeras terapias de grupo, al estar enfrentados a una gran cantidad de casos psiquiátricos que necesitaban de la rápida atención.</p>
<p>Edward Lazell Utilizó la técnica “didáctica”, la cual tiene un funcionamiento democrático, inicialmente se da la información y luego los pacientes participan en la discusión.</p>	<p>← 1918</p>	
<p>Floyd Allport Rechazó la idea de “mente de grupo” y la realidad de los conceptos de grupo, nombrándolo como una “falacia nominalista” una invención cómoda a fin de resumir las acciones de los sujetos. Para Allport el grupo no existe, pues solo existen los individuos.</p>	<p>← 1920 →</p>	<p>William McDougal Las sociedades poseen un autonomía y una de las mejores formas de entenderla es la mente de grupo, la sociedad es un sistema organizado de fuerzas con vida y tendencias propias, y con el poder moldear a los individuos y perpetrarse como sistema. Teoría del instinto: los seres humanos están intrínsecamente motivados a reunirse y</p>

		formar parte de un grupo (instinto gregario).
<p>Trigant Burrow Fue el primero en aplicar ideas psicoanalíticas a los grupos, interesándose por los efectos del estrés social en la tensión psicológica.</p>	← 1921 →	<p>Sigmund Freud En “Psicología de las masas y análisis del Yo” muestra la influencia del grupo en la conducta de los individuos, siendo el afecto, la cooperación y la democracia elementos encubridores de fenómenos reprimidos</p>
<p>Martin Buber El hecho fundamental de la existencia humana es estar en diálogo y aprender a relacionarse de la forma YO-TÚ</p>	← 1923	
<p>Kurt Lewin Introdujo el concepto “Dinámica de Grupos” como el estudio científico de las relaciones humanas y posibles instrumentos de cambio personal y social, siendo el grupo una totalidad determinada por constantes modificaciones e influencias</p>	← 1930 →	<p>Edward Lazell , Cody March , Louis Wender y Paul Schilder Adoptaron el trabajo grupal en el contexto hospitalario con el uso de técnicas educativas combinadas con la concientización de factores de apoyo grupal</p>
<p>Elton Mayo Trabaja la formación de grupos espontáneos en el ámbito laboral, objetando que en ellos se dan normativas y se convierten en grupos primarios que satisfacen e incrementan el rendimiento.</p>	← 1933 1935 →	Se efectúa en Estados Unidos la terapia para alcohólicos anónimos con base en la presunción de que el ex Alcohólico puede influir eficazmente en otro alcohólico.
<p>Paul Schilder Plantea que el objetivo terapéutico es lograr el <i>Insight</i> del paciente en el grupo, acentando problemáticas observadas en la situación individual como la ansiedad, la culpa y la dependencia</p>	← 1936 1937 →	<p>Alexander Wolf Suscitó la idea de sesiones alternantes sin el líder grupal, como una forma específica de fomentar entre los miembros del grupo iniciativas y responsabilidad.</p>
<p>Kurt Lewin Utiliza el método experimental para trabajar en el campo dinámico a través de tres climas y líderes sociales: el arbitrario, el democrático y el <i>laissez faire</i></p>	← 1938 1939 →	<p>El Interaccionismo Reconoce al grupo como una instancia que posee el carácter de constructor activo de la realidad del ser humano a través de la interacción (Blumer, James, Dewey, Thomas, Cooley, Mead, Rose).</p>
<p>Lewin, Lippit, y White Distinguieron tres tipos de clima grupal con base en los estilos de liderazgo: autocrático, democrático y permisivo.</p>	1939- 1945	<p>Segunda guerra mundial La terapia de grupo logró un gran avance y fue más implementada por la demanda de atención. Los psiquiatras militares se vieron obligados a utilizar métodos grupales por necesidad de atender a un número considerable de enfermos mentales (posconflicto).</p>
<p>Siegfried Heinrich Foulkes La psicoterapia de grupo analítica se desarrolla como un campo de interacción grupal que trabaja el aquí y el ahora,</p>	← 1940 1942 →	<p>S.R. Slavson Propulsor del desarrollo de la terapia grupal en estados unidos (New York). La consideraba una estrategia y aporte</p>

desvinculando al sujeto de los bloqueos surgidos en su red familiar y permitiendo que el paciente tenga la oportunidad de empezar de nuevo su proceso de socialización.		al desarrollo potencial del ser humano, que apuntaba sus objetivos al bienestar y organización de un grupo determinado.
Jean Paul Sartre Ve al grupo como un proceso dialéctico, un todo dinámico en movimiento con relaciones de interioridad. El grupo presenta etapas en su desarrollo tales como: fusión, juramento, organización, fraternización - terror e institucionalización.	← 1943 →	Theodore Newcomb Establece que las actitudes se forman a través de la interacción e influencia de los grupos. La cohesión mantiene unidos a los grupos, por lo que el grupo y la educación son agentes importantes para el cambio actitudinal.
Jacob Levi Moreno El psicodrama: incluye las técnicas dramáticas del teatro, como instrumento para generar catarsis y resignificación del síntoma	← 1944 →	William Whyte Con su obra “La sociedad de las esquinas” establece que los individuos muestran una fuerte adhesión a los valores del grupo en el que interactúan.
Robert Bales Realizó investigaciones sobre grupos de trabajo, con las que puntualizó la existencia del liderazgo de tarea y el liderazgo relacional.	← 1945 →	Rensis Likert Teoría del clima organizacional: En ella sugiere que el comportamiento de los subordinados es ocasionado por el comportamiento administrativo y las condiciones organizacionales.
Leland Bradford La dinámica de grupos es la experiencia de aprendizaje que desarrolla conocimientos, capacidades y habilidades de colaboración y democracia a nivel interpersonal.	← 1946 →	Kenneth Benne El grupo es una entidad que servirá para la superación de conflictos presentes en cada uno de los miembros.
John Dewey El grupo es un sistema de valores democráticos que comparte intereses y motivaciones y presenta la capacidad humana de superarse a sí mismo	← 1947 →	Carl Rogers Psicoterapia de grupo centrada en el cliente: está orientada a lograr un mayor desarrollo personal y la facilidad de comunicación entre sus miembros
Universidad de Michigan Se crea el Instituto para la Investigación Social Morton Deutsch para la resolución del conflicto intergrupala.	← 1948 →	Enrique Pichon Rivière Plantea el concepto de ECRO “Esquema Conceptual Referencial Operativo”, con el que designa la transformación subjetiva del individuo y del grupo al interactuar con otros, buscando satisfacer necesidades.
Alexander Wolf Efectúa la terapia de grupo con adultos, incluyendo el análisis de la transferencia, la resistencia y los sueños.	← 1949	
David Jenkins Estudia la influencia de los individuos en otros, la complementariedad y capacidad cooperativa	← 1950 →	Eric Berne El Análisis Transaccional: es una herramienta de grupo para analizar los intercambios de estímulos y respuestas

		entre las personas, estableciendo que las unidades simples van a influir en lo social
Fritz Redl Describió la importancia del contagio emocional grupal y el rol de la "persona central" en la naturaleza de la reacción grupal	← 1951 →	Raúl Usandivaras , Emilio Rodríguez y R. Morgan Comienzan a trabajar con pacientes psicóticos en terapias grupales
	1956 →	Bennis y Shepard Establecen que en el proceso grupal se da la dependencia e interdependencia entre los miembros dentro de la interacción
Emilio Rodríguez Consideran que la transferencia, la ansiedad y las fantasías grupales, operan como común denominador de los integrantes	← 1957 →	Se inaugura Tavistock Institute of Human Relations "laboratorio de relaciones grupales" en Londres.
	1958 →	William Schutz Explica los estadios por los que pasa un grupo: inclusión (aceptación), control (responsabilidad), afecto (deseo de apoyo en el grupo), siendo éstas las necesidades interpersonales emergentes en la interacción grupal
Fritz Perls Terapia de grupo gestáltica: establece que la dinámica de grupos es útil cuando desarrolla habilidades personales, refuerza el deseo de conocerse a sí mismo y se encuentra con el mundo de los valores	← 1960 →	Dr. Frisso Potts Crea la Asociación Cubana de Psicoterapia de Grupo y Psicodrama
Wilfred R. Bion En los grupos funcionan comportamientos basados en la interdependencia funcional y en los que prevalece la dependencia y contra dependencia hacia el terapeuta, la lucha, la huida y la formación de parejas	← 1961	
Jean Bertrand Pontalis Noción de grupo como objeto y espacio en el que ocurren fenómenos intrapsíquicos y transpersonales.	← 1963 →	Olmsted El grupo es una pluralidad de individuos que se hallan en contacto y que tienen consciencia de los elementos de importancia mutua.
Foulkes y Anthony En la psicoterapia de grupo es primordial la comunicación verbal y que el individuo sea el objeto del tratamiento, mientras que el grupo sea el instrumento del terapeuta.	← 1964 1966 →	Erick Erickson La relación grupal tiene el fin de alcanzar objetivos y aplicar estrategias para el desarrollo personal en un marco de colectividad
Desmond Morris Establece la importancia de la jerarquía	← 1967	E. Cartwright Los grupos congregan fuerzas que

social en los grupos, conformada por un miembro dominante y sus demás integrantes.	<i>1968</i> →	producen efectos muy positivos o muy negativos
Herietta Glatzer Señaló la importancia de la alianza terapéutica interdisciplinar en la terapia grupal.	← <i>1970</i> →	Yalom Hizo énfasis en la importancia de la interacción entre los miembros del grupo, promoviendo factores curativos y propiedades terapéuticas
Charles Cooley Distingue entre grupos primarios (familia) y secundarios (escuela, trabajo). Los primeros se caracterizan por los lazos afectivos y los segundos por las relaciones impersonales, racionales y formales.	← <i>1971</i> →	Didier Anzieu Postula que el grupo es un intermediario entre el individuo y la sociedad, y por ello permite y alienta la organización psíquica en el sujeto.
René Kaës El aparato psíquico grupal explica la alianza inconsciente surgida para que el grupo se forme y funcione adecuadamente.	← <i>1974</i>	Nicolás Caparrós Modelo analítico vincular: el vínculo es la unidad básica que condiciona la dinámica grupal y permite entender las interrelaciones de los miembros del grupo
Peck Argumenta que cuando el paciente cambia su conducta en el contexto grupal, esté cambio afecta a la totalidad de sus partes.	← <i>1975</i>	Armando Bauleo Las relaciones de las personas en el grupo se caracterizan por la influencia recíproca, directa, intensa y duradera sobre la conducta
Enrique Pichon Rivière El grupo es un conjunto restringido de personas ligadas por constantes de tiempo y espacio, que se proponen una tarea e interactúan a través de complejos mecanismos de adjudicación y asunción de roles	← <i>1976</i> →	Henry Ezriel Pensó al grupo de terapia como un campo en el que cada participante trabaja para el espacio mental de los otros, conociendo las necesidades y atendiendo a la satisfacción de temas conflictivos
George Homans El grupo es un conjunto de personas que permanentemente están en relación frente a frente y construyen un trato mutuo durante determinado lapso de tiempo.	← <i>1977</i>	Pagés, M. Se interesa por la vida afectiva de los grupos y plantea que en ellos surgen sistemas de defensa contra la angustia ante la separación.
Morris Janowitz Considera al grupo como un proceso de socialización precedido por la comunicación que conlleva a la formación del “control social” y autorregulación	← <i>1978</i> →	René Kaës El grupo es un encuentro de discursos y núcleo problemático entre diferentes sujetos, con características específicas que mantienen su identidad común
La terapia grupal cognitivo-conductual Incluye la reestructuración cognitiva, el entrenamiento en habilidades de manejo de situaciones y habilidades sociales, la relajación, el manejo de estrés y la agresividad como objetivos terapéuticos. El grupo ofrece la posibilidad de	← <i>1979</i> <i>1980</i> →	Arnold Lazarus Crea en Estados Unidos un movimiento para trabajar en grupo todos los desórdenes conductuales, tales como trastornos sexuales (frigidez femenina e impotencia masculina)

aprender y practicar conductas y cogniciones.		
Von Bertalanffy La teoría general de los sistemas: Propone la idea de que el sistema es una totalidad con propiedades y funciones para llegar a una finalidad determinada.	← 1981	John Turner Un grupo social tiene lugar cuando dos o más personas comparten una identidad social común
Modelo integracionista Integra el interaccionismo simbólico, el psicoanálisis, el humanismo fenomenológico y el constructivismo para el beneficio de los pacientes. Se destaca el modelo genérico de psicoterapia (Orlinsky & Howard, 1984; 1987), el modelo transteórico (ProchasKa & Norcross, 1999) y el modelo de psicoterapia de grupos para pacientes esquizofrénicos de C. O'Brien (1983).	← 1983 1985 →	Juan Campos y H. Kesselman Crearon el "Grupo análisis operativo" o el trabajo analítico de grupo como instrumento de intervención grupal. Postulan estudios acerca de la epistemología de los grupos e Integran en su propuesta los pensamientos de S. H. Foulkes y E. Pichon-Rivière.
Shelley Taylor Refiere un fenómeno que se da en los grupos: "el chivo emisario" es decir, la forma en que los integrantes del grupo hacen que uno de ellos se comporte de una manera determinada.	← 1986 1987 →	Armando Bauleo Realizó la distinción entre: grupo de sentido cotidiano (estamos siempre en grupo) y grupo teórico en sentido abstracto (reunión de personas para un trabajo en común)
Ignacio Martín Baro El grupo es la mediación socializadora entre la experiencia individual y el orden social.	← 1988	David Correa Precisa la estructura grupal como el conjunto de relaciones más o menos estables entre los diferentes integrantes de un grupo
D.R. Forsyth Los componentes de la estructura grupal son los roles, la comunicación, la cohesión, el liderazgo y los modelos de organización.	← 1990	
Alejandro Ávila Espada Establece la prioridad del diagnóstico vincular para la formación del grupo terapéutico y la selección de los integrantes.	← 1998 1999 →	Serge Moscovici Los grupos son inherentes a la dinámica de las organizaciones colectivas, dado que si se disminuye la regulación social, surge una fragilidad en sus estructuras y en su relación intra e ínter grupal.
Yalom, YD. Terapia grupal interpersonal: Se basa en once aspectos (infundir esperanza, universalidad, información participada, altruismo, desarrollo de técnicas de socialización, conducta imitativa, catarsis, factores existenciales, cohesión de grupo, aprendizaje interpersonal y el grupo como microcosmos social).	← 2000 2001 →	Estanislao Zuleta Las formaciones colectivas suprimen la indecisión, la duda, la necesidad de pensar por sí mismo, y generan en sus miembros una identidad y conciencia entre lo bueno (grupo) – y lo amenazador (exterior).
José Carlos Sánchez Publicación "psicología de los grupos:	← 2002	Patricia Tschorne Indica que los objetivos grupales son

teoría, procesos y aplicaciones”. Las relaciones y el vínculo grupal se relacionan con la eficacia y desempeño colectivo.

2005 →

los móviles que permitirán que el grupo obtenga el cambio deseado.

CAPÍTULO IV PSICOLOGÍA Y CONFLICTO

A nivel mundial los diversos tipos de violencia producen un estado de malestar generalizado que fragmenta la reproducción de la vida y la convivencia biopsicosocial. La violencia como fenómeno atenta contra la vida de los organismos desde los más simples (bacterias, células, microorganismos, etc.) hasta aquellos cuyos parámetros vitales presentan una complejidad inherente debido a su desarrollo evolutivo (animales y seres humanos). Como problema la violencia ha alcanzado magnitudes devastadoras, a tal punto que civilizaciones enteras han sido destruidas a causa de la sed de poder y la tendencia de la humanidad en expandir sus límites territoriales, sociales y biopolíticos. La violencia emerge allí donde el diálogo es excluido del discurso inseparable del encuentro con el otro, presentando una teleología que determina una praxis anulativa como única condición de entrar en contacto con la diferencia. Aunque en realidad la violencia en el mundo ha disminuido, cada acto de exclusión micro, meso o macro social, en el que se ejecutan deliberadamente señalamientos negativos, apartheid, agresión destructiva, violencia (física, verbal-psicológica, cibernética, relacional o simbólica), que conllevan a acciones de maldad o sevicia, comportan aspectos y características que son inenunciables puesto que solo pueden ser descritas incluso de manera no-verbal por los afectados.

Así, toda experiencia es irreplicable y en cierta medida incomunicable, lo que la torna irreparable, especialmente a razón de la dinámica destructiva del trauma, cuyas condiciones simbólicas, reales o imaginarias generan y apuntalan una relación de poder excluyente y no-dialógica. En ella las percepciones, emociones, afectos, pasiones, cogniciones y toda acción suscitada por los eventos de horror alteran el sentido reconstitutivo del tejido social y de la memoria histórica. Los actos de maldad se adhieren a una disposición heterocíclica del terror que opera dinámicamente en diversos dominios de realidad (biopsicosocial, comunitario,

político, tecnológico, económico, industrial), especialmente cuando las acciones reparatorias no garantizan la continuidad de la vida, la historia y la cultura de los pueblos. La violencia sociopolítica se hace parte de los códigos con los que se estructura el discurso, asociándose a las dinámicas víctima-victimario, insurgencia-estado, transgresión-castigo, vida-muerte, más que a la posibilidad de reconciliación, el trámite del perdón, o la interiorización de una justicia que cobije a todos y que sea equitativa en la idea del castigo, la educación en el conflicto y la reparación social de las víctimas. Dichos elementos deben darse a través de pretensiones de validez desde un marco sociocultural y educativo cuyo potencial de transformación social emerge en contraposición a la heteronomía de los regímenes de los violentos. La violencia se presenta a modo de problema de salud pública que afecta la calidad y expectativa de vida de todos aquellos grupos sociales que viven en escenarios de guerras y conflictos bélicos internos, e incluso de aquellos que a modo de espectadores observan desde un lugar “privilegiado” (en el plano de no ser víctimas), las dinámicas anulativas propias de toda práctica violenta.

Dicho así, aunque la violencia sea un segmento de las coyunturas históricas, es difícil considerar que pueda catalogarse como una conducta inherente a la actividad humana porque a nivel social no se encuentra adscrita obligatoriamente a todo encuentro social, apareciendo bajo contextos previos de racionalidad y de abuso de poder programado, por lo que su connotación puede variar en función de los fines perseguidos por quien la ejecuta. Asimismo en la esfera biológica no existen bases paradigmáticas para pensar en especies violentas, sino en reacciones agresivas que al exteriorizarse en determinados contextos logran convertirse en acciones de hecho, teleológicamente orientadas a la anulación del otro, al no reconocerlo como legítimo otro en la relación y la convivencia (Maturana, 1991), por esta razón la violencia pasaría al plano de la instrumentalización coercitiva de un conflicto que resulta inseparable de la condición humana. La violencia es la condición resultante de la exacerbación del conflicto a través del ejercicio

programado de la opresión restrictiva directa e indirecta, lo que permite el análisis de otros tipos de violencia como la simbólica, una violencia que es percibida “por sus propios portadores, desde el punto de vista destructor y reductor de la estética dominante” (Bourdieu, 1997, p. 21).

La violencia en todas sus manifestaciones conlleva la actuación del totalitarismo que como estrategia de opresión social se inscribe a las dinámicas de relación entre estado, instituciones, comunidad, colectivos, familia e individuo. Estas relaciones están influenciadas por circunstancias de comunicación anulativa con base en la alteridad excluyente, el deseo de liberación de un yugo generacional o el acomodamiento a las condiciones de dominación. En el caso de las comunidades víctimas de conflictos armados y guerras, el lenguaje bélico tiende a remplazar el encuentro generador de acuerdos porque los actores armados se disputan el poder emergente de la contrariedad ideológica entre los bandos. Este contraste invita a la psicología social a realizar una (de)reflexión acerca de la relación entre vida-muerte, bueno-malo, normal-patológico, arcano-profano, objetividad-subjetividad y de lo simple y lo complejo, a través del cuestionamiento de las relaciones que determinan el principio de realidad con el que se interpreta, asimila y asume la existencia humana. Para Bowlby (1998) la violencia se asocia a afectos disfuncionales y es el resultado de la “ira no funcional” que se produce por la debilidad de un vínculo afectivo que en lugar de reforzarse se fragmenta, y acciona un quiebre en el sistema de creencias que regula la relación con el otro, pasando de la totalidad en cuanto protección, amparo y reparación, a la generalidad del abandono absoluto connotado por el silenciamiento, la negligencia, el desconocimiento de los derechos, la falta de garantías de igualdad para las “minorías social e históricamente excluidas” y su anulación, simbólica, real e imaginaria.

El totalitarismo ejerce presión en los individuos y transforma su relación con las instituciones afectándolas a nivel, micro, meso y macro social, por tanto la

violencia sociopolítica es una contestación pero no un resultado ya que, el corolario confluye en el genocidio y la humillación generalizada del otro. De acuerdo con Agamben (1998) el fenómeno del totalitarismo se adscribe a relaciones de verticalidad asentadas a la ideología represiva y dominante del estado, condición arraigada al pensamiento occidental y a determinadas formas de interpretar el poder en relación al cambio social y político. Lo totalitario no se reduce al resultado de los procesos propios de la sociedad actual es más bien, un riesgo subrepticio en la política, misma que legitima en gran medida su condición dominante a través del ejercicio del poder de sus aparatos represivos. Al respecto Max Weber (1944) indica que el estado es definido como una comunidad humana que reivindica con éxito el monopolio del empleo legítimo de la violencia física en un territorio determinado, así el estado prescribe los estilos de opresión violenta como modos esenciales de agresión legitimada. El ejercicio de coercitivo de los aparatos represivos e ideológicos instaure leyes, políticas y ajustes económicos, contiene las manifestaciones de respuesta ante la incongruencia del derecho, redistribuye la locura y el castigo a través de las cárceles y determina lo sano y lo enfermo de acuerdo al ordenamiento biopolítico (Foucault, 1966).

A diferencia de Foucault para Agamben la Biopolítica es el modo de funcionamiento de las democracias actuales con base en un totalitarismo oculto simbólicamente en las formas democráticas de poder, lo que es posible gracias a que “la génesis del Estado es inseparable de un proceso de unificación de los diferentes campos sociales, económico, cultural (o escolar), político, etc., que va parejo a la constitución progresiva de un monopolio estatal de la violencia física y simbólica legítima” (Bourdieu, 1997, p. 50), por tal motivo para Agamben, es necesario considerar “la tarea de pensar nuevamente la política; sólo entonces el peligro podrá asumirse como oportunidad” (Quintana, 2006, p. 44). Foucault (1966) considera que a partir de la edad clásica la represión ha operado a través de una triple relación de dominación con base en *el poder, el saber y el placer* que sostiene en las personas y grupos el discurso de la sexualidad humana. Estas

tres condiciones conforman la idea de que “lo posible pensado” por el individuo o el colectivo está prescrito por el estado y sus instituciones, por tanto la liberación sólo resulta viable a un precio muy alto, puesto que “haría falta nada menos que una transgresión de las leyes, una anulación de las prohibiciones, una irrupción de la palabra, una restitución del placer a lo real y toda una nueva economía en los mecanismos de poder” (Foucault, 1966, p. 11), idea en la que confluye con Agamben en cuanto posibilidad de resignificación (de)constructiva de las instituciones sociales.

La política guarda relación conceptual-estructural con el término democracia que a menudo resulta paradójal porque no todos los actos políticos son teleológicamente democráticos, por ejemplo, un acto de fuerza como la defensa de la soberanía, la toma del poder a través de las armas o la sedición, logran atentar contra la democracia pero legitiman el poder político-militar del gobierno porque le dan sentido a la actividad violenta de sus aparatos represivos, por ello la acción de respuesta depende de manera exclusiva de la interpretación que cada actor social brinde al ataque, acción a la que se suman la representación colectiva respecto a lo legítimo o ilegítimo de la objeción violenta, y la necesidad de reproducción de la ideología dominante en las instituciones sociales. En el caso de los dos extremos tradicionalmente en pugna es decir “estado y grupos subversivos”, la sociedad y sus instituciones sólo validan como político la acción amparada bajo el poder del estado mientras, la acción bélica del insurgente armado ingresa al ámbito del terrorismo debido al exceso sobre el cuerpo y el deseo de destrucción de la vida y la sociedad democrática, así, al encontrarse por fuera de lo admitido como posibilidad de confrontación en el derecho de hacer la guerra (Derecho internacional humanitario-DIH), la disputa bélica impulsa su anulación y por tanto su no-reconocimiento como actor político del conflicto, lugar desde el que resulta complejo ampliar los límites de la negociación pacífica. Esta postura es válida para ambos bandos pues, se deslegitiman mutuamente en relación a la historia de violaciones a los derechos humanos y la magnitud con la

que sus acciones impactan destructivamente la dinámica vital de poblaciones victimadas. Esta controversia no puede en ningún sentido justificar la violencia, la muerte y el terrorismo en cualquiera de sus manifestaciones, ni servir de plataforma para realizar inversiones militares que superen el coste social y económico de la paz negociada.

Lo anterior no invalida la idea de que al interior de las organizaciones subversivas existan dinámicas políticas e institucionales como la familia, el matrimonio y la escuela, puesto que son construcciones naturales de lo social que aseguran la continuidad de la especie humana, la consecución de ingresos, bienes y servicios para la supervivencia y la reproducción generacional del orden ideológico con el que se da cuenta de lo real en la existencia social. El argumento planteado indica que los cambios socio políticos de este siglo son violentos y sectorizados, por lo que su impacto modifica constantemente la vida ideológica, cultural y biopsicosocial de las personas y colectividades. Con ello no se busca justificar la violencia como garante de dichas modificaciones ideológicas, sino entender que la violencia estructural avala la muerte en el conflicto a través de la sevicia, el instrumentalismo bélico y lo maquiavélico de las acciones de hecho perpetradas por todos los bandos. Para Maturana (1991) la democracia no puede ser defendida porque solo puede ser vivida, “una democracia es una obra de arte que se crea cotidianamente. No se puede defender, solamente se puede vivir; en el momento que usted la defiende genera una tiranía” (p. 82), por tal motivo la democracia puede ser aprendida como ejercicio de convivencia a través del ejemplo que instaura la familia y la sociedad, cuya labor procura la reproducción de los elementos democráticos con los que el sujeto regula su actividad afectiva y sociocultural. Para las partes en conflicto y la sociedad la existencia de la guerra, la competencia, la discriminación, que se resumen en la deslegitimación del otro en la relación, surge en oposición a la idea de bienestar común. En el imaginario social a menudo éste bienestar es dable en la medida que acerca el ideal de *seguridad* a la creencia en una paz a toda costa (alcanzable a cualquier modo) que

cobra sentido en función de los medios y fines perseguidos por cada grupo. En las sociedades contemporáneas estas acciones parecen ser necesarias para reeditar el contenido disyuntivo de algunas contradicciones y anulaciones dialécticas trascendentales: el triunfo del bien sobre el mal, de la justicia sobre lo injusto, del pueblo sobre la oligarquía, de la libertad sobre la opresión, de la ciencia sobre lo espiritual, entre otras. Estas contradicciones paradójicamente orientan la praxis bélica con la que se compite, defiende y legitima el Biopoder y la necesidad de reconocimiento, participación y protagonismo de ciertos grupos, anulando con sus acciones destructivas (tánatopoder) la continuidad (organización, reproducción y permanencia) de lo vivo¹⁶.

En éste aspecto la contradicción planteada asume sentido cuando los modelos de aprendizaje reproducen una violencia silenciosa anclada a la comunicación interinstitucional es decir, a una especie de “violencia democrática” donde el poder para regular la vida y la muerte se legitima en unos, se acata anómicamente por otros y se reproduce interna y externamente en las instituciones. Agamben (1984) considera que dicha violencia cobra sentido en la instrumentalización de las acciones colectivas para lograr un objetivo planificado que traspasa las capas de un poder popular que resulta adscrito a un plan mayor de dominación simbólica. Este contraste respecto al poder es en gran medida el indicador de una crisis derivada de una saturación del Yo (Gergen, 2006), espacio donde las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación (NTICS) obligan a que los individuos se relacionen con un número cada vez mayor de sujetos e instituciones afectando el auto concepto, la identidad, la creatividad y el sistema de creencias de los colectivos. A partir de ello se producen procesos de

¹⁶ Se necesita una acción *dialógica* de conjunto que incluya en el discurso de la negociación la *incertidumbre* es decir, lo paradójico de las posiciones históricamente auto-excluidas. Dicho diálogo de saberes no debe ubicarse en las arbitrariedades o en los beneficios de pequeños o grandes sectores en disputa, ya que debe asociar, concurrir y acoplar la *aporía*, redefiniendo las emergencias y examinando lo que predomina y lo que cambia además del porqué de estas transformaciones. Lucha, diferencia y conflicto no implican la anulación mutua, aspecto que redefine dialógicamente los sentidos con los que los actores sociales del conflicto interpretan su existencia e interactúan en la realidad que transforman.

identificación generalizados (modos similares de percibir, sentir, intuir y de pensar el mundo) y una afectación radical del sentido de la verdad objetivada, misma que cuando escapa al modelo ideológico impuesto, se adhiere a lo circunstancial y se justifica a sí misma como válida en lo colectivo.

La violencia de estado “toma un término como democracia, como una esencia viva, una forma de gobierno que puede ser estudiada por los investigadores, valorada por los ciudadanos y mantenida en caso necesario por la fuerza” (Gergen, 2006, p. 144), así la democracia se asocia a la violencia y el conflicto, trilogía que regularmente logra tornar la barbarie en “normalidad” cuando la dinámica del exceso surge bajo un contexto de completa anormalidad sociopolítica, y la violación de los derechos humanos, la impunidad y el estado de cosas inconstitucionales, transversaliza la acción colectiva de las instituciones respecto a los derechos de reparación de las víctimas y la implementación del castigo para los victimarios. En muchos sentidos la academia se aproxima al sentir comunitario a través de estudios e investigaciones, al tiempo que equidista de la realidad sentida por las víctimas cuando no toma la experiencia personal y comunitaria, como un criterio político que implique su participación en la reproducción de un *saber-hacer* respecto al conflicto y no solo un *saber-analizar* en función de las causas y consecuencias de la violencia. Sin embargo cuando dicha barrera es superada, la psicología social abre escenarios de debate y crea opciones de cambio que trascienden los espacios académicos y sientan las bases para la construcción de políticas públicas en beneficio de los colectivos victimados, brindando luces acerca de los imaginarios sociales, el movimiento grupal, las motivaciones colectivas y el estado psicosocial de las colectividades en diversos contextos de vulnerabilidad, además de aportar claridad a las causas, consecuencias y condiciones mentales derivadas del trauma producto de la violencia en todas sus manifestaciones biopsicosociales y Trans-inter-subjetivas (Jodelet, 1986).

De acuerdo con Ignacio Martín Baró (1998) la violencia ha jugado y sigue jugando un importante papel en la historia, por lo que su praxis no debe reducirse al instinto o al ambiente. El autor alerta sobre este aspecto al considerar que “el fatalismo que arrastra el considerar la violencia como un elemento instintivo sirve como antídoto frente al optimismo ingenuo de quienes piensan que superar la violencia es cuestión de tiempo y buena voluntad” (p. 286). Este argumento revela que la emergencia de todo conflicto sociopolítico compromete un llamado a la probabilidad de su resolución, razón por la que toda posibilidad conciliadora forma parte del proceso de (de)construcción o “gesto fenomenológico” de las partes, aspecto que conlleva a “librarse o liberarse de presuposiciones especulativas filosóficas de cierta herencia” (Derrida, 2001, p. 46) que al estar dotadas de absolutismo y exceso de objetividad limitan el ejercicio de la intersubjetividad reconstructiva. Tanto la violencia sociopolítica (conflicto anulativo-instrumentalizado) como todo conflicto social emergente, transgeneracional o históricamente determinado, procuran la resignificación de la actividad *nomotética* (comprensión generalizada) e *ipsativa* (elección forzosa o necesaria) de las instituciones por vías disyuntivas-divergentes, aspecto que no implicaría la destrucción de lo institucionalizado, sino en gran medida una condición de *recursión organizativa* en el que en un dominio prima la exclusión (relación asimétrica entre parte y todo y aspiración a constituirse como totalidad Biopolítica) y en el otro prevalece la legitimidad que busca reunir-reconstruir-resignificar el sistema, sus emergencias, constreñimientos y subsistemas en conflicto por la vía dialógica, lo que abre paso a la construcción y la emergencia de distintas vías de negociación y acuerdo. En ambos momentos se produce un bucle transformador en el que los productos y los efectos de las relaciones de poder (interacciones humanas recurrentes-emergentes) son al mismo tiempo productoras que aquello que los produce (acciones biopsicosociales-nuevas relaciones de poder).

Es necesario tomar en cuenta que aunque “el área de referencia de lo político cambia constantemente de acuerdo a las fuerzas y a las potencias que se combinan o se separan a fin de imponerse” (Schmit, 1932) el conflicto y la violencia se constituyen en estados consiguientes a la tensión funcional o no-funcional, entre relaciones emergentes de los encuentros humanos, una tensión que puede resultar en algunos sentidos necesaria para producir el cambio social. En este sentido no se trata de institucionalizar la violencia como única posibilidad de transformación de las instituciones sociales y de sus relaciones de poder, aspecto que el marxismo denuncia en tanto que los actos violentos “dan a luz” regímenes reproductivos de lo violento. Lo que se propone es generar una fractura en el modo de pensar el conflicto y a partir de ella proponer acciones de reforma de aquellas decisiones e interacciones, que por efecto de su peso bélico y biopolítico puedan decantarse en actos de barbarie y de violencia. La propuesta cosmovisiva que surge de las ciencias de la complejidad y del pensamiento complejo invita a una reflexión sobre las diversas vías de comprensión de la actividad social, al tiempo que propone abandonar los reduccionismos epistemológicos que validan la ilegitimidad del otro y su imposibilidad de ver más allá de aquello que las “grandes teorías” han declarado como cierto e incuestionable. De acuerdo con Soto (2000) la necesidad de aplicar un principio dialógico como el de “recursión organizativa” para comprender la posible configuración de un fenómeno complejo, surge cuando las explicaciones “lineales” acerca de dicho fenómeno se quedan cortas o sesgan-homogenizan dichas orientaciones comprensivas, por tal motivo “la psicología no es una cuestión de obediencia sino de irreverencia, irreverencia que no niega sino que acepta las contradicciones básicas de la propia disciplina” (p. 162)

Dicha transformación en el pensamiento y la acción social es necesaria para el surgimiento de nuevas formas de participación democrática que propendan por el abandono de las hegemonías y posibiliten otras formas de gobernar y redistribuir el poder en lo colectivo. Sin embargo la condición política de los gremios

tradicionales que departen e intercambian el poder, exhibe de manera frecuente la necesidad de ejercer un control biopolítico defendido a toda costa y por cualquier medio. Cabe mencionar que dicho poder se fragmenta cada vez que su disrregulación en el operar no-consensual, no-coordinado con las necesidades de las poblaciones, conlleva la emergencia de insatisfacciones comunitarias, la violación a los derechos humanos y una relación de coerción máxima que reduce la participación popular a la voluntad de la ideología institucional. Como consecuencia para algunos grupos la violencia pasa paradójicamente al campo de “lo necesario” cuando la democracia se instituye bajo los parámetros de un grupo político que responda a intereses socioeconómicos de clase, llevando el discurso social al plano de la insatisfacción de las necesidades, cuando su verdadero motor de cambio debe provenir de la instauración de una incertidumbre en la demanda de legitimidad Bioética respecto a la relación con el Otro¹⁷ (prójimo, estado, instituciones, etc.), lo que podría propiciar el cuestionamiento y reformulación de los sistemas de interacción entre individuos, grupos e instituciones. Cuando el conflicto es (de)construido la violencia deja de ser una estrategia deseada para justificar las coyunturas críticas y la realidad violenta puede ser evitada a toda costa, pues el terrorismo al procurar la anulación del otro y no reconocerlo como legítimo otro en la relación de convivencia, anula también la posibilidad de reproducción de las condiciones vitales que aseguran la vida en comunidad (Maturana & Varela, 2003).

De acuerdo con López & Castaño (1994) la fenomenología de la violencia afecta en grandes proporciones el equilibrio mental de las comunidades, por lo que se debe tomar en cuenta que las secuelas emocionales dependen de aspectos socioculturales además de la intensidad de la vivencia ligada al evento

¹⁷ Desde una postura Lacaniana el Otro con “O mayúscula” referencia al prójimo, al padre, al cuidador, a la institución, o a todos aquellos sujetos que constituyen la sociedad y la cultura (Miller, 2000). El Otro es el “Tesoro de los significantes” (Lacán, 1977) porque a través de él cada sujeto de forma individual recibe y se apropia del lenguaje, así el Otro instituye al sujeto en la cultura y desde él cada sujeto se piensa. Para Lacán el sujeto es hablado y pensado por el Otro.

traumático. Es debido resaltar que a nivel conceptual, la violencia es concebida desde una causalidad instintiva, biológica-genética, histórica-social o como resultado de la alteración inter-retroactiva de los fenómenos anteriores, no obstante en las diversas concepciones la conducta violenta existen posiciones tales como, la prevalencia de intereses políticos sobre el bien común, la existencia de estructuras biológicas predisponentes, determinantes o definitorias del acto violento, los deseos de liberación por vía armada de poblaciones históricamente oprimidas, la necesidad de compensación de fuerzas en pugna, las oportunidades de transformación estructural de las relaciones de poder y la tendencia a sentar precedentes armados que den cuenta de la capacidad destructiva a nivel continental, entre otras. Todas estas posiciones desembocan en conjunto en la anulación simbólica, real o imaginaria del otro, aspectos ligados a la deslegitimación y anulación de la especie humana y de todo lo vivo. La violencia se percibe como un fenómeno biopsicosocial en el que se entrelazan, interfieren e interactúan diversos factores y actores sociales, condiciones biológicas-histórico-materiales y procesos dialógicos que irrumpen en los contextos de encuentro y traspasan el límite de lo tolerable en la concertación social y la construcción dinámica del diálogo y el acuerdo.

Para Maritza Montero (1984) la violencia sociopolítica tiene el trasfondo de una identidad cultural que opera a modo de representación de la identidad política. Esta equivalencia condiciona el accionar de los colectivos sociales determinando gran parte de su discurrir por los eventos sociopolíticos, factor que impacta la efectividad de sus relaciones interinstitucionales, por ello “cada sociedad tiende a institucionalizar determinadas formas de acción prosocial como mecanismo de supervivencia, no de lo social sino del orden establecido” (Baró, 1988, p. 355). Montero considera que la identidad es el conjunto de significaciones y representaciones relativamente permanentes a través del tiempo, que permite a los miembros de un grupo social compartir una historia, al igual que “otros elementos socioculturales tales como, un lenguaje, una religión, costumbres e instituciones

sociales” (p. 77), lo cual lleva a que las personas y colectivos logren reconocerse como relacionados los unos con los otros biogeográficamente. La identidad cultural al ser determinante de los modos de vida grupal tiene relación con los fenómenos violentos en la medida que en algunos conglomerados humanos el menor atisbo de afrenta ante el constructo, atenta contra elementos socioculturales compartidos que integran el sistema de representaciones de la imagen nacional (Montero, 1984) y puede ser causal de confrontaciones violentas a razón del arraigo, la pertenencia y la sobre-identificación política de una persona o colectivo.

Esta actividad podría ser el origen de confrontaciones entre grupos que históricamente han coexistido en escenarios comunes y que a causa de las variaciones ideológicas, defienden la continuidad de su pensamiento con el fin de preservar su existencia en determinados territorios sociopolíticos y biogeográficos, situación que se aproxima a la explicación del porqué de los actos violentos entre comunidades vecinas. Ejemplo de esto es la violencia de los años 50`s en Colombia (campesinos contra campesinos), la anulación selectiva entre pandillas, los conflictos territoriales entre comunidades, entre otros. Es importante anotar que las acciones violentas forman parte de un entramado de condiciones psicoafectivas adscritas a la intersubjetividad de las comunidades humanas. En este aspecto Berger y Luckmann (1979) consideran que dicha subjetividad es garantía de los procesos identitarios ya que, ésta se logra definir a partir de la comunicación y el lenguaje, así la identidad puede ser asumida de forma subjetiva precisamente porque puede ser detallada a través de su categorización objetiva. *Ergo* la identidad es un producto social dinámico que se reactualiza en el lenguaje al contar con una ubicación estructural en un territorio de relación determinado, y que si bien conserva su forma distributiva es también susceptible de ser mantenida, modificada y reformada en la interrelación social.

La sociedad construye sus instituciones reguladoras y a partir de ellas da sentido al poder político con el que hace posible y legítimos los instrumentos y dispositivos sociales de represión institucional, a los que las comunidades se ajustan y en ciertos momentos de la historia se desacomodan para motivar quiebres ideológicos. Esta postura referencia lo que René Kaës (2000) llama “apoyaturas sociales del psiquismo” concepto que indica que “para subsistir, el psiquismo precisa sostenerse en determinadas instituciones sociales que proporcionen una red de seguridades” (Bonano, 2000, p. 93) incluso y aunque esta noción de seguridad implique la interiorización de una inseguridad básica ya planteada por Enrique Pichon Rivière (1975). Berger y Luckmann (1979) consideran que todas las estructuras sociales configuran identidades socioculturales, como consecuencia “las estructuras sociales históricas específicas engendran tipos de identidad reconocibles en casos individuales” (p. 216), tales derivaciones son apreciables en la actividad política de los colectivos, en la pasividad y la dependencia de algunas personas y comunidades vulnerables, y en algunos líderes cuyas “acciones de hecho” determinan a nivel político el destino, la vida, la muerte y la ideología de los pueblos. Es de resaltar que la adquisición de la selectividad en lo privado se da cuando el conflicto lo propicia alguien o algo con poder destructivo, pero si éstas diferencias se hacen públicas y cotidianas, se amplía a nivel local, regional o nacional su afectación, por tanto el impacto en el momento de su resolución conllevaría a aprendizajes que beneficiarían a la sociedad, propiciando en futuras circunstancias el uso de herramientas análogas para su solución. Lo anterior es un proceso posible si se toma en cuenta que la paz es una tregua que obliga a renegociar poder territorial y poder ideológico, reconocimiento político y territorios, a fin de hacer válido el respeto por los derechos de las poblaciones, la creación de estrategias de resignificación de lo inefable y apoyos socioeconómicos ajustados a las necesidades históricas y sociales de las víctimas, pues en muchas sociedades afectadas por crímenes generacionales “el terror de la violencia quedó flotando, en una especie de inconsciente colectivo, y ha sido utilizado por los diferentes

actores en conflicto, pero es vinculado cada vez más a una estrategia estatal, militar y paraestatal” (López & Castaño, 1994, p. 39).

Por su parte en cuanto al acceso a la legitimidad política, se puede afirmar que el fraccionamiento de la seguridad psicoafectiva en el proceso de construcción del otro, de lo otro y de sí mismo, se ve afectada por la ausencia de legitimidad e inclusión de la diferencia, cuestión que ha surgido como resultado de una *construcción histórica de la exclusión* donde prevalece la falta de reconocimiento político que suscita a su vez, una necesidad de poder tanto en víctimas como en victimarios. Dicho esto, el exceso de control social, el pensamiento biopolítico que excluye y anula a quienes piensan distinto, la legitimidad social de la agresión y el poder soberano, entre otros aspectos disminuye la posibilidad de acercamiento a la legitimidad política de los colectivos minoritarios. En este sentido se debe anotar que la sociedad establece su interacción a través de acoplamientos graduales y sucesivos de la comunicación y el lenguaje que facilitan la coordinación conductual de personas y grupos en un dominio de acoplamiento estructural llamado *encuentro social*, esto quiere decir que la validez de los grupos minoritarios está ligada a un proceso de legitimidad y (de)construcción de las condiciones políticas que pueden suscitar el cambio mismo. Sin embargo cuando lo anterior no es posible, la onda destructiva de la racionalidad política-instrumental coarta en los sujetos el beneficio de la elección, por lo que la represión impacta todos los sectores y actores sociales (instituciones, agrupamientos, campesinos, comunidades rurales y urbanas), para quienes la violencia es también el resultado de una notable desprotección institucional. Ésta condición suele ser tan nociva que afecta el principio de realidad, los niveles de cohesión grupal y las habilidades adaptativas ya que “los actos violentos son más dañinos que las catástrofes naturales (...) porque las víctimas de la violencia sienten que han sido intencionalmente seleccionados como blancos de maldad” (Goleman, 2004, p. 237).

En este campo la figura del estado como “padre protector” se torna ambivalente cuando no sostiene, protege o repara la demanda incommunicable del otro, (condición subjetiva del proceso reparatorio y de legitimación de derechos) ingresando al discurso comunitario a modo de figura de poder perversa, porque el estado al ser *la ley misma* instauro un sistema de regulación normativa con base en la redistribución inequitativa del poder en la sociedad civil, aspecto que causa inestabilidad, desapego estatal, abstinencia política, fenómenos de respuesta violenta, apatía y disregulación de la norma social, entre otros aspectos. El estado como construcción simbólica e imaginaria totalitaria (Castoriadis, 1989) se reproduce a través de lo omnipotente, omnisapiente y omnipresente, desde las micro capas del poder que implantan la verdad de su ideología como verdad absoluta (Foucault, 1978), logrando que las víctimas se sientan cada vez más dependientes de su dominio. En estos grupos el imaginario del “*estado inmarcesible*” se asienta bajo el dominio estructural del lenguaje de dominación biopolítico, como resultado las sociedades se tornan cada vez más heteronómicas, en ellas se realiza lo que el estado dice porque “lo sabe todo” y dicta “lo que se debe aprender”. Lo anterior se asocia a la condición de indefensión en la que se teme al estado porque *todo lo puede* y en su “omnipotencia” legitima la violencia política como un acto de guerra contra la sociedad y la insurgencia, violencia que posee una forma especial de reproducirse en las instituciones, al procurar la persistencia metafórica de su legado por medio de un proyecto de dominación político que excluye al otro y lo deslegitima haciéndole creer que es parte de un proceso democrático (Agamben, 1998).

Como consecuencia el sujeto-sujetado a la actividad biopolítica (Foucault, 1977) se siente integrado a un objetivo nacionalista que es en sí mismo el correlato de la dinámica expansionista del estado a nivel ideológico, territorial, físico y psicológico, por tanto el poder no es una esencia sino una actividad ejercida teleológicamente que de forma estratégica busca la acción sobre las acciones de los otros (obligación, exigencia, coerción y dominación), así la demostración total

del poder “legitimado” del gobierno surge de la interiorización en el sujeto de la acción del estado para controlar, predecir, conducir y regular las conductas, lo que abre paso al condicionamiento de la actividad volitiva. Según Jodelet (1986) el hecho de *representar* implica que siempre se haga la caracterización de un objeto cuyo atributo de imagen incluye la propiedad de poder intercambiar lo sensible y la idea, la percepción y el concepto, por tal motivo la representación comporta un carácter constructivo, autónomo y creativo que enuncia los cambios tanto en el perfil social del estado, como en las dinámicas de ajuste de las instituciones a las transformaciones. El poder de gobierno que excluye la acción colectiva tiene como impronta el ejercicio de la “violencia estructural” bajo nuevas perspectivas de dominación es decir, aquellas construcciones de sentido que al ser exigidas por todo ordenamiento social (Baró, 1998) generan la sujeción intrínseca ante la violencia misma. Esto obliga a que el empoderamiento social-comunitario sea análogo al surgimiento de la responsabilidad compartida o corresponsabilidad del estado, especialmente frente a situaciones de sometimiento violento, violación de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario, persecución, vejaciones, acciones violentas y crueles, masacres, silenciamientos, secuestros, abuso estatal, entre otros actos de maldad.

La violencia que surge de la confrontación genera la cosificación del otro y su respectiva desexualización, al respecto George Bataille (1997) considera que la guerra es la organización colectiva de impulsos agresivos, por tanto es planificada conjuntamente, presentando un objetivo y respondiendo a un proyecto premeditado por los que la conducen. Como corolario la guerra es una violencia organizada para la anulación del otro, al tiempo que persigue fines adscritos a intereses económicos bioterritoriales de las partes en conflicto. En este sentido “trasgredir lo prohibido no es violencia animal. Es violencia, sí, pero ejercida por un ser susceptible de razón” (pp. 68-69), éste último aspecto fundamenta el deseo de muchos grupos amados por controlar e instrumentalizar los recursos derivados del conflicto, además de plantear como desenlace directo, la cosificación de la

actividad humana y la desexualización del encuentro con base en el no-reconocimiento de la legitimidad del otro, lo que establece la dinámica de los excesos como condición previa de interpelación comunicativa cuando “el exceso se pone de manifiesto allí donde la violencia supera la razón” (Marcuse, 1993, p. 45). En estos lugares el sujeto no tiene otra opción que obedecer y someterse pues cada intento de revelarse o de fuga, genera en las víctimas la angustia persecutoria ante la muerte, además de una suerte de episodios psicológicos en los que imperan el pánico, el nerviosismo, la inseguridad vital, la desesperanza e indefensión generalizada, el estrés postraumático y agudo, además de reacciones somatomorfias que agudizan las enfermedades de base, produciendo una aprehensión fatalista e incredulidad ante el futuro, entre otros aspectos.

De acuerdo a lo planteado la búsqueda de independencia en la voluntad de conocer y decidir es característica de la Biopolítica adscrita a la violencia, pues la organización de ésta última se expande por medio de micro capas de poder que generan y multiplican modelos de comportamiento denominados por Bourdieu (1979) “*modelos de violencia simbólica*” y que guardan relación con las actividades sociopolíticas y el *quehacer* de los individuos a nivel social. Para Foucault (1997) la importancia en la forma de poder ejercida, produce el surgimiento de una violencia fruto de la relación directa de las aspiraciones de dominación global evidenciadas a lo largo de la historia, incluyéndose estructuralmente en el desarrollo del ser humano contemporáneo, tendencia que afecta las expresiones comunicativas de los colectivos, ya sea en la proxemia corporal o incluso en la complejidad del lenguaje y de su vida en general. En resumidas cuentas, las cadenas disgregantes de la comunión social no describen completamente el fenómeno violento, condición que según Foucault (1977) se ejecuta desde biopoderes que controlan la voluntad y operan a través de las *violencias infinitesimales* ejecutadas estratégicamente sobre la cartografía corporal y la sexualidad. Para el autor el estado “trata de inmergir la abundosa producción de discursos sobre el sexo en el campo de las relaciones de poder

múltiples y móviles” (p. 118), proceso en el que el conflicto emerge como elemento provocador y desestructurante de la institución social, cuando debería instituirse como “fundante de lo social” a través del erotismo propio del discurrir de lo consensual en la coordinación de coordinaciones, espacio en el que no solo se legitima al otro sino al encuentro mismo.

Una postura compleja e integracionista considera al conflicto como parte inseparable de las relaciones humanas, razón por la que es un fenómeno social presente en todas las culturas y épocas. Sin embargo es clara la noción de que los pueblos que requieran prepararse para la paz deben también prepararse para el entendimiento racional de la guerra (Zuleta, 1980) lo que obliga su prevención desde los escenarios familiares, sociales y educativos. La emergencia de la violencia es garante de los más crudos y vertiginosos cambios sociales, al tiempo que el conflicto resulta de la posibilidad de implementación de nuevas posturas ideológicas de tipo discursivo, cuya expresión práctica implique la (de)construcción de las instituciones de poder y del estado. Desde este punto de vista Karl Marx no instaura la necesidad del ejercicio de la violencia como condición *sine qua non* para el avance social, sin embargo, ajusta el concepto a un tipo de posición ontológica y capitalista que es histórica-materialmente construida. El resultado de las relaciones de poder requiere propiciar en la sociedad el desarrollo del conocimiento reconstructivo de un ser social que bajo condiciones de dominio y lucha por el poder resulta alienado, lo que incita su resistencia a la dominación absoluta y por tanto la necesidad de liberación del sistema opresor. La liberación requeriría una ruptura radical con la ideología dominante de un estado-represivo, rompimiento en el que se ejecutaría un cambio “radial y expansivo” en las instituciones que representan al poder hegemónico a través del capital y prácticas de exclusión en las minorías sociopolíticas y económicas.

En Latinoamérica el conflicto es una problemática que se incrementa día a día y se encuentra fortalecida por la impunidad, la transgresión de los derechos y la creciente inequidad social para las víctimas. Actualmente la generalización del concepto conlleva a que hablar de violencia sociopolítica sea referenciar de manera concreta la violencia que surge de la guerra entre el estado y los diversos conglomerados de insurgencia, lo que deja de lado una suerte de elementos simbólicos compuestos por imaginarios sociales, construcciones colectivas de sentido, representaciones compartidas, imágenes y vivencias que dan cuenta de los móviles anulativos de los violentos como también, de las posibilidades de ruptura y liberación frente a dichos fenómenos. En este caso la notable falta de garantías de seguridad para denunciar los actos de beligerancia y sus actores sociales implicados, además de la inseguridad referida al coste de la reparación y el retorno de las familias vulneradas a nivel urbano, inter e intraurbano, rural, inter e intrarural, y migratorio retrasan los procesos de paz, defensa y restitución de los derechos, factor que le otorga volumen a la intensidad traumática de la devastación armada. La situación mencionada no se reduce únicamente a un país, pues su dinámica es frecuente en regímenes represivos a nivel mundial. Tal como lo plantea Daniel Pécaut (2003) en la actualidad Colombia es víctima de violencia generalizada, lo que ha generado un despojo o detrimento de todo sentido de institución de lo social.

De acuerdo con Zuleta (1980) el conflicto debe incluirse como posibilidad de cambio en la medida que logra ser pensado desde otras perspectivas y posibilidades del lenguaje, en los que se elogia la dificultad que parte de la exigencia en la producción de nuevas formas de pensamiento (Zuleta, 2001). Acorde a esto el conflicto es estructurante cuando procura el uso de estrategias encaminadas a resignificar los atributos de cambio adscritos a la situación problema, lo que enfrenta al sujeto con la sociedad y la cultura. Para Zuleta la pobreza y la impotencia de la imaginación nunca se manifiestan de una manera tan clara como cuando se trata de imaginar la felicidad, la cual es asumida por

muchos como un derecho sin tomar en cuenta que todo derecho antes de serlo debe constituirse como posibilidad. El autor considera que los conflictos deben ser reconocidos, contenidos y resignificados en la experiencia ya que, en el momento en que se alejan de su marco referencial se pierden en sus propias contradicciones y resistencias. Por tanto prevenir, evitar y (de)construir la reproducción de conflictos en apariencia irresolubles, incluye la acción conjunta y transdisciplinar de repensar desde un lugar de complejidad e incertidumbre las categorías con las que se comprende y da sentido al hecho social, a fin de encontrar claves para el entendimiento de la interacción humana.

Aspectos neurobiológicos asociados a la violencia.

A diferencia de la historia de la psicología social que tiene una larga trayectoria pero un pasado breve, la historia de la violencia se remonta al desarrollo de la humanidad y los constantes cambios en las estructuras sociales de poder, mismas que han generado predisposiciones, tendencias o reacciones biológicas hacia determinadas presiones y cambios estructurales. Uno de los primeros argumentos en contra del reduccionismo ambientalista que describe que todo lo vivo tiene causas biológicas o “naturales”, indica el hecho de que no es posible atribuir a los seres humanos una “naturaleza violenta”, lo que demarca la correlación indisoluble de lo biopsicosocial como componente esencial en la comprensión del ser en su actividad humana. La violencia es uno de esos comportamientos producto de las relaciones sociales, ya que emerge en contextos teleológicos que son a su vez psicológica y biológicamente definidos por los cambios estructurales que sus procesos internos comportan. De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2010) anualmente 1,6 millones de personas fallecen por causas derivadas de la violencia en sus diversas manifestaciones psicosociales; siendo una problemática social y de salud pública que interfiere en el desarrollo de los pueblos y altera la calidad y expectativa de vida de personas y grupos, lo que debilita el tejido social y la reproducción de la humanidad misma.

La violencia es un fenómeno anulativo que desestructura al sujeto y la particularidad de la interacción de éste con su ambiente. Como fenómeno no se reduce a lo social ya que está acompañado de alteraciones neuropsicológicas que desmejoran la calidad de vida en las personas que están inmersas en contextos de violencia, inhibiendo el adecuado afrontamiento ante los estímulos considerados por el sujeto como amenazantes. Ante esto se debe mencionar que el aspecto neuropsicológico es crucial para entender no solo el funcionamiento del cerebro sino también la dimensionalidad de sus interconexiones a nivel psicológico y social. Blair (2010), argumenta que las personas violentas presentan alteraciones cerebrales en la activación de la amígdala, tálamo, hipotálamo y el procesamiento emocional, generando disminución de la culpa, insensibilidad, carencia de emociones, inadaptabilidad social, comportamiento antisocial y afecto plano; asimismo, se evidencia una reducción en el tamaño de la amígdala y la corteza orbito frontal, relacionada con la conducta y adaptación en los ambientes inmediatos. Además, se observa una reducción en la actividad del lóbulo frontal, perturbándose el adecuado procesamiento de la información y la toma de decisiones; paralelamente la alteración en los ganglios basales, conduce a la incapacidad para planificar las conductas, lo que se decanta en acciones impulsivas. Asimismo Gil Verona et al., (2002), establece que las conductas agresivas se relacionan con la inhibición de la síntesis de serotonina, llevando a la sobre-activación del enfado y la agresión.

Se debe mencionar que de manera conjunta se ha visto la relación del tamaño de la amígdala y su correspondencia con la conducta violenta (Fairchild et al, 2011). Así tal y como afirma Rey (2010), existe una correlación negativa entre el tamaño de la amígdala y la respuesta emocional al igual que con el tamaño de la ínsula y la empatía, siendo éste inversamente proporcional en cada uno de los casos. Lo anterior de acuerdo a la teoría de Eysenk corresponde a una de las diferencias que poseen los *extrovertidos* a comparación de sus opuestos *introvertidos* quienes

son más complejos al momento de ser condicionados ante el miedo y la norma social. Las personas introvertidas muestran una reactividad de su sistema nervioso mucho menor por lo que pueden presentar conductas antisociales en mayor proporción que los extrovertidos. Estas evidencias indican la existencia de una reactividad al estrés y su relación con la dinámica de la amígdala en los trastornos de conducta, aspecto que se articula con los resultados obtenidos en investigaciones tanto en niños como adultos sobre el comportamiento antisocial, psicópata y violento (Blair, 2007; Sterzer, Stadler, Poustka y Kleinschmidt, 2007; Van Goozen, Fairchild, Snoek y Harold, 2007). Por su parte Fairchild et al, (2011) postulan que el incremento en la amígdala logra reflejar un aumento en la conducta violenta (Hurtado y Serna, 2012), al mismo tiempo que su reducción puede ser considerada como la base del condicionamiento del miedo. En este sentido es posible afirmar que la amígdala está involucrada en los procesos de valoración emocional y la adaptación al medio y a contextos nuevos e inmediatos.

Análogamente, Alcázar, Verdejo y Bouso (2008) con el uso de técnicas de neuroimagen, observaron que la conducta violenta se relaciona con la reducción de la sustancia gris en la corteza prefrontal y ventromedial, ocasionando la falta de conciencia en los actos impulsivos, problemas de autocontrol y déficit en la integración de la información emocional, cognitiva y conductual. Igualmente evidenciaron que la afectación del hipocampo induce la expresión de conductas violentas como consecuencia de la disregulación en el control de impulsos, el manejo de las emociones y fallas en el razonamiento moral. Posteriormente en el año 2010 estos autores manifiestan que la alteración cerebral implicada en la conducta violenta tiene su base en la hipofunción del lóbulo prefrontal y la hiperactividad de las estructuras subcorticales como el sistema límbico, conjuntamente con una disminución en la actividad de la serotonina, lo que se relaciona directamente con la agresión impulsiva. Es importante resaltar que con la hipoactividad de la serotonina, los impulsos serotoninérgicos son insuficientes para llegar al hipotálamo, el hipocampo y la amígdala, teniendo como

consecuencia el elevado descontrol en la expresión de las emociones, la actividad motora, la agresión y la impulsividad. En esa misma línea, la alteración del sistema dopaminérgico y del glutamato, lleva a que los sujetos experimenten un estado de exagerada defensa frente a un estímulo considerado como amenazante y aversivo, siendo más vulnerables a efectuar respuestas condicionadas por el miedo (Hurtado & Serna, 2012).

De acuerdo con Marco Iacoboni (2009) “existen ciertos grupos de células especiales en el cerebro llamadas neuronas espejo que nos permiten lograr entender a los demás (...) nos vinculan entre nosotros, desde el punto de vista mental y emocional” (p. 14), y resultan muy importantes en la predicción y control del comportamiento impulsivo y violento (Barling, Dupré, & Kelloway, 2009). Según García (2008) las neuronas espejo usan el “conocimiento motor del observador” (p. 6) para así poder entender la acción realizada por el modelo, dichas neuronas llamadas F5 están ubicadas en la región inferior del área 6 según Brodmann, es decir el área premotora y son a su vez las neuronas encargadas del comportamiento empático en el que las acciones de respuesta a otros son instantáneas. Marco Iacoboni afirma que las neuronas espejo influyen en la violencia imitativa incitada por la violencia de los medios de comunicación, contándose en la actualidad “con pruebas preliminares que indican que son relevantes en diversas formas de identificación social, incluidas la identificación con una “marca” y la filiación a un partido político” (p. 14). En este orden de ideas, las neuronas espejo, poseen un registro elevado de actividad dentro del cerebro en el momento que el individuo ejecuta una acción y del mismo modo, cuando él sujeto visualiza a otro realizar una actividad semejante, en este espacio las neuronas espejo hacen parte de un conjunto de redes neuronales que facilita las funciones de percepción-ejecución-intención. Se debe resaltar que en todo este proceso el sistema integra en sus circuitos neuronales la percepción de las intenciones, lo cual permite según Rizzolatti, Fogassi & Gallese (2001) a las neuronas espejo comprender la forma de pensar de otros individuos mediante el

sentir directo y no por medio de razonamiento lógico-conceptual (García, 2008). Las neuronas espejo no sólo se relacionan con la representación de la acción, sino que también facilitan la comprensión de los otros y sus intenciones, lo que guarda relación con el componente cognitivo de la empatía, donde la tendencia a experimentar de forma vicaria los estados emocionales de otros resulta vital en la interacción social adaptativa.

Si bien la violencia es un fenómeno *social*, los comportamientos violentos presentan connotaciones *biológicas* importantes a nivel de la corteza cerebral, factor que no determina arbitrariamente la preponderancia de un elemento sobre el otro, sino la correlación indefectible y necesaria entre ambos. Para el cerebro el hecho social implica la elaboración simbólica de la experiencia, por ello el proceso biológico de simbolización, en el que un estímulo se convierte en imagen, afecto o en ambos, solo puede ser analizado a partir de la interrelación compleja y dinámica de lo social y lo psicológico, motivo por el que resulta importante pensar en la posición autopoietica y auto-eco-organizativa de dichas condiciones, dado que las personas hacen todo el tiempo una lectura del mundo, es decir realizan lecturas acerca de su comportamiento a través de la interacción social (Iacoboni, 2009). Filogenéticamente los seres humanos han evolucionado, sin embargo este avance es posible gracias a la *transformación social en marcha*, aspecto que ontogénicamente determina la propensión de la especie humana para interactuar dialógicamente con el mundo a través de un proceso de categorización y descategorización contingente de la realidad percibida, mecanismos que posibilitan un proceso natural de aprehensión y comprensión del entorno. En este sentido la violencia es connotada como la instrumentalización negativa del conflicto cuando el diálogo resulta incomprensible entre las partes y la concertación se cambia por la impulsividad y el descontrol reiterativo en las respuestas disruptivas, mismas que al estar dotadas de contenidos ambivalentes o extremos, producen estados alterados y disfuncionales de socialización.

Cabe anotar que en ocasiones la agresividad de muchos sujetos tiene un sustrato en las bases neurobiológicas relacionadas con el funcionamiento de la corteza prefrontal, dichas acciones suceden en “*cascada*” a través de una serie de emergencias por sectores a nivel neuroanatómico (Siever, 2008). De acuerdo a esto la agresividad, la violencia y todo comportamiento destructivo del ordenamiento social, está relacionado con la disregulación de estos elementos, y tiene su anclaje en anomalías de los sistemas serotoninérgicos que fallan en su función reguladora de la excitabilidad del sistema nervioso central, produciendo consiguientemente una estimulación catecolaminérgica desmedida, además de anomalías subcorticales, especialmente en los sistemas glutamatérgicos y gáminérgicos. Estos aspectos se asocian a la falla multisistémica regulatoria como también, a anomalías en los grupos de neuropéptidos involucrados en la regulación del comportamiento grupal y en las habilidades de cohesión social (Siever, et al. 2008; Bonilla & Fernández, 2006). En conclusión la violencia desde el punto de vista neuropsicológico es producto de alteraciones neuroanatómicas en la corteza prefrontal, orbito frontal, ventromedial, el sistema límbico, amígdala, hipotálamo, tálamo, hipocampo, sustancia gris, serotonina, dopamina y glutamato. Aspectos que reflejan notables alteraciones neuropsicológicas en las funciones de planificar, dirigir, organizar y controlar la conducta. Lo anterior limita e impide que el sujeto tenga una adecuada adaptación al contexto e integre de manera óptima las normas sociales establecidas, dado que sus funciones ejecutivas están desestructuradas. Estas personas exhiben continuamente un marcado descontrol en el manejo de sus emociones, lo que causa un inadecuado procesamiento de la información y con ello, problemas en el aprendizaje, codificación y reproducción de información útil en diversos contextos de socialización, como también problemas para interiorizar y acoplar patrones de conducta necesarios para convivir en sociedad (Hurtado, et al., 2012).

Aunque la vida emocional guarda relación con el sistema límbico, esta serie de estructuras subcorticales no podría funcionar a plenitud sin la ayuda activa de un

entorno dador de estímulos que facilite la aprehensión continua del mundo. Precisamente su funcionalidad es clara en cuanto permite la asimilación, construcción e interpretación en la corteza del hecho social, suceso que en su proceso neuroanatómico de simbolización resulta ser un hecho psíquico. En este campo uno de los circuitos que más influye en el establecimiento de respuestas reguladoras es el *Circuito de Papez* o cerebro visceral, en el que las emociones modulan la atención y la memoria, condición importante cuando se analiza desde un territorio neurobiológico gran parte de las respuestas agresivas y violentas. Este circuito tiene conexiones con el tálamo, el cíngulo y la corteza prefrontal que junto con el circuito septohipocámpico, más específicamente el subiculum -encargado de la comparación de la estimulación del medio externo y la predicción que tiene el cuerpo sobre la situación- generan una respuesta emocional efectuada mediante el Circuito de Papez dependiendo de la importancia o peligrosidad del estímulo (Arango y Pimienta, 2004). Asimismo la explicación de la anatomía del suceso violento presenta aportes del concepto de “marcador somático” acuñado por Antonio Damasio (1994) mismo que se encuentra asociado a las áreas ventromedial de la corteza prefrontal encargada de la anticipación de castigos o recompensas ante la situación en curso (Verdejo, Aguilar & Pérez, 2004). La conducta violenta se refleja especialmente en pacientes con síntomas típicos de disregulación de la corteza orbito frontal o con daños a la amígdala (irritables, agresivos, explosivos). Esta alteración frecuentemente conlleva la experimentación de un nivel de excitación neurobioquímica importante para la generación de conductas impulsivas, violentas y antisociales-destructivas, cuya etiología puede derivarse hacia una hipoactividad de la corteza prefrontal (Anckarsater, 2006), como también, hacia una reducción importante de la experiencia emocional subjetiva cuando el daño se dirige al área prefrontal ventromedial.

La idea del “marcador somático” planteada por Damasio (1999) muestra que las vivencias positivas y negativas conforman respuestas fisiológicas características

productoras de representaciones mentales somato sensoriales constituidas como señales de “alerta” que indican la presencia de un peligro potencial o real, o en su defecto de una experiencia gratificante (Contreras, Catena, Candino, Perales y Maldonado, 2008). A partir de ello los sujetos con estos marcadores al percibir las señales del medio pueden anticiparse a las consecuencias negativas y emprender acciones de control (Martínez, Sánchez, Bechara, & Román, 2006), contrariamente a las personas con daño cerebral para quienes aprovechar estos marcadores resulta inconsistente cuando la lesión cortical limita el proceso, quedando emocionalmente inhabilitadas al verse invadidas por emociones sin control. En este último grupo emergen actos violentos, o racionalizaciones desprovistas de reconocimiento emocional, por lo que en dichas actividades el núcleo lateral de la amígdala participa activamente en el condicionamiento de las emociones de temor y agresión (Collins & Paré, 2005), tomando en cuenta que gran parte de los actos violentos son regulados por la corteza, aunque dichos actos presentan condiciones sociales que posibilitan su emergencia en cualquier momento de la vida. Según Ekman (2003) las emociones determinan la calidad de nuestras vidas funcionando a modo de *banco de datos de alerta emocional* que operan a través de una compleja red neuronal que permite la identificación de las siguientes emociones básicas: enojo, disgusto, temor, alegría, tristeza y sorpresa, las cuales tienen indicadores musculares específicos para cada tipo de emoción.

Más allá de la anatomía pura y práctica del suceso violento Antonio Damasio indica que la vida emocional de los seres humanos no puede desligarse de la vida racional (1999) ni del cuerpo, por ello el error de Descartes (1994) con el racionalismo *cogito ergo sum*, fue ingresar y elevar en la conciencia occidental la dualidad causa-efecto, con base en la idea de lo intocable de un conocimiento científico cuyo transcurrir estaba lejos de enganchar sentimientos concretos y a la vez fluctuantes (subjetividad), tan propios de la naturaleza humana que su negación implicaría la anulación de la vida misma. Por ello las anomalías cerebrales son en muchos sentidos el correlato de anomalías sociales que el

sistema nervioso central trata de regular en función de sus habilidades y repertorios de conducta, sin embargo existen condiciones biológicas y psicosociales tales como, fallas en la corteza prefrontal, el sistema límbico, déficit en estructuras como la amígdala, el tálamo, disfunciones en la serotonina y en la dopamina, además de fallas en las funciones ejecutivas que generan individual o colectivamente una inadaptación importante al contexto (Hurtado & Serna, 2012), por otra parte concurren factores perinatales relacionados a complicaciones en el parto que diversos estudios han asociado a conductas criminales violentas, además de factores postnatales como daños craneales al momento del parto y sus respectivas consecuencias neurológicas (Luengo, Sobral, Romero & Gómez, 2002). Estos elementos limitan la regulación y el control emocional y ponen de relieve la importancia de las emociones y sentimientos en la construcción de los procesos de interacción social respecto a la violencia y el conflicto. Por tanto tomar conciencia del papel que juegan los sentimientos en las decisiones sirve de *dique social* y mecanismo de autorregulación ante acciones lesivas que pueden tener consecuencias nefastas para los procesos de socialización.

Damasio (1999) muestra que la mente es el director de la actividad humana por ello no se puede pensar antes de ser, pues la mente es y se piensa al mismo tiempo. Así cae en desuso la habitual separación del ser adscrita a la dualidad mente-cuerpo a modo de necesidad de *religare*. La unidad mente-cuerpo o *unitas multiplex* (Morín, 2001) es primero una oportunidad de correlación, interdependencia y organización evolutiva de lo emergente, propia de la condición biológica del ser humano, porque el pensar no es ajeno a un cuerpo (cerebro) que aparece antes que la mente, en consecuencia la mente es el sustrato obligado de lo pensante. Según el autor “primero somos y después pensamos, y pensamos solo en la medida que somos”, porque las estructuras y operaciones biofísicas-socioculturales del ser causan pensamiento, no reductible específicamente a la actividad práxica de la razón. Por ello el ser humano para interactuar en lo social requiere de una vida emocional que dé cuenta de su

actividad intencional. El conflicto y la violencia involucran actividades teleológicas de la conciencia en las que median aspectos neurobiológicos y psicosociales emergentes y constitutivos, es decir, que existen en la medida que presentan una triple configuración del ser (estructural, funcional y transformadora-experiencial) que orienta la relación dialógica entre el ser y su entorno.

Derechos Humanos y clínica-social. Aspectos irreparables de la pérdida.

“Abrid algunos cadáveres: Veréis desaparecer en seguida la oscuridad que la observación sola no había podido disipar la noche viva se disipa con la claridad de la muerte” (Foucault, 2001, p.209)

Los crímenes de lesa humanidad se componen de actos inhumanos contra la especie humana, dotados de una crueldad ante la existencia, el envilecimiento de la dignidad y la destrucción de la cultura, condiciones en que la memoria de los pueblos es vedada por efecto del goce perverso de quien ostenta un poder destructivo. Los actos de lesa humanidad presentan cuatro condiciones básicas: son generales (afectan a muchas víctimas), sistemáticos (teleológicamente planificados), perpetrados por el estado o por otros actores sociales particulares, y se dan contra la población civil por causas de tipo social, política, económica, racial o cultural. En el marco de la defensa y restitución de los derechos humanos (DD HH) es necesario determinar lo generalizado del evento, lo sistemático de las acciones, y la responsabilidad real de los perpetradores (intelectuales, materiales, directos e indirectos), cuestionando de manera puntual las consecuencias para las víctimas y las notables desigualdades en cuanto goce efectivo de sus DD HH, la identidad de los responsables verificando los mecanismos de cooptación de actores armados o de grupos con poder político dedicados al delito y la represión sobre las comunidades en los procesos de verdad, justicia y reparación. Otros elementos son la discriminación de la categorías del delito, las características de la sevicia, los procesos operativos implementados y las motivaciones

sociopolíticas implicadas en su comisión, además del detalle de las acciones que complementan la actividad terrorista, tales como procesos de impunidad, acciones de hecho, abuso de autoridad y ejecuciones extrajudiciales, entre otros aspectos (Colombia Nunca Más, [CNM], 2012)

El conflicto armado Colombiano y el elevado nivel de impunidad (Organización de las naciones unidas [ONU], 2011) ligado a las prácticas de lesa humanidad perpetradas por sus diversos actores sociales deteriora en todo sentido la calidad y expectativa de vida de las víctimas reales y potenciales. Históricamente sus móviles internos se han dirigido a la instauración de un sistema de Represión-Coerción-Alienación (RCA) que propende por la anulación de la memoria colectiva-social, lo cual paulatinamente no solo ha mantenido en el letargo los ideales alternativos de organización sociopolítica de algunos grupos, sino que los ha silenciado tajantemente a través de la anulación sistemática. De forma análoga también se coarta históricamente la posibilidad de muchos colectivos de luchar por la reivindicación de sus derechos ciudadanos. En este sentido la violencia se constituye por desplazamiento sucesivo *de la diversidad de agentes asesinos y su praxis* en un otro configurado a modo de fetiche que encarna bajo una categoría sustitutiva la multiplicidad de prácticas de eliminación adscritas a la exacerbación del conflicto armado. Dicha condición parte de la necesidad de dejar una huella terrorista de tipo trascendente y heredable en las próximas generaciones, por lo que la violencia emerge como estigma que sugestiona el accionar de las víctimas y su posibilidad de poner en palabras un síntoma que se dinamiza y apuntala en cada encuentro social. Como consecuencia la falta de un abordaje *meta sintomático* genera una suerte de superposiciones del dolor y del miedo que emergen en los territorios mentales y físicos del trauma por efecto de la repetición, asociación o la reproducción de los hechos en eventos en actuales y los nuevos escenarios de relación.

Así la nueva memoria de la guerra se instala en la psique y el cuerpo, en la mirada, en el lenguaje y en el encuentro de aquellos que escapan y quedan vivos “para contar los hechos”, creándose colectividades resistentes a la confrontación de su memoria dolorosa, resilientes frente a las nuevas formas de dominación legitimada y los distintos ordenamientos biopolíticos. En el caso de los desplazamientos forzados, de la tensión existente entre sujetos-entorno y de ellos consigo mismos, aparece “un nuevo lugar de exclusiones y desplazamientos que no son siempre cuestiones de un territorio que se desocupa sino de un lugar que no puede ser ocupado” (Cobo, Parra & Perdomo, 2012, p. 18), por lo que el hecho de reubicarse bajo condiciones de pobreza extrema (asentamientos forzados en cordones de miseria), olvidar el terror por decreto, o huír de forma frecuente genera deficiencias en la capacidad de recuperación, construcción y asimilación de las formas del convivir. Gran parte de la vulnerabilidad se manifiesta en la imposibilidad de ajuste, puesto que cuando se reproduce en el lenguaje social las condiciones del no-lugar como máximo sitio de exclusión del otro, la indeterminación constante tiende a apuntalar la lógica de un ordenamiento sociopolítico que no promueve la inclusión de otros discursos, ni el relevo generacional de sus estructuras ideológicas.

A ello se suma la construcción de una dinámica cíclica de eventos de sufrimiento (Veena, 2007) que operan a través del olvido forzoso a cambio de adaptación e inclusión social de las víctimas. Para la autora dicho aspecto de la dinámica del estado y sus instituciones, hace que el presente al igual que el pasado, sean rechazados –no incluidos- por lo que exhiben un carácter indeterminado y de censura para quienes lo vivencian. Éste elemento funda la inestabilidad de la memoria tanto de eventos buenos como de situaciones traumáticas, lo cual es notable en las personas víctimas de la desaparición forzada de un allegado. Respecto a la memoria de la violencia White (2001) considera que existe una confrontación entre las formas estructurales de la violencia y el sentido en que estas vivencias traspasan el orden simbólico, por ello los acontecimientos de

dolor no logran ser olvidados a través de la coerción y el control de la memoria, puesto que persisten y se expresan a través de formas figurativas de lenguaje, que regularmente tienen efectos somatomorfos y psicósomáticos a corto, mediano y largo plazo. Para White la memoria afectiva de las experiencias dolorosas tiene un carácter persecutorio tan dañino, que incluso la víctima no tiene conciencia de éste proceso o de sus efectos nocivos, llegando a estructurar de forma muda, inefable y progresiva, la realidad vivencial –biopsicosocial- de la comunidad, las perspectivas de justicia y reparación, las reacciones ante el estrés psicosocial, e incluso las aspiraciones adaptativas y de ajuste psicoafectivo de las comunidades en diversas condiciones de vulnerabilidad.

Para Zuleta (1992) el grado que ha alcanzado la violencia en Colombia es tan visible que “el número de asesinatos de toda índole, de desapariciones, secuestros, extorsiones, supera en proporciones abrumadoras a lo que pueda ocurrir en otro país” (p. 112) así tanto el secuestro, como la extorción, desapariciones, torturas y amenazas son una forma de violencia que infortunadamente se torna cada vez más característica de la dinámica del conflicto sociopolítico, situación que se ve reforzada por la capacidad movilizadora de los MASS MEDIA (a menudo negativa) y el uso inadecuado de la información por parte de quienes tienen el poder de manejar la voz sociopolítica de los sucesos sociales. Uno de los efectos de esta influencia es el “entumecimiento político” frente al conflicto o el “*síndrome de no hacer nada*” al que se llega cuando se ha generado un cierto modo de entender el fetiche de la violencia como una potencialidad externa, adjudicable a otras “víctimas y victimarios” que se teme constantemente y que solo se advierte una vez se acerca, por lo que la sociedad viviría en una especie de “paranoia a baja escala” de la que es posible escapar a través de la evitación de su análisis (saber y participar de la solución al conflicto), o en general con la ayuda de mediaciones tecnológicas, el consumo de sustancias psicoactivas (SPA), la religiosidad, el aislamiento, la apatía política, etc., que actuarían como dispositivos de control social.

Lo anterior es evidente en la apatía de algunos colectivos frente a los actos de lesa humanidad y especialmente en el rechazo respecto a las víctimas que llegan a ser consideradas en el imaginario como “representantes del conflicto”, más que “víctimas mayoritarias” de la necesidad de poder y reivindicación política de quienes se disputan el sacrosanto poder de un sistema tanatopolítico. El salto de *víctima* a *representante de lo violento* expone el estado de proyección del temor a ser tocado por una violencia que desarticula los vínculos comunitarios, al tiempo que evidencia la fragilidad del sistema de creencias a nivel social y la potencialidad del estado para definir en términos de concreción (coerción-anulación) el legítimo derecho de diseminar su ideología. De acuerdo con William Ospina (1996) “lo que vivimos es el desencadenamiento de numerosos problemas represados que nuestra sociedad nunca afrontó con valentía y con sensatez; y la historia no permite que las injusticias desaparezcan por el hecho que no las resolvamos” (p. 11), lo que atañe a la idea de una prolongación de la impunidad y con ella de los actos de lesa humanidad que representan la inoperancia de los mecanismos de defensa de los Derechos Humanos, en un sistema político en el que priman las castas, el mayorazgo, la ética del servilismo político, y una actualización del caudillaje a ultranza en un entorno de heteronomía y opresión.

Para Veena Das & Poole (2008) las reformas políticas a través de sus condiciones de regulación y pertenencia propias del estado-nación moderno no se debilitan aunque se repitan los errores y abusos pasados, pues las prácticas y políticas de vida en estas áreas moldean dinámicamente las acciones de regulación y disciplinamiento que constituyen aquello que es posible denominar función básica del estado. Así, la posición crítica-liberadora no impulsa la destrucción del estado tal como lo conocemos, sino la resignificación del modo como éste instituye sus contrariedades y silencia a sus opositores (De Sousa, 2006), a través de la determinación de lo sano y lo enfermo, lo vivo y lo muerto, lo bueno y lo

malo, lo profano y lo sacro. La reforma del pensamiento Biopolítico invita a renunciar a la aspiración de efectividad positivista de la interacción humana, a fin que la organización intrapsíquica de las personas vulneradas en sus DD HH, fortalezca las fronteras del sí-mismo y de la función materna-matrízica (sentido de protección, amparo, y retorno a la seguridad biológica-natural), la cuales son indispensables para establecer una relación dialógica con otros. La inestabilidad emocional y el sentido del no-lugar suceden a medida que la ausencia de aquellas personas indispensables para consolidar el vínculo y el principio de realidad se torna permanente. Como consecuencia el ajuste a las contingencias vitales, con el que cada persona da cuenta de lo real y de la realidad, se disocia, generando una especie de “hambre de afecto” (Levy, 1938) que motiva la búsqueda insaciable de gratificación y satisfacción sustitutas del objeto perdido. Esta falta es suplida por el estado de forma parcial y paliativa a través de ayudas asistencialistas que poco o nada solucionan el trauma de la violencia y el despojo colectivo.

Se debe tomar en cuenta que la *lógica de los objetos perdidos* instaura una incertidumbre en los sujetos que los lleva a buscar adherirse a un lugar posible en el plano físico-material, aunque en realidad de acuerdo con Foucault (2001) el único lugar posible de reparación de la enfermedad social, es ciertamente el medio natural de la vida social y la familia, por lo que el dolor de las víctimas debe reconstituirse en el lugar de reconocimiento de las vinculaciones, es decir en un núcleo familiar y social que brinde sostén y apoyo con sus dispositivos clínico-sociales útiles en la reconstitución del tejido social vinculante. Para Humberto Maturana (1990) la objetividad puede determinarse a partir de las consideraciones de la realidad que evalúa y una de ellas tiene que ver con la posibilidad del observador de entender sus propias dinámicas desde una *objetividad con paréntesis*. Así mientras los planteamientos políticos y religiosos se elaboren desde la *objetividad sin paréntesis*, sus dominios de acción serán expandibles e inalcanzables, además de reveladores de una realidad autónoma al observador, “por esto las discrepancias políticas y religiosas desde la objetividad

sin paréntesis son eternas y no tienen solución, y si se acaban es por la conversión o desaparición de una de las partes” (p. 68). En este campo las objetividades comunitarias “*con y sin paréntesis*” que se estructuran, subordinan, cuestionan y subsanan en la comunidad, encuentran en el diálogo y el acuerdo una vía de aproximación al sentido biopsicosocial del objetivo que los convoca a reunirse y transformar su realidad, por esto las revelaciones acerca de su estado ontológico deben traspasar el intento asistencialista y ubicarse en una praxis (de)constructiva de lenguajes ausentes y emergentes, que posibilite la resignificación de lo inefable adscrito a la condición irreparable de la pérdida, situación dable a través del ejercicio de la palabra que abraza indistintamente las dinámicas intersubjetivas del colectivo vulnerado.

Lo anterior es dable gracias a que “las palabras son nodos en redes de coordinación de acciones, no representantes abstractos de una realidad independiente de nuestro quehacer” (Maturana, 1990, p. 87). En cuanto campo de acción, retroacción e inter-retroacción transformadora la palabra se asocia a la condición o estado de la salud mental individual o colectiva en los casos de vulneración de los derechos, para ello el investigador debe fortalecer la reflexividad y abandonar las ideas esquemáticas respecto a la estereotipia del quehacer humano frente a los eventos adversos (Avia & Vázquez, 1999). Una intervención empática que no agote sus acciones en el análisis objetivo, logra resignificar la “respuesta unidimensional” generalizada y “generalizable” ante el abuso de poder en las personas que sufren eventos de gran escala a nivel traumático (Bonanno, 2004), puesto que la experimentación de dichas condiciones deviene de un conglomerado de emergencias individuales y colectivas relacionadas con el impacto en cadena o en bucle de la vivencia, y las transformaciones sucesivas en el sistema de creencias e imaginarios. Considerando estos argumentos la desaparición forzada impacta algo más que a la familia vulnerada, modificando al tejido social, el modo como las comunidades se relacionan entre sí, y la capacidad de los sujetos de dar cuenta de un mundo que

presenta variedad de opciones de respuesta ante la adversidad. Los actos de lesa humanidad evidencian la dinámica del funcionamiento perverso de las instituciones y sus diversos modos de dar continuidad a la enajenación mental, física y psicosocial de un colectivo.

La reconstrucción del tejido social, invita a transformar el pasado atesorando las llaves de la memoria, ya que la violencia de estado “toma un término como democracia, como una esencia viva, una forma de gobierno que puede ser estudiada por los investigadores, valorada por los ciudadanos y mantenida en caso necesario por la fuerza” (Gergen, 2006, p. 144). La praxis de la recuperación de la memoria histórica obliga a recordar, reunir, acordar, aprender y resignificar los eventos dolorosos a través de acciones donde los individuos se nombren a sí mismos como sujetos de derecho, se reparen (resignifiquen, (de)construyan e integren) las secuelas dolorosas en el plano afectivo, material y normativo-jurídico, al tiempo que se (de)construya el significante de “persona o grupo vulnerable” en el marco de la realidad sociopolítica de los afectados por pérdidas. De suyo la reparación de la memoria histórica implica la restitución socio afectiva de personas y comunidades en relación a lo material, pero más que en ese sentido, la recuperación de las memorias vinculadas a eventos catastróficos, revistiendo de dignidad los sentimientos y padecimientos de los sobrevivientes, realizando rituales de conmemoración de las pérdidas, participando comunitariamente y con todas las garantías de seguridad en los juicios a los violentos, mermando la conspiración del silencio, y entendiendo los sentimientos de las víctimas a través del diálogo intersubjetivo con el fin de resignificar el capítulo doloroso de sus vidas y abrir paso a nuevas subjetividades respecto al presente, todo ello con la posibilidad de vincularlo a un mejor futuro, sin la valencia del olvido forzado y el perdón obligatorio adjunto a la arquitectura legislativa de todo estado heteronómico.

A MODO DE COROLARIO

La psicología social abre posibilidades importantes para el conocimiento del sujeto y los grupos en relación a la actividad comunitaria, el lenguaje y la comunicación, la organización política y las dinámicas sociales, además de un entendimiento de las estructuras e instituciones con las que interaccionan los miembros de una comunidad. En este sentido la clínica-social se consolida como uno de los puntos, rupturas, dispositivos, posibilidades, posturas o efectos derivativos de su praxis, convirtiéndose desde un espacio discursivo en uno de los posibles medios para aproximarse a una visión pluridimensional de los sucesos sociales, para lo cual la clínica-comunitaria resulta de una fractura o quiebre del positivismo, es decir del des-solapamiento (de)constructivo de lo inefable que abandona el diagnóstico tradicional *ius naturalista*, y se acopla a la relación que el sujeto y su comunidad establecen con el padecimiento, o de manera general con la incomodidad, insatisfacción, dolencia o situación que desintegra, altera, modifica o transforma de manera parcial o total su forma particular de pensar, sentir, percibir e intuir el mundo. Para ello los diversos usos del lenguaje y la extensión de sus significados y significantes a ciertos planos sociales del saber y del quehacer social, determinan los modos como las personas adquieren el poder para reformar la realidad social-comunitaria transformándose también en las relaciones sociales e interinstitucionales que se derivan de dichos cambios.

De acuerdo a lo expuesto resulta importante revisar en los estudios sociales las pautas interaccionales de lenguaje que median las relaciones entre sujetos, instituciones y comunidades, tomando en cuenta una posición multiparadigmática y transdisciplinar, que incluya la teoría de la complejidad y sus aportes a la dinámica autopoietica propia de la comunicación humana, con una base teórica compleja, entendida como una de las condiciones necesarias para recrear y validar un modelo explicativo de la realidad social que pueda operar a través de una posición (de)constructiva de las dos premisas básicas del modelo positivista:

1) la validez de contenido, y 2) la validez predictiva, (pruebas, entrevistas y evaluaciones) ya que, su problematización solo puede producir saber, cuando dichos escenarios de pensamiento permiten la crítica, la (de)construcción paradigmática y en sí mismo, una constelación de oportunidades de entendimiento del fenómeno social no reductibles a la mera predicción conductual, ni entendibles específicamente a través de términos introspectivos. Dicho esto la intención predictiva en las ciencias sociales debe ceder ante la fuerza de la transformación organizativa, propia de la condición multidimensional del pensamiento complejo-prospectivo, el cual incluye lo retrospectivo como un punto de inflexión que abre paso a nuevos contextos de comprensión de la actividad humana presente y futura. Estos lugares constituyen un *plus* de iconografías afectivas, de vitalidades y variables imaginarias, de puntos sincrónicos de vivencias que se reactualizan en el “acontecer de lo vivo”. Desde aquí lo irreparable-innombrable-inefable se abre hacia posibles acciones de comprensión del efecto de los sucesos sobre la memoria, situación que determina la indefectible resignificación lingüística de la experiencia en la relación con otros.

La clínica-social surge como propuesta de dispositivo social de comprensión de los cambios biopolíticos contingentes propios de la historia de las comunidades humanas. Asimismo busca generar un *plus* de saberes interconectados *transdisciplinares* adscritos a dinámicas sociales complejas, donde el lenguaje y sus diversas manifestaciones metamórficas abren paso a la diversidad de interpretaciones acerca de una realidad social-comunitaria que puede ser explicada como *dada, emergente, ajena, construida o emancipada* por los sujetos y sus comunidades. En este punto es importante mencionar que el concepto *clínica* requiere una reconceptualización además de una acción de ruptura y reforma de la noción de eficiencia y tratamiento, que conlleve la superación de la medición estricta y porcentual propia del modelo positivista, y dirija su mirada hacia una concepción de intervención en la que se redefina el quehacer del

psicólogo en el ámbito social, al tiempo que la reconfiguración de sus prácticas y sistemas ideológicos vinculantes. Lo anterior indica que el desarrollo de una clínica de lo social obliga el análisis transdisciplinar de la realidad (Otero, 2011) que obligue a tener nuevas perspectivas del fenómeno social a través de las formas contemporáneas de pensar el malestar personal y comunitario. Los diseños de investigación social multivariados indican la necesidad de acercamiento a los aspectos relacionales de las comunidades, condición que invita a proponer un análisis sobre las nuevas formas de cohesión y dinámica familiar, así los perfiles de familia son dinámicos y mutan en función de las interrelaciones y la interdependencia de su miembros, la clínica de lo social acoge dichos cambios como oportunidades de rompimiento de ciertos ordenamientos biopolíticos que alteran los sentidos sociales de convivencia en comunidad.

La perspectiva planteada invita a reflexionar acerca de una *psicología social compleja* inscrita al devenir histórico-material-biopsicosocial de lo humano, necesariamente desde una mirada clínica-social, entendiendo lo clínico como una invitación a (de)construir el concepto de síntoma y eficiencia, alternando lo nocional con el emocionar (Maturana, 1990) en una dialógica del afecto que incluya lo nombrado-posible con lo sentido-inefable, pues en dicha contingencia del encuentro se inscribe la des-categorización del sujeto-sujetado y en cierta medida en sentido de su libertad. Lo clínico es la representación del malestar personal como una derivación del malestar social, no es reducible a la mera praxis de la intervención, va más allá del rumor frente a un evento y admite e incluye la perspectiva del hecho desde el que lo padece o silencia, permitiendo el abordaje de aquello que el modelo naturalista llama patología, desde una perspectiva de inclusión social, equidad y legitimidad. Así la opción de realizar una lectura de la realidad comunitaria no indica que *el acontecimiento* sea un libro abierto a las descripciones de los sentires individuales, cuando en realidad plantea un acercamiento a las emergencias e irrupciones de sentido como también a los imaginarios sociales que lo componen. Esto posibilita el hecho de

reflexionar sobre la trans-inter subjetividad de las comunidades a través de saberes alternativos que sirven de factores de desarrollo potencial de una psicología social compleja al tiempo que de un “psicoterapia del oprimido” (Moffat, 1974) en la que se integran los saberes populares y las dinámicas tradicionales anexas al sentido que se le puede dar al tratamiento del padecimiento y su cura, propendiendo por efecto del sincretismo sociocultural a la reunión de cosmogonías, experiencias tradicionales y prácticas alopáticas.

El *hecho social* es un evento o fenómeno (programado o no) que mueve la dinámica relacional de una comunidad y cambia la configuración de los códigos del lenguaje con los que se da cuenta del modo particular de dicho movimiento social para (de)construir el mundo. Del mismo modo el *fenómeno social* es una construcción histórica de sucesos que se mantienen, reformulan y consolidan en el imaginario sociocultural de un colectivo, por tanto presentan la tendencia de adscribirse a las dinámicas interculturales y a los movimientos sociales. Por otra parte, la *corriente social* puede determinarse como aquel movimiento emergente que surge de la manifestación frente a ciertas prácticas biopolíticas que atentan contra las estructuras tradicionales de las comunidades, cambian sus sentidos vitales, imponen modos heteronómicos de entender el orden social y vulneran el sentido transdisciplinar de la memoria histórica. En consecuencia las corrientes sociales se vinculan a fenómenos políticos complejos, manifestando la operatividad de los discursos que motivan dichas movilizaciones.

La clínica-social se inserta en un momento histórico determinado cuyas características culturales, económicas y políticas generan particularidades acerca de las nociones de lo sano y de lo enfermo, aun cuando los modelos de salud-enfermedad se superpongan en cada una de sus capas llegando a traslaparse e indiferenciarse en sus prácticas de naturalización y objetivación de lo sintomático, lo cual implica el alejamiento de la condición subjetiva ligada al malestar individual y social. La intervención psicosocial viabiliza procesos

(de)constructivos y liberadores de las acciones de dominación ideológica en las comunidades, por lo que el rol del psicólogo social desde una perspectiva clínica-social (que no es igual a la psicología clínica) parte de la acción crítica y de reforma al estructuralismo biogeopolítico que tiende a controlar el hecho social por la vía de la coerción y las acciones de hecho; dicho rol plantea la oportunidad de proponer conceptos y acciones clave que inscriban y apuntalen la intervención grupal a un proceso dialógico de construcción y transformación constante de la persona, la familia, la comunidad y la sociedad, al tiempo que motiven desde estas microestructuras reformas a la vivencia de la ciudadanía y la democracia. El trabajo de campo orienta la construcción sinérgica de políticas públicas ajustadas a las dinámicas poblacionales de tipo sociocultural propias de su desarrollo dialéctico, así un diagnóstico psicosocial como parte operativa de la clínica-social más que una línea base sobre las patologías o las necesidades de una comunidad intervenida, propende por la construcción de un diagnóstico político en el que la vida y el quehacer diario es el fundamento de la estructuración del contenido social del lenguaje, escenario en el que lo público y lo privado, lo popular y el estatus se encuentran e integran sin las limitaciones impuestas por la división de clases y las diversas formas de exclusión del otro. Lo crítico de esta propuesta instaaura la posibilidad de adaptarse no a un sistema sino a (de)construir un mundo mejor en el que la psicología social compleja aporte en temas como la calidad de vida y la transformación social, para ello es necesario entender las nuevas formas de civilidad, movilización y agrupación social al tiempo que los cambios que éstas suscitan en las estructuras biopolíticas, por lo que dichas acciones son una apuesta por comprender el quehacer y la dirección futura de la psicología social compleja en la sociedad contemporánea.

La clínica-social estimula el cambio del sujeto-biopolítico al sujeto-comunitario a través de la (de)construcción en los colectivos del pensamiento ideológico impuesto por los ordenamientos represivos. Para lograrlo cuestiona todo orden social en el que la actividad mental es influida y condicionada por complejos

mecanismos ideológicos de dominación y subversión controlada. En este sentido la clínica-social permite la practicidad de dicho condicionamiento, a partir de la comprensión recursiva, dialógica y hologramática de la dinámica de las relaciones sociales y la implementación de acciones de intersubjetivación de los fenómenos, generando acciones, retroacciones e inter-retroacciones direccionadas a la transformación biopsicosocial de los sujetos. En vista de ello, la (de)construcción busca transformar el Biopoder y la Biopolítica en un sistema organizado que opere constructivamente en función de lo vivo, es decir en pro de su preservación. Al mismo tiempo, el dispositivo clínico-social lleva a cabo la transformación gradual de las estructuras de poder, por medio de elementos discursivos de tipo auto-eco-organizacional que funcionan en la comunidad a través de complejas relaciones de lenguajear en la cotidianidad, en los que emergen múltiples posibilidades de resignificación de las condiciones de opresión. Por tanto la clínica-social es un dispositivo liberador que tiene como fundamento transdisciplinar la psicología social compleja, el modelo crítico-social y la Teoría de la complejidad, aspectos que viabilizan el cambio actitudinal y la transformación social de la noción y experiencia que se tiene del estado y sus instituciones (Andrade, 2012; 2013).

Con todo y lo anterior, el dispositivo clínico-social como propuesta de comprensión de lo social establece gran parte de sus acciones a partir de los contenidos y productos emergentes de las relaciones sociales. El dispositivo retoma el valor significativo de la protección, sostén y seguridad social proveniente de la actividad matrística de las comunidades, con el fin de promover nuevas y mejores formas de convivir en la relación con lo vivo en la era planetaria. Dicho esto, la clínica-social busca la formación, reconstitución y conexión dialógica del tejido social y de sus vínculos, proceso que se mediatiza por la construcción de mejores lazos de afecto, sentidos sociales cooperativos, y la búsqueda de cierto *plus* liberador que incluya la diferencia como mecanismo base para repensar la inclusión social, la equidad y la legitimidad del discurso

comunitario. Al margen de ello, la intervención y “adaptación conscientizante” a las realidades sociales dialécticas se presentan en un escenario discursivo de emociones y afectos, que brindan la posibilidad de transformación de los discursos y acciones dialógicas comunitarias, en vías de la equidad, beneficio y prosocialidad de los más vulnerables. Así, la clínica-social propone tres objetivos en su trabajo con la comunidad: El *empoderamiento*, que implica la participación y aprovechamiento de recursos para dar respuesta a necesidades y crisis propias de los cambios biopolíticos; la *resignificación*, que involucra la movilización y transformación de las ideologías en pro de la elaboración de propuestas que beneficien a dichos conglomerados humanos; y por último, la *generación*, que incluye la constitución de una cultura que legitime al otro en la relación de convivencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Agamben, G. (1984). *Se la forece religione del denaro divora il future*. The European Graduate School. In the repubblica. It. Italian.
2. _____ (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, trad. de A. Gimeno Cuspinera, Pre- Textos, Valencia.
3. Allport, FH. (1924). *Psicología social*. Boston: Houghton Mifflin.
4. Alcázar, MA, Verdejo, A, & Bouso, JC. (2008). *La neuropsicología forense ante el reto de la relación entre cognición y emoción en la psicopatía*. Rev Neurol, 47 (11), 607-612. Recuperado de <http://www.neurologia.com/pdf/Web/4711/ba110607.pdf>
5. Álvaro Estramiana, José Luis (1995). *Psicología Social: perspectivas teóricas y metodológicas*. Madrid: Siglo XXI.
6. Allport, FH. (1954). *The Nature of Prejudice*. Reading, Mas, Addison-Wesley.
7. Althusser, L. (1971). *Ideología y aparatos ideológicos de estado*. Colombia: Cuadernos la oveja negra.
8. Anckarsater, H. (2006). *Central nervous changes in social dysfunction: Autism, aggression, and psychopathy*. Brain Research Bulletin.
9. Ander. E. (2003). *Repensando la Investigación-Acción Participativa*. Grupo editorial Lumen Hvmanitas.
10. Andrade, JA. (2011). *La intervención grupal: Una lectura de los conceptos de Enrique Pichon Rivière: artículo de reflexión investigativa*. Revista Electrónica de Psicología Iztacala. México, 14, (3).
11. _____ (2012). *Psicología comunitaria y clínica-social, acercamientos desde un escenario de complejidad*. Revista de Psicología GEPU, 3 (2), 158 - 175.
12. _____ (2013). *La intervención clínico-social en la sociedad biopolítica*. Revista de Psicología GEPU, 4 (1), 158 - 175.
13. Angarita, C. (2008). *Psicología social: teoría y práctica*. Universidad del Norte, Colombia.
14. Anziew, D. (1997). *La dinámica de los grupos pequeños*. Editorial biblioteca nueva. Madrid. 1-286.
15. Arabany, RC. (2002). *Teoría de los sistemas*. Universidad nacional de Colombia. Manizales.
16. Arango, C. & Cálad. (2007). *Psicología comunitaria de la convivencia*. Universidad del Valle.

17. Arango, CA. & Pimienta, HJ. (2004). *El cerebro: de la estructura y la función a la psicopatología. Primera parte: bloques funcionales*. Revista colombiana de psiquiatría. 1, 102-125.
18. Ardila, R. (1986). *La psicología en América Latina: pasado, presente y futuro*. Editorial siglo XXI.
19. Armistead, M. (1974). *Experience in everyday llife*. En: *Reconstructing social psychology*. Barcelona, 115-132.
20. Asch, S. (1952). *Social psychology*. Englewood Cliffs. (N.J.): Prentice-Hall.
21. Avia, MD. & Vázquez, C. (1999). *Optimismo Inteligente*. Alianza Editorial. Madrid.
22. Bandura, A. (1976). *Social learning theory*. Englewood Cliffs. (N.J.): Prentice-Hall. Madrid.
23. Bandura, A. & Walters, RH. (1963). *Social learning and personality*. Holt, Rinehart & Winston. Nueva York.
24. Barling, J., Dupre, K. & Kelloway, EK. (2009). *Predicting workplace violence and aggression*. Annual Review of Psychology, 60, 671-692
25. Baró, IM. (1985). *El papel del psicólogo en Centroamérica*. Boletín de Psicología. San Salvador, 5 (6), 99-112.
26. _____ (1988). *Acción e Ideología, psicología social desde centro américa*. UCA Editores. Salvador.
27. _____ (2006). *Hacia una psicología de la liberación*. Revista electrónica de intervención psicosocial y psicología comunitaria. Departamento de psicología Universidad de Centroamérica José Simeón Cañas. UCA. El salvador.
28. Bataille, G. (1997). *El erotismo*. Editorial Tusquets. Barcelona.
29. Bauleo, A. (1975). *Ideología, Grupo y Familia: grupo familiar*. Editorial Kargieman. Buenos Aires.
30. Berger, PL. & Luckmann, T. (1979). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu Editores. Buenos Aires: Argentina.
31. Bertalanffy, LV. (1973). *General Systems Theory*. Penguin Books. Harmondsworth.
32. Billig, M. (1987). *Arguing and thinking*. Londres, Cambridge University Press. Britain, Cambridge, Cambridge University Press
33. Binet, A. & Henri, V. (1895). *La psychologie individuelle [La psicología individual]*. L'Année Psychologique, 1, 411-465.
34. Bion, WR. (1980). *Experiencias en grupos*. Ediciones Paidós Ibérica. Barcelona.

35. Blair, R.J. (2007). *The amygdala and ventromedial prefrontal cortex in morality and psychopathy*. Trends Cogn Sci, 11, 387–392.
36. _____ (2010). *Neuroimaging of Psychopathy and Antisocial Behavior: A Targeted Review*. Cur Psychiatry Rep, 12, 76-82.
37. Blumer, H. (1969). *Symbolic interactionism. Perspective and methods*. Englewood Cliffs (N.Y.). Prentice-Hall.
38. Bonanno, G.A. (2004). *Loss, trauma and human resilience: Have we underestimated the human capacity to thrive after extremely aversive events?*. American Psychologist, 59(1), 20-28.
39. Bonano, O. (2000). *Desarrollos Actuales en Psicología Social*. Editorial Amorrortu, Argentina.
40. Bonilla, J. & Fernández, S. (2006). *Neurobiología y neuropsicología de la conducta antisocial*. Psicopatología Clínica, Legal y Forense, 6, 67-81.
41. Bouche, J. & Hidalgo, F. (2003). *IV Curso de Experto Universitario en Mediación y Orientación Familiar 2003-2004*. 1ra ed. Ediciones Dykinson S.L. Madrid (España).
42. Bourdieu, P. (1979). *Los tres estados del capital cultural*. Tomado de Actes de la Recherche en Sciences Sociales. Traducción de Mónica Landesmann. Texto extraído de: Bourdieu, Pierre, “Los Tres Estados del Capital Cultural”, en Sociológica, UAM- Azcapotzalco, México, 5, 11-17.
43. _____ (1997). *Razones prácticas sobre la teoría de la acción*. Editorial Anagrama. Barcelona.
44. Bowlby, J. (1998). *El apego y la pérdida II. La separación*. Editorial Paidós. Primera reimpresión. Buenos Aires.
45. Brien, R.C. (1983). *Información, la economía y el poder: La dimensión Norte-Sur*. Hodder and Stoughton.
46. Burks, B.S. (1928). *The relative influence of nature and nurture upon mental development*. Yearbook of the National Society for the Study of Education, I, 219-316.
47. Buss, A.R. (1975). *The emerging field of the sociology of psychological knowledge*. American Psychologist, 30, 998-1002.
48. Castoriadis, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad*. Vol. II. El imaginario social y la sociedad. Editorial Tusquets. Barcelona.
49. _____ (2002). *Figuras de lo Pensable (las encrucijadas del laberinto IV)*. Fondo de Cultura Económica. México D.F.
50. Castro, F. G. (2009). *Materialismo histórico e definição de psiquismo*. Psicologia & Sociedade, Florianópolis, v. 21, n. 2, Aug. 2009. Disponível em: http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0102-71822009000200005&lng=en&nrm=iso >

51. Churchman, C. (1981). *El enfoque de sistemas*. Editorial Diana. México.
52. Ciampa, A. C. (1987). A estória do Severino e a história da Severina: um ensaio de psicologia social. São Paulo, Brasiliense.
53. _____ (2007). Silvia Lane: O homem em movimento. *Psicologia & Sociedade: Revista da Associação Brasileira de Psicologia Social – ABRAPSO*. 19. (Ed. Especial), 17-18.
54. Cobo, C., Parra, M & Perdomo, J. (2012). *Las Otras voces*. Editorial Universidad de San Buenaventura.
55. Collier, G., Minton, HL. & Reynolds, G. (1996). *Escenarios y Tendencias de la Psicología Social*. Ed. Tecnos. Madrid.
56. Collins, DR, & Paré, D. (2005). *Differential Fear Conditioning Induces Reciprocal Changes in the Sensory Responses of Lateral Amygdala Neurons to the CS+*. *Learning & Memory*.
57. Colombia Nunca más. (2012). Proyecto Colombia Nunca Más: Memoria de Crímenes de Lesa Humanidad. Recuperado en <http://www.movimientodevictimas.org/~nuncamas/index.php>
58. Condillac, M. (1749). *Traité des systèmes*. En Condillac (1951) *Œuvres philosophiques de Condillac*. Paris: Presses Universitaires de France.
59. Contreras, A., Catena, A., Candino, A., Perales, J. & Maldonado, A. (2008). *Funciones de la corteza prefrontal ventromedial en la toma de decisiones emocionales*. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 8(1): 285-313.
60. Curtis, J. (1960). *Social Psychology*. Editorial Mc Graw-Hill. Nueva York.
61. Damasio, A. (1994). *El Error de Descartes*. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile.
62. _____ (1999). *The Feeling of What Happens*. New York: Harcourt, Inc.
63. Damon, W. (1977). *The social world of the child*. San Francisco: Jossey-Bass.
64. Das, V. & Poole, D. (2008). *El estado y sus márgenes*. *Etnografías comparadas Cuadernos de Antropología Social*, 27, 19–52.
65. Davis, K. (1940). *A case extreme isolation of a child*. *American Journal of Sociology*, 45, 554-565.
66. Dawkins, R. (1976). *The selfish gene*. University Press. Oxford.
67. Delgado, C., Henríquez., Hernández., Sotolongo & Hernández. (2007). Controversia: ¿Una sociedad del conocimiento?. *Cuba, Revista Temas*, 49, 80-93.
68. De Sousa Santos, Boaventura (2006a). *Conocer desde el Sur. Para una cultura política emancipatoria*. Lima: UNMSM.

69. _____ (2006b). *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social (encuentros en Buenos Aires)*. Buenos Aires: CLACSO.
70. Derrida, J. (1990). *Teoría literaria y deconstrucción*. Editores Arco Libros, S.L. España.
71. _____ (2000). Estados de Ánimo del Psicoanálisis. Lo imposible más allá de la soberana crueldad. Presentación a los Estados Generales del Psicoanálisis. Conferencia Pronunciada ante Los Estados Generales del Psicoanálisis, el 10 de julio de 2000, en París, en el Gran Anfiteatro de la Sorbona.
72. _____ (2001). *¡Palabra! Instantáneas Filosóficas*. Editorial Trotta. Madrid.
73. Descartes, R. (1994). *Principia philosophiae*. apud Ludovicum Elzevirium.
74. Deutsch, M. & Krauss, R. (1970). *Teorías en Psicología Social*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
75. Dieterich, H. (2002). *El Socialismo del Siglo XXI*. Ediciones de paradigmas y utopías, México.
76. Ekman, P. (2003). *Emotions Revealed*. Times Books. New York.
77. Elías, N. (2000). *La sociedad y los individuos*. Ensayos. Ediciones Península. Barcelona.
78. Erazo, ED. (2008). *Pedagogía, didáctica y concepciones de ciencia. Una visión integradora*. Editorial Unilibros, Universidad nacional de Colombia.
79. Eysenck, HJ. (1971). *Race, intelligence, and education*. Ed. Temple Smith. Londres.
80. Fairchild G., Passamonti L., Hurford G., Hagan CC., Von dem Hagen EAH, Van Goozen SHM., Goodyer IM. & Calder AJ. (2011). *Brain structure abnormalities in early-onset and adolescent-onset conduct disorder*. Am J Psychiatry, 168:624–633.
81. Ferrater Mora, J. (2001). *“Diccionario de Filosofía”*. Ariel Editorial, Barcelona.
82. Fiske, ST. & Goodwin, SA. (1994). *La investigación social cognición y la investigación en grupos pequeños, un West Side Story o ...?. Small Research Group* .
83. Foucault, M. (1966). *El nacimiento de la clínica*. Editorial Siglo veintiuno editores. México D. F.
84. _____ (1977). *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad 1*. Editorial Siglo veintiuno editores. México D. F.
85. _____ (1978). *Microfísica del poder*. Editorial la Piqueta. Madrid.
86. _____ (1997). *La vida de los hombres infames*. Ed. Altamira. La Plata

87. _____ (2001). *El nacimiento de la clínica, una arqueología de la menda medicina*. Editorial siglo XXI s.a. México D.F.
88. Freire, P. (1970). *La pedagogía del oprimido*. Montevideo Tierra Nueva. Editorial siglo XXI. Buenos Aires.
89. Freud, S. (1915). *La represión, en Obras completas*. Volumen II (Edición de 1973). Biblioteca Nueva. Madrid.
90. _____ (1915). *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*. Volumen II, Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid.
91. _____ (1915). Más allá del principio del placer. Volumen II, Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid.
92. _____ (1922). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Volumen III, Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid.
93. _____ (1927). *El porvenir de una ilusión, en Obras completas*. Volumen III, Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid.
94. _____ (1930. [1929]). *El malestar en la cultura, en Obras completas*. Volumen III, Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid.
95. _____ (1933). El porqué de la guerra, *en Obras completas*. Volumen III, Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid.
96. _____ (1939. [1934-38]). *Moisés y la religión Monoteísta*. Volumen III, Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid.
97. Galvani, P. (2006). *Transdisciplinarietà y educación*. Revista Visión Docente Con-Ciencia, 5(30), 17-25.
98. García, A. (2005). *Pensar sistémico: una introducción al pensamiento sistémico*. Pontificia Universidad Javeriana.
99. García, E. (2008). *Neuropsicología y educación: de las neuronas espejo a la teoría de la mente*. Universidad Complutense. Madrid. Rev psicológica y educación, 1 (3), 69-90. Recuperado de http://eprints.ucm.es/9972/1/Revista_Psicologia_y_Educacion.pdf
100. Gergen, K. (2006). *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Colección Surcos, Editorial Paidós. Barcelona.
101. Gigch, JP. (1987). *Teoría General de Sistemas*. Editorial Trillas. México.
102. Gil Verona, JA, Pastor, JF, De Paz, F, Barbosa, M, Macías, JA, Maniega, MA, Gonzales, LR, Boget, T, & Peicornell, I. (2002). *Psicobiología de las conductas Agresivas*. Anales de psicología, 18 (2), 293-303. Recuperado de http://www.um.es/analesps/v18/v18_2/07-18_2.pdf
103. Goldstein, AP. (1981). *In response to aggression. Methods of control and prosocial alternatives*. Ed. Pergamon. Nueva York.
104. Goleman, D. (2004). *¿Qué hace a un líder?*. Harvard Business Review. América Latina.

105. González, F. (2004). *La Crítica en la Psicología Social Latinoamericana y su Impacto en los Diferentes Campos de la Psicología*. Revista Interamericana de Psicología, 38 (2).
106. Gracia, E. (1997). *El apoyo social en la intervención comunitaria*. Editorial Paidós. Barcelona.
107. Harré, R. & Gerard-Parrott, W. (1974). *The Emotions*. Editorial Sage. Londres.
108. Hastie, R. (1981). *Principios esquemáticos en la memoria humana*. En Cognición Social: El Simposio Ontario, 1, 39-88.
109. Hoffman, ML., Higgins, ET., Ruble, D. & Hartup, W. (1983). *Social cognition and social development: A socio-cultural perspective*. Social cognition and social development: A socio-cultural perspective.
110. Hogg, M. & Vaughan, G. (2008). *Psicología Social*. Ed. Médica Panamericana, Introducción a la psicología comunitaria. Editorial UOC. España.
111. Hurtado, CA. & Serna, AJ. (2012). *Neuropsicología de la conducta violenta*. Revista de neurología científica, 14 (4).
112. Iacoboni, M. (2009). *Las neuronas espejo. Empatía, neuropolítica, autismo, imitación o de cómo entendemos a los otros*. Traducción de Rodríguez Villegas. Editorial Katz Conocimiento.
113. Itard, J. (1978). *Memoria sobre los primeros progresos de Víctor del Aveyron en El salvaje del Aveyron: psiquiatría y pedagogía en el Iluminismo tardío*. Centro Editor de América Latina. Los fundamentos de las ciencias del hombre. Buenos Aires.
114. Janowitz, MF. (1978). *Un modelo teórico para el análisis cluster*. SIAM Journal on Applied Mathematics, 34 (1), 55-72.
115. Jaraba, B. & Mora, F. (2010). Reconstruyendo el objeto de la crítica: sobre las posibles confluencias entre psicología crítica y estudios sociales de la ciencia y la tecnología. *Revista colombiana de psicología*. Colombia. 19 (2) 225-239.
116. James, W. (1988). *Las variedades de la experiencia religiosa*. Barcelona, Editorial Orbis.
117. Jodelet, D. (1986). *La representación social: fenómeno, concepto y teoría*. En Serge Moscovici, Psicología Social II. Editorial Paidós. Barcelona
118. Johansen, O. (2000). *Introducción a la Teoría General de Sistemas*. Editorial Limusa. Bogotá.
119. Jones, EE. (1985). *Major developments in social psychology during the past five decades*. (Eds.) The handbook of social psychology. Ed. Random House. Nueva York. I, 47-107.

120. Jung, C. (1999). *El hombre y sus símbolos*. Editorial Paidós. España.
121. Kaës, R. (1997). *El Aparato Psíquico Grupal, construcciones de grupo*. Editorial Granica. Barcelona.
122. _____ (2000). *Las teorías psicoanalíticas del grupo*. Primera edición. Editores Amorrortu. Buenos Aires.
123. Kant, I. (1781). *Critica de la razón pura*. Editorial Porrúa. Colección "Sepan Cuantos " 203. Cuarta edición. México, D.F.
124. Kelley, HH. (1967). *Attribution theory in social psychology*. En Levine, D. (Ed.) Nebraska symposium on motivation. Lincoln: University of Nebraska Press, 15.
125. Kissen, RM. (1989). *La educación multicultural: La apertura de la mente americana*. Inglés Educación, 21 (4), 211-218.
126. Kuhn, TS. (1962). *The structure of scientific revolutions*. University of Chicago Press. Chicago.
127. Lacan, Jacques. (1953). *Lo simbólico, lo imaginario y lo real. Informe de conferencias*. Instituto de psicología de la universidad de Roma.
128. _____ (1953a). *Función y campo de la palabra y del lenguaje en el psicoanálisis*. Informe de conferencias. Instituto de Psicología de la Universidad de Roma.
129. _____ (1975). Seminario. Les psychoses. Seuil, Paris
130. _____ (1977). *Écrits*. Londres: Tavistock.
131. _____ (1977). Los cuatro principios fundamentales del psicoanálisis: seminarios XI. Barcelona: Barral Editores.
132. Lakatos, I. & Musgrave, A. (1975). *La crítica y el desarrollo del conocimiento*. Edit. Grijalbo. Barcelona.
133. Latorre, EE. (1996). *Teoría General de Sistema Aplicada a la Solución Integral de Problemas*.
134. Leontiev, AN. (1977). *Seis conferencias sobre conceptos básicos de la Psicología General*. Impresora: Roberto Poland Azoy, La Habana, Cuba.
135. Levy, DM. (1937). Hambre Afecto Primaria. American Journal of Psychiatry, 64. Clothier MD, (1943) Psicología del Niño Adoptado NN Verrier (1993) Primal Wound Bowlby J (1965) Pérdida / Ansiedad por separación.
136. Lewin, K. (1944). *La dinámica de la acción colectiva*. Liderazgo educativo, 1(4), 195-200.
137. _____ (1948). *Principles of Typological Psychology*. Edit. McGraw Hill. New York.
138. _____ (1980). *La dinámica de los grupos*. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires.

139. Lindesmith, AR. & Strauss, AL. (1968). *Social psychology*. Nueva Cork: Holt, Rinehart & Winston.
140. Lipp, W. (1987). *Autopoiesis biologisch, autopiesis soziologisch: Wohin fuhrt Luhmanns Paradigmawechsel?*. Kolner Zeitschrift Fur Sociologie und Socialpsychologie, 452-470.
141. López, P. & Castaño, B. (1994). En *Psicología y violencia política en américa latina. Situación de Colombia*. Ediciones Chile América CESOC. Santiago de Chile.
142. Luengo, M., Sobral, J., Romero, E. & Gómez, J. (2002). *Biología, personalidad y delincuencia*. Psicothema, 14, 16-25.
143. Luhmann, N. (1997). *Hacia una teoría científica de la sociedad*. Editorial Anthropos. Universidad Iberoamericana.
144. _____ (1998). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Editorial Anthropos. España.
145. Luhmann, N. & De Giorgi, R. (1993). *Teoría de la sociedad*. Guadalajara. México.
146. Lumsden, CJ. & Wilson, EO. (1981). *Genes, mind and culture. The coevolutionary process*. Harvard University Press. Cambridge.
147. Maisonneuve, J. (1964). *Psicología social*. Paidós Ediciones. Buenos aires.
148. Marcuse, H. (1993). *El hombre unidimensional: Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Editorial Planeta-De Agostini S.A. España.
149. Martinez, JM., Sanchez, JP., Bechara, A. & Roman, F. (2006). *Mecanismos cerebrales de la toma de decisiones*. Revista de neurología. 42 (7), 411-418.
150. Maturana. H. (1979). *Perspectiva general de los sistemas*. Alianza Universidad. Madrid.
151. _____ (1991). *La democracia es una obra de arte*. Mesa redonda magisterio. Instituto para la democracia Luis Carlos Galán. Bogotá
152. _____ (1995). *I. Fundamentos biológicos de la realidad. En: La realidad: ¿objetiva o construida?*. Universidad Iberoamericana/teso. Editorial Anthropos. México.
153. _____ (1996). *II. Fundamentos biológicos de la realidad. En: La realidad: ¿objetiva o construida?*. Universidad Iberoamericana/teso. Editorial Anthropos. México.
154. _____ (2001). *Emociones y lenguaje en educación y política*. Ediciones Pedagógicas Chilenas S. A. Chile.
155. _____ (2002). *El sentido de lo humano*. Editorial: Dolmen Ediciones. Santiago de Chile.

156. Maturana, H. & Varela, F. (1984). *El árbol del conocimiento: Las bases biológicas del conocer humano*. Editorial Universitaria. Santiago.
157. _____ (2003). *El árbol del conocimiento*. Editorial Lumen. Argentina.
158. _____ (2004). *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*. Editorial Lumen. Argentina.
159. Marx, K. (1984). *El Capital*. Madrid. (1847). Editorial Siglo XXI (3 Libros).
160. McDougall, W. (1908). *An introduction to social psychology*. Editorial Methuen. Londres.
161. McGuire, WJ. (1967). *Theory-oriented in natural settings. The best of both words for social psychology*. En Sherif, M. y Sherif, M.C. (Eds.) *Interdisciplinary relationships in the social science*. Chicago: Aldine.
162. McGarty, C. & Haslam, SA. (1997). *The message of social psychology: Perspectives on mind in society*. Editorial Blackwell. Oxford.
163. Miermont, J. (1987). *Eco-eto-antropología*. En J. Miermont, *Dictionnaire des thérapies Familiales*. Paris.
164. _____ (1993). *L'écologie du lien*. L'Harmattan. Paris.
165. Milgram, S. (1977). *Obedience to authority. An experimental view*. Edit. Harper & Row Nueva York.
166. Miller, J. A. (2000). *Biología Lacaniana y acontecimiento de cuerpo*. Freudiana, Nº 28. ELP, Barcelona.
167. Moffat, A. (1974). *Psicoterapia del oprimido*. Cáp. 5, "Las psicoterapias populares". Editorial librería ECRO S.R.L. Buenos aires, Argentina.
168. Montero, M. (1984). *Ideología, alienación e identidad nacional. Una aproximación psicosocial al ser venezolano*. Ediciones la Biblioteca de la universidad central de Venezuela.
169. _____ (1993). *Permanencia y cambio de paradigmas en la construcción del conocimiento científico*. *Interacción social*, 3, 11-24.
170. _____ (1998). *La Comunidad como objetivo y sujeto de la acción social*. Cap. 15. EN: *Psicología Comunitaria: Fundamentos y Aplicaciones*. Madrid: Síntesis.
171. _____ (2004). *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Editorial Paidós. Buenos Aires. Argentina.
172. Moreno, JL. (1996). *Psicoterapia de grupo y psicodrama*. Fondo de Cultura Económica. México.
173. Morín, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación a futuro*. UNESCO. Organización de las naciones unidas para la educación, la ciencia y la cultura.

174. _____ (1999a). *Introducción a la política del hombre*. Nueva edición. Le seuil Points.
175. _____ (1993). El desafío de la globalidad. Archipiélago, N. 16, 1993 p.66-74.
176. _____ (1996). El pensamiento ecológizante. Gaceta de Antropología N° 12, 1996 Texto 12-01 recuperado de http://www.ugr.es/~pwlac/G12_01Edgar_Morin.html
177. _____ (1984). *Ciencia con consciencia*, editorial Anthropos, Barcelona. Recuperado de <http://olimpiadadefilosofiaunt.files.wordpress.com/2012/02/morin-1982-ciencia-con-conciencia.pdf>
178. _____ (2001). *El método I*. la naturaleza de la naturaleza. Sexta edición. Editorial Cátedra.
179. Moscovici, S. (1981). *Psicología de las minorías activas*. Ediciones Morata. Madrid.
180. Moscovici, S. (1991). *Psicología social, I: influencia y cambios de actitudes individuos y grupos*. Editorial Paidós. Barcelona.
181. Moscovici, S. (1999). *Psicología social: pensamiento y vida social; psicología social y problemas sociales*. Editorial Paidós, Barcelona.
182. Mower, C.J. (1982). *Consistency in cognitive social behavior*. An introduction to social psychology. Londres: Routledge & Kegan Paul.
183. Munné, F. (2008). *La psicología social como ciencia teórica*. Barcelona, Editorial: PPU - Promociones y publicaciones universitarias.
184. Murphy, G. (1947). *Personality: A biosocial approach to origins and structure*. Edt. Harper & Row. Nueva York.
185. Musitu, G., Herrero, J., Cantera, L.M. & Montenegro, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria*. Editorial UOC. Barcelona.
186. Myers, D. (2006). *Psicología social*. Octava edición. Editorial Mc Graw Hill. México.
187. Newman, H., Freeman, F.N. & Holzinger, K.J. (1937). *Twins, a study of heredity and environment*. Chicago University Press. Chicago.
188. Nicolescu, B. (1996). *La transdisciplinarité*. Mónaco. Editions du Rocher.
189. Ogburn, W. & Bose, N. (1959). *On the trail of the wolf-children*. Genetic Psychological Monographs, 60. 117-193.
190. OMS. (2010). *La violencia, un problema mundial de salud*. En Informe Mundial sobre la Violencia y la Salud. Disponible en: <http://www.acnur.org/biblioteca/pdf/3447.pdf>
191. ONU. (1987). Organización de las naciones unidas. Comisión estadística de la ONU.

192. _____ (2011). Informe de la Alta Comisionada para los Derechos Humanos de las Naciones Unidas sobre la Situación en Colombia.
193. OrlinsKy, DE. & Howard, KI. (1987). *A generic Model of Psychotherapy*. Journal of integrative and Eclectic Psychotherapy, 6, 6-27.
194. Ospina, W. (1996). *¿Dónde está la franja amarilla?* Grupo editorial Norma, Colombia.
195. Otero, J (2011). *A propósito del plus*. Recuperado de <http://clinicadelosocial.weebly.com/textos-joel-otero.html>
196. Ovejero, A. (1999). *La nueva psicología social y la actual postmodernidad. Raíces, constitución y desarrollo histórico*. Oviedo: Universidad de Oviedo.
197. Paz, O. (1988). *Obras Completas. El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica. Madrid.
198. Pécaut, D. (2003). *Violencia y Política en Colombia: Elementos de reflexión*. Hombre Nuevo Editores. Medellín.
199. Pereira, FA. (2009). *Orlando Fals Borda: la travesía romántica de la sociología en Colombia*. Editorial CyE. Colombia.
200. Pichon Rivière. E. & De Quiroga, P. (1970). *Psicología de la vida cotidiana*. Editorial Galerna. Argentina.
201. _____ (1975). *El proceso grupal: Del psicoanálisis a la psicología social (I)*. Ediciones Nueva Visión, Argentina.
202. _____ (1988). *Concepto De ECRO*. Ficha de Ediciones 5 sobre una clase de EPR a 1er año de psicología.
203. Potter, J. (1998). *La Representación de la Realidad. Discurso, Retórica y Construcción Social*. Ed. Paidós. Barcelona.
204. ProchasKa, JO. & Norcross, JC. (1999). *Systems of Psychotherapy. A Transtheoretical analysis, pacific grove*. Brooks/Cole.
205. Quintana, L. (2006). *De la nuda vida a la 'forma-de-vida'. Pensar la política con Agamben desde y más allá del paradigma del Biopoder*. Revista Nueva Época, año 19, 52. México.
206. Raine, A. (2011). *An Amygdala Structural Abnormality Common to Two Subtypes of Conduct Disorder: A Neurodevelopmental Conundrum*. Am J Psychiatry 168:6, June 2011. <http://ajp.psychiatryonline.org/cgi/reprint/168/6/569>
207. Rey Anacona, CA. (2010). *Influencias biológicas, factores biográficos y déficit en el desarrollo. Trastorno disocial: evaluación tratamiento y prevención de la conducta antisocial en niños y adolescentes*. Manual Moderno.

208. Ridruejo, P. (1983). *Potenciales implicativos del clima social: su sintáctica*. En Torregrosa, J.R. y Sarabia, B. (Eds.) *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano Europea, 269-291.
209. Ringelmann, M. (1913). *Recherches sur les moteurs animés: Travail der homme [Research on animate sources of power: The work of man]*. Annales de l'Institut National Agronomique, 2e serie-tome XII, 1 -40
210. Rizzolatti, G, Fogassi, L, & Gallese, V. (2001). Neurophysiological mechanisms underlying the understanding and imitation of action. *Nature Reviews Neuroscience*. 2, 661-670.
211. Rodríguez, M. & Torres, J. (2003). *Autopoiesis, la unidad de una diferencia: Luhmann y Maturana*. *Sociologías*, Porto Alegre, año 5, n° 9, jan/jun 2003, 106-140.
212. Rose, AM. (1971). *Human behavior and social processes*. An interactionist approach. Londres: Routledge & Kegan Paul.
213. Ross, EA. (1908). *Social psychology*. An outline and source-book. McMillan. Nueva York.
214. Saint- Simon. (1895). *Las Reglas del Método Sociológico*. Buenos Aires, Schapire, (1965).
215. Sabucedo, JM., D'Adamo, J. & García. V. (1997). *Fundamentos de psicología social*. Siglo XXI de España Editores.
216. Sacks, J., Welch, WJ., Mitchell, TJ., & Wynn, HP. (1989). *Design and analysis of computer experiments*. *Statistical Science*, 4(4), 409-435.
217. Sánchez, A. (2002). *Psicología social aplicada*. Editorial Prentice Hall. España.
218. Sánchez, JC. (2002). *El Marco referencial de la psicología de los grupos*. *Psicología de los grupos*. Ed. Mc Graw Hill. Madrid.
219. Schmit, C. (1932). Texto de 1932 con un Prólogo y tres Corolarios. Traducido de la edición de 1963 por Dénes Martos.
220. Sherif, M. (1963). *Social psychology. Problems and trends in interdisciplinary relationships*. En Skoch, A. (Ed.) *Psychology, a study of a science*. McGraw-Hill. New York, 6, 90-93.
221. Sherif, M. & Sherif, CW. (1974). *Social psychology*. Harper & Row 3ª ed. (1ª ed., 1967.). Nueva York.
222. Shibutani, T. (1961). *Society and personality. An interactionist approach to social psychology*. Englewood Cliffs (N.J.): Prentice-Hall. (Buenos Aires: Paidós, 1971).
223. Siever, LJ. (2008). *Neurobiología de la agresividad y la violencia. (Neurobiology of Aggression and Violence.)*. *American Journal of Psychiatry*. Recuperado de

http://www.psiquiatria.com/articulos/psiq_general_y_otras_areas/urgencias_psiq/violencia/38614/

224. Singh, JAL. & Zingg, RM. (1966). *Wolf-Children and Feral Man*. Hamde: Archon Books.
225. Sobral, J., Romero, E., & Gómez, JA. (2002). *Biología, personalidad y delincuencia*. *Psicothema*, 14 (Suplemento), 16-25.
226. Soler, C. (2008). La Segregación. 1ª y 2ª parte. En Revista Pharmakon nº 3 y 4/5. Bs. As. Argentina
227. Soto, J. (2000). Tres principios para la configuración de una psicología de lo complejo. *Cinta de Moebio*. Uchile. 8(1), 159-168
228. _____ (2006). *Psicología social y complejidad*. Barcelona, Plaza editores.
229. Sterzer, P., Stadler, C., Poustka, F. & Kleinschmidt, A. (2007). *A structural neural deficit in adolescents with conduct disorder and its association with lack of empathy*. *Neuroimage*, 37, 335–342.
230. Sullivan, HS. (1953). *The interpersonal theory of psychiatry*. Nueva York: Norton. (Buenos Aires: Psique, 1964).
231. Tabah, L. & Sutter, J. (1954). *Le niveau intellectuel des enfants d'une même famille*. *Archives of Human Genetics*, 19, 120-150.
232. Tarde, G. (1890). *Les lois de l'imitation*. París: Alcan.
233. Taylor, Ch. (1964). *The explanation of behavior*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
234. Thurstone, LL. & Chave, EJ. (1929). *The measurement of attitude*. Chicago University Press. Chicago.
235. Triplett, N. (1897). *The dynamogenic factors in pacemaking and competition*. *American Journal of Psychology*, 9, 507-533.
236. Tovar, M. (2001). *Psicología social comunitaria. Una alternativa teórico metodológica*. Editorial Plaza y Valdés. México.
237. Valdivia, SC. (2008). *La familia: concepto, cambios y nuevos modelos*. REDIF. Universidad de Deusto, Bilbao, 1, 15-22.
238. Van Goozen, SH., Fairchild, G., Snoek, H. & Harold, GT. (2007). *The evidence for a neurobiological model of childhood antisocial behavior*. *Psychol Bull*, 133,149–182.
239. Verdejo, A., Aguilar, F. & Pérez, M. (2004). *Alteraciones de los procesos de toma de decisiones vinculados al cortex prefrontal ventromedial en pacientes drogodependientes*. *Revista Neurol*, 38 (7), 601-606.
240. Weber, M. (1944). *Economía y Sociedad*. Editorial, Fondo de Cultura Económica. México.

241. White, RW. (2001). *Social and Role Identities and Political Violence. Identity as a Window on Violence in Northern Ireland*. En: R.D. Ashmore, L. Jussim & D. Wilder. (Eds.) *Social Identity, Intergroup Conflict and Conflict Reduction* (pp.133-158). New York: Oxford University Press.
242. Willke, H. (1998). *Systemisches Wissensmanagement*. Stuttgart.
243. Wilson, EO. (1975). *Sociobiology, the new synthesis*. Harvard University Press. Cambridge: (Barcelona: Omega, 1980.).
244. Woodworth, RS. (1941). *Heredity and environment*. Society of scientific research. Council Bulletin, 47.
245. Worchel, S., Cooper, J., Goethals, G. & Olson, J. (2002). *Psicología Social*. Learning Editores. Cengage.
246. Zuleta, E. (1980). *Entrevista a Estanislao Zuleta: La Educación: Un Campo de Combate*. Universidad del Valle. Santiago de Cali.
247. _____ (1986). *Psicoanálisis y criminología*. Editorial percepción. Medellín, Colombia, 10-32.
248. _____ (1992). *Colombia violencia, democracia y Derechos Humanos*. Editorial: Hombre Nuevo Editores. Bogotá Colombia.
249. _____ (2001). *Elogio de la dificultad en: Elogio de la Dificultad y otros ensayos*. Cali: Fundación Estanislao Zuleta.

JOSE ALONSO ANDRADE SALAZAR

Datos del autor.



El autor se desempeña actualmente como docente investigador del programa de psicología de la Fundación de estudios superiores Monseñor Abraham Escudero Montoya “FUNDES” del municipio del Espinal Tolima, asimismo trabaja como docente investigador y coordinador de investigaciones en el programa de psicología de la Universidad de San Buenaventura Medellín extensión Armenia – Colombia y como docente de la Universidad Cooperativa de Colombia sede Pereira. Realizó estudios previos de Licenciatura en Filosofía en la Universidad del Valle de Cali-Colombia, y culminó su pregrado en Psicología en la Universidad Politécnica Salesiana de Quito–Ecuador. Actualmente adelanta estudios de postgrado en teoría de la complejidad y pensamiento complejo (México). Gran parte de su interés en investigación se orienta hacia el conflicto armado, los derechos humanos, la violencia sociopolítica y la vulnerabilidad psicosocial. Ha publicado trabajos sobre clínica psicoanalítica (*Libro: Cuadernillo de casos clínicos psicodinámicos*), clínica-social y Biopoder, consumo de sustancias psicoactivas, psicología clínica, Bullying, suicidio, adicciones, desplazamiento forzado, y poesía crítica (*Libro: Retazos de una ciudad dormida*).

TEXTOS UNIVERSITARIOS

Sello Editorial: Fundación de estudios superiores Monseñor Abraham Escudero Montoya “FUNDES” (958-58172)

ISBN: 978-958-58172-0-3



9 789585 817203
